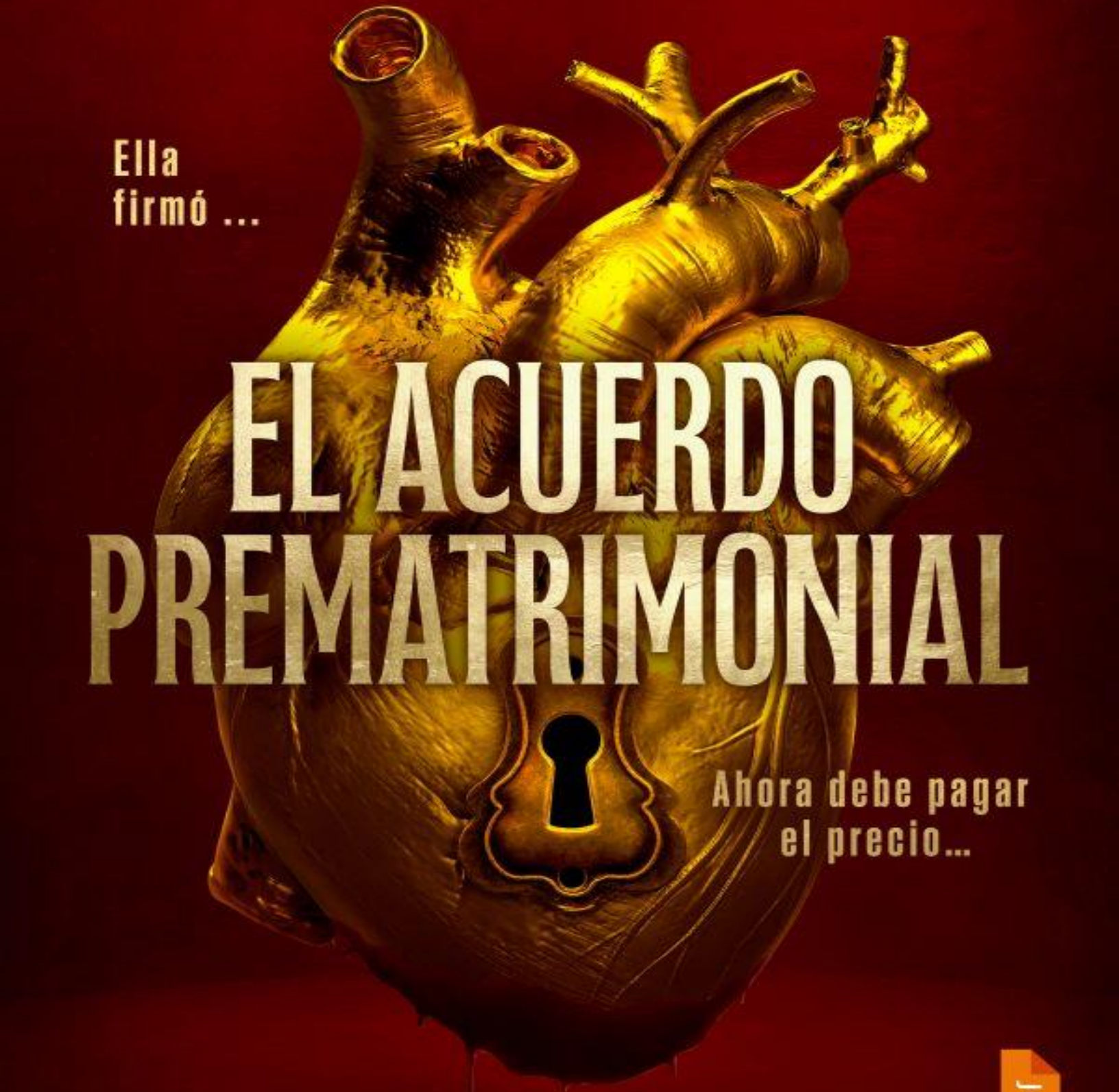
UNA AUTORA BESTSELLER DEL *USA TODAY*

ARIANNE RICHMONDE



Ella firmó ...

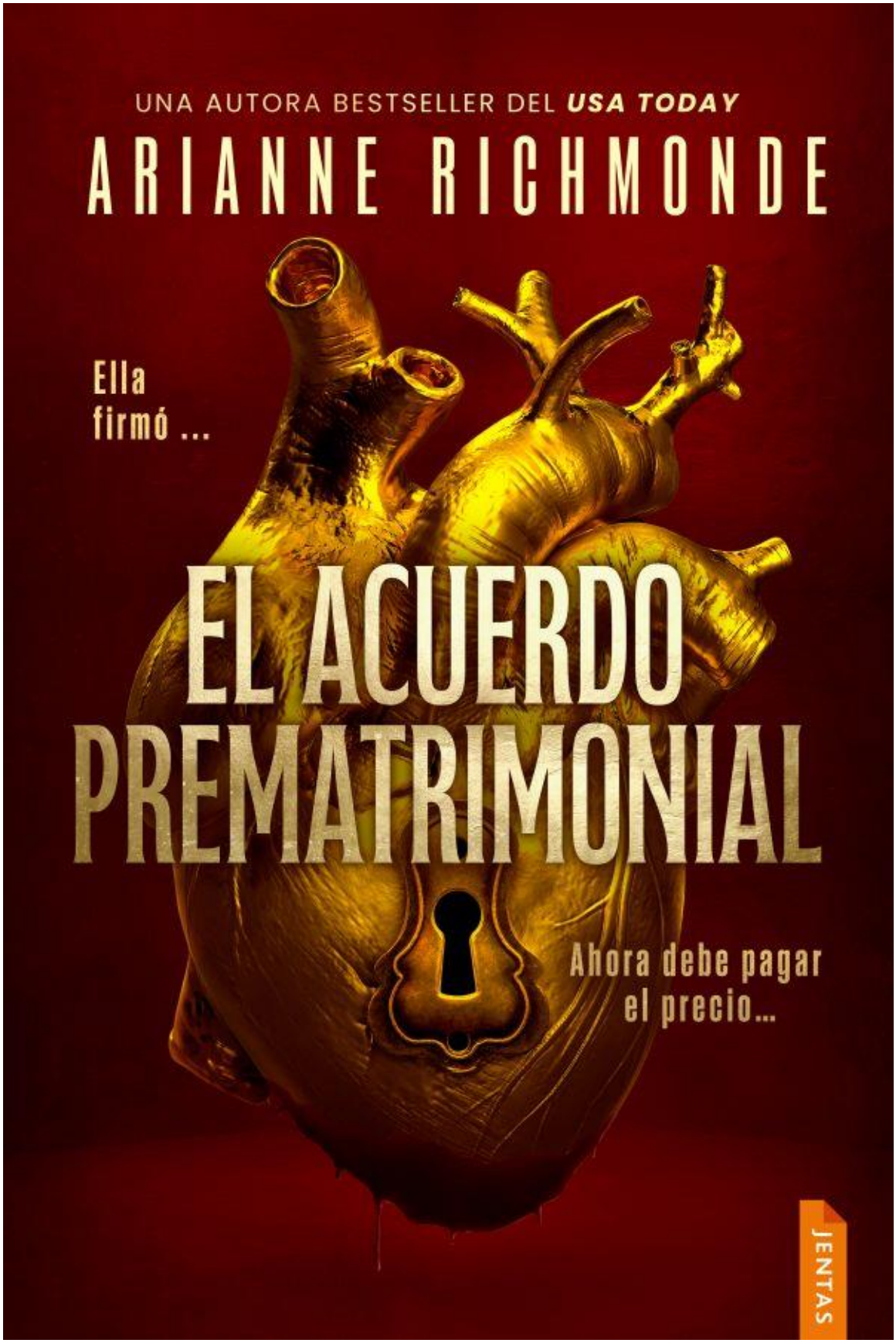
EL ACUERDO PREMATRIMONIAL

Ahora debe pagar el precio...

JENTAS

UNA AUTORA BESTSELLER DEL ***USA TODAY***

ARIANNE RICHMONDE



JENTAS

El acuerdo prematrimonial

El acuerdo prematrimonial
Título original: The Pre-Nup
© Arianne Richmonde, 2023. Reservados todos los derechos.
© 2024 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.
ePub: Jentas A/S
Traducción: Daniel Conde Bravo, © Jentas A/S

ISBN: 978-87-428-1360-7

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Esta es una historia ficticia. Los nombres, personajes, lugares e incidentes se deben a la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con hechos, lugares o personas vivas o muertas es mera coincidencia.

Queda prohibido el uso de cualquier parte de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial sin autorización previa de la editorial.

First published in Great Britain in 2023 by Storyfire Ltd trading as Bookouture.

Para mi marido.

PARTE 1

1

—¿No recuerdas nada? —Mi marido me mira desde su altura, su imponente figura de casi dos metros me hace sentir que podría partirme en dos. ¿Está enfadado conmigo? ¿Decepcionado?

Tumbada en el sofá, cambio de posición y cubro con una manta mis hombros desnudos. Por alguna razón siento frío, a pesar del calor veraniego de Malibú. Parpadeo al mirarlo desde abajo, estremecida. Tengo la boca seca y apenas puedo articular palabra.

—No, la verdad es que no.

—Pero ¿nada de nada?

Su pregunta me desconcierta. El tono en el que la formula no muestra preocupación, y no parece tampoco conciliador, sino curioso. Como si estuviera ocultando algo. Como si al recordar yo, él fuera a quedar expuesto.

Sacudo la cabeza. Lucas sabe que tengo migraña, pero no me ha dado nada para mitigar el dolor. Una lágrima inesperada se me escapa y resbala por mi mejilla.

—Nada. No me acuerdo de nada.

Su mirada se vuelve más intensa, sus fríos ojos azules se entrecierran como si no me creyera, la duda se dibuja en la comisura de sus labios. Y al ver que mi expresión de engaño y confusión permanece inalterada, esos labios se transforman en una sonrisa sutil que muestra alivio, que denota que sabe que se está escapando con éxito de una situación comprometida.

De algo cruel.

—Vale —dice Lucas—. Me alegro de que no recuerdes lo que pasó antes de nuestras vacaciones.

Las supuestas «vacaciones». Cuando se ha ido, vuelvo a echar un vistazo a nuestro muro de Instagram. Nuestra cuenta conjunta, @thefoxyfoxes, exhibe a la pareja perfecta y enamorada típica de las

redes sociales. De las que no solo son felices, sino repulsivamente envidiables. Nosotros en una playa de San Martin. Bebiendo a sorbos cócteles en un hotel de cinco estrellas, lo cual soy consciente de que no es real. Yo en bikini, jugueteando con olas turquesas. Puedo reconocer el bikini con estampado floral del año pasado, pero parezco más delgada, y ¿no tengo el pelo algo más corto? Se supone que esas fotos se tomaron la semana pasada. ¿Me estoy volviendo loca? No. Eso no sucedió. No estuvimos de vacaciones en el Caribe.

Cuando alguien alcanza el nivel profesional de manipulación psicológica de la realidad de mi marido, los pensamientos de supervivencia se infiltran poco a poco en tu mente, como cuando vas sola a hacer senderismo y te pierdes y no puedes recordar qué camino has de tomar para volver a la civilización, a la seguridad. Cuando hay un hombre extraño acechando entre los árboles y sientes que no tienes que mostrar miedo y que no debes correr o empeorarás las cosas porque podría alcanzarte con facilidad y se excitaría con tu miedo y podría hacerte daño o incluso matarte. Pero también sabes, con total certeza, que tienes que alejarte de él tan rápido como puedas. Que tu supervivencia depende de la intuición que tienes en una fracción de segundo; una lucha experta por tu vida.

Todas las mujeres hemos estado en situaciones delicadas como esas en alguna ocasión, ¿no es cierto? Está asumido que el peligro podría acechar en callejones oscuros, en calles sin salida o en lugares remotos como los que acabo de describir. Pero, en mi caso, lo hace aquí mismo, en mi casa.

En mi *hogar*.

Y el responsable es mi marido.

2

La primera vez que Lucas me trajo a su casa junto a la playa, hace tres años, me tenía embelesada.

Había podido conocer al tipo con estilo vestido de traje, a ese abogado habilidoso que no pasaba desapercibido allá por donde iba, pero aún ignoraba al surfista despreocupado, aficionado a la fotografía y a los paseos nocturnos por la playa, que podía señalarme todas las constelaciones del cielo y explicarme cómo encontrar la estrella polar.

—Ava —dijo, mientras paseábamos por la playa al amanecer mientras los pelícanos sobrevolaban el océano graznando en formación de uve—. Qué guapa eres.

Me reí. No sabía si creerle o no.

—No te muevas —dijo—. Quédate justo ahí, con la brisa en el pelo. —Saltó poniéndose delante de mí y caminó hacia atrás, apuntándome con su cámara, que llevaba colgada del cuello. Se la llevaba a todas partes. Había pasado la noche en su casa, pero me había guiado, como un auténtico caballero, hasta el dormitorio de invitados, «para que puedas tener tu espacio propio», había comentado. Estaba demasiado borracha para volver conduciendo a casa y me convenció para que me quedara, prometiéndome que no me tocaría. Cumplió su palabra, para mi inmensa desilusión. El miedo a que pudiera no llamarme al día siguiente fue la única razón por la que no me había abalanzado sobre él durante esa tarde. Sin embargo, en mitad de la noche, me colé en su habitación y me deslicé bajo las sábanas, a su lado. No pude resistirme, y ya está. Fue imposible mantener nuestras manos lejos del otro.

Después de la sesión de fotos, pasamos el día en su terraza, viendo cómo el océano iba adoptando varios tonos diferentes de azul, riendo, bromeando y contándonos nuestras vidas. No me insinuó

que ya era hora de irme, como habrían hecho otros hombres, y me quedé de nuevo a pasar la noche, y todo el día siguiente, poniéndome sus camisetas y calzoncillos dos días seguidos. Pedimos *pizza*. Me encantaba sentir el olor de Lucas en mi piel y saber que quería que me quedara. Adoraba esa faceta suya distendida y divertida. Aunque existía una atracción sexual evidente entre los dos, también tenía la sensación de que fuéramos mejores amigos. No me juzgaba por mi origen humilde, por haber trabajado de camarera para costearme la universidad y por no haber estado nunca en el extranjero.

Me pasé casi toda aquella primera tarde sentada en su regazo, con sus brazos rodeando con firmeza mi cintura mientras contemplábamos el mar, respirando el aroma de la playa y el aire fresco y salobre, mientras me daba todos los detalles sobre la casa. Tuvo la suerte de haberla heredado de su abuelo, que la había comprado hacía siglos, antes de que los precios inmobiliarios se dispararan. Para los estándares actuales de Malibú, la casa me pareció bastante peculiar, pero en un sentido positivo era encantadora. Una cabaña de madera de dos dormitorios con una terraza trasera que parecía no haber sido renovada en décadas. Me fascinaba su aire bohemio.

Lucas tenía la barbilla apoyada en mi hombro desnudo, su pelo rubio iluminado por el sol, nuestras mejillas rozándose.

—Esta casa se construyó en los años cincuenta —me contó—. Es una de las pocas casas originales frente al mar que no han convertido en una mansión prefabricada sin alma, y cuyo estilo e integridad no han destruido; o peor aún, que no han destruido *literalmente* y sustituido por una estructura más «opulenta» de cristal, hormigón y aluminio como algunas de las casas de mis vecinos.

—¿Como la casa de al lado?

Asintió.

—Las casas de este tramo de costa están construidas sobre la arena, sin dique de protección contra el mar. Aun así, han resistido los terremotos. —Luego me sujetó la barbilla con delicadeza, me giró la cara hacia él y me besó, primero suavemente, luego con profundidad, fuerza y decisión—. Pero a este terremoto no han tenido que enfrentarse —dijo después del beso.

Me reí.

—Una de las mejores frases para ligar que he escuchado en toda mi vida. —Entonces nos cogimos de la mano. Seguí charlando, con la sensación de que debía rellenar los vacíos, que teníamos mucho sobre lo que ponernos al día. Sentía que era la pieza del puzle que me faltaba y que en ese momento mi verdadera vida acababa de empezar.

—Me fascina que tengamos la playa a nuestros pies, que la casa esté expuesta a los elementos —parloteé, pensando en lo bien situada que estaba. La noche anterior, en la cama, gemí más fuerte de lo que debía y las olas acallaron mis gritos de éxtasis. Era el hombre más sexi con el que había salido nunca. Me tocó en todos los lugares adecuados y, cuando exploté de placer, supe que no quería volver a acostarme con otra persona que no fuera Lucas Fox —. Es perfecto —dije. «*Él es perfecto. Este fin de semana es perfecto*».

—Por eso está construida sobre pilotes —continuó, respirando en mi oído, como si estuviera hablando de algo sensual y no solo de una casa—. Armoniza con el entorno, encaja a la perfección en Malibú, parece hecha para estar aquí. Porque, en esencia, así es Malibú.

—Me encanta la palabra Malibú —dije, estirando cada sílaba con una cadencia lenta—. Suena muy exótica.

Se inclinó hacia atrás con su cerveza.

—Cuando alguien la oye, siempre evoca imágenes de gente rica y estrellas de cine. Supongo que hoy en día esa es más o menos la realidad. Pero olvidan que empezó siendo un paraíso para los surfistas, célebre por sus olas, y que incluso antes de eso hubo ranchos y granjas a lo largo de esta costa abrupta. De hecho, los *chumash*, un pueblo marinero que se asentó en este litoral, fundaron Malibú en el año 500 a. C.

De repente, sentí que la conversación se había alejado demasiado de *nosotros*, de nuestra intimidad. Me preocupaba que quisiera que me fuese. No podía asimilar el hecho de que yo le gustaba de verdad.

—No lo sabía —dije, sin concentrarme de verdad en la conversación, solo hablando por hablar para alargar un poco más el día—. ¿De dónde procede el nombre de Malibú?

—Significa «donde se oye el rugido de las olas».

«Donde se oyen mis rugidos», pensé, y sonreí.

Nunca me pidió que me fuera. Me quedé hasta el amanecer del lunes, cuando tuve que volver a mi apartamento para cambiarme e ir a trabajar.

Mis ojos se posan ahora en la foto que me hizo en la playa en aquel romántico fin de semana de hace tres años. Está enmarcada en la pared. Pequeños mechones de pelo se deslizan por mi rostro. La foto es en blanco y negro. Aparezco mirando al objetivo, con los labios entreabiertos en una suave sonrisa. Con pequeños granos de arena esparcidos por encima de los ojos, mi mirada expresa esperanza y es expectante, como si esperara que Lucas me completara de alguna manera. También hay una reticencia casi imperceptible en mis ojos, una vacilación, como si supiera en lo más profundo de mi ser que un día me rompería el corazón.

3

Tengo una caja grande, pintada con pájaros dorados posados sobre ramas frondosas, con un cielo cerúleo de fondo, donde guardo todos mis tesoros. De tanto en tanto, cuando estoy nostálgica o triste, saco de ella mis cosas especiales. Las sostengo entre mis manos. Lo más antiguo que tengo es un coche de juguete que me regaló mi padre antes de abandonarnos. Yo solo tenía tres años. No es el regalo habitual que le harías a una niña pequeña, pero a mí me encantaba. Una camioneta de color azul marino. Tiempo después, cuando ya se había marchado, me imaginaba que volvía con mamá, y el coche rebosaba con nuestra familia. Hermanos y hermanas por doquier. Perros y cestas de pícnic. Eso nunca ocurrió. Para nada.

Ni mamá ni yo volvimos a verlo. He intentado localizarlo a lo largo de los años. Mamá me aseguró que era un borracho y que probablemente estaría muerto por ahí por alguna cuneta, pero nunca la creí. *No podía* creerla. Pero ni con la existencia de internet, ni incluso después de pagar a un investigador privado, pude encontrar a mi padre. Supongo que si alguien no quiere que lo encuentren, no hay mucho que se pueda hacer al respecto.

Saco otro tesoro de mi caja.

Una carta de Lucas. Me la entregó él mismo con una expresión en la cara que no supe leer en ese momento. Aquel primer fin de semana de pasión desembocó en un embarazo inmediato. Estaba aterrorizada, porque lo único que quería era tener el bebé y estaba convencida de que Lucas se horrorizaría, que querría que abortara.

Mi hermosa Ava:

Sé que todo ha ido muy rápido y ha sido una locura y una sorpresa para los dos, pero estoy enamorado de ti. Eres divertida, dulce y

adorable de todas las formas posibles. Quiero estar todo el tiempo contigo. Y, sí, puedo visualizarnos juntos eternamente.

Hagámoslo.

Tengamos ese bebé.

Eres mi estrella polar y no puedo imaginarme la vida sin ti. Siempre te querré,

tu lucas

Todavía saboreo esas palabras que me escribió, les doy vueltas en mi cabeza, mientras las lágrimas nadan por mis ojos llorando al bebé que nunca fue. El aborto natural que me destrozó.

Rebusco entre los otros tesoros que tengo en mi caja. Hay varias fotos, con las esquinas dobladas y desgastadas por el manoseo, consecuencia del cariño que les tengo. Mi poni Willow y yo, la primera vez que me enamoré de un animal, antes de descubrir también la magia de los perros. Estábamos muy unidos, solía montarlo sin silla. Una foto donde salimos mamá y yo cuando era pequeña, antes de que mi padre se fuera. Me sostiene entre sus brazos, mirándome con cariño. Llevamos puestos vestidos azul cielo que van a juego. Tengo una piruleta en la boca y mis mejillas son sonrosadas, gordas y redondas.

Saco otro recuerdo, sintiendo la suavidad de la lana de crochet entre mis dedos. Un patuco de bebé amarillo pálido. De ese color porque no sabía el sexo de nuestro bebé. Cuando lo perdimos, guardé este par en la caja, por si acaso. Desconsolada pero esperanzada.

Para la próxima vez.

Con lágrimas en los ojos, oculto la caja en el fondo del armario. Oigo el ruido del coche de Lucas en la entrada y corro hacia el espejo para mirarme la cara. Últimamente hay cierta distancia entre nosotros. La forma en la que se ha estado comportando me ha hecho estar alerta, aunque tiene respuesta para todo y dice que mi

imaginación está disparada. Tal vez sea así. Ya no puedo confiar en mi propio juicio por lo que parece. El olorcillo a la colonia de otra persona en el cuello de su camisa —»Una clienta que apestaba tanto a perfume que me daba náuseas. Tuve una reunión insoportablemente larga, madre mía, me alegro de que terminara»—. La sonrisa que se dibujó en su rostro la otra tarde, mientras respondía frenéticamente a un mensaje de texto —»¡El proyecto del que te he estado hablando últimamente acaba de recibir luz verde!»—. A veces, cuando suena el teléfono, comprueba quién es la persona que llama y no contesta, con una mirada sospechosa —»No quiero que nadie interrumpa nuestro tiempo de calidad, cariño»—. Las horas extra nocturnas en el trabajo —»¿Crees que *me gusta* trabajar hasta tan tarde? Me gustaría mucho más estar en casa contigo»—. Los collares nuevos para las perras que me dijo que había comprado sabiendo la pereza que le da ir de compras —»Son como nuestras *hijas*, cariño, quería hacer algo especial»—. La gran cantidad de dinero que sacó del cajero cuando nunca suele pagar en metálico —»¡Me has pillado! Intentaba sorprenderte con un regalo, así que no quería que vieras el pago en el historial de nuestra tarjeta de crédito»—. Se ha reído de todo ello, y me pregunto si estoy imaginando cosas de más debido a mis propias inseguridades. Un aborto espontáneo puede hacerte eso, perder la confianza en ti misma. Aunque ocurrió hace casi tres años, está tan vivo en mi memoria como si hubiera sucedido ayer.

Le saludo en la puerta con un abrazo. Da un paso hacia atrás, se toma su tiempo para apreciar lo que ve y suelta un largo silbido de admiración. Me siento bien. Sexi. Encantada por su reacción y llena de esperanza.

Pero sale con:

—¿Cómo es que llevas esos tacones puestos? ¿Y ese maquillaje?

Nunca te pones tacones. —Lo dice de un modo inquisitivo y sospechoso, como si yo hubiera hecho algo malo.

—Porque me apetece —respondo—. Tengo ganas de un cambio.

Con sus ojos, de un azul glacial, clavados en mí, me pregunta:

—¿No estarás poniéndome los cuernos por casualidad, amor? —Inclina la cabeza hacia un lado, estudiándome como si pudiera leer algo siniestro detrás de mi mirada atónita. Nunca se me pasado por la cabeza la idea de acostarme con alguien que no sea Lucas. Nadie más me atrae. Ni siquiera las estrellas de *rock*, de cine o los modelos masculinos. Lucas es el único al que quiero. No tengo ojos para otro.

—¡Lucas! ¡No! No me puedo creer que me preguntes eso.

Sacude la cabeza, sonriendo mientras lo hace.

—No estoy convencido. —Su tono ha cambiado de alguna forma; ahora parece estar medio bromeando, pero no lo está. Rebusco en mi mente, intentando pensar si he hecho algo, cualquier cosa, para merecer esa acusación tan fuera de lugar. Me rodea la cintura con el brazo y me atrae para darme un beso intenso y apasionado. Sus labios saben a mar y a manzanas, o a algo dulce que no logro identificar.

—Recuerda, Ava, eres mía —dice.

Siento su cercanía, me deleito con su atención, olvido mis propias sospechas, porque en este momento no importa otra cosa que no sea nosotros. De hecho, sus celos me excitan. Desliza su mano por mi muslo y encuentra el lugar más placentero entre mis piernas. Gimo de placer por adelantado. Me levanta en brazos y me lleva a nuestro dormitorio, donde pasamos la tarde entera. Es como si nos hubiéramos vuelto a enamorar...

4

Estoy embarazada. Lo último que esperaba. Mi felicidad eclipsa cualquier otra cosa. Es lo que llevo tanto tiempo deseando. Y Lucas también. Todas las sospechas y miedos que me han consumido en los últimos meses parecen desvanecerse. Mi deseo se ha hecho realidad. Una dulce expectación inunda mi corazón de amor y de esperanza.

Lucas entra en la habitación con una bandeja. En una escala del uno al diez en responsabilidades de un marido, tengo que decir que Lucas estaría en un ocho, y algunos días, en un nueve. Hoy, ronda el nueve y medio. Mientras dormía, tratando de aliviar un dolor de cabeza terrible, ha sacado a pasear a las perras, les ha dado de desayunar y ahora está aquí, trayéndome café y tostadas.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta con ternura, dejando la bandeja en el borde de la cama. Sus ojos azules están llenos de amor. Aparta un bucle de cabello de mi cara y me toca suavemente la piel con los dedos—. He venido antes, pero aún estabas frita. No quería despertar a la Bella Durmiente. Cómete una tostada. —Me mira con cariño mientras me acerca a los labios la tostada con mantequilla, untada también con mi miel favorita. La fragancia impregna mi cabeza de lavanda y Provenza. Abro la boca y dejo que me alimente.

Mastico y trago.

—Delicioso.

—Hay helado de chocolate con menta en la nevera y, mientras dormías, he hecho puré de patatas con cilantro picado.

—¿En serio?

—Claro.

—Qué detalle. —Últimamente he tenido mucho antojo de cilantro, ni más ni menos. Y de comidas caseras como puré de patatas o

macarrones con queso. El embarazo me ha provocado antojos extraños.

Esboza esa sonrisa encantadora que tiene.

—En realidad, lo he hecho por razones egoístas. Mantenerte feliz me hace la vida mucho más fácil. Y nuestro bebé tiene ciertos gustos.

Nuestro bebé. Esas palabras me resultan muy prometedoras. Me guiña un ojo, y un bucle de pelo rubio oculta el otro. El que esconde secretos, intriga. Un ojo cuya mirada aún me hace flaquear.

Inspira por la nariz y su actitud cambia de repente. Vuelve el hombre de negocios, el que tiene una misión incuestionable. Mira su Rolex.

—Tengo que irme. No puedo llegar ni un segundo tarde o mi padre me excluirá de la reunión.

No me opongo. Sé bien que no debo interponerme entre Lucas y su padre. Mis esfuerzos por promover la autonomía de mi marido han fracasado con el tiempo. Si fuera más emprendedor, habría dejado el bufete de su padre hace mucho tiempo. Pero es débil. Se preocupa demasiado por demostrar su valía a Jack, por asumir su negocio, porque desde pequeño le hicieron creer que eso era lo que debería suceder. Ese es el cebo que Jack ha estado utilizando con Lucas durante años. Fox & Fox, aunque el «& Fox» aún está por definirse. Fox & Co., como se llama actualmente, no implica de manera clara que se trate de un negocio familiar. En el último año, Jack ha perdido dos clientes. O bien ha perdido el toque Midas que le hacía tener éxito, o es solo una señal de los tiempos que vivimos en los que los clientes buscan economizar, pero, por la razón que sea, Jack ha puesto la responsabilidad de «volver a la cima» sobre los hombros de Lucas. Ha dejado muy claro que si mi marido no es capaz de cerrar este nuevo cliente —una entidad japonesa relacionada con los medios de comunicación que Jack lleva

cortejando seis meses—, venderá Fox & Co. al mejor postor y se jubilará sin dejarle a Lucas «ni un maldito centavo».

—Siempre tuviste razón —me dice ahora mi marido—. Debería haberte hecho caso, cariño. Debería haberme marchado cuando tuve la oportunidad, pero después de todas las horas de trabajo que he invertido, quiero que valga la pena. Voy a demostrarle a mi padre de qué estoy hecho. Ya lo verá, cerraré este cliente. Estoy así —levanta el pulgar y el índice dejando un centímetro escaso entre ellos— de cerca. Te juro que esta misma noche ya habré conseguido el acuerdo. —Lucas se levanta, guapo, con un traje azul marino entallado y una corbata de seda de color aguamarina que combina con sus ojos. Zapatos italianos lustrados con un brillo impecable. Hasta ha memorizado algunas frases en japonés para impresionar al cliente.

—Por cierto —dice mirando al techo—, quería preguntarte algo. Con las hormonas del embarazo, estando olvidadiza como estás y todo eso, deberíamos encargar que nos revisen todos los detectores de humo de la casa para asegurarnos de que funcionan.

—Claro, me haré cargo de ello —le digo, sin que me guste la elección de la palabra *olvidadiza*. Luego le pongo mi mejor sonrisa y añado—: Buena suerte hoy. Cómetelos vivos. —Es la repetición de una de las frases favoritas de Jack: «*Cómetelos vivos*». Suele ir acompañada de «*Nada entre tiburones*».

Pobre Lucas. Siempre ha intentado ser un tiburón, pero ha fracasado en cada intento. Esa parte suya de tipo duro es pura fachada, la necesidad de complacer a su padre. Pero bueno, que yo no soy ninguna ingenua. Antes de mi embarazo, él estaba teniendo un comportamiento sospechoso. Llegaba tarde a casa. Se reía leyendo mensajes de texto. Dedicaba más tiempo a su aspecto, incluso a sacar brillo a los zapatos. Pequeñas pistas que evidenciaban que estaba mintiendo, y la mentira se transformó en

una forma insidiosa de manipulación psicológica de la realidad que yo no apreciaba. ¿El mayor indicio de todos? Un pendiente de aro con incrustaciones de diamantes que encontré debajo de la cama hace un par de meses cuando volví de un viaje de trabajo, tras haber estado fuera de casa unos días.

Un pendiente que no era mío.

5

Cuando Lucas sale de la habitación, me incorporo en la cama, apreciando nuestra preciosa vista del océano y sintiéndome muy agradecida por mi embarazo. Ariadna, una de nuestras perras, está acurrucada a mis pies, medio envuelta en el edredón, deleitándose con una pereza matutina inusual. Perdí mi trabajo hace un par de meses, así que últimamente he logrado dormir un poco más de lo habitual. Mi otra perra, Safo, tiene la cabeza apoyada cerca de mi vientre, donde es consciente de que una vida está creciendo. Con su sexto sentido, supo que estaba embarazada incluso antes de mi primera falta. Es increíble lo sensibles e intuitivos que son los perros. Asimilo todas las opciones, entre ellas la posibilidad de perderlo —de perder todo lo que tengo—, y me inunda una oleada de temor y tristeza. El año pasado mi madre murió de cáncer. No tengo hermanos y mi padre es como si estuviera muerto también. Aparte de mi tía, no tengo más familia que mi marido. Fue un *shock* perder mi trabajo, algo que no vi venir en absoluto. Me «dieron la libertad». La vida en Hollywood está dominada por el nepotismo, y me ha sustituido la hija del productor del programa. Teniendo diez años de experiencia a mis espaldas como supervisora de guiones, una completa novata me ha sustituido, así sin más. Dos semanas de indemnización por el despido, y «*Cuídate, Ava, pásate a tomar un café cuando quieras, sin rencores*».

Me preocupa, porque no me quedan ahorros. Los gastos médicos que debía al hospital después de que me dijeran que no podían hacer nada más por mi madre los devoraron. Siempre he trabajado, siempre he ganado mi propio dinero y he sido económicamente independiente. No se me había pasado por la cabeza la idea de que no pudiera encontrar trabajo en una ciudad que gira en torno a la industria del cine, un campo en el que poseo muchísima experiencia.

Pero ahora mismo, mi seguridad financiera está al borde del abismo. No tengo nada más allá de mi matrimonio, y nuestro bebé viene de camino. Las facturas médicas en Estados Unidos no son ninguna broma. Quise lo mejor para mi madre, como cualquier hija habría querido. No dudé un segundo a la hora de brindarle la mejor vida posible durante sus últimos meses. Supuse que mi trabajo cubriría los gastos. Jamás se me habría ocurrido contemplar la posibilidad de que me despidieran y no encontrara otro empleo en ese caos que supone que te den «la libertad». Sigo intentándolo. Tengo a tres cazatalentos buscándome algo. ¿Quién me iba a decir que iba a resultar tan complicado?

Pongo la mano sobre mi vientre para que mi bebé no absorba mi ansiedad. Voy a darlo todo por este embarazo. Al fin y al cabo, ahora que estoy sin trabajo, sin duda tengo tiempo para concentrarme en mi salud y bienestar. Hago de todo: yoga, meditación, escuchar podcasts sobre el embarazo, recibir clases sobre nutrición y tomar vitaminas.

Respiro tranquilamente y poso la mirada sobre mi estómago. Me digo a mí misma que todo saldrá bien.

«Somos supervivientes —susurro—. *Podemos salir de esta»*.

Pero me resulta difícil controlar mis emociones enfrentadas. Mis ojos recorren la habitación mientras me invade la idea de lo que está en riesgo si mi matrimonio no funciona. Intento alejar ese pensamiento. Quiero a mi marido, a pesar de todo, y mi prioridad ha sido siempre crear un hogar para mi familia. ¿Y si estuviera equivocada sobre mis sospechas de que me engaña? Está tan ilusionado con el bebé como yo. Somos un equipo. Este es el hogar que creamos juntos para nuestra familia, para nuestro futuro. Yo, una mujer enamorada, elegí cada detalle de esta casa, y lo hice con amor. Las cortinas y los cojines azules y blancos que irradian entusiasmo, el blanco sencillo de las paredes que no interfiere con

las vistas, donde la luz del sol proyecta sombras móviles y reflejos dorados de luz matutina por la habitación. El tocador, donde se encuentran mis cremas y mi perfume francés, que está recubierto con un cristal bajo el que hay fotos familiares especiales que me alegran cada mañana cuando me visto y me ponen de buen humor para empezar el día. El cuadro al óleo de un paisaje costero de Saint Tropez que ocupa con orgullo un lugar privilegiado junto a las vistas, regalo de Lucas tras nuestra luna de miel. Y sobre todo, nuestras dos preciosas *golden retrievers*, Safo y Ariadna, a las que rescaté de una perrera ilegal, donde las utilizaban sin piedad como instrumentos para la reproducción. Me encantó darles la bienvenida a nuestra familia, no solo porque necesitaran que las rescatasen de ese infierno, sino por su naturaleza amable con los niños, su sentido de la diversión, su lealtad con su familia, su manada. *Nosotros*. Lucas y yo. Yo y Lucas. Y ahora, nuestro bebé en camino. Y estas chicas sienten cosas: el latido del corazón del bebé junto al mío, que produce en mí un amor insondable que nunca creí posible, del que se filtra hasta la médula. Las perras están tan emocionadas como yo. Deseo con todas mis ganas que las cosas salgan bien.

Deslizo la mirada hacia los ventanales de cristal. Dan a la terraza con vistas al océano. Me encanta esta vieja casa de madera, no querría otra en el mundo. ¿Cuántas tienen una vista así? Aunque, justo en este momento, una nube oscura se cuela en mi campo de visión, como una señal de advertencia. Ha surgido de la nada, instalándose en la gran inmensidad del cielo azul de septiembre. Teñida de rojo, ahora se extiende y se dispersa.

«Cielo rojo a la alborada, cuidado que el tiempo se enfada».

Mi dolor de cabeza vuelve a aparecer. Los pensamientos negativos se agolpan, se entrelazan, pretenden afianzarse. Intento hacer memoria, trato de reconstruir todo lo que ha conformado nuestro matrimonio hasta ahora y la persona que soy. O, al menos, la

persona que creo ser. Una chica de un pueblo pequeño, criada por una madre soltera y un padre que desapareció del mapa cuando tenía tres años. Una persona de origen humilde que sufrió a los típicos abusones del colegio, que tuvo tres trabajos para poder ir a la universidad y hacer que todo funcionara. Una persona que es consciente de la fuerza que tiene.

Eso es lo que soy.

O, al menos, lo que era hasta que mi marido empezó a jugar con mi mente y hacerme dudar de mi juicio. ¿Es capaz de cambiar?

Supongo que pronto lo averiguaré.

6

—Cariño —dice Lucas, entrando en el dormitorio. Ha vuelto del trabajo. No he hecho otra cosa que pensar durante todo el día. Reflexionar. Todavía estoy en pijama atiborrándome de helado cuando me encuentra en la cama viendo mi programa favorito, *Go Ask Bobbie*.

Me saluda con un beso. Un beso casto en la frente.

—Hueles a lirio de los valles —le digo.

—Tu sentido del olfato se ha vuelto loco desde que te has quedado embarazada —responde, y se ríe—. Lo que hueles no soy yo, amor, es el helado. —Se desprende con rapidez de la chaqueta y la camisa y se dirige al baño—. Voy a darme una ducha.

—¿Por qué has vuelto tan tarde? —le grito mientras se aleja, llevándome a la boca otra cucharada del helado de vainilla con trozos de galleta de Ben & Jerry's.

Pero ignora mi pregunta, gira la cabeza en el umbral de la puerta, me guiña un ojo y me dice:

—Te he echado de menos, amor.

Mi mente empieza a maquinar imaginando lugares en los que ha podido estar, pero, pensando en mi bebé, intento bloquear esa cháchara interna tan negativa.

Pasé un tiempo en un centro psiquiátrico después de mi aborto hace tres años. Lo había hecho todo bien y los médicos me aseguraron que no había sucedido por mi culpa. Había tomado ácido fólico, evitado el alcohol, hecho el ejercicio que se suponía que debía hacer, dormido mucho, etcétera. Sin embargo, una mañana me desperté sangrando y, en el hospital, la ecografía mostró que el bebé no tenía latido. Estaba devastada. Al día siguiente tuve que someterme a una operación con anestesia, un legrado. Era irrevocable. Supongo que de alguna forma había pensado que si el

bebé podía sentir el poder de mi amor, el calor y la protección de mi vientre, podría volver a la vida milagrosamente.

—¿No puede darle unos días más? —le pregunté a la cirujana—. ¿Por si acaso? —Me miró con toda la compasión del mundo en sus ojos, pero no dijo palabra. Se limitó a negar con la cabeza. Más tarde, me explicó que estos abortos inexplicables les ocurren a muchas mujeres, que no estaba sola y que podía volver a intentarlo al cabo de seis meses—. Cuando el cuello del útero haya tenido tiempo de cicatrizar —me dijo. Había supuesto que Lucas y yo volveríamos a intentarlo enseguida, que podríamos reemplazar un embarazo con otro y olvidar nuestra mala suerte, pero no iba a ser así porque mi salud habría corrido peligro. Cuando todo terminó y me recuperé, me parecía un sacrilegio tomar las píldoras anticonceptivas que me habían recetado los médicos. Estuve tentada de arrojarlas al váter y tirar de la cadena, de intentar quedarme embarazada enseguida, pero me habían dicho que mi cuerpo necesitaba tiempo para curarse. Toda esa experiencia me sumió en una espiral de depresión y confusión. Lo arrasó todo.

Y es que, a ver, fue el embarazo lo que precipitó nuestro matrimonio. Lucas entró en pánico. Sus padres, que son muy conservadores, dejaron claro que no podía «ir por ahí embarazada» sin estar casados. Yo no tenía prisa, pero Lucas insistió en que contrajésemos matrimonio. Cuando me presentó a Jack y Barbara, comprendí cuál era su problema. Le habían controlado durante tanto tiempo que había olvidado su propia fuerza interior, su capacidad para tomar decisiones por sí mismo. Eran fríos, formales, vestían impecablemente. Su madre llevaba un apretado moño pegado a la cabeza, a juego con un traje de Chanel y tanto bótox paralizándole la frente que me pregunté si se le habría filtrado hasta el corazón. Su padre, un abogado de primera, con clientes que abarcaban desde leyendas del fútbol a estrellas cinematográficas mundiales, me hizo

sentir incómoda al no parar de hacerme preguntas sobre mi pasado y mi educación, que, por supuesto, palidecían al lado de los de Lucas. Aquella primera vez en la que nos tanteamos en Maestro's, sentí que me estaban haciendo una entrevista de trabajo.

—Te criaste en el Wyoming rural, según nos dijo Lucas. —Jack levantó una ceja como si el hecho de ser una chica de pueblo fuera algo cuestionable.

—Así es —respondí con orgullo.

—Bueno, no creemos en eso de... «vivir en pecado» —intervino Barbara, cambiando de tema bruscamente—. Tenemos que arreglar esto enseguida.

—¿Qué es lo que hay que arreglar? —¿Me estaban invitando a cenar para discutir la interrupción de mi embarazo? Me estremecí.

—La boda —aclaró—, tiene que celebrarse cuanto antes.

—Ah, no necesitamos casarnos por el simple hecho de que esté...

—He logrado aprovechar el hueco que ha dejado una cancelación de última hora, gracias a Dios, en el Hotel Bel-Air dentro de tres semanas. ¡Qué golpe de suerte! Normalmente hay una lista de espera de al menos un año.

—¿Tres semanas? —Miré a Lucas, que asintió con la cabeza.

Jack dio un sorbo a su vino.

—Pero, por supuesto, necesitaremos que firmes un acuerdo prematrimonial.

—¿Que firme qué? —repetí. La conversación era cada vez más surrealista. Me volví hacia Lucas. «¡Di algo!».

Pero Lucas solo me cogió la mano y sus labios permanecieron inmóviles.

—Un acuerdo prematrimonial —insistió Barbara, dando la sensación de que yo no supiera lo que era eso.

—Para proteger la herencia de Lucas —añadió Jack—. De hecho, lo tengo aquí mismo. —Golpeó su maletín con suavidad—. No tiene

sentido perder el tiempo. Al fin y al cabo, soy abogado, y a ver, si quieres algo de tiempo para darle una vuelta...; pero con toda honestidad, Ava, si amas a Lucas...

—Que sabemos que es así —cortó Barbara.

Lucas seguía mudo, tan solo apretó un poco más mi mano como muestra de solidaridad.

—Yo... todo esto es muy rápido —protesté—. Necesito algo de tiempo para pensar, yo...

—Oye, ¿no quieres casarte conmigo? ¿Es eso? —interrumpió Lucas, con el ceño fruncido por el dolor.

—Claro que sí, pero no había imaginado que todo ocurriría tan rápido.

¿Qué haces cuando tienes a tres personas coaccionándote, estás embarazada y locamente enamorada? Me sentí muy presionada, acorralada. ¿Sabía Lucas que sus padres iban a sugerir nuestro matrimonio y pedirme que firmara un acuerdo prematrimonial?

Lucas, al ver mi angustia, se aclaró la garganta.

—Mamá, papá, todo esto es un poco...

—Lo revisaré esta noche —dije.

Estaba enamorada de Lucas, así que ese acuerdo estúpido me daba igual. Me ganaba la vida por mí misma, tenía un buen trabajo, un pacto prematrimonial no iba a cambiar nada. Lucas estaba comprometido conmigo y también con el bebé, eso era lo más importante.

Quería demostrar que me casaba por amor, no por dinero, así que lo firmé a la mañana siguiente. Por supuesto que lo hice. Amaba a Lucas, íbamos a tener un bebé, ¿cuál era el problema?

El documento estipulaba que si Lucas y yo nos divorciábamos, no tendría derecho alguno sobre sus ganancias, herencias o propiedades, presentes o futuras. Debería haberme buscado un abogado para que lo revisara y negociara un poco. Al fin y al cabo,

eran ellos los que estaban presionando para que nos casáramos. Pero estaba enamorada. No quería generar conflictos ni empezar nuestra vida juntos con mal pie, así que decidí no contratar a ningún abogado. Estaba convencida de que nunca nos divorciaríamos. ¿Por qué preocuparse por un acuerdo prematrimonial? Ganaba mi propio dinero, ¿por qué iba a darle más vueltas? El padre de Lucas lo tenía todo muy bien atado; lo más fácil era firmar.

Pero, cuando sufrí aquel aborto, apenas unas semanas después de la boda... Claro, no soy tonta, supe leer entre líneas. Pude apreciar el gesto de desdén de los labios de Jack Fox, como si hubiera engañado a Lucas para que se casara conmigo «por estar embarazada». Creo que Jack Fox sintió que reía el último cuando perdí a mi bebé, porque al menos sabía que su dinero, el legado que algún día legaría a su hijo, estaba a salvo. Estaba convencido de que me largaría por donde había venido, a mi «pueblecito perdido de Wyoming». Pero yo no me iba a ir a ninguna parte. ¿Por qué iba a hacerlo si estaba —y aún estoy— enamorada de mi marido?

Desde entonces, Jack está deseando que nuestro matrimonio vaya mal, que uno de los dos pida el divorcio. Los padres de Lucas piensan que vengo de «la parte desfavorecida de la sociedad». Piensan que soy una «blanca pobre de clase baja». No entienden el valor de ser criada por una madre soltera, de tener que luchar para salir de un pozo profundo. Él quería a la típica princesa de la Costa Este para su hijo, no una mujer como yo: una «vaquera de pueblo» de Wyoming que sabe montar sin silla y disparar con precisión. Estoy orgullosa de mis raíces.

Un poco de agallas y determinación hacen mucho.

Lucas vuelve al dormitorio después de ducharse, con la toalla atada a la cintura. Como siempre, su cuerpo bronceado y musculoso atrae la atención de mis ojos. Mientras rebusca en el armario para coger una camisa limpia, de espaldas a mí, percibo un arañazo en su

hombro. Como el zarpazo de un tigre, aún fresco y en carne viva. No le he clavado las uñas en la espalda. De hecho, hace dos semanas que no hacemos el amor. Si le pregunto, tendrá una excusa preparada, como siempre. Me dirá que se lo hizo con la tabla de surf o algo así, y entonces dudaré de mí misma y me sentiré paranoica.

Además de comer por dos, necesito *pensar* por dos. Independientemente de las sospechas que pueda tener sobre mi marido, nuestro bebé necesita dos padres, un hogar lleno de amor y todas las oportunidades que me negaron de niña. Además, irme no es una opción. Sé lo que está en juego. Él lucharía por la custodia, y probablemente ganaría. Podría salir por la puerta ahora mismo, claro, pero ¿a qué me conduciría eso? A un gran lío con una batalla judicial de por medio, ahí me llevaría. Y lo que es más importante, ¿en qué beneficiaría a mi hijo? Además, ahora mismo no estoy en condiciones de tomar decisiones radicales, sobre todo cuando ni siquiera confío en mi propio juicio. Porque siempre existe la posibilidad de que esté equivocada.

Esta es mi situación. Es una montaña rusa. Infinidad de emociones luchan entre sí dentro de mí. ¿Cómo puedo confiar en lo que se me pasa por la cabeza con el estado de confusión en el que he estado últimamente? Además, está esa cosa que es el amor, que tiende a meterse en medio de todo cuando estás casada. *Quiero a* mi marido, de verdad. No quiero acabar sola. Cuando me comprometí en matrimonio, creí que era para siempre.

Por ahora, pues, dejaré que las cosas sigan su curso.

A mi ritmo, averiguaré lo que ha estado haciendo.

Tengo mis maneras.

7

A la mañana siguiente, disfrutando de otro delicioso desayuno en la cama gracias a Lucas, medito sobre el pendiente de aro con diamantes que encontré en el dormitorio hace dos meses. Cuando descubrí aquella joya delatora, Lucas negó conocer su procedencia. Por supuesto que lo negó. Se rio de mis sospechas. Me dijo que estaba loca, que él me había regalado esos pendientes las Navidades pasadas.

—¿No *lo recuerdas?* —me preguntó, poniéndome cara de que estuviera volviéndome loca.

—No —respondí—. Nunca había visto ese pendiente. —Hice hincapié en la palabra *pendiente*, en singular—. Me regalaste una silla de montar. Para poder salir a cabalgar más a menudo. —En aquel momento me pregunté si la silla era un intento de Lucas para que saliera más a menudo de la ciudad.

—Amoooooor —dijo con tono zalamero, añadiendo una de sus risitas despreocupadas mientras hablaba—, ¡además de la silla de montar, te regalé esos pendientes caros! No me puedo creer que lo hayas olvidado. La verdad es que es un poco insultante. —Me di cuenta de que había añadido «caros» a su alegato de inocencia. Una forma de activar el sentimiento de culpa. Soy una mujer práctica. No me gustan los gastos innecesarios y ostentosos. Puedo comprarme en el portal The Real Real unos pendientes con brillantes de imitación o unos Jimmy Choos de segunda mano que nunca hayan sido usados, ¿y quién va a notar la diferencia? Desde luego, yo no sé distinguir lo falso de lo auténtico. No se trata de lo que lleves puesto, sino de cómo lo lleves. Me gustan las gangas, pero no que me tomen en el pelo. Comprarme pendientes caros no es la mejor forma de conquistarme.

Justo al día siguiente de aquella conversación, Lucas me enseñó

una foto impresa mía, real, de verdad, colocada en un marco de plata y sobre la mesa de su despacho.

—¿Ves? —dijo regodeándose—. ¿Recuerdas que te dije lo guapa que estabas aquella noche?

Sí que me acordaba de aquella noche. Llevaba un vestido rojo y habíamos ido a bailar. Pero no tenía esos pendientes puestos. Al menos...

No que pudiera recordar.

Fue entonces cuando decidí instalar una cámara en nuestro dormitorio. Porque, o me estaba volviendo loca, o tenía un principio de alzhéimer.

O... mi marido estaba mintiendo.

Les doy a mis perras los últimos bocados de tostada con miel de Provenza y apuro el café.

En cuanto oigo el clic de la puerta principal y la vibración del Lexus eléctrico de Lucas saliendo de la entrada de la casa, me pongo manos a la obra. En el techo de nuestra habitación se encuentra el «detector de humos» que instalé, que Lucas no ha visto hasta hoy; verlo me recuerda que tengo que comprobar las grabaciones. Qué alegría y qué maravilla comprar por Internet. Nadie tiene por qué enterarse de tus asuntos, y mientras borres el historial de tu navegador y cambies tus contraseñas regularmente, ¿quién va a saber nunca nada?

Me subo a la cama, pero no llego al detector de humos ficticio. Está conectado a una aplicación de mi teléfono para que no tenga ni que moverlo de su sitio, ya que todos los vídeos se almacenan en mi teléfono, con fechas y horas, y se pueden localizar con facilidad. Pero tomé la precaución añadida de insertar una tarjeta SD, que es lo que estoy buscando en este momento.

Las perras se excitan cuando me ven empujar la cama hacia un lado y coger una escalera del armario de la cocina. No debería hacer

tantos esfuerzos, no debería andar moviendo muebles en mi estado, pero esta misión no puede esperar. Lo extraño es que ya casi me había olvidado de la cámara. Hasta hoy, que Lucas se ha fijado por primera vez en el «detector de humos».

¿Qué espero encontrar? ¿A Lucas haciendo el amor apasionadamente con otra mujer? ¿En *nuestra* cama? La idea hace que la miel se me suba por la garganta y el corazón me lata con fuerza. ¿Sus ojos azules fijos en los pechos de otra mujer, en la curva de su cuello, sus labios sintiendo la respiración caliente de una amante? Me quito esas imágenes vívidas de la cabeza y me alejo de la escalera. *¿Por qué estoy haciendo esto?* ¿De qué serviría? Nuestro hijo está creciendo dentro de mí y no quiero divorciarme y que la historia se repita, tener dificultades como madre soltera igual que tuvo mi madre. O verme enfrascada en la lucha por la custodia y acabar en una batalla desagradable en la que utilicen al bebé como arma. O peor aún, que me lo arrebaten y apenas me permitan verlo.

Los ladridos de las perras me devuelven al presente. En este momento, todo permanece intacto; las cosas están bien. Estoy casada, embarazada y vivo en una casa preciosa. Tengo todo lo necesario y el hecho de haber perdido mi trabajo no ha afectado ni un ápice a mi estilo de vida. No subestimo mi buena suerte. Estoy pendiente de las noticias. Hago donaciones a organizaciones benéficas, a niñas que anhelan ir a la escuela, a personas que tienen que caminar kilómetros para poder beber agua limpia. A mujeres que no tienen a quién recurrir porque carecen de derechos legales. Soy consciente de mi buena situación, de la suerte que tengo. Es insensato esperar la perfección absoluta de un matrimonio. ¿Por qué querría poner en peligro todo lo que tengo? Mi matrimonio, nada menos que con un abogado guapísimo que me lleva el desayuno a la cama, está intacto.

Saco el móvil del bolsillo, vuelvo a las fotos de Insta de

@thefoxyfoxes y ojeo de nuevo esas fotos de «vacaciones» mientras intento encontrarle sentido al pasado reciente y al presente deslumbrante. Y ahora me pregunto... no puedo evitarlo... ¿me está jugando la mente una mala pasada? ¿Es posible que lo haya interpretado todo mal? ¿Que Lucas y yo *de verdad estuvimos de* vacaciones y de algún modo mi cerebro haya tergiversado la realidad?

8

Cuando vuelvo a casa de pasear a las perras, el coche de Lucas está en la entrada. Se me revuelve el estómago. La cama sigue apartada hacia un lado en la habitación. Se preguntará por qué la he movido. Va a hacer que centre su atención sobre el detector de humos ficticio y, aunque no es que sea un manitas precisamente —en casa soy yo la que cambia las bombillas—, puede que haya estado inspeccionando. Oh, oh. ¿Y si se ha dado cuenta de que el detector de humos es en realidad una cámara? Lo último que necesito es una discusión. Ya me estoy arrepintiendo de haber andado fisgoneando con la intención de pillarle, de haber provocado complicaciones cuando lo que debería hacer es concentrarme en mantenerme sana, tomar mis vitaminas, disfrutar de mi buena suerte y llevar adelante este embarazo. Tengo que centrarme en mi futuro y en el de mi bebé...

Mientras me estoy reprendiendo, una mujer sale por la puerta principal con gran naturalidad. ¿Qué coño? Olvidé activar la alarma antirrobo antes de salir de paseo. Las perras corren hacia ella meneando sus colas. Por la forma en que la saludan y saltan a su alrededor, conocen a esa mujer. No le encuentro sentido. Ella me saluda con la mano. Mi mente sigue en blanco. Una falda corta de tartán. Piernas largas y pálidas como la leche que desembocan en unos Dr. Martens robustos y floridos en sus pies. El pelo recogido en una coleta alta. Lleva un top corto que se le sube por el abdomen y deja ver... ¿un *piercing* en el ombligo? Entonces me doy cuenta de quién es: Jasmine, la asistenta de Lucas. Nos hemos visto una sola vez, cuando en una ocasión me pasé por la oficina.

Ella me saluda de nuevo.

—¡Hola, Ava!

—¿Jasmine? ¿Qué estás haciendo aquí? —Espero a que Lucas

emerja también, pero cierra la puerta tras de sí. Las llaves tintinean en su mano—. ¿Dónde está Lucas? —pregunto, desconcertada.

—En la oficina. Buenas noticias, ha conseguido el cliente japonés. ¡Supongo que vamos a celebrarlo!

¿Vamos?

—¿Por qué estás aquí? ¿Y cómo es que tienes llaves de nuestra casa?

—¿No te ha dicho nada Lucas? Te he dejado la ropa en la lavandería y te he traído la compra. Lucas me dijo que necesitabas que te echaran una mano, que a menudo te olvidas de hacer la compra. —Su tono es objetivo, sin remordimientos e irritantemente optimista.

¿Que me olvido de hacer la compra? Otra vez usando la palabra *olvidar* con tanta facilidad. ¿Y ahora además anda contándole a la gente que estoy olvidadiza? ¡Cómo se atreve!

—¿Y conduces su coche?

Se encoge de hombros como si no fuera gran cosa.

—A veces, sí, cuando tengo que hacer recados para él.

—¿Qué otras cosas haces? —Me quedo ahí, inmóvil. Mi pregunta suena un tanto acusadora. Jasmine no tiene la culpa de estar aquí con las llaves de mi casa ni de conducir el lujoso coche de mi marido. Es su empleada, hace lo que le mandan.

—Oh, de todo un poco. —Su acento suena a la Costa Este. ¿Nueva York quizá? Es joven. De veintipocos años. Tiene un estilo *neo-grunge*, pero es innegablemente guapa. Incluso yo diría que es demasiado atractiva. No parece encajar en un bufete de abogados. Me pregunto qué opinará mi suegro de su forma de vestir. No creo que la apruebe.

—¿Qué tipo de trabajo se supone que haces, cuáles son tus competencias? —sondeo de nuevo.

La ayudante de Lucas debería llevar tacones más o menos sensatos

y una falda que le llegara por debajo de las rodillas, no un *piercing* en el ombligo. Y entonces caigo en la cuenta. ¿Ese «pendiente» solitario bajo mi cama? El que lleva Jasmine es de un estilo similar al que descubrí. Aparto esa idea como quien ahuyenta a una mosca molesta. Ni por asomo. Imposible. Ella no es en absoluto de su estilo. Pero entonces... ¿por qué ha contratado a una persona que viste así? No es adecuada para un bufete de abogados. ¿Por qué la empleó? Mirarla me hace pensar en el anillo que Lucas ha empezado a ponerse en el meñique y que me dijo que había comprado por internet. Una calavera de plata maciza con piedras turquesas que hacen las veces de ojos. No es su estilo habitual. ¿Un regalo? ¿De ella?

Sus ojos enormes se cruzan con los míos. Parece todo astucia e inocencia. Demasiada.

—Hago un poco de todo. Lo típico: trabajo con hojas de cálculo, mecanografío informes, contesto al teléfono...

—¿En el mostrador de recepción? —pregunto con suspicacia. Nunca la he visto allí. No es que proyecte una gran imagen de la empresa.

—Oh, no. Olga sigue siendo la recepcionista.

—¿No asistes a las reuniones?

—Qué va, trabajo más en la sombra, haciendo gráficos, transcripciones, usando Photoshop, cosas así.

En la sombra. *¿Photoshop?* Manipular imágenes es seguramente lo último que una entidad legal debería hacer.

—¿Y para qué sueles usar Photoshop? —pregunto, con los ojos entrecerrados.

Jasmine se pone entre roja y morada, como si un sarpullido le trepara por el cuello hasta la cara. Finge no haber oído mi pregunta, mira el móvil como si de repente se diera cuenta de la hora que es y dice:

—Me alegro de verte, Ava. Me tengo que ir. Cuídate. —Acto

seguido, abre el coche de Lucas con el mando y se mete rápidamente en él, como si sus piernas largas tuvieran que luchar para no quedarse rezagadas de su torso. Mientras arranca, los neumáticos chirrían un poco como consecuencia de la prisa que tiene por alejarse de mí.

Reflexiono sobre lo que acabo de oír y algo inquietante encaja de repente.

Mi foto con unos pendientes que nunca antes había visto. Las de las vacaciones en un lugar que no soy capaz de reconocer.

¿Photoshop? Añadir pendientes a una fotografía debe ser muy fácil si se te da bien retocar imágenes. Si estoy en lo cierto, mi marido va listo si piensa que puede salir impune de esta. ¿Está intentando que termine en un centro psiquiátrico de nuevo? Saco rápidamente mi teléfono y reviso nuestra cuenta de Instagram para contemplar la obra de Jasmine. O es buenísima en lo que hace, o yo estoy loca.

En cualquier caso, en este momento comprendo algo con total certeza: tengo que ver con mis propios ojos lo que sea que haya en esa cámara espía que he instalado.

Basta de seguir sumida en la negación.

9

Por muy increíble que una mujer pueda ser, siempre hay un hombre alrededor de ella que terminará engañándola. Hasta las diosas son víctimas de engaños y traiciones. Como la mitológica Ariadna, o diosas contemporáneas de carne y hueso como Marilyn Monroe. No es que yo sea una diosa. Solo soy una mujer común como cualquier otra, pero aun así. No todo es cuestión del aspecto físico. Lo que quiero decir es que muy pocas veces es culpa de la mujer, y por muy bien que le vaya a un hombre, por muy afortunado que sea, alguno siempre querrá más. Para alimentar su ego. Porque son codiciosos. Porque pueden. Yo siempre he sido fiel y leal a mi marido y, sin embargo, está claro que él es incapaz de controlar sus impulsos.

Algunos hombres son así por naturaleza.

Me merezco algo mejor que eso.

Sí, siempre he tenido mis sospechas, pero ver a Jasmine entrar alegremente en mi casa con su falda corta, delante de mis narices, es lo que más se parece a una prueba que haya podido tener hasta ahora. Entro furiosa en casa y mis perritas adorables me siguen, ajenas a la ira que hierve en mi interior. Les doy una golosina a cada una, lleno sus cuencos de agua, y el sonido de sus lenguas lamiendo y sus caras felices me apacigua un poco sabiendo que *hay* bondad en el mundo, y dulzura, y amor puro y sin adulterar. Por desgracia, por lo general proviene exclusivamente de los perros. Son el mayor regalo que Dios ha hecho a la humanidad, sin duda.

Vuelvo con paso firme al dormitorio por la escalera y me concentro en la tarea que tengo entre manos. Suena mi teléfono. Miro la pantalla. Es Lucas. Sin duda me llama para contarme las buenas noticias sobre el cliente japonés y para decirme lo brillante e inteligente que es. No es el momento.

Paso la siguiente hora revisando las grabaciones. La mayoría son

muy aburridas. Nosotros moviéndonos por la habitación, preparándonos para irnos a dormir. A veces riendo, charlando o haciendo el amor, otras veces discutiendo. El detector ficticio estaba colocado justo encima de la cama, teniendo pues una vista de pájaro. Todo lo que ocurriera lejos de la cama no es más que banda sonora, ya que la cámara no tiene visión periférica de gran angular. Estaba fija y no podía grabar en ángulo. Pero eso no parece importar, ya que no hay nada que me dé alguna pista sobre la existencia de otra persona, como la voz de algún extraño. Solo nuestra vida cotidiana transcurriendo sin novedad. Jasmine no aparece abierta de piernas en la cama, desnuda, haciendo el amor apasionadamente con mi marido. No hay nadie haciendo eso, excepto yo. Las perras aparecen todo el rato, entrando y saliendo furtivamente de la cama, sobre todo cuando creen que no hay nadie. Presto especial atención a las fechas en las que he estado fuera de casa, en trabajos en los que he estado rodando una película o una serie en exteriores. No aparece nada interesante.

Como supervisora de guiones de cine y televisión, a veces el horario es desmesuradamente largo, así que hubo días y noches en los que pasaba mucho tiempo fuera. Pero no soy alguien a quien eso le afecte demasiado, porque el tiempo pasa volando cuando formas parte de un gran equipo de trabajo y cuando ves actores haciendo magia ante tus ojos. Mi trabajo consiste en asegurarme de que las escenas y los diálogos fluyan de forma impecable, de modo que todos los detalles sean coherentes entre toma y toma y entre escenas. Cuándo exactamente un actor entrelaza sus manos o se toca el pelo con los dedos, o en qué momento preciso del diálogo ella hace una reverencia o levanta la taza de té para beber. ¿Qué objetivo se utilizó para la toma? ¿Qué filtro? Todo ello debe ser coherente para que luego en la edición se pueda montar todo de manera fluida, sin fallos, y se disponga de toda la información

necesaria en caso de que haya que hacer una toma adicional más adelante. Vehículos que no estén primero sucios, luego limpios y más tarde sucios de nuevo; tatuajes que permanezcan en el mismo sitio; todo eso forma parte de mi trabajo como supervisora de guiones.

En los rodajes, las escenas no se ruedan en orden cronológico, y mi trabajo consiste en asegurarme de que nadie se dé cuenta de ello. Actúo como conducto entre producción y posproducción. El rodaje es lento. A veces se tarda un día entero en rodar dos minutos reales de una película. Por ejemplo, si hay un reloj en la pared que marca las doce y cuarto, hay que asegurarse de que la hora del mismo se mueva correctamente, de acuerdo con el tiempo que haya pasado en una escena determinada, aunque su rodaje haya durado todo el día. Usar velas encendidas en una grabación también representa un gran desafío. El espectador no debe distraerse de la historia por un error trivial. Como las escenas no se ruedan en un orden lineal, hay que estar atenta a todo, anotar todos los detalles, y compartir todo ello —lo cual constituye centenares de páginas— con el editor, el director y la oficina de producción. Alguien que lleva gafas puestas. O un reloj, o joyas. ¿En qué dedo hay anillo? La raya del pelo de un actor. Más vale que no cambie en mitad de la escena después de la pausa para comer. O la duración de un cigarrillo. O la cantidad de comida en un plato. ¿Cuánto come o fuma alguien en esa escena? La mancha que pueda haber en alguna prenda. La forma en que una bufanda cuelga del cuello de un personaje en ese momento de la película. La gente se fija en todo. Si un libro escrito en 1998 aparece en una serie de televisión que supuestamente se desarrolla en 1997, es seguro que alguien se va a percatar. Soy una herramienta indispensable para el director, el productor, los actores, el editor, los maquilladores, los peluqueros, el atrezo y todos los departamentos que valoran la continuidad correcta y adecuada de la película o la

serie de televisión, para que todas las piezas del puzle puedan encajar en su sitio sin que nadie se fije en que en algún momento estuvieron desordenadas. Tengo que observar minuciosamente y siempre he de planificar por adelantado.

Por eso Lucas debe ser muy iluso si piensa que puede engañarme sin que me dé cuenta.

Yo me doy cuenta de todo.

Sigo viendo las grabaciones, bostezando a medida que avanzo. La verdad es que es bastante aburrido. Estoy ya prestando atención a medias cuando una nueva grabación me hace pausar el fotograma más de una vez. La mujer que yace sobre la cama permanece inmóvil. La cámara de detección de movimiento se alerta porque Safo se acerca a olfatear a la mujer, para comprobar si sigue viva. Lleva puesta una bata de hombre y parece que se acaba de duchar, porque su pelo oscuro está lacio y empapado. La bata es de Lucas. Tiene el típico estampado batik tailandés. Lo sé porque se la regalé yo. Detengo el vídeo y observo el fotograma. Hay dos botellas de licor. Vacías. Una, una botella de ron Mount Gay sobre la mesilla de noche, y, apoyada sobre el edredón, inclinada en contacto con las yemas de los dedos de la mujer, hay una botella vacía de *whisky* escocés. Qué asco... mezclar bebidas así. Por si eso no fuera suficiente para dejar a una persona inconsciente, hay un frasco de pastillas. También vacío. Una de ellas ha terminado en un pliegue del edredón; de lo contrario, una supondría que esta mujer se ha tomado el frasco entero. Sus dedos se mueven. Está viva. En la cama hay restos de vómito que han escapado de su boca.

Acerco el *zoom*, incapaz de procesar la imagen porque parece demasiado surrealista. Absolutamente increíble. No puede ser. Pero lo es.

Esa mujer soy yo.

10

Lo que sigue es aún más difícil de comprender. Lucas entra en escena.

—Oh, mierda, joder, ¿qué hago? —Está murmurando para sí mismo, caminando de un lado a otro por el dormitorio. En un momento dado me coge la muñeca, pero no parece saber cómo tomarme el pulso. Me pone la oreja en el pecho, como si buscara encontrarme el latido. Gira en círculos, busca a tientas su teléfono, se le cae y luego lo vuelve a coger, tiene manos de mantequilla. Parece a punto de marcar el teléfono de emergencias, pero en lugar de eso selecciona un número al que debe llamar a menudo, porque solo pulsa el móvil una vez.

—¿Papá?

—Hijo. —La voz de Jack está en manos libres. Lucas pone así todas sus llamadas, odia tener el teléfono cerca de la oreja; está convencido de que todo el mundo va a acabar con un tumor cerebral.

—Joder, papá, necesito tu ayuda.

—No hables mal, Lucas. ¿Qué puedo hacer por ti? —La voz de Jack es fría, impasible, y a la vez ligeramente irritada. Como si ayudar a su hijo fuera una molestia para él, un inconveniente.

—Es Ava... Ava está...

—¿Qué, hijo? ¿Qué ha hecho?

Ya me ha acusado. No ha dicho «*¿Está bien?*» o «*¿Qué le ha pasado?»,* sino «*¿Qué ha hecho?».* Mi suegro es único.

—Ha tomado una sobredosis. Hay pastillas y alcohol por todas partes. Ha vomitado.

—¿Está viva?

—¡Sí! Gracias a Dios. ¿Debo llamar a emergencias?

Pues claro. ¡Por supuesto que debes, tonto! ¡Soy tu mujer! ¿Qué

tienes en la cabeza? Sigo mirando, horrorizada.

—¡No! —La voz de Jack suena como un ladrido—. Por el amor de Dios, no llames a emergencias. Dale la vuelta, masajéale la espalda, haz que vomite todo lo que pueda y déjala dormir hasta que se recupere.

—¡Pero papá!

—¿Quieres que se convierta en un escándalo? ¿Quieres que todo el mundo sepa dónde ha estado y qué ha hecho?

—Pero...

—Me has pedido ayuda, Lucas. Eso es lo que te sugiero. Haz lo que quieras, pero sé consciente de las consecuencias.

¿Las consecuencias? ¡Estoy tumbada en mi lecho de muerte y las consecuencias son que, con toda probabilidad, estoy a punto de morir!

Pero el tono gélido de la voz de Jack está claramente causando estragos en la estabilidad mental de Lucas. Las «consecuencias» son que le apartarán del negocio, que no heredará Fox & Co. Que Fox & Co. nunca se convertirá en Fox & Fox. Lucas camina sin parar de un lado a otro, despeinándose con las manos y con gotas de sudor resbalándole por la frente. Al hacer *zoom*, veo lágrimas en sus ojos. Pero no son suficientes para impulsarle a llamar a los servicios de emergencia.

Jack continúa:

—Ava siempre intenta llamar la atención, Lucas. Si de verdad quisiera morir, se habría metido una bala en la cabeza. Si eres indulgente con ella, lo volverá a intentar, lo sabes, ¿verdad, hijo?

Qué pedazo de cabrón... Contemplar la escena hace que mis piernas tiemblen como un flan. Como si mi cuerpo no pudiera aguantar mi peso, como si estuviera cayéndome y no hubiera nadie cerca para cogerme. Esto demuestra los pocos escrúpulos que tiene Lucas. Soy su mujer, y le da igual. ¿Soy prescindible?

Sigo viendo la grabación.

Lucas dice:

—Papá, yo...

—Buenas noches, Lucas. Te casaste con esa mujer. Apechuga con ello. —El teléfono se apaga.

—¡Amor, estoy en casa! —Por un momento pienso que la voz procede del vídeo, pero una fracción de segundo después, Lucas irrumpe en el dormitorio con una sonrisa en la cara y el traje arrugado. Me meto la tarjeta SD en el bolsillo de los vaqueros y le ofrezco solemnemente mi teléfono, con la grabación aún en la pantalla. Estoy temblando.

—Felicidades por conseguir el cliente, Fox & Fox. Está claro que Fox & Fox es un nombre perfecto para el dúo que hacéis tu padre y tú. Muy apropiado, considerando la fama de astutos que tienen los zorros. —Mi tono es un poco más frío de lo que quisiera.

—¿Qué pasa, cariño? ¿Estás enfadada conmigo por alguna razón? Siento no haber tenido tiempo de decirte que Jasmine iba a venir. Supuse que sería una bonita sorpresa que nos hiciera la compra, pensé...

—No se trata de Jasmine.

—¿Qué te pasa entonces?

—Ponte a ver ese vídeo. Habla por sí solo, y también habla bastante de ti. Ya sabía lo gilipollas que es tu padre, pero no tenía ni idea de que fueras capaz de ser tan cruel, de que yo pudiera darte igual. Ese no es el hombre con el que me casé. Te has convertido en una especie de monstruo. Pensar que nos imaginaba siendo una familia feliz, teniendo un bebé... juntos. ¿Por qué no me fui cuando tuve la oportunidad? ¿Por qué...? —Mi voz se quiebra en un sollozo. No me quedan palabras. Este hombre, mi marido, me abandonó a mi suerte. ¿Qué tipo de persona es?

Lucas tiene la mandíbula caída y la mirada incrédula. No tiene ni

idea de lo que estoy hablando. Había pensado, ya que nunca le había sacado el tema, que se había salido con la suya, que me había desmayado aquella noche y lo había olvidado todo. Me siento bien teniendo una prueba tan evidente a mi disposición.

Fijo mi mirada la suya, tan falsa como la de un cachorrito.

—¿Me querías muerta? ¿Es eso?

—¿Qué?

—Que veas el vídeo, Lucas. Está todo ahí. Hace un par de meses puse un detector de humos falso en el techo, sobre la cama. La cámara nunca miente.

—¿Una cámara espía? ¿Por qué? ¿Por qué se te ocurrió hacer algo así?

—¿Perdona? ¡La puse porque no confiaba en ti! ¡Y lo que he encontrado es aún peor de lo que imaginaba! ¡Hacía bien en no confiar en ti porque parece que querías que me muriera!

—Eso es una locura. Yo te quiero. Nunca te haría daño, ¡lo sabes!

—¡Me dejaste despatarrada en esa cama después de tomar pastillas y beber alcohol, y no llamaste a emergencias!

—¡Solo trataba de protegerte!

—¿Cómo me protege no llamar a una ambulancia?

—Yo... ¡yo quería hacerlo!

—Venga, por favor. Nadie te estaba apuntando a la cabeza con una pistola. ¡Seguiste las instrucciones de tu papá porque eres débil! ¡Patético! ¡No eres capaz de pensar por ti mismo! ¡Se acabó! Ya no puedo más con este matrimonio, ni contigo ni con tu padre cruel. ¡No soporto más tu manipulación psicológica!

—¿Qué manipulación?

—Las fotos de las vacaciones. ¿Te crees que soy idiota? Sé cuáles son las habilidades de Jasmine, al margen de las obvias. ¡Ha estado retocando fotos mías!

—¿Jasmine?

—Es increíble que creyeras que no me iba a dar cuenta.

Su cara de preocupación y su ceño fruncido se transforman de repente en una sonrisa relajada. La misma que me hizo decir que sí a nuestra primera cita.

—Vale, te mentí, ¡denúnciame! Te dije que habíamos estado de vacaciones. ¡Ha sido una broma! Te estaba tomando el pelo y te lo has tomado en serio. Amor, ¡te estaba gastando una broma!

Permanezco en silencio, completamente atónita. ¿En serio me va a hacer eso? ¿Darles la vuelta a las cosas e intentar que me olvide de todo? Lucas tiene una forma inteligente de ganar siempre una discusión, de tergiversar las cosas y *hacer* que yo quede como la culpable y que, de algún modo, él termine siendo el bueno de la película. Si le gastas una broma a alguien, no dejas que se convierta en algo más. Dices: «¡Era broma!». Le explicas a la otra persona que le estás tomando el pelo. Tal vez mis hormonas me estén haciendo perder el sentido del humor, pero no creo que sea eso. No, Lucas quería que le creyera de verdad, que me tragara su gran mentira.

—No es gracioso —murmuro.

—¡Ava! De verdad, solo estaba tratando de divertirme. Quería ver cuál sería tu reacción. Cariño, créeme, estaba haciendo un poco el tonto, ya sabes cómo funcionan estas payasadas. Necesitas relajarte un poco.

—¿Qué habrías hecho si hubiera muerto aquel día? —replico, pensando de nuevo en ese vídeo tan horrible en el que se ve lo que hice.

—¿Quieres saber la verdad? ¿La pura verdad?

—Me encantaría.

—Vale. —Me coge las dos manos, se las lleva a los labios y me besa los dedos. Luego mete mis manos entre las suyas y las coloca sobre mi vientre. Su mensaje es claro. «*Somos una familia*»—. Ava. Intentaste suicidarte. Cuando despertaste, no recordabas nada de lo

que había pasado. Fue mejor así. Necesitabas tiempo para recuperarte. Tuve que pedirme algunos días en el trabajo para cuidarte. Así que, vale, fingí que habíamos estado de vacaciones con el objetivo de justificar ante ti los días que estuvimos... ya sabes, lidiando con tu problema.

—¡Lo que hiciste fue una locura!

—No, cariño, lo que fue una locura es lo que hiciste tú.

Se me corta la respiración y soy incapaz de decir palabra. No tengo palabras. No se me ocurre nada más que decir, literalmente, porque estoy anonadada por lo que ha hecho. Aunque lo que hice yo fue igual de estremecedor. ¿Cómo puedo juzgarle? Cuando lo mío estuvo tan mal, siendo tan temeraria como fui. Me siento terriblemente avergonzada. Trato de perdonarme argumentándome a mí misma que fue fruto de la angustia que debí haber estado sintiendo en ese momento. El agujero negro en el que estaba. ¿Es así como me sentía? ¿Que no tenía elección, que era mi única salida? Me siento muy triste al recordarlo ahora. Quiero conectar con esa niña desesperada que llevo dentro de mí que hizo algo tan deplorable, y poder liberarla de sí misma. Lo único que puedo hacer es seguir adelante, aprender de ello y ser una versión más fuerte de mi yo actual. Ahora tengo un bebé en el que pensar. Algo que en aquel momento no tenía. Soy una persona nueva. Más fuerte. Más sensata.

Veo que Lucas está intentando borrar el vídeo.

—Dame mi teléfono.

—No. Esto. No. Sucedió —dice, enfatizando cada palabra.

Le arrebato mi teléfono. Los vídeos siguen ahí.

—Tengo una copia de seguridad en una tarjeta SD. Ocurrió. Por desgracia, sucedió.

Extiende la mano.

—Dámela.

—Está en una caja fuere —miento.

—Pues vamos a buscarla y a destruirla. ¿Quieres que alguien vea el vídeo? ¿De verdad quieres que la gente sepa que intentaste suicidarte? ¿Quieres que tu futuro hijo lo vea algún día?

—No he llegado a pensar en eso —le digo, perturbada por todo lo ocurrido, por la persona en la que me he convertido, por las cosas que he hecho, por los extremos a los que he llegado movida por la desesperación—. Estoy tan conmocionada como tú por todo esto. Instalé esa cámara oculta sin pensarlo demasiado, sin...

—¡Exacto, no pensaste con la cabeza, Ava!

—¿Por qué no buscaste un médico? ¿Por qué no llamaste a emergencias?

—Porque tu intento de suicidio habría quedado registrado y las autoridades podrían haber concluido que no estás capacitada para ser madre y haberte quitado el bebé. ¿No lo ves, cielo? Lo hice por ti, para protegerte. ¿Quieres que los servicios sociales se inmiscuyan en nuestras vidas? Maldita sea, podrían hacer que estuvieras bajo vigilancia y hasta llegar a obligarte a dar al bebé en adopción. Lo hice por ti. Por nosotros.

—¡Lucas! ¡No estaba embarazada en ese momento! Lo del vídeo ocurrió hace seis semanas. Lo que estás diciendo es una completa locura. —Me meto el móvil en el bolsillo de atrás de los vaqueros.

—Pero estábamos intentando tener un bebé y pensaba que ya podrías estar embarazada. ¿No recuerdas que creías que podrías estarlo? No habías tenido la regla. Incluso te habías hecho una prueba de embarazo en casa, ¿no te acuerdas?

Hace que mi cabeza empiece a dar vueltas haciendo cálculos mentales.

—¡No! Eso no es verdad. Me quedé embarazada un mes después.

—Pero en aquel momento no estábamos seguros de nada, ¿o acaso

sí? Yo recuerdo con claridad que pensamos que podrías estar embarazada.

Mi mente está haciendo malabares, tratando de recordar. Si hubiera creído que podía estar embarazada, no me habría bebido ni un vaso de vino; mucho menos, dos botellas de alcohol. Como siempre, está intentando desorientarme, enredar mis pensamientos como si fueran hilos, sumergirme en la confusión.

—Ava, estabas fuera de ti. Cuando la gente cae en una depresión, sus acciones no tienen ni pies ni cabeza.

Niego con la cabeza. Presiono las palmas de las manos sobre mis ojos cerrados. Es demasiado. ¿Cómo pude meterme en este lío?

—Algo debió obligarme a hacerlo. Algo malo. —Mi voz es un susurro casi inaudible.

Enrolla sus dedos alrededor de mis muñecas, me quita las manos de la cara y me besa. Pequeños besos por todo el rostro, apretando sus suaves labios contra mis ojos hinchados.

—Lo único que quiero es que seas feliz —me dice—. Que seamos felices. Empezar de nuevo. Somos una familia.

—Éramos una familia. Pero sabes muy bien lo que hiciste. —La ira me vuelve a inundar de forma vertiginosa.

Su mirada es amplia y sincera en apariencia. Pero es transparente, soy capaz de leerlo sin ningún problema. Está mintiendo. Mentir es su actitud por defecto.

—¿Qué quieres decir, amor? ¿Qué he hecho? Sea lo que sea, dímelo —musita entre besos.

No le contesto.

Pero lo obligaré a ver lo que hizo —o lo que dejó de hacer— y le haré pagar por su fechoría.

11

A la mañana siguiente, cuando Lucas se va con el rabo entre las piernas después de haberlo forzado a ver la grabación de aquella noche, finjo que me duele la cabeza y me quedo en la cama hasta que oigo cerrarse la puerta y el coche de Lucas salir. Hoy se lleva a las perras a correr. Él y su padre realizan entrenamientos de alta intensidad juntos todos los sábados, y las perras corren con ellos. Hablan de negocios, de hombre a hombre. Me da miedo el tema de conversación de hoy. Seguro que se tratará de mí. No creo que hablen sobre el intento de suicidio en sí mismo, sino más bien del hecho de que tengo pruebas de que Jack Fox es un monstruo y mi marido, un cobarde estúpido. Si Lucas es inteligente, no le mencionará a Jack la cámara oculta. Pero no lo es, y no podrá resistirse. De alguna manera saldrá el tema, porque no sabe tomar decisiones sin el visto bueno de su padre. Estará deseando saber la opinión de Jack sobre lo que hay que hacer, sobre cómo manipularme y ganarme su favor.

Anoche, Lucas desbordaba encanto. Lo intentó todo para engatusarme y que le entregara la tarjeta SD. Pero yo ya la había sacado del bolsillo de mis vaqueros y la había colocado tras el marco de una de nuestras fotos de boda. Un pequeño e irónico escondite. Nuestra boda, aunque muy precipitada, fue preciosa. Y tengo que elogiar a Barbara por montar un evento tan impresionante en tan poco tiempo en el deslumbrante Hotel Bel-Air. El champán corría a raudales y los arreglos florales en rosa y blanco parecían hechos para el decorado de una película. Había cisnes deslizándose por el lago, situado entre jardines tropicales y que contaba con pequeños puentes y fuentes de piedra; todo constituía un escenario que parecía sacado de un cuento de hadas. Había muchos invitados, la mayoría por la parte de Lucas. Barbara no paraba de sonreír e

irradiaba encanto. La oía contar a sus amigas que llevábamos casi dos años saliendo. ¡Mentira! Que yo era «productora cinematográfica» y conocía a «absolutamente todos los que son alguien en Hollywood». Era obvio que pensaba que ser supervisora de guiones no tenía suficiente *glamour*. No hubo mención alguna al embarazo que mi vestido de novia ocultaba hábilmente... líbrenos el Señor. Nadie preguntó por qué mis amigos estrellas del cine no andaban por allí. Barbara tiene la habilidad de envolver sus palabras de forma que parezcan como el papel film: ajustadas e impenetrables. Nadie se atreve a cuestionar nada de lo que dice.

A pesar de ello, tengo que darle el crédito que merece; nuestra boda fue increíble y emocionante. Por otro lado, se tradujo en un montón de regalos sofisticados, la mayoría de los cuales nunca usamos. Nuestra casa está repleta de accesorios de cocina y cafeteras. Platos de porcelana y cuberterías de oro. Alfombras turcas y copas de cristal. Alguna vez desde que perdí mi trabajo he pensado en montar una empresa de atrezo con todo el botín que recibimos en la boda, que aún reluce. Aquel día, Lucas y yo estábamos tan entregados el uno al otro, tan unidos, que los adornos y los regalos nos importaron muy poco.

Estando en la terraza, oigo que alguien me llama por mi nombre. Es mi vecina Jill. Me asomo y la veo con su ropa de correr, trotando sin avanzar en el lugar en el que se encuentra, justo en la arena de la playa que hay bajo la casa.

—No me puedo creer que conozcáis a Claudia Spector —dice casi sin aliento. Sube corriendo los escalones, se acerca y se apoya en la puerta.

—¿Claudia Spector, la actriz? —pregunto.

Claudia Spector es una estrella de cine de primera fila que protagoniza la exitosa serie de televisión *Go Ask Bobbie*. Interpreta a Bobbie, una mujer formidable pero también vulnerable que acaba de

salir de la cárcel, que ha cumplido condena por un delito que nunca cometió y que no descansará hasta encontrar a quien le tendió la trampa. Si fuera nueva clienta de Lucas, seguro que lo sabría. Casi todas las noches me ofrece un relato detallado de sus problemas en el trabajo y con sus clientes.

Jill sonríe de oreja a oreja.

—¡Madre mía! Vi a Lucas cenando con ella hace un par de días. ¿Es clienta suya?

Fijo una sonrisa en mis labios y aprieto los dientes. *¿Una cena?* Un trío de gaviotas sobrevuela mi cabeza chillando a su paso, acentuando lo que siento en este momento. Algo me huele a podrido, y no tiene que ver con el olor típico de la bajamar.

—Sí, ¿te lo puedes creer? —miento—. Es su nueva clienta. O sea, todavía están negociando, pero no me digas que no mola. —Me muero de ganas de preguntarle cosas. ¿En qué restaurante? ¿A qué hora exactamente? Pero no puedo desvelar que no tengo ni idea. Es demasiado humillante. Necesito oírlo de los labios de Lucas.

Jill me devuelve la sonrisa.

—¡*Go Ask Bobbie* es mi programa favorito!

—¡El mío también!

—¡Ya lo sé! Y sé lo mucho que te gusta ella.

Hace unos meses me entrevistó una revista femenina, uno de los típicos «un día cualquiera en la vida de» centrado en este caso en una mujer trabajadora corriente. Qué maquillaje utilizo, cuáles son mis lugares favoritos, qué libro estaba leyendo en ese momento, qué destinos vacacionales me gustan más, qué programa de televisión prefiero, ese tipo de cosas. Cité *Go Ask Bobbie* como mi programa favorito y a Claudia, como mi actriz preferida. Me deslumbra su talento para crear personajes tan diversos.

—Entonces, ¿la has conocido ya? —pregunta Jill con efusividad.

—Solo de vista —miento. Rebobino hasta dos noches antes. ¿Fue

cuando Lucas llegó tarde a casa o cuando me dijo que tenía una reunión importante?

—Desde luego, su relación parecía cercana e íntima —profundiza Jill—. Deben estar muy unidos. O sea, ella confía mucho en tu marido, seguro. Sus cabezas estaban pegadas la una a la otra, como si estuvieran compartiendo un secreto.

Mi sonrisa sigue congelada en su sitio.

—Su trabajo es, ya sabes, ganarse la confianza de los clientes.

Se seca las gotas de sudor de la frente.

—Yo sé que eres muy tranquila, Ava, muy práctica, y que no te pones celosa; pero supongo..., a ver, considerando que se trata de Claudia Spector...

—Sí, ella es increíble —digo, con el corazón latiéndome a mil por hora. Le pongo la excusa de que tengo que preparar el desayuno de las perras, que en realidad están corriendo con Lucas, y vuelvo a entrar en casa.

Mientras miro por la ventana para comprobar que Jill ya no está a la vista, observo a algunos surfistas en el agua, figuras negras encorvadas sobre sus tablas en trajes de neopreno, esperando a que sople una brisa marina contra la parte superior de la ola, creando la rompiente perfecta para surfear. La de horas que me habré tirado viendo surfear a Lucas, ¿y ahora me encuentro con esto?

En lugar de llamarle y preguntarle qué pasa con Claudia Spector —porque para qué te vas a molestar cuando sabes que te van a mentir —, llamo directamente a mi suegro y le felicito por su nueva cliente estrella.

Jack se ríe.

—¿Claudia Spector? ¿La actriz lesbiana?

Me incomoda la forma en la que Jack pronuncia esa palabra, como si hubiera algo malo en que fuera lesbiana. «*A nuestra perra Safo*

también le gustan las chicas», me gustaría decir, pero en lugar de eso ignoro el comentario.

—No —dice Jack, confirmando mis sospechas—. Esa Claudia nunca se ha cruzado con nuestra empresa, lo sabría de haber sido así.

Al recordar cómo Lucas merodeaba junto a su armario la otra noche, revolviendo cosas —luciendo ese arañazo en el hombro, nada menos—, me dirijo hacia allí y busco entre todas sus prendas. Sus camisas están ordenadas por colores y tonalidad y podrían rivalizar con las de Gatsby, organizadas y planchadas con esmero por nuestra empleada del hogar, que viene una vez a la semana. Las chaquetas de sus trajes también están impecablemente ordenadas por colores y estilos. Es como si hubiera dos Lucas: uno, el surfista relajado, y el otro, el profesional sofisticado y con estilo. Está el Lucas al que adoro, cariñoso, amable, divertido y dulce, y el Lucas al que temo, el manipulador, el mentiroso, el hombre que hará cualquier cosa para conseguir lo que quiere.

Busco; mis dedos palpan y exploran los bolsillos de cada chaqueta, y de todos los pantalones, tratando de no desordenar las cosas, con la esperanza de encontrar alguna pista, como un número de teléfono o una nota.

Pero lo que encuentro es oro. Mejor que cualquier pista; pruebas irrefutables.

Un teléfono desechable.

Está dentro de uno de sus zapatos de vestir menos usados, en la puntera, pero tardo una hora en encontrar el cable adecuado para cargarlo, pues está oculto, casi invisiblemente, bajo un jersey negro de lana. Es un teléfono viejo plegable que puede tener veinte años, así que técnicamente no es un «desechable», pero sí es lo bastante antiguo como para que lo único que sea capaz de hacer sea recibir y hacer llamadas y enviar mensajes. Sin aplicaciones. Sin sofisticaciones. Tardo un rato en entender cómo funciona. Su

sencillez lo transforma en algo muy complicado en los tiempos que corren.

Hay multitud de mensajes enviados a y recibidos de la mismísima Claudia Spector.

Lucas:
Te saliste anoche, cariño.
Contigo nunca tengo suficiente.

Claudia:
Me tengo que pirar. Me están esperando en el set.

Lucas:
Yo soy el que te está esperando.

Claudia:
Te llamo más tarde.

Lucas:
Más te vale.

Claudia:
Cuando me apetece, siempre llamo.

Lucas:
¿Y hoy?

Claudia:
¿Hoy qué?

Lucas:
¿Te va a apetecer?

Claudia:
Esta noche te vas a enterar.

Lo primero que hago es vomitar. Sucede tan rápido que no tengo tiempo de ir al baño, así que cojo el zapato culpable y vomito dentro. Uso una de sus impolutas camisas de vestir para limpiarme la boca, lo que me produce cierto entusiasmo momentáneo. Náuseas matutinas mezcladas con un *shock* rotundo. Se me entumece todo el cuerpo, una sensación de mareo y flotación me deja sin palabras, y es tal el estado de incredulidad en el que estoy que lo único que puedo hacer es desplomarme en el suelo. Me siento, con el teléfono desechable en mi mano temblorosa y sudorosa, sin mover un músculo. Lo que hace que este descubrimiento me parta todavía más el corazón es que me encanta *Go Ask Bobbie*. A Claudia Spector siempre la he sentido casi como una hermana, como si la conociera íntimamente, como si fuéramos casi la misma persona al tener tanto en común, sobre todo nuestro pasado, ambas criadas por madres solteras. Cuando vine por primera vez a Los Ángeles, Ellen DeGeneres tenía aún su programa de entrevistas. Claudia fue en una ocasión, y yo estaba entre el público; un amigo mío me había conseguido una entrada. Claudia fue amable y encantadora, y también divertida. Sus habilidades interpretativas están a la altura de las de Meryl Streep, siempre la he admirado.

Ahora siento, de forma ilógica, que me ha traicionado casi tanto como Lucas.

¿Cómo ha podido ocurrir? ¿Por qué precisamente *ella*, y por qué eligió a Lucas? Es un tipo normal. Un abogado. No es una estrella de cine ni de *rock*. ¡Podría estar con quien le diera la gana! Además, Jack tiene razón, tiene fama de ser lesbiana. Hasta estuvo comprometida con Crystal Cormac, otra actriz. Esta historia me hace sentir un nudo en el estómago. ¿Y si está enamorada de Lucas? Ganará. Soy insignificante a su lado. Es imposible que pueda controlarlo, la situación va más allá de lo que jamás hubiera podido imaginar. ¡Claudia Spector!

¡¡La maldita Claudia Spector!!

Me supera por completo.

Siento algo parecido a una tormenta dentro de mí. Empieza en la boca del estómago y se va extendiendo por mis venas, calentándome primero la sangre y después congelándomela. Mientras me imagino a Lucas y Claudia besándose, se acumula sudor en mi frente, detrás de mis rodillas, bajo mis brazos. Su cuerpo perfecto, su pelo inmaculado, esos labios carnosos, los pómulos altos y estilizados, esos ojos grises tan redondos, las pestañas oscuras y espesas, su sonrisa extravagante, asimétrica. Los pechos firmes, su figura de modelo. Las piernas largas. Una de esas estrellas de cine cuyas imperfecciones las hacen perfectas, una de las que todos querríamos ser, si nos atreviéramos, si supiéramos cómo. Si hubiéramos tenido un golpe de suerte.

¿Y se enamoró de mi *marido*?

Compruebo las fechas. Los mensajes empezaron en mayo, ¡hace cuatro meses! ¡Qué ironía que me acusara de estar teniendo una aventura cuando lo único que yo había hecho era ponerme tacones y maquillaje para que los disfrutara él, siendo *él* el que la estaba teniendo! Qué jugada más cruel.

Hace falta que alguien lo devuelva a la realidad de forma contundente.

12

No solo tengo el vídeo de la cámara espía, sino también pruebas en el teléfono plegable. Creo que podría llamar a Jack para ver qué piensa sobre el asunto. No se iba a poner contento. Imagino su cara, arrugada, roja y furiosa, pero tratando de mantenerse tranquilo e insensible, con su habitual apariencia distante. Pero no podrá contener su ira, porque no será él quien tenga el control de la situación. ¿Con quién se enfadará más? ¿Conmigo o con Lucas? Y Barbara sonreirá de forma afectada desde cualquier rincón, preocupada por lo que puedan pensar sus amigas del club privado, con las que juega al *bridge*. Queriendo morderse las uñas, pero resistiendo porque una manicura perfecta forma parte de su estilo característico.

He quedado con Lucas en el Nobu. Le voy a contar mi último descubrimiento. Justo después de que hayamos pedido la comida.

Lucas llega al Nobu, un restaurante de fusión que combina la arquitectura minimalista y refinada del típico *ryokan* de madera japonés con la elegancia rústica de la costa de Malibú. Ha dejado de lado la chaqueta del traje, y ahora luce más desenfadado que de costumbre, desde que la semana pasada le traspasaran oficialmente la empresa. Al haber logrado para la firma a ese cliente japonés al que tanto mimaba, es el nuevo socio director de Fox & Fox, y eso se refleja en las facciones relajadas de su rostro. Sonríe. Un destello de blanco sobre su piel bronceada. Puede hacer lo que quiera. Vestirse como quiera. Debe ser satisfactorio tener el control por fin, no tener que complacer a su padre. Aunque me pregunto si de verdad se ha liberado. El tiempo lo dirá. Hoy tiene el aspecto de una persona exitosa que dirige el cotarro.

Después de lo que tengo que decirle, quizá su recién adquirida arrogancia se atenúe un poco.

Estamos en una mesa en la parte de fuera, un reservado en la terraza que da al mar, perfecto para observar los tonos dorados del sol del atardecer.

Pide un cóctel llamado *monkey business*, y pienso que el nombre le va que ni pintado. Yo me decanto por otro sin alcohol. Le doy la oportunidad de confesar. Le pregunto si tiene algún cliente nuevo. Me dice que no.

—¿Ninguna de esas flamantes estrellas de cine? —trato de averiguar. La pregunta no es extraña. La firma representa a algún actor.

—No, cariño. Ojalá.

Me dan ganas de abofetearle, pero empezamos a charlar e incluso nos cogemos de la mano, escuchando el rumor de las olas mientras rompen con suavidad, hablando de nombres para nuestro bebé. Una estupidez, porque queda mucho tiempo. Me preocupa gafarlo todo, pero no se puede vivir con miedo. Ahora mismo, la idea de ser madre es lo único que me da fuerzas para seguir adelante.

Acaricia su labio inferior con los dientes y me mira fijamente a los ojos.

—Vaya, estás guapísima esta noche, Ava.

Mis labios replican con una sonrisa irónica, preguntándome si le dijo esas palabras exactas a su amante, y cómo es ella en la cama. Ser tan guapa como Claudia no garantiza saber moverse en ella en condiciones.

—Recuerdo cuando nos conocimos —continúa—. Vestías todo de negro. Vaqueros negros ceñidos y camiseta negra ajustada. Y tus ojos oscuros parecían casi negros, como un charco de chocolate negro líquido, y pensé, madre mía, esa mujer... Tengo que conocerla.

—Y vi cómo clavabas tus ojos en mí. Sonreí y me alejé.

«*Que me persiga*», pensé mientras miraba al mar de vestidos

traslúcidos y esmóquines, a los invitados a la fiesta que tanto se habían esforzado con su atuendo, a las mujeres con el abdomen firme y pendientes de araña sobre tacones Louboutin que se movían al ritmo del *jazz* suave que provenía de la banda que estaba tocando en directo. Me abrí paso entre la multitud mientras Lucas seguía mis movimientos con la mirada. Ya entonces supe que era un hombre al que le gustaba ir detrás de mujeres. Supongo que debería haberlo visto venir. Pero no lo ves. Crees —o esperas— ser especial. Que vas a ser la única. Que puedes domesticar a un mujeriego como Lucas.

—¡Te fuiste! Apoyaste el brazo en el de... ¿quién era, el director?, y te marchaste así, sin más. Te tomé por una actriz recién llegada a la ciudad. —Toma un sorbo de su cóctel y clava sus ojos en mi escote antes de volverme a mirar a la cara—. Pensé que debías estar saliendo con Leonardo DiCaprio o algo así. Despertaste mi interés porque parecía que todo te daba igual.

«Más bien estimulé tu interés», pienso con una sonrisa irónica, sabiendo que una parte concreta de su cuerpo es la que guía sus acciones. La noche de aquella fiesta, cuando Lucas pensó que yo era actriz, me hace recordar la razón principal por la que vine a Los Ángeles. No puedo negar que tuve grandes esperanzas de forjarme una carrera en la televisión y el cine. Fui a clases de interpretación para pulir mis destrezas, me gasté una fortuna en un formador de renombre y un dineral estúpido en fotos profesionales. Sin embargo, cuando conocí a Lucas en aquella fiesta, hacía tiempo que había olvidado aquellos sueños de niña y me había convertido en una supervisora de guiones de éxito, lo que al final fue mucho más gratificante y de hecho me permitió tener unos ingresos estables sin tener que trabajar de camarera. Solo tuve un papel como actriz, en un anuncio de pañales, en el que desempeñé el rol de una madre joven. No era exactamente el papel que había imaginado, pero me sirvió para pagar algunas facturas. Empecé a trabajar como

supervisora por pura suerte, sustituyendo a alguien que estaba de baja por maternidad, y a partir de ahí fui creciendo. Gracias al boca a boca, me gané la reputación de ser muy observadora, de trabajar bien en equipo y de no llegar nunca tarde a mi puesto.

—Me alegro de no ser actriz —le digo ahora a Lucas. Pero eso me devuelve a mi cruda realidad; he perdido el trabajo que tanto amaba, ya no tengo ahorros, y lo único que me queda es un marido que me engaña, me hace dudar de mi cordura y al que, por lo visto, le es indiferente si estoy viva o muerta. Sin embargo, y a pesar de esta lista de defectos, en el fondo sigo queriendo al imbécil este. Pero tengo que ser fuerte.

Debe ver una mirada triste en mis ojos y estar leyéndome el pensamiento, porque me coge la mano y la besa.

—Cariño, que no te preocupe haber perdido el trabajo. Quizá sea pura serendipia. Tenías que quedarte en casa de todas formas, tomarte las cosas con calma. No queremos perder al bebé esta vez. Podría ser peligroso para tu salud que estuvieras corriendo de un lado a otro por el plató, dándolo todo. Las cosas pasan por algo. Por un milisegundo, me pregunto si Lucas orquestó mi despido, pero alejo ese pensamiento. No, fue mala suerte. El amor y la preocupación en su mirada parecen tan sinceros que me cuesta pronunciar la siguiente frase. Pero al final digo:

—Tenemos que hablar.

Se ríe.

—Estamos hablando.

—Tenemos que hablar sobre... —Giro la cabeza y miro a mi alrededor, observando lo que me rodea. La terraza de madera, los tonos naturales de teca, bronce y piedra caliza. Por un segundo, imagino a Claudia sentada en una mesa cercana. Sin duda, muchas estrellas frecuentan este lugar, entre ellas Robert De Niro, que fue uno de los primeros inversores y fundadores de la cadena Nobu.

Trago saliva y termino la frase—. Sobre Claudia. —Por un microsegundo, literalmente no más que eso, un destello de horror cruza su rostro, pero la sonrisa relajada sigue ahí, aunque se percibe un tic en un pequeño músculo de su mandíbula. No responde, solo entrecierra los ojos, arruga el entrecejo y se revuelve su espesa melena rubia con las manos. Los gestos característicos de Lucas que indican que lo he pillado.

—Claudia Spector —aclaro.

—Sé que te encanta la serie en la que sale.

—No tanto como ella te encanta a ti.

Vuelve a poner la misma mirada, la que dice: «Estás loca».

Voy al grano.

—Encontré tu teléfono plegable viejo. Descubrí los mensajes que os mandáis.

Todavía, sorprendentemente, se hace el tonto.

—No sé a qué...

—Por favor, Lucas. No me insultes. Los mensajes son la prueba. No hay forma de que salgas de esta.

Pone la típica sonrisa de niño rebelde del tipo «me han pillado». Sus ojos se deslizan hacia la playa; el murmullo de las olas rompiendo es el telón de fondo de sus mentiras.

—Cariño, fue solo una noche. No significó nada. Ni lo más mínimo. Su fama me deslumbró. O sea, lo entiendes, ¿no? Eres muy fan de ella. Acepté. Ella me buscó, se fijó muy seriamente en mí. Soy un hombre, no me pude resistir. Lo siento, pero solo ocurrió una vez, lo juro.

—Mentira. —Me llevo los palillos a la boca, saboreando el bacalao negro con miso mientras se derrite en mi lengua, esperando que de alguna forma el sublime sabor aterciopelado se lleve algo de mi dolor. Algo ayuda, pero no, la herida sigue supurando.

—Amor, solo fue algo físico. No significó nada. Yo no quiero a otra

persona que no seas tú, te lo juro. —Lucas clava el tenedor en un trozo de su pollo Jidori, se lo lleva a la boca y mastica.

—Los mensajes continúan mucho más allá, no duran un día y una noche —digo con un tono muy frío. Con Lucas he aprendido que levantando la voz no consigo nada. Si estuviéramos en casa, puede que ya se hubiera ido. Sacaría a las perras a dar un paseo nocturno para perfeccionar su mentira y pulir la respuesta. Tal vez hasta llamaría a su padre para pedirle consejo. Por eso elegí un lugar público.

Traga su bocado.

—Entonces, ¿qué quieres que te diga?

—¿Tan difícil te resulta contarme la verdad?

Levanta sus manos en posición de rendición.

—Me cautivó y me enganchó, no puedo explicarlo.

—Así que fue solo culpa suya, ¿no? ¿Es eso? ¿Ella fue la Eva que te tentó con la manzana y tú fuiste el pobre e inocente Adán que le dio un bocado? —»La Biblia tiene que responder a muchos interrogantes», pienso en este momento.

—No tienes ni idea de cómo es Claudia. —Ahora él es la víctima. Pues claro que lo es.

—¿Cuándo empezó la relación? —disparo.

Se estremece y apura el último trago de su cóctel *monkey business*.

—No me acuerdo.

—Pues te lo digo yo, para refrescarte la memoria. Fue hace cuatro meses. Tres meses antes de la noche en la que me encontraste en la cama, cuando decidiste *no* llamar a emergencias. Si me hubiera muerto aquella noche, habrías podido continuar tu romance con Claudia sin que yo supusiera obstáculo alguno. —Sé las fechas gracias al teléfono que encontré. Es imposible que se salga con la suya esta vez.

—¡No! ¡Eso es una locura! —Lo dice con un tono muy alto. Unos elegantes comensales asiáticos que están junto a nuestra mesa vestidos de negro y *beige* se dan la vuelta. Lucas parece avergonzado. Odia montar escenas. Susurra—: Cariño. Te quiero. Por favor, perdóname, fue un error, nunca quise hacerte daño. Soy escoria, lo siento.

Esa es una de las máximas de Lucas: «*Los hombres son escoria y las mujeres, unas locas*». Omitiendo explicar que si las mujeres se vuelven locas, es por la forma despreciable en la que se comportan sus compañeros, verdadera escoria.

—Mira, te juro por mi vida que se acabó con Claudia. Ni siquiera la he visto o he sabido de ella en las últimas seis semanas, más o menos. Se acabó. Todo lo que quiero es que seamos felices. Te prometo que no te volveré a ser infiel. Por favor, perdóname. Te quiero más que a la vida misma. —Hay lágrimas en sus ojos. ¿Por qué, me pregunto, nunca intentó ser actor? Es un maestro, digno de un Globo de Oro. Ahora le tiemblan los labios. Una lágrima resbala por su mejilla—. Por favor, Ava. La he cagado. Por favor, dame una segunda oportunidad. —Y ahora su mano se desliza por debajo de la mesa y se apoya en mi muslo. Este es uno de los elementos clave de nuestra relación, no puedo negarlo. El sexo de reconciliación. Discusiones seguidas de orgasmos impresionantes. Otra razón por la que elegí un restaurante para tener esta conversación. Para que no pudiera manipularme.

Las lágrimas no dejan de caer por mis mejillas.

—Me abandonaste a mi suerte, me dejaste morir —le acuso—. Podría haber *muerto*.

Me imagino la escena. Yo, despatarrada en la cama, dos botellas de licor y un frasco de pastillas. Cualquiera que presenciara aquello podría haber visto lo desesperada que estaba, cómo había tocado fondo. Una mujer que intenta quitarse la vida debe sentir que ya no

tiene nada que perder. ¿Se acostó con Claudia ese día? ¿El día en que su mujer se dio por vencida? ¿Le importaba *lo más mínimo*?

Tal vez. Pero lo que es mucho peor es que siguió con su aventura después.

Este hombre no tiene corazón. No es solo un adúltero; además, es un cabrón cruel y manipulador.

¿Terminará pasándole factura el karma?

13

—Quiero el divorcio —anuncio con absoluta frialdad mientras tomamos el postre. El Nobu se está llenando de comensales, el sol del atardecer proyecta un resplandor dorado sobre la cara de Lucas, iluminando su pelo de tal forma que brilla como la aureola de un ángel. Vaya ironía. En toda mi cara.

La frase hace que escupa el trago del segundo cóctel que tiene en ese momento en la boca, salpicando su camisa azul claro. Sumerge la servilleta en un vaso de agua y frota las manchas.

—¿Estás loca? Vamos a tener un bebé.

—*Voy* a tener un bebé —corrijo—. Este bebé es mío.

—¡Oye! ¡Es mío también! ¡De ninguna manera me vas a quitar a mi hijo! Esto es una broma, ¿verdad? Me estás tomando el pelo.

—No, hablo totalmente en serio.

—¿A qué coño ha venido eso? ¿Qué he hecho yo? —Siempre encuentra la forma de parecer inocente. ¿Cómo lo hace?

—¿No me has oído antes, Lucas? Crees que puedes tenerlo todo, ¿verdad? ¿Que puedes tener una aventura con —susurro su nombre; no quiero que los demás comensales lo escuchen— *Claudia*, y seguir conmigo como si nada hubiera pasado? ¿Como si no me hubieras hecho pedazos y no hubieras destruido mi confianza, mi fe en mí misma? Mi fe en la humanidad, en realidad. ¿Tienes la más mínima idea de lo que se siente cuando la persona con la que te casaste, con la que hiciste tus votos, te abandona por una estrella?

—Será una estrella, pero tú eres un cometa; tú dejas huella.

Su hechizo no va a funcionar esta vez.

—¡Hablo en serio, Lucas! No estoy de broma.

Su ceño se frunce en aparente agonía.

—¡Nunca te «abandoné»! Te he dicho que lo siento, amor, y lo digo

en serio. Un millón de veces puedo pedirte perdón. ¿Qué más quieres de mí?

Es curioso, creo, cómo la gente asume que una disculpa es suficiente. Solo lo sería si pudieran ponerse en tu lugar y *sentir* realmente las consecuencias de la situación para ti. Empatizar de verdad. Si no lo entienden, si no llegan a comprender lo que han hecho y lo *sienten* por sí mismos, una disculpa no es más que una suma de palabras vacías.

Mis ojos se clavan en los suyos, impasibles.

—Ya he hablado con mi tía. Me ha preparado una habitación. Me voy a mudar con ella la semana que viene.

—¿A Montana?

—A Montana.

—No, Ava. Ni de coña. De ninguna manera voy a dejarte vivir en la maldita Montana.

—No es que sea elección tuya —le digo.

—¡Esto es una locura! ¿Lo has pensado bien?

Hundo la cuchara en mi *harumaki* de chocolate y me llevo un poco a la boca. Asiento con la cabeza. Los sabores se mezclan en mi lengua.

—¿Cómo vas a sobrevivir?

Trago. Saboreo el dulce e intenso sabor de la fruta mezclada con chocolate negro y, en ese instante, todo parece estar en su sitio. El chocolate tiene la capacidad de hacer eso por una mujer.

—Antes montaba a caballo para ganarme la vida, ¿no te acuerdas? Por allí puedo conseguir trabajo en cualquier rancho. Puedo ser camarera, recepcionista, dependienta en una tienda de ropa. Hay muchas cosas para las que estoy cualificada.

Se le desencaja la mandíbula. Se pasa la mano por la cara y emite un gemido.

—Esto es una locura. Ninguna esposa mía va a desempeñar

trabajos no cualificados. —Me dan ganas de reír. Incluso contando con una empleada del hogar que viene semanalmente, estoy siempre ocupada en la casa. A Lucas no parecen importarle todas las cosas «no cualificadas» que hago por él. Recoger sus calcetines sucios, para empezar.

—No me queda otra que hacer lo correcto —digo con rotundidad—. Firmé un acuerdo prematrimonial y puedo arreglármelas sola y salir adelante.

Lucas entrecierra los ojos.

—¿Así que esto es un castigo por el acuerdo prematrimonial?

—No se trata de eso, Lucas, sino de ti y de tus aventuras extramatrimoniales, de tus mentiras, tu falta de lealtad y empatía. Ese vídeo es la muestra de cómo eres y de las cosas que eres capaz de hacer. Y podría seguir.

—¡Ya basta con lo del vídeo! Te he dicho que lo siento. ¡Y es una exaventura! Se acabó. ¿Por qué no puedes meterte eso en la cabeza? ¿Te quiero! ¡Lo único en lo que pienso es nuestro futuro! El futuro del bebé. Somos...

—Una familia —interrumpo con sarcasmo.

—¡Exacto! ¿Cómo puedes hacerme esto a mí? ¿A nosotros?

Quiero reírme. De nuevo, todo es culpa mía. De alguna manera, él es la víctima.

—Te has pasado de la raya, amor. Tienes que aprender a asumir la responsabilidad de tus actos. Pudiste elegir libremente, escogiste un determinado camino y ahora tienes que vivir con las consecuencias. ¿Te suena el concepto de *causa y efecto*?

—Esto no puede estar pasando.

Saco el bolso y busco a tientas la cartera. Esta cena va a ser astronómicamente cara, pero cada centavo va a valer la pena. No solo por la deliciosa comida, sino porque contribuirá a mi bienestar mental personal: ser capaz de demostrar autonomía, tanto a mí

misma como a Lucas, haciéndole ver que puedo arreglármelas económicamente, que me puedo apañar perfectamente sin él.

Su semblante se vuelve rígido por el pánico.

—¿Qué estás haciendo?

—Cogiendo la cartera para pagar la cuenta. Algo que voy a hacer siempre a partir de ahora.

Suelta una sonrisa nerviosa. Él siempre paga la cuenta.

—No seas ridícula.

—No lo soy. Voy a ser madre soltera y me tengo que acostumbrar a pagar, eso es todo.

—¿Desde cuándo no me he hecho yo cargo?

Arqueo una ceja.

—Tengo que acostumbrarme a ser autosuficiente. No habrá nadie que pague por mí cuando esté en Montana, o dondequiera que acabe viviendo. Un par de amigos me han ofrecido una habitación para establecerme aquí, en Los Ángeles, así que esa es otra posibilidad. Pero tengo que pensar en lo mejor para el bebé.

Levanta las manos exasperado.

—No te vas a ir a ninguna parte. ¡Esto es una locura!

—Soy una mujer libre. Esto no es Irán ni Afganistán. Voy a mudarme y a empezar una nueva vida, y tú y yo nos vamos a divorciar.

—¡No quiero que te vayas! Por favor, Ava.

—Ya lo he decidido.

—Mis padres...

—Tus padres estarán encantados.

—¡No, por supuesto que no! Mi madre... ¡Si está eufórica con el bebé que viene en camino! Quiere ser abuela. Montana está a más de mil quinientos kilómetros de distancia. ¡Mil quinientos malditos kilómetros! No puedes hacer esto, Ava. ¡No te lo permitiré! Te

necesito en casa, que es donde te corresponde estar. —Su voz está ronca de intentar no gritar.

«En casa, donde te corresponde estar». ¡Ja! Se acabó el emparejar los calcetines de Lucas. Qué alivio. Qué maravilla no tener que ocuparse de los calcetines de un hombre. ¡Qué liberador! No solo lavarlos y emparejarlos, sino recogerlos sucios del suelo. Agacharse y encontrarlos debajo de las camas o los sofás, detrás de los cojines, apretujados dentro de los zapatos, enrollados formando una bola por la habitación, incluso a veces en la cocina o fuera en el patio. O en la cama de una de las perras. Nunca se sabe dónde puede estar oculto un calcetín perdido, como si tuviera vida propia y un plan secreto. Puede que lo encuentres meses después. Puede que nunca aparezca. Él, sin embargo —y apuesto a que hablo por la mayoría de los hombres, no solo por Lucas—, nunca buscará ese calcetín apestoso. Qué va. El calcetín solitario que ha desaparecido en alguna parte. Me tocará a mí dar con él.

O tan solo dejarlo donde está.

Y eso es lo que me apetece hacer.

«Nosotros —reflexiono— *somos como los calcetines*. *Aunque empecemos formando una pareja perfecta, algún día acabaremos solos»*.

Un suave gemido sale de la garganta de Lucas, como si le doliera algo. Se aplana con las manos su espeso pelo rubio.

—No puedo creer que esto esté pasando.

—Supéralo, amor. No vas a detenerme. Nunca voy a poder olvidarme de lo que vi en la grabación. Cómo os comportasteis tu padre y tú. Lo que hicisteis fue algo monstruoso. ¿Dejarme allí para que, posiblemente, muriera? ¿Qué tipo de persona hace algo así? —Hago una pausa, dejando que la verdad que hay mi acusación cale en él.

Lucas agacha la cabeza, avergonzado, sin contestar.

Continúo:

—Incluso si hubiera sido alguien desconocido, ese tipo de acción, o inacción, es imperdonable. Pero ¿hacerle eso a tu propia mujer? ¿A tu nuera? ¿Qué se os pasó por la cabeza? Ninguno de los dos sois normales, lo sabes, ¿verdad? ¿Os late el corazón bajo esos pechos hinchados? A veces lo cuestiono; me pregunto si los extraterrestres os dejaron en el planeta Tierra y se olvidaron de venir a buscaros. Y, por cierto, tengo que hablar con Jack sobre lo que hizo. Decirle lo que pienso de él. Apuesto a que a tu madre le encantaría saber qué clase de hombre es su marido cuando las cosas se ponen feas.

Lucas vuelve a la vida.

—¡Ni se te ocurra!

—No, qué va. ¿No me estás viendo? —Sé lo que le aterroriza. Teme que pueda subir ese vídeo a YouTube, exponiéndolos a él y a Jack como monstruos despiadados. No sería capaz de hacer eso... aunque nunca digas nunca. Una mujer despreciada...

Vuelve a emitir un gemido.

—Jesús. Todo esto se ha salido de control.

—No blasfemes —le reprendo, interpretando el papel de su padre y disfrutando con ello.

—Nena, deja ya esta tontería, por favor. ¿Qué puedo hacer para que des marcha atrás?

Sacudo la cabeza.

—Nada. Una vez decidido, la parte de ejecutarlo es la más fácil.

—No es esto lo que quiero. —Se vuelve a pasar la mano por el pelo.

—Que te acostaras con otra mujer no era lo que yo quería, pero así son las cosas —replico—. No siempre podemos conseguir lo que queremos. —Me siento bien teniendo el control.

Muy bien.

El trayecto en coche hasta casa es silencioso. Lucas está

estupefacto. Al final, su estilo de vida le ha pasado factura y está completamente incrédulo. No puede creer la fuerza que estoy demostrando, cómo mi espíritu de independencia se impone por encima de todo. Esa mujer débil y rota ha quedado atrás. Y él es incapaz de asimilarlo. Hasta a mí me sorprende la fortaleza que hallo en mi interior.

—Lo irónico es que ahora soy socio director de mi propio bufete —me dice con voz tranquila y conmocionada—. ¿Eliges este momento para dejarme? ¿Ahora, cuando por fin soy solvente económicamente, cuando tengo el control del negocio y puedo ofrecerte el mundo?

—Todos tomamos nuestras decisiones —le respondo—, y tenemos que hacernos cargo de ellas. —Bostezo, cierro los ojos, estiro las piernas, hundiéndome más en el asiento del coche mientras le dejo conducir. Mi tono es aburrido y desprende una impresión de que todo me importa un bledo. *Sí que* me importa. Estoy aterrorizada. Pero conozco a mi marido y sé cómo funciona su cabeza. Me pongo la mano en el estómago. Lucas se da cuenta. Su mirada se vuelve intensa, agudizándose.

Mientras sujeta con poca fuerza el volante con una mano, dice con voz gélida:

—Nunca me dejarías, porque no querrías arriesgarte.

—¿Arriesgarme a qué?

—A perder la custodia de tu hijo.

No digo nada, pero mi recién adquirida confianza recibe una sacudida. Con los poderosos contactos de su padre, siendo él y Lucas abogados, sé que serían capaces de fabricar una acusación contra mí como madre no apta. Lucas mentiría para salirse con la suya y sus padres le apoyarían.

Pero no le hago saber que me ha afectado y decido acabar la noche con un gesto aún más impactante y concluyente. Me traslado

a la habitación de invitados a pasar la noche. De todas las cosas que he hecho y dicho hasta ahora, esta acción es la que más le va a sorprender, la que más va a evidenciar mi postura.

A la mañana siguiente, lo encuentro en el umbral de la puerta cerrada de la habitación de invitados, acurrucado en un saco de dormir. A Lucas se le da muy bien el drama. Al pasar por encima de su cuerpo, me doy cuenta de que ya no lleva puesto el anillo de la calavera. Vale. Por algo se empieza. Me mira agotado, con los ojos cansados, con ojeras y el pelo húmedo de sudor.

—Tenemos que hablar —dice seriamente.

—¿Sobre qué?

—Sobre nuestro futuro. Sobre el futuro de nuestro bebé.

Siento un escalofrío que me recorre desde la cabeza hasta los pies. Sabía que dejarlo no sería tan sencillo.

14

Para mi marido, todo en la vida va sobre hacer tratos. De hecho, nació en medio de uno, que consistía en que su padre ganaba el dinero mientras su madre se quedaba en casa, llevaba las riendas de una casa perfecta y se aseguraba de que ella también lo fuera —uñas, pelo, piel, dientes, atuendo, comportamiento— y de que, según todas las apariencias del mundo exterior, todo estuviera en orden. A Lucas le correspondía ir a la escuela, luego a la universidad, y sacar sobresalientes. Sobresalir en los deportes, ser popular y «*nadar entre los tiburones*».

Ahora, este es el trato que Lucas me ha propuesto y sobre el que estoy reflexionando:

Quiere:

1. La tarjeta SD para destruirla.
2. Que yo firme un acuerdo de confidencialidad sobre todo lo que registró esa grabación. Incluyendo no volver a mencionársela nunca, ni siquiera a él, y menos a sus padres.
3. Que permanezca casada con él al menos tres años más, viviendo juntos en el domicilio conyugal, pasando las noches en nuestra cama de matrimonio, pagando él todos los gastos del hogar y de cualquier otro tipo y sin que tenga que trabajar en casa o encontrar un empleo.

A cambio, sustituirá el acuerdo prematrimonial por un contrato matrimonial nuevo que establece, según la ley de California, que, en caso de divorcio, dividiremos sus bienes al cincuenta por ciento. Y una cláusula: en caso de fallecimiento, nuestro hijo heredará todo en fideicomiso, siendo yo tutora hasta que el niño cumpla veintiún años. Si no hubiera hijos, yo heredaría la mitad de sus bienes y sus padres, la otra mitad.

Me ha dejado claro que si me opongo a algo de lo anterior, luchará contra mí «con todo su arsenal» para conseguir la custodia completa de nuestro hijo.

Jura que la aventura con Claudia Spector está finiquitada. He pasado noches en vela dándole vueltas a todo, evaluando mi situación, preguntándome qué debería hacer. Es duro amar a alguien que no merece tu amor. Pero, cuando estás embarazada de su hijo, es aún más difícil.

Sin embargo, lo que más me afecta es su amenaza de pedir la custodia completa de nuestro hijo.

¿Tengo elección? Me encantaría que mi matrimonio funcionara, si es posible. Jura que ha cambiado. Ha admitido que lo que hizo fue horrible. ¿Podemos empezar de cero? ¿Cambia la gente de verdad? Sea cual sea la respuesta, mi bebé es mi máxima prioridad. No puedo arriesgarme a perderlo.

—¿Sabes lo que he estado planeando, Ava? —me pregunta. Estamos paseando por la playa, con las perras dando brincos por delante de nosotros, trayendo los palos que les lanzamos. Un juego inagotable que puede alargarse durante todo el día. Me duele el brazo. Pero, por primera vez en mucho tiempo, estoy contenta. O al menos, aliviada, por haber tomado una decisión. En la vida hay que avanzar. Si te aferras al pasado, sobre todo al rencor y al dolor, lo único que lograrás será atraer más de lo mismo.

Levanto la vista hacia él, que tiene la cara iluminada por una ráfaga de rayos de sol. ¿Cómo consigue parecer tan inocente y repleto de luz cuando está tan lleno de oscuridad?

—No, ¿qué? —digo.

—Vender Fox & Fox al mejor postor. Hacer lo que mi padre siempre me amenazó con hacer.

—Eso lo mataría.

—No tiene por qué saberlo.

—Se enteraría, ¿no?

—Tal vez, pero para cuando lo haga ya sería demasiado tarde.

Me asombra la recién descubierta independencia y determinación de Lucas. No solo para dar lo mejor de sí mismo por nuestro matrimonio, sino para liberarse de la única cosa a la que se había aferrado: su obsesión por complacer a su padre. Es una señal positiva. Nunca creí que mi marido tuviera la capacidad de actuar contra su padre, vengarse por tantos años de acoso psicológico. O tal vez no sea cuestión de venganza, sino solo de tomar las riendas y empezar a decidir por sí mismo. Lo respeto por ello. Ha vivido toda su vida a la sombra de su padre, hábil y astuto. Tiene que estar desesperado por liberarse.

—Tendría muchísimo dinero —añade.

—Entonces, ¿por qué te molesta que tu padre vea la grabación —pregunto, confusa— si te da igual lo que piense?

—Es por el bien de mi madre. La destrozaría. Lo creas o no, a él le cuesta tener secretos con ella. Llevan juntos tanto tiempo que ella es capaz de leerle la mente. La verdad podría salir a la luz al final.

—Cierto. Pero ella sabe qué clase de hombre es Jack, con quién se casó.

—Sí, en el fondo, sí. Pero ese vídeo... Es todo tan obvio, es como si se lo restregaran en la cara. Lo vi de principio a fin. Es una prueba irrefutable. Es horrible. Nos deja a ambos en muy mal lugar. Sobre todo a mí. Cariño, siento mucho lo que hice. Lo que no hice. ¿Podrás llegar a perdonarme? —Deja de caminar, se gira hacia mí y me sujeta suavemente por los hombros para que tenga toda su atención. Su mirada está llena de remordimiento; sus ojos, llorosos. Apartándome un mechón de pelo salado de mi mejilla, deja reposar sus dedos en mi rostro y lo observa como si me estuviera viendo por primera vez. Pero, a diferencia de aquella ocasión, cuando me vio en aquella fiesta y se sintió atraído por mí, ahora me mira de diferente

manera. Hay amor en sus ojos. Aprecio. Respeto. Saca su teléfono del bolsillo de sus pantalones cortos y me hace una foto.

—Si no te perdonara —le respondo—, no estaría aquí contigo.

Me coge de la mano. Puedo sentir las posibilidades que tenemos por delante, las noto palpitar en el calor de sus dedos cuando los entrelaza con los míos. Lucas y yo podríamos ser felices. Podemos jugar a estar enamorados, como al principio, cuando en el mundo no existía otra cosa que no fuera nosotros. Antes de que ese acuerdo prematrimonial sembrara dudas sobre nuestra relación. Tenemos un bebé en camino. Sería egoísta por mi parte privarle de una relación plena con su padre. Sé de primera mano lo que significa no tener uno. Para mi madre no solo supuso apuros económicos, fue además una carga psicológica que terminó afectándome a mí. No tener ese apoyo, otra persona en casa que asumiera responsabilidades, que ayudara a criar a un niño. No poder compartir lo que sucede en el día a día como si fuéramos una familia real. Se trata permanentemente de una relación individual, y por muy unido que se esté, es inevitable tener la sensación de que falta algo.

Y aquí tengo a Lucas, ofreciéndome este gran cambio, empezar de nuevo, destruir ese acuerdo prematrimonial a cambio de eliminar la grabación. Y es algo a lo que aferrarme, aunque lo que más me preocupa es su amenaza de quitarme a mi hijo. Pero, en realidad, la decisión es bien sencilla, no hay que darle muchas vueltas. Tiene razón en que no querría que ningún hijo mío, ni ningún otro niño, tuviera que enfrentarse a un panorama tan horrible. Como él dice, las cosas tienden a hacerse evidentes, a ser descubiertas. *Al final, la verdad saldrá a la luz*. Y eso me deja muy mal parada. ¿Qué pensarían de mí? ¿Cómo podría yo explicarlo? En realida*d, me* estaría haciendo un favor más *a mí misma* que a ninguna otra persona borrando aquel episodio de mi vida, fingiendo que nunca ocurrió.

Estoy bastante segura de que aceptaré el trato. ¿Qué otra opción tengo?

15

Barbara me llama al día siguiente. Me invita a almorzar en el Polo Lounge del Hotel Beverly Hills, un punto de encuentro icónico donde tienen lugar comidas influyentes en Los Ángeles; las estrellas de cine se reúnen aquí con sus agentes, y también en este sitio se cierran tratos millonarios con un *risotto* trufado de langosta o una *frittata* de claras de huevo. Esto es nuevo. Barbara nunca me había invitado a mí sola. ¿Debería tener miedo? Pienso en si su intención es reprenderme por haber roto el acuerdo prematrimonial, acusarme de ser una cazafortunas interesada o una mala influencia para Lucas por algo... por cualquier cosa. Acepto su invitación con cautela. Pero la mujer es todo sonrisas. Incluso me saluda con un beso en la mejilla, lo cual es algo nuevo también.

Nos acomodan en un reservado, cuyo icónico techo de rayas verdes y blancas me hace sentir como si estuviera en una feria y siguiera siendo una niña y estuviera a cargo de mamá.

—Yo invito —empieza Barbara—. Hoy, solo chicas. Divertido, ¿a que sí? Los hombres de algún modo siempre estropean la dinámica. Solo puedes ser tú misma cuando no hay ninguno alrededor.

Nunca había visto esta versión de Barbara, pura complicidad femenina, llena de una cálida y vibrante energía. Va vestida con un traje rosa de Chanel, que cuelga de su cuerpo delgado a lo Nancy Reagan, y lleva el pelo recién arreglado y teñido. Puedo oler la laca y una ráfaga del famoso perfume Joy mientras se desliza con ligereza hacia dentro del restaurante. Barbara es una completa paradoja. Es derrochadora, pero también ahorrativa, y se enorgullece de ser frugal cuando hay que serlo. Conduce el mismo coche desde hace muchos años, un Oldsmobile de 2002 que Jack le regaló por su cumpleaños y que se ha convertido ya prácticamente en un clásico. Sus trajes y zapatos le duran años, y eso le confiere una apariencia

vintage y elegante. Es una persona fuera de lo común, excéntrica. Un personaje que me desconcierta. Siempre me ha mantenido a cierta distancia, pero hoy su actitud ha dado un giro de ciento ochenta grados. ¿Por qué? Supongo que se debe a mi embarazo, que les anunciamos hace poco.

—¡El otro día vino aquí Giada De Laurentiis! —susurra, abriendo mucho los ojos.

Respondo con una mirada de desconcierto.

—Sí, mujer, ¿la chef de cocina? Suelo ver su programa.

Asiento con la cabeza.

—Ah, genial.

No me impresiona mucho la gente famosa. Excepto Meryl Streep o Leonardo DiCaprio y, hasta hace poco, Claudia Spector. Y porque son grandes actores. Una estrella por el mero hecho de serlo no me dice nada. En mi trabajo me paso la vida conociendo famosos. Son personas normales. A menudo pasas a su lado sin darte cuenta siquiera de quiénes son. Frecuentemente son mucho más bajos de lo que parecen en la pantalla. A veces, un poco simples en carne y hueso. Es increíble cómo algunos actores tienen tal química con la cámara que hacen magia y se transforman en algo único y especial.

Con una sonrisa poco habitual que atraviesa su rostro empolvado y las cejas depiladas formando arcos romanos simétricos, Barbara dispone un sinfín de bolsas de compra en una banqueta. Dolce & Gabbana, Armani, Calvin Klein y varias tiendas caras para niños. Se da cuenta de que las estoy mirando.

Con una sonrisa amplia, me dice:

—No he podido resistirme. Puedes demandarme si quieres. He ido de compras. Quería esperar para que pudiéramos ir juntas, pero... Bueno, espero que te guste lo que he elegido. —Me pasa una bolsa y me mira sonriente mientras saco un jersey de cachemira amarillo ácido de talla grande.

—Algo cómodo para ver la tele —dice—. Para estar por casa. ¡Pero no te pongas a trabajar en el jardín con él!

Acaricio su suavidad, que es como la de un bebé.

—Es exquisito, muchas gracias, Barbara.

—Talla grande, para que el bebé tenga espacio de sobra para crecer. No me gusta la ropa diseñada específicamente para el embarazo. Siempre he pensado que lo que hay que hacer es comprar ropa grande. Échale un vistazo a la bolsa de Dolce & Gabbana.

El camarero se acerca, recita de un tirón las especialidades del día y nos toma nota. Elijo un pastel de cangrejo para empezar, pero Barbara me para los pies.

—No, lo siento, pero no vamos a tomar pastel de cangrejo. No, cariño, ¡nada de marisco!

—Tienes razón, no lo había pensado.

Barbara tamborilea con sus dedos adornados con joyas el mantel blanco como la nieve. Sus largas uñas, perfectas garras pintadas en rosa, trazan surcos que parecen pistas de esquí sobre la tela de algodón blanco.

—Ella tomará una ensalada McCarthy, y también pollo a la parmesana; asegúrate de que esté bien hecho, doradito. Yo tomaré solo la ensalada McCarthy. Un agua Perrier para mi nuera, por favor, y un *kir royale* para mí. Unos palitos de pan para que ella vaya picoteando mientras esperamos. Sin mantequilla. Gracias. —Hace un gesto con la mano hacia atrás para despedir al camarero, y el gigantesco anillo de esmeraldas y diamantes que lleva en el anular capta toda la luz de la habitación—. Vale, ¿por dónde íbamos, cariño? —*Cariño.* Eso también es nuevo—. Ah, sí —Saca una caja rectangular de la bolsa de Dolce & Gabbana—. Vas por ahí con unas gafas de aviador muy sosas, Ava. Te hace falta algo más divertido, más glamuroso y femenino. —Abro la caja y me encuentro con unas

gafas de sol aladas al estilo de los años cincuenta, descomunalmente grandes, de color rojo. Para nada mi estilo.

Me río.

—Son extravagantes —digo.

—Son modernas —corrige—. Y elegantes.

Reviso todas las bolsas, una por una. Se ha gastado una cantidad desorbitada en estos regalos. No me gusta ninguno; hasta las mantas de bebé son sorprendentemente poco atractivas. Y además *caras*, lo cual las empeora. Por supuesto, no ha dejado los tiques en las bolsas por si quisiera cambiar alguno de los artículos por algo diferente. Qué va. Ni siquiera me llega a insinuar que puedo hacerlo. Para ella, lo que elige ella bien elegido está y yo no tengo nada que opinar al respecto. No obstante, el lujo y la calidad son evidentes. La compra le debe haber costado más o menos dos meses de mi antiguo salario. Todo esto me hace sentir muy incómoda.

—Eres más que generosa, Barbara. Todos estos regalos me han dejado sin palabras. —Ambas afirmaciones son ciertas. Todo el tiempo que Lucas y yo llevamos casados, he fantaseado con la idea de que Barbara se acercara a mí y tuviéramos buena relación. Pero la realidad es bien distinta. ¿Más almuerzos como este con mi suegra? No estoy yo muy segura.

Juguetea nerviosamente con un pendiente gigantesco en forma de cúpula, con una perla gigante en el centro, que le oculta todo el lóbulo.

—He matriculado al bebé en tres guarderías privadas.

—¿Y cómo lo has conseguido? Si aún no ha nacido.

—No te preocupes, yo cubriré todos los gastos de matrícula. Hay que tener mucho cuidado hoy en día con todo eso de que si «no binario por aquí, no binario por allá»; ya sabes, la manía de confundir a los críos y que ni sepan de qué sexo son. Les dicen a los niños que pueden vestir de rosa si quieren. Les quitan sus pistolas

de juguete. No quiero que esos pedófilos alimenten a mi nieto con un montón de sandeces de ese estilo. Tenemos que asegurarnos de elegir las escuelas adecuadas. Hay que apostar por la privada.

—Creo que te estás adelantando a los acontecimientos, Barbara. O sea, ni siquiera tengo claro lo que quiero hacer en relación con los primeros años de educación, tal vez quiera quedarme en casa con el bebé, quizá...

Me coge la mano.

—Tenemos que tomar estas decisiones juntas, querida. Me tienes a tu disposición, Ava, y el bebé también. Y siento no haberte prestado suficiente atención hasta ahora, pero ya estoy aquí.

«Sí, ya estás aquí».

—Seamos un equipo, hagamos planes, pasemos tiempo juntas, como una familia. ¡Va a ser muy divertido! —Envuelve sus labios rosa fucsia alrededor de un palito de pan y lo parte en dos.

Fuerzo mi boca para que emita una sonrisa.

—Me muero de ganas.

16

Más tarde ese mismo día, Jill pasa por casa en su habitual *footing*. Si supiera el caos que ha provocado. Estoy en la terraza, ocupándome de mis parterres elevados, curiosamente con el jersey amarillo ácido que Barbara me dijo que no me pusiera mientras trabajaba en el jardín. Sopla una brisa fresca. Estoy plantando cosas que necesitan poca o nada de agua. El cambio climático es real, sobre todo en California.

Sube corriendo los escalones.

—¿Cómo va todo? —pregunta jadeante, con sus brazos esbeltos apoyados sobre un poste de la valla de la terraza. Hablamos de cosas sin importancia. La invito a pasar, pero insiste en que tiene que irse. Normalmente, eso significa al menos veinte minutos de cotilleo.

Observo a Jill y me pregunto si estoy viendo a mi futuro. Tiene un aspecto increíble para su edad. Cincuenta y nueve años y una figura de la que cualquier treintañera estaría orgullosa. Pero sabe que eso no es suficiente viviendo en Los Ángeles. Su marido pertenece a «la industria». Es productor de televisión. Jill, como yo, no es de California. Y, aunque Malibú no es Hollywood, ni siquiera Los Ángeles —es un condado independiente—, los valores de Hollywood se extienden por aquí. A la gente le va la vida en su aspecto; sobre todo, en parecer joven. La juventud y la belleza están por encima de la inteligencia, la experiencia y cualquier otra cosa. La devoción por el dinero y el éxito les siguen de cerca. He apreciado algo que me parece curioso. Los nacidos y criados aquí, los angelinos, pueden lidiar con ello, pero a los que venimos de fuera nos cuesta mucho más asimilarlo. Hay que ser de hierro para prosperar en Hollywood y no permitir que te abrume. O bien ser surfista y que lo único que te preocupe sean las olas. Los Ángeles es un lugar falso. Juega contigo,

te engaña. Hasta su nombre, *Los Ángeles*, te hace creer que estás de alguna forma «bendecida» por el mero hecho de vivir aquí. Protegida. El clima perfecto, el cielo imposiblemente azul, las palmeras que se elevan hacia el cielo, las sonrisas en las caras de todo el mundo... Todo ello hace que te imagines que no se puede vivir mejor. Pero hay una especie de parásito sutil que va corroyendo tu alma. Nunca llegas a sentir que seas suficiente. Cuando las mujeres son guapísimas mires donde mires y todas y cada una de las personas tienen el ojo puesto en un negocio mejor, una casa mejor, un coche mejor, un amor mejor, es difícil ser realista y estar centrada. Tienes que hacer acopio de toda tu confianza, de toda la fe que tienes en ti misma, para no sentirte prescindible.

En especial si a tu marido se le van tanto los ojos.

—¿Sabes, Ava? —dice Jill—. Ya no me importa nada. Si mi marido quiere andar por ahí con otras, a mí me da igual. Mejor aún. Ya pasé la menopausia, que es como decirles a los hombres que se acabó el sexo. Y no me preocupa no tener relaciones nunca más. Mira, la mayoría de mis amigas están siguiendo un tratamiento de reemplazo hormonal (por supuesto, eres demasiado joven para pensar en eso todavía), pero yo no veo los beneficios de tomar hormonas. Muchas mujeres están optando por implantes de testosterona, pequeñas cápsulas insertadas bajo la piel, para aumentar su libido. Llámame sosa, pero eso no es para mí. No quiero que el sexo sea el centro de todas las cosas, cuando no hay duda de que es precisamente lo que te mete en más problemas. El sexo es lo que te hace tomar malas decisiones. O sea, cuando pienso en algunos de los chicos con los que me acosté cuando era joven... Y peor aún, cuando me acuerdo de hombres con los que me obsesioné... Uf, siento hasta escalofríos. ¡Tíos vacíos! ¡Completos imbéciles! ¡Y yo estaba loca por ellos! Ese estado de lujuria permanente te vuelve irracional y celosa y provoca que hagas estupideces.

Jill mira a su alrededor para asegurarse de que nadie está escuchando su monólogo. Estando en la terraza, es bastante improbable que alguien la oiga. De todos modos, baja la voz.

—William y yo fingimos, los dos. Yo hago como que no me entero de nada y él simula seguir enamorado de mí. De hecho, cuanto más hago la vista gorda, más me recompensa. ¡Vaya regalos recibo como consecuencia de su remordimiento! Los llamo «paquetes de compensación». Él puede tirarse a quien le venga en gana y actuar como ese productor tan importante, y yo disfruto de unas vacaciones estupendas, una casa preciosa, pasar tiempo con mis hijos y tener una vida relajada sin estrés alguno, con las facturas y demás cosas cubiertas. Y, seamos realistas, William no es famoso que digamos por su atractivo. Ya no. Esas mujeres pueden quedarse con su panza, francamente. No sé por qué no hay más mujeres que sigan mi ejemplo. ¿Sabes cuál es mi canción favorita? *The Great Pretender*. Ya sabes, esa donde el cantante dice fingir todo en su vida.

Jill me hace reír, pero tiene razón. Me cuesta creer que acabaré como ella dentro de veinticinco años. Pero tal vez *esté* mirando a mi yo del futuro. Hoy, hago algo poco habitual en mí. Comparto un secreto con ella.

—Lucas estaba teniendo una aventura —revelo.

—¡No puede ser! ¡Pero si sois la pareja perfecta!

Pienso en lo que debemos parecerle a la gente, sobre todo en nuestra cuenta de Instagram. A Lucas le encanta hacer de hombre dedicado a su familia. Fotos de nosotros besándonos, nosotros y las perras en la playa, *hashtag* «viviendo el sueño» *hashtag*, «agradecidos». Suspiro.

—Eso es lo que pensaba yo también.

Inclina un poco la cabeza, con ojos incrédulos.

—Un momento... ¿No habrá sido con...?

Asiento.

Jill no puede contener la sonrisa.

—¿En serio?

—Encontré un teléfono desechable. Con mensajes entre ellos.

—¡No puede ser! —Jill sigue sonriendo. La fama lo supera todo. Como si el hecho de que Claudia Spector y yo estuviésemos compartiendo hombre me diera valor. Me convirtiera en una pieza muy codiciada. Realmente especial.

—¡Vaya! —exclama con entusiasmo.

—Ya te digo —respondo.

—¿Has tratado el asunto con Lucas?

—Sí. Incluso le amenacé con el divorcio.

—¿Y?

—Dice que se acabó.

—Ah, ¿sí? —Su tono está cargado de sarcasmo—. ¿Qué te hace pensar que es cierto?

—Los mensajes han cesado. Y me juró que Claudia no volvería a interponerse entre nosotros, que había salido de su vida para siempre.

Enarca una ceja rojiza. El peluquero de Jill le hace las cejas a juego con su color de pelo, que cambia cada pocos meses.

—Los mensajes en ese teléfono en particular han cesado, pero eso no significa... —No termina la frase. Jill no es tonta. De hecho, todas las mujeres que tienen algo que ver con el mundo del espectáculo en Hollywood adquieren neuronas extra, de las buenas, las perspicaces, cuando viven en La-La Land. Desarrollamos ojos en la nuca, una dosis extra de intuición, un sexto sentido. Sobre todo en lo que se refiere a las relaciones—. ¿Has buscado por todas partes? —pregunta—. Porque a ver, sabiendo que estás detrás de él, estará teniendo más cuidado.

—Confío en él —le digo, tratando de creérmelo.

Su boca se transforma en una especie de sonrisa de suficiencia, como si estuviera diciendo: *«¿Me tomas el pelo?».*

—¿Crees que no debería?

—Depende. ¿Te importa algo o no?

Me encojo de hombros.

—Sí, sí que me importa.

—Vale —dice—. Cuenta conmigo si necesitas ayuda. Las mujeres estamos juntas en esto. Hasta que tomemos el control del mundo, claro. Ocurrirá algún día, estoy segura.

Me río.

—¿Seguro que no quieres entrar? Tómate algo. Tengo algo de alcohol, refrescos, aperitivos.

—No, muchas gracias. Tengo que recoger a Norah en el aeropuerto dentro de un rato. Debo irme ya. —Norah tiene diecinueve años y lleva uno en un programa de intercambio en una universidad de Nueva Zelanda. Jill está decidida a que su hija encuentre trabajo en otro sitio, aunque eso signifique vivir lejos de casa. «Esta localidad es veneno puro», ha dicho Jill muchas veces. Todo el mundo se refiere a Los Ángeles y sus alrededores como «localidad», a pesar de que se extiende a lo largo de casi quinientos kilómetros cuadrados o de que incorpora infinidad de zonas distintas, incluso condados.

—Avísame si encuentras algo incriminatorio —dice Jill, trotando sin moverse de su sitio, preparándose para seguir corriendo.

Asiento.

—Lo haré.

Se aleja rápidamente mientras Ariadna y Safo ladran tras ella, molestas porque no las han invitado a su carrera, y me doy cuenta de que me alegra tener una confidente, alguien con quien poder hablar del asunto que me entiende y no me va a juzgar. La gente está convencida de que querer aferrarte a tu marido es síntoma de debilidad.

Es al revés, no tienen ni idea de lo fuerte que hay que ser para hacerlo.

El amor no es sensato. Y a veces es cruel. Pero, si nos rindiéramos y no perdonáramos, estaríamos dejando de lado el elemento esencial de la vida. Al menos, eso es lo que me digo a mí misma.

No voy a volver a revisar las pertenencias de Lucas. No quiero ser esa persona que va por ahí hurgando, paranoica, celosa e insegura. Voy a disfrutar de mi matrimonio, de Lucas, y de estar otra vez enamorada aunque en parte sea fingido.

Sé lo que me hago.

Al menos, eso creo.

17

Todo tiene la apariencia de ser perfecto.

Por un tiempo.

Lucas y yo disfrutamos de excursiones divertidas, como ir al autocine o pasar un día en el desierto, en Joshua Tree. También pasamos mucho tiempo en casa, sobre todo en la terraza, mirando al mar. Está construida sobre pilotes por encima de la arena, con vistas al océano y escalones que bajan a la playa. Tenemos parterres de lavanda, jazmines trepadores, cactus y hierbas silvestres. En ella escuchamos el zumbido de las abejas, el estruendo de las cigarras, el aleteo de las mariposas. Vemos juntos las puestas de sol y escuchamos el romper de las olas por las tardes, damos largos paseos, unas veces cerca de casa y otras por las montañas tras conducir un rato. Hay lugares en Malibú en los que no se ve un alma en kilómetros, cañones áridos uno tras otro por los que deambulan los pumas, y donde el trigo sarraceno, la hierba de aguja y los arbustos de salvia se funden con un horizonte infinito, con colores que cambian cada hora. La gente asume erróneamente que Malibú se limita a una franja de tierra junto a la línea de costa, pero también se adentra bastante hacia las montañas. A Ariadna y Safo les encantan estas excursiones. Hasta les ponemos mochilas especiales para perros, diseñadas con bolsas al estilo de las de los canguros, para que puedan llevar su propia agua.

Estos últimos días han sido especiales. Cada minuto sirve para crear un recuerdo, un momento en el tiempo. Cada segundo se convierte en pasado, y te despides con un beso de él mientras planeas el futuro, que, una vez que llega, se convierte rápidamente en pasado. El tiempo es una cosa curiosa. Vivimos muy poco el momento presente. ¿No es un arte lograr hacerlo? No anticipar el futuro, no obsesionarse con el pasado, sino disfrutar del ahora.

Y es en uno de esos momentos, en un instante de ese «ahora», cuando, viendo las noticias, el pasado se precipita ante mí, y mi futuro también, y el presente me grita, y todo se funde como si fuera un torbellino, en un instante, mientras el tiempo parece congelarse ante mis ojos.

—La ganadora de un Oscar Claudia Spector ha desaparecido —recita el locutor con tono grave—. La estrella y ganadora del Globo de Oro por la exitosa serie de Netflix *Go Ask Bobbie*, y ganadora del Oscar a la mejor actriz en 2018 por la película *Campeones*, se encuentra oficialmente desaparecida desde el martes, cuando no se presentó a trabajar por segundo día consecutivo. La actriz se encuentra actualmente rodando *Cat's Cradle*. Spector estuvo comprometida en su día con la también actriz Crystal Cormac, pero la pareja rompió solo un mes antes de contraer matrimonio. Su agente, Helena Ronstein, ha declarado a la prensa que Spector nunca llega tarde al rodaje ni falta un día al trabajo y que es una profesional consumada. Es la primera vez en su carrera que no se presenta a trabajar, y sus allegados dicen que no es habitual y que están muy preocupados. «Spector no regresó a casa y no se ha vuelto a saber nada de ella desde entonces», ha declarado la policía en un comunicado. «Sus amigos, familiares y compañeros de trabajo temen por su seguridad». Se insta a cualquier persona con información a llamar al teléfono de la policía de Los Ángeles o a la línea anónima de denuncias.

Apago la tele. No soy capaz de oír más. Es aterrador. Me imagino en su lugar y me estremezco, un escalofrío me recorre el cuerpo entero y me pone la carne de gallina. Lucas vuelve como quien no quiere la cosa al salón, como si no hubiera pasado nada trascendental, sudoroso tras una carrera al atardecer con las perras. Retiro mi zumo de naranja de la mesita segundos antes de que la cola de Safo lo arrastre contra el suelo. Tardo un rato en digerir lo

que acabo de ver en la televisión. La realidad. La conmoción que de ella se desprende. Mi marido tuvo una aventura con Claudia Spector, y ahora ella ha desaparecido... Este momento me parece surrealista, casi de otro mundo, como si nuestras vidas estuvieran suspendidas en el aire. Es un instante inmenso, que determinará el resto de mi vida.

—Claudia Spector ha desaparecido —le digo a Lucas con voz muy seria, y el corazón me aporrea las costillas mientras voy prácticamente deletreando las palabras. Necesito ver su reacción, la expresión de sus ojos. Cómo de culpable parece.

Me mira de forma vaga, sin prestar atención a lo que le he dicho, solo se seca el sudor de la frente.

—Hace un día precioso, cariño. ¿Has visto la puesta de sol? Increíble, deberías verla antes de que acabe por completo.

¿Ha oído lo que he dicho?

—Lucas, ¿cuándo viste a Claudia por última vez? —le pregunto.

Se pasa el dorso de la mano por la frente.

—Ni siquiera me acuerdo. Me dijo que se iba de la ciudad por un par de días, y... bueno, yo quería acabar con la historia de todos modos. Nuestra relación... no, ni siquiera se la podría llamar así, era más bien nuestra «situación», y no significaba nada, ya sabes que no. Cariño, ¿por qué quieres desenterrarlo de nuevo? Con Claudia todo terminó. Es que no quiero hablar de ello más. Por favor, no sigas. —Se deja caer de golpe en el sofá frente al televisor y coge el mando a distancia. Las perras trotan hacia mí, jadeantes, y sus uñas repiquetean contra el suelo.

A medida que mis manos se pierden en la suavidad de sus orejas, más cosas quiero preguntar sobre Claudia, sobre dónde podría estar, interrogar a Lucas acerca de lo que sabe. Quiero preguntarle cuándo la vio por última vez, la fecha exacta, dónde estaban. Pero no digo nada más porque estoy desconcertada, sin saber cómo reaccionar ni

qué pensar, y, sobre todo, lo que no quiero es volver a analizar minuciosamente su exaventura y tener que ser capaz de vivir conociendo todos los detalles. Irme a dormir con ellos, o pensar en ellos mientras me lavo el pelo o me tomo el café. ¿De qué me serviría? Me resulta insoportable discutir por cosas del pasado. No se puede hacer nada para cambiarlo. Estoy atrapada y, de momento, tengo que aceptarlo. Soy así de pragmática. Intento encontrar soluciones, no quejarme y hacer reproches sin parar. Las acusaciones no nos conducirán a nada, ni tampoco refugiarse en el lamento y la autocompasión.

Ojalá que tanto mi marido como yo hubiéramos tomado otras decisiones. Pero eso es lo que hace que el pasado sea tan agobiante: no puedes cambiar absolutamente nada.

Sin embargo, esa mentalidad no impide que ahora mismo me encuentre especulando.

—Claudia Spector ha desaparecido —les digo a las perras, una vez que Lucas ha salido del salón—. ¿A dónde creéis que ha ido? ¿Tenéis alguna idea, chicas? —Se me ocurre que quizá la tengan. Lucas las lleva a todas partes; les encanta pasear en el coche, y ahora que lo pienso me doy cuenta de que recientemente ha salido muchas veces a correr largas distancias, sobre todo en las últimas semanas. No cerca de nuestro barrio —Runyon Canyon, por ejemplo—, sino por lugares que implican coger el coche. Las perras son geniales, siempre vienen cuando se las llama. A menudo las dejamos sueltas porque nunca se alejan, no les da por ir persiguiendo animales del campo. Los perros de rescate suelen ser leales en ese sentido. No he ido con Lucas cuando ha ido a correr, sobre todo cuando se ha llevado el coche y las perras. Correr embarazada es un riesgo que no estoy dispuesta a asumir. ¿Llegarían a estar las perras con Claudia, lograrían conocerla bien? Puede que hasta las haya acariciado y dado golosinas. Sé que le gustan los perros porque Annie Leibovitz

pintó un retrato de ella que se hizo muy famoso en el que sale con su labrador negro, ambos dándose un beso de perfil. No es que me resulte agradable imaginarme a Ariadna y Safo visitando su casa en las colinas de Hollywood.

Y entonces me viene a la cabeza un pensamiento imprevisto y un tanto descabellado. Los perros a veces son testigos de delitos, pero les da igual, permanecen fieles a sus dueños. ¿Qué habrán visto mis perras? ¿Qué saben? Pero no, es una locura. Puede que Lucas me haya sido infiel, que me haya engañado, pero estoy segura de que es inocente en este sentido. No sería capaz de hacer daño a otra persona intencionadamente, ¿no? O bueno, quizá sí. Prácticamente me dio por muerta, ¿o no es verdad? Mi instinto me dice que tenga cuidado. ¿Estoy en peligro? Cuando un hombre está al límite —y él lo está de forma evidente—, hay que tener ojos hasta en la nuca y estar preparada para cualquier cosa. Quiero saber más según su versión sobre la historia de Claudia. Estoy ansiosa por conocer detalles.

Ojalá los perros hablaran.

Me prometí a mí misma que no hurgaría en las pertenencias personales de Lucas. Estoy embarazada. No me viene bien el estrés, la tensión. Últimamente todo ha estado en equilibrio entre nosotros, ¿de verdad quiero enredar las cosas?

18

Estoy en la bañera, cubierta de espuma con burbujas de flor de azahar, mientras leo un ejemplar antiguo de *Vanity Fair*. Uno que conservo por el reportaje sobre Claudia. Siento que la conozco muy bien, pero aun así nunca me canso de devorar y releer artículos antiguos sobre la estrella. Su pasado y la forma en la que creció me resultan familiares. Y supongo que siento que podría haber sido alguien como ella si hubiera tenido toda la suerte del mundo, al igual que la tuvo ella. Podría haber sido esa persona rescatada del anonimato y convertida en estrella si hubiera tenido mi golpe de suerte, si mis clases de interpretación hubieran llegado a convertirse en algo. Si en lugar de aprovechar la oportunidad de ser supervisora de guiones cuando surgió, me hubiera comportado de forma menos realista. Supongo que no tuve lo que hay que tener —lo que ella tuvo— para perseguir mi sueño hasta el final. Todos fantaseamos con estar en la piel de esas estrellas, ¿no? Todos jugamos al «¿qué habría pasado si...?», ¿verdad?

Quizá por eso nos embriagamos con estas historias de famosos, buscamos detalles que nos hagan sentir en parte como ellos o nos alegramos cuando les sale un grano, tienen celulitis, sufren un desencuentro amoroso u otro tipo de fracaso que demuestra que son tan humanos como nosotros y que tenemos algo en común. Claudia es una entre un millón. Bueno, más bien una entre diez millones. Sin embargo, algo me hace creer que yo podría haber sido ella.

Contemplo una doble página en la que sale tumbada sobre una alfombra blanca y mullida. Está vestida con un *negligé* de seda color *chartreuse* y mira al infinito. Romántica. Ensoñadora. Su pelo rubio cae como una cascada sobre sus hombros en suaves ondas; su corte

de pelo es casi tan famoso como el de Jennifer Aniston en los años de *Friends*. Es exquisita. Un extracto dice:

—No soy ni lesbiana ni heterosexual, solo soy yo misma.

Claudia Spector tiene el aura de la alta sociedad de Hollywood. A pesar del estrellato televisivo que ha alcanzado gracias a *Go Ask Bobbie*, su compromiso con la también actriz Crystal Cormac, por no hablar de una carrera cinematográfica y teatral tan exitosa que le ha valido para ganar un premio Tony y un Oscar a la mejor actriz, la estrella siente como si fuera solo el comienzo.

«Tengo la sensación de que aún tengo mucho más por ofrecer», reza el pie de foto de la página. «Los premios son la prueba de que se me considera una buena artista, no solo una famosa».

Paso la página. Otra foto preciosa, en la que ahora está de pie. Lleva un bañador negro de una pieza, hay una piscina al fondo; se observan sus características piernas largas, musculosas y bien entrenadas.

En la página contigua, comienza el artículo.

El coche sube más y más, en un ascenso vertiginoso por las curvas cerradas en forma de u de la carretera que conduce a la casa bastante escondida que Claudia Spector tiene en Hollywood, donde ha vivido los últimos cinco años. En la cima, llego a una imponente cancela de hierro forjado, la única señal de que hay una residencia detrás de este escondite en las colinas. Me han dado un código para abrir la verja, que al parecer es solo para invitados y que cambia cada pocos días; es una forma de controlar quién entra y quién sale. La seguridad es primordial para una estrella de este calibre, cuya vida se vio amenazada en una ocasión por un acosador, que acabó entre rejas. Desde aquí arriba, la vista de la enorme extensión de la ciudad de Los Ángeles desembocando en el océano Pacífico es de

una belleza deslumbrante. Tras estas puertas anónimas, la casa no es ostentosa, pero sí posee un gusto ecléctico. La vivienda de estilo renacentista normando francés, con vistas al cañón y un entorno ajardinado, está tan bien camuflada que solo sus amigos saben que vive aquí. Las palmeras se mecen con la brisa, hay campanillas de viento que tintinean. El aroma a jazmín es inconfundible. Naranjos y limoneros adornan la propiedad. Claudia lleva una camiseta rosa desteñida y pantalones de camuflaje, y va descalza. Su pelo color miel está recogido en una coleta desordenada. Esbelta y en forma, parece más joven de los treinta y cuatro años que tiene.

Me hace una visita guiada y me cuenta que le encanta la historia artística del ecléctico Laurel Canyon, lugar en el que una vez vivieron músicos como Joni Mitchell y Jim Morrison. Su casa es majestuosa, pero parece acogedora y da la sensación de estar habitada. Las paredes están adornadas con arte moderno («Se podría decir que soy coleccionista») y hay una especie de minibar que parece sacado de un elegante bistró francés, repleto de una selección de los mejores vinos. Spector me guía por la casa hasta un salón formal con suelo de madera noble y antigua procedente de un castillo auténtico de Normandía. Una chimenea de mármol de Carrara domina un extremo, rodeada de paredes revestidas con paneles de madera clásica. Las habitaciones, que se comunican de forma fluida entre sí, cuentan con ventanales que van del suelo al techo y vistas a la finca. Son luminosas y espaciosas, y en casi todas ellas hay sofás blancos de un tamaño considerable. No es ningún secreto que Spector se considera una reclusa y protege su intimidad con ferocidad. El hecho de que haya accedido a esta entrevista es la prueba de que su última relación la ha cambiado.

—Soy una persona más despreocupada desde que conocí a Crystal.

Desde que Spector se comprometió con Crystal Cormac, la prensa

no se cansa de hablar de la relación de la pareja formada por personas del mismo sexo. ¿Spector siempre ha sido lesbiana?

—No me preocupa poner etiquetas a las relaciones o a los géneros —dice Claudia—. Te enamoras de la persona, así de simple. Al principio, durante varios meses, quisimos que la prensa no supiera nada de nuestro compromiso. Era nuestro secreto, y era maravilloso ser capaces de disfrutar de ese precioso tiempo para nosotras. Como las dos somos actrices, valoramos mucho cuando podemos estar juntas a solas. El rodaje requiere mucho tiempo, no solo real, sino también mental, ya me entiendes. Poder estar juntas aquí, cocinar algo tan simple como pasta o un filete con patatas fritas... En fin, fue muy especial.

Las dos actrices se conocieron durante el rodaje de *Long Gone*. Como se encontraban en México, rodando en un desierto árido en el que no vivía nadie y sin prensa alrededor, la pareja pudo mantener el anonimato.

—Al principio, no éramos amigas. Me gusta sumergirme totalmente en un papel, y siendo enemigas en la película, me mantuve en el personaje —se ríe—. Crystal me recriminó por ello después de un día de rodaje especialmente extenuante, y citó a sir Laurence Olivier cuando le dijo a Dustin Hoffman... Ya sabes, cuando Dustin Hoffman se puso así como demasiado metódico con su papel en *Marathon Man* y llevaba setenta y dos horas sin dormir porque quería que la escena fuera más realista. Bueno, Crystal le citó diciendo: «¿Por qué no te limitas a actuar? Es bastante más fácil». Después de eso se rompió el hielo y surgió mucha complicidad entre las dos. Es una gran actriz, pero entiende que sus papeles no tienen nada que ver con cómo es ella en realidad. He aprendido mucho de ella. Me explicó que es tan importante darle vida al personaje como ser capaz de matarlo al final del día. Yo tiendo a tomarme la interpretación demasiado en serio. Ella es mi barómetro, mi cordura.

Claudia Spector llegó a Hollywood a los dieciocho años como cualquier otra actriz, sin dinero alguno, tras dejar su hogar en Nevada. Su padre, «un borracho y un holgazán», abandonó a la madre de Spector cuando ella solo tenía tres años.

—Fue devastador para mi madre —me dice con los ojos empañados—. Dejó la cuenta bancaria familiar a cero, y mi madre tuvo que criarnos sola a los tres. Nunca le dio un centavo, nunca volvió a visitarnos.

Sin embargo, este mismo hombre, Jimmy Spector, vendió su relato y un reportaje negativo sobre su hija después de que esta se convirtiera en una estrella. Spector demandó al periódico por difamación.

—Me destrozó —dice—. Pero también me dio fuerzas para seguir trabajando, que es muy importante para mí. Llevo trabajando desde que era adolescente, ganándome la vida, manteniendo a mi madre y a mí misma.

Lleno mi bañera con un chorrito de agua caliente y me asombro de lo parecidas que son nuestras historias. Ya he leído esto más veces, pero me fascina hacerlo de nuevo. Las dos hemos experimentado las mismas realidades. No hemos tenido un padre, ambas teníamos tres años cuando nuestros padres se separaron. Tenemos mucho en común. Nuestras madres destrozadas, abandonadas y por tanto obligadas a criar a sus hijos solas, sin ayuda económica, sin apoyo moral. Nunca llegué a vivir la adolescencia. Fue como si mi cuerpo hubiera crecido más rápido que la niña asustada que aún vivía en mí. Igual que Claudia.

Paso la página.

La nueva foto que encuentro es en blanco y negro. Un primer plano. Mechones de pelo al viento, dientes imposiblemente blancos asomando entre labios brillantes en forma de corazón.

Hay un pie de foto, muy ingenioso, que hace referencia a los

premios de Claudia y a su estado sentimental:

«Las únicas figuras masculinas en mi vida ahora mismo son Tony y Oscar».
Le pregunto si cree que su padre tuvo alguna influencia en su forma de abordar las relaciones sentimentales, si su pasado influyó de alguna forma en su unión con Cormac.
—Tal vez. Puede que tenga dificultades para confiar en los demás. Y sí, cargo con una sensación constante de no ser suficiente. Pero no creo que eso afecte a mis relaciones, es más bien una continua batalla interna con mi autoestima. Perfectamente podría haberme enamorado de un hombre. Resulta que Crystal es una mujer. No soy un estandarte de los derechos LGTB, aunque creo en ellos incondicionalmente. Solo soy una persona que ama a otra.

Vuelvo a leer esa frase. Como dice, podría amar tanto a un hombre como a una mujer.
Lucas.
Paso a otro párrafo, en el que habla del trabajo.

—Nunca dejaré de actuar. Jamás. Pero no quiero hacer siempre lo mismo. Quiero superar mis límites, retarme con papeles estimulantes y enriquecedores. Tomar decisiones creativas y atrevidas a la hora de elegir papeles. Porque, por muy raro que suene, siempre pienso que cualquier trabajo que esté haciendo podría ser el último. Supongo que sufro el síndrome del impostor. Estoy plagada de inseguridades. Creo que la mayoría de los actores lo están, a pesar del éxito o la fama que puedan haber logrado. —Me lanza una sonrisa irónica—. Nunca olvidas tu pasado, haber sufrido hambre. Por eso nunca puedes olvidar tampoco la suerte que tienes de tener trabajo y comida en la mesa.

Creo que es verdad. Absolutamente cierto.

Devoro el resto del artículo.

Spector es tan famosa por los personajes que ha interpretado como por su actividad en Internet y por la fundación que creó para mujeres jóvenes necesitadas. Le pregunto por el foro y el sitio web que erigió hace varios años, www.GenerationWhy.com, donde las chicas pueden hablar de sus problemas.

—Creo que las ayuda ver que su referente es una persona normal, ¿sabes? Ser famoso no tiene nada de especial, al fin y al cabo, es solo un trabajo. Sigo sintiéndome como una adolescente, aún muy insegura de mí misma. El proyecto empezó como un espacio seguro para que pudieran hablar de relaciones, familia, problemas de peso, identidad de género, salud mental, etc., aunque últimamente ha habido bastante troleo y acoso, que es justo lo contrario de lo que representa. Las redes sociales son una forma estupenda para fomentar la conexión, pero pueden también dañar la autoestima de las personas. Vivimos en una época extraña, increíble por un lado y difícil de asimilar por otro. Solo soy alguien que intenta hacerlo lo mejor que puede, pero bueno —mira hacia arriba con exasperación —, yo no tengo las respuestas, tengo la sensación de fracasar la mitad de las veces.

Con sus esfuerzos filantrópicos y su brillante carrera, Spector no tiene nada por lo que disculparse. Tiene quince películas a sus espaldas y éxitos en Broadway, ha logrado no solo los codiciados Tony, Oscar y Globo de Oro por *A Streetcar Named Desire*, *Champions* y *Go Ask Bobbie*, sino que a todo ello ha añadido unas asombrosas seis nominaciones a los Oscar por *The Last Girl*, *Sara*, *Over the Moon*, *Happy Times*, *Nineteen* y *The Night That Followed*; está claro que ha venido para quedarse y deleitarnos con más interpretaciones deslumbrantes.

Le pregunto cuáles son sus aspiraciones para el futuro, aparte de la cacareada boda con Cormac.

—Me encantaría trabajar en Europa algún día. Hacer cine independiente, de autor. Me encantan las películas francesas y españolas. Pero estoy muy contenta de cómo ha ido mi carrera hasta ahora y me siento increíblemente afortunada. Estoy muy orgullosa de lo que hemos conseguido con *Go Ask Bobbie*. Mi agente me suplicó que no hiciera televisión, pero la televisión es el nuevo cine. Atrás quedaron los días en los que se la consideraba un medio menor, una plataforma menos relevante. Así que, respondiendo a tu pregunta, tengo claro que me gustaría hacer más televisión. Cada papel me resulta fascinante, hasta cuando con veinte años tuve que interpretar uno en el que no tenía diálogos. No pararé de trabajar. Si me siguen ofreciendo personajes, seguiré trabajando en este negocio por siempre, hasta que me muera.

Su última frase me conmociona profundamente. Dejo la revista, desconecto y dejo que esas palabras se apoderen de mis pensamientos.

—Hasta que me muera...

19

Estoy en Ralphs, el supermercado, recorriendo los pasillos con mi carrito de la compra. Tengo una misión específica relacionada con la comida. Es medianoche. ¿No es genial poder comprar tan tarde? Como no nací ni crecí aquí, todavía no me hago a la idea de que en Malibú se pueda ir de compras a estas horas. No podía dormir y asalté la nevera de casa, pero no quedé satisfecha. He tenido un antojo repentino de ciertos alimentos que no podía esperar hasta mañana, así que aquí estoy. No soy ajena a experimentar con combinaciones un tanto extrañas de vez en cuando, como mojar galletas en batidos, añadir miel a la *pizza* o chocolate al pan. Pero los antojos del embarazo son otra cosa, un monstruo completamente distinto. Esta vez me apetece regaliz y *pretzels* tiernos con salsa picante. Y granadas. Y mangos. Si no encuentro mangos esta noche, no sé qué voy a hacer.

He dejado a Lucas durmiendo a pierna suelta en la cama. Si se despierta —cosa que dudo porque es un dormilón empedernido—, supondrá que estoy en la cocina. No es la primera vez que salgo a hurtadillas por la noche. Me supone demasiada molestia decirle a dónde voy; o bien insistirá en venir conmigo y tardará la vida en arreglarse, o intentará convencerme de que me quede en casa y acabaremos discutiendo. Mis mangos no son negociables, así que no he querido arriesgarme. Las perras están en el coche, con las ventanillas suficientemente abiertas. Es más fácil traérmelas, y más seguro, porque a veces ladran de emoción cuando vuelvo a casa, y de ninguna manera quiero que Lucas se despierte y tener que darle explicaciones.

Me encanta ir de compras por la noche. No hay tráfico para llegar hasta aquí, lo que es una gran ventaja. No hay casi nadie. A diferencia del Ralphs en Sunset, donde algunas personas van solo

para ver a estrellas de *rock* —de hecho, ha sido apodado Rock & Roll Ralphs—, el de Malibú es muy discreto a esta hora de la noche. Encuentro todo lo que he venido a buscar, menos la salsa picante, que de repente me da arcadas solo de imaginármela. ¿En qué estaría pensando? Voy a la caja para pagar, cojo unos chicles y es en ese momento cuando lo veo, destacado en la portada del *National Enquirer*:

¡Se teme que Claudia Spector haya sido Asesinada en su Propia Casa!

Echo un vistazo al primer fragmento del artículo, que dice así:

Los forenses que trabajan en la escena del crimen han encontrado señales evidentes de una pelea en la casa de Claudia Spector en Hollywood Hills. El teléfono móvil, el pasaporte y las tarjetas de crédito que la policía ha encontrado sugieren que Claudia Spector nunca salió de casa a pesar de su repentina desaparición.

Cojo el periódico, miro detrás de mí para ver si alguien me observa. No sé por qué me siento tan cohibida, no me lo explico. Aparte de mí, no hay nadie en la cola. Solo la cajera, una mujer joven que masca chicle, bosteza y pasa los artículos por la caja. Debatiéndome entre si debería comprarlo o no, al final lanzo el periódico a la cinta transportadora y lo añado a mi compra en el último momento. Pago y lo enrollo bajo el brazo, ansiosa por leer el contenido del artículo en el coche. Todo el mundo dice que no hay que fiarse de este tipo de prensa sensacionalista —solo contienen estupideces—, pero yo sé de buena fuente que sus periodistas consiguen la primicia mucho antes que nadie porque pagan cantidades ingentes de dinero por la información, y a menudo sus historias acaban siendo ciertas, porque los medios serios las corroboran semanas después. No se trata de cosas del tipo *Los extraterrestres llegan a la luna*, sino de cotilleos

sobre famosos, noticias sobre crímenes y reportajes de investigación. Tanto si son estupideces como si no, necesito saber lo que cuenta.

A salvo en mi coche, con las perras dormitando en la parte de atrás, leo el resto del artículo mientras me atiborro de regaliz, con la lengua pegajosa y negra.

Claudia Spector lleva desaparecida casi una semana. Los detectives están investigando cómo una estrella de cine de primera categoría se ha evaporado sin más. Estaba rodando una nueva serie de televisión, *Cat's Cradle*, y al no presentarse a trabajar y no contestar llamadas telefónicas ni mensajes como de costumbre, sus compañeros de trabajo y su familia denunciaron su desaparición. Su empleada doméstica, Juana Juárez, encontró su teléfono móvil destrozado en el sofá junto con lo que parecen ser todas sus tarjetas de crédito y débito y su pasaporte, además de una lámpara y una mesilla rotas. Por desgracia, las cámaras de vigilancia de la casa de la actriz estaban desconectadas cuando ocurrió todo.

«No sabemos si está viva», ha dicho su madre, Ashley Spector. «Si lo estuviera, ¿por qué no iba a ponerse en contacto con alguien? ¿Por qué se dejaría el móvil, las tarjetas y el pasaporte?».

Su familia confirma que Claudia no sufría depresión alguna, que no tenía planes de viajar y que no existen motivos de ningún tipo para su desaparición. La cinta policial de la escena del crimen rodea la casa lujosa de la señora Spector en Hollywood Hills. No había signos de entrada forzada, lo que descarta el robo. La policía teme que alguien cercano a la actriz, que tuviera acceso a su casa, o alguien a quien ella invitó a entrar pueda haberle hecho daño. El lugar se está tratando como la escena de un crimen. Bajo luz ultravioleta, los investigadores han encontrado restos de sangre. Además, se ha hallado un collar de corazón de Tiffany roto en el suelo del salón. La policía ha peinado la vivienda en busca de drogas o restos de

narcóticos, pero no se ha encontrado nada, lo que descarta que su desaparición tenga que ver con algo relacionado con estupefacientes.

Claudia se prometió con la actriz Crystal Cormac, pero se separaron y cancelaron sus planes de boda. No ha estado saliendo con nadie en particular en los últimos meses, pero la policía insta a cualquier persona que pueda arrojar luz sobre su desaparición a que colabore lo antes posible.

Cuando salgo del aparcamiento de Ralphs, juraría que diviso el Oldsmobile de Barbara al otro lado del *parking*, aunque está demasiado lejos para leer la matrícula y para apreciar bien quién es esa figura que ocupa el asiento del conductor. El coche se aleja chirriando. ¿Me *está espiando*? ¿Por encargo de su hijo? Y si es así, ¿por qué? Sacudo la cabeza. Sería absurdo. Se acuesta temprano. Nunca iría al supermercado a medianoche. Pero ¿qué iba a estar haciendo si no en nuestro barrio, si ellos viven en Beverly Hills? Además, es que su Oldsmobile es muy distintivo, quedan muy pocos ejemplares de ese modelo, y parecía del mismo color. Marrón. «No —me digo otra vez—. *Me estoy volviendo loca*. *Es imposible que fuera Barbara*. *El subidón de azúcar que me ha provocado el regaliz se te ha afectado a la cabeza, Ava*».

Cuando llego a casa, encuentro a Lucas aún dormido en la cama como si no hubiera pasado el tiempo. Me parece increíble lo que puedes permitirte siendo rubio. Siempre parece tan virtuoso, tan angelical. Juro que, a veces, cuando la luz incide de cierta manera sobre su rubísimo pelo, parece tener un halo alrededor de la cabeza. Todos esos secretos que me ocultaba. Su traición con Claudia. Nada de eso se muestra en su rostro. Pienso que es un poco como Dorian Gray. Cuando alguien te ha mentido, ¿puedes volver a confiar en él? Sin embargo, nos mentimos a nosotros mismos todos los días, ¿o

no? Todos somos culpables de autoengañarnos. ¿Significa eso que también perdemos la confianza en nosotros mismos? Es posible.

Porque ahora mismo, no sé qué o a quién creer.

Ni siquiera a mí misma.

20

Pasa una semana y me llama un antiguo colega para pedirme ayuda en una película para HBO. El supervisor jefe de guiones está enfermo y, al parecer, están desbordados. Aprovecho la oportunidad de inmediato, aunque, sinceramente, me he acostumbrado con preocupante rapidez a mi nueva condición de mujer sin obligaciones laborales. La primera vez en mi vida adulta que no tengo trabajo.

Aunque todavía no he aceptado las condiciones de Lucas respecto al acuerdo prematrimonial y sigo en posesión de la grabación, siento el bienestar y el alivio que da tener seguridad financiera, porque él ha estado intentando convencerme de que no tengo que volver a trabajar nunca más. Claro, siempre y cuando no intente quedarme con nuestro bebé... Sin embargo, me encanta lo que hago: la energía creativa, la emoción. Este trabajo es solo temporal, quizá solo sean unos días, y no puedo rechazarlo.

Dejo a las perras en la guardería, que se encuentra en Topanga Canyon, un lugar que adoran. Así no me siento culpable por dejarlas en casa ni me preocupo por la hora a la que Lucas pueda llegar a casa después del trabajo.

En Los Ángeles hoy en día es difícil evitar grandes atascos, así que hay que planear atajos y estar lista para que el coche sirva tanto de oficina como de medio para ir de A a B. Waze, la aplicación de tráfico en tiempo real, es mi mejor amiga. Mi teléfono está configurado, manos libres, tengo wifi, una impresora, bolígrafos, papel, cuadernos e incluso un fax, todo en mi coche, un viejo y espacioso Toyota Prius ranchera que no es muy diferente del coche viejo de juguete que me regaló mi padre. No soy la única que utiliza su coche como oficina. El otro día conocí a una chica que es actriz que me dijo que «reza para que haya atascos» y así poder aprenderse sus diálogos y gestionar llamadas telefónicas. Lleva

maquillaje y varias mudas en el coche, que también le sirve de ropero. Yo también tengo a mano unos tacones y una chaqueta casual elegante por si de repente me surge una reunión improvisada con un director o un productor.

El estudio me ha enviado el guion y el plan de rodaje para ese día, y me he puesto manos a la obra trazando los momentos clave de la trama, controlando los plazos, el atrezo y el vestuario, esquematizando las cosas que hay que hacer y vislumbrando las posibles incoherencias con las que hay que tener cuidado. No es fácil incorporarse cuando el rodaje va por la mitad, sobre todo en lo que respecta a la continuidad. Como suele ser habitual, no estamos rodando las secuencias en orden. Dos escenas. Una tiene lugar justo al principio de la película; la otra, al final. Los mismos actores, el mismo escenario, aunque en la ficción han transcurrido tres años. Parte de mi trabajo, junto con la peluquería, el maquillaje y el vestuario, es asegurarme de que parezca que ha habido un verdadero lapso de tres años en el tiempo.

Soy meticulosa. Tengo mis manías; actores que mueven maletas gigantescas, llenas hasta los topes, como si fueran plumas. Para evitar que lo hagan, porque no es mi trabajo darles instrucciones sobre su interpretación, les añado más peso. He observado ese error miles de veces viendo la televisión, y me pongo mala. Podría seguir: beberse de golpe una bebida que se supone que está caliente, resultando obvio de que no lo está; «vomitar» cuando el actor en realidad ni vomita ni simula arcadas, solo tose. Cuando vomitas en la vida real, vomitas, no toses. Me aseguro de que el atrezo tenga sopa cremosa de pollo Campbell a mano. Hago más de lo que se me pide, pero soy quisquillosa y tengo una gran capacidad para apreciar los detalles. A veces me han acusado de invadir el terreno de otros compañeros, pero en general creo que aprecian y valoran mis consejos y esfuerzos.

En este oficio, empezamos a trabajar muy temprano. Lucas aún estaba durmiendo cuando he salido de casa. He logrado escabullirme sin que las chicas armaran demasiado escándalo para llegar a tiempo al plató después de dejarlas en la guardería. Por ser tan buena clienta, y además amiga de la dueña, me hacen el favor de quedárselas temprano, a las cinco de la mañana. El lugar es como un resort con todo incluido para perros y es tan caro como un hotel para seres humanos. Pero a ellas les encanta y el lugar ha sido un regalo del cielo. Pueden relacionarse con otros perros, jugar por los amplios terrenos de una ladera y e incluso a veces el personal, que es muy atento, les da clases de adiestramiento.

Suena mi móvil. Lucas. Dudo. Le he dejado una nota en la cocina, pero probablemente no haya llegado aún hasta allí y se haya despertado con un espacio vacío a su lado en la cama, preguntándose dónde estoy.

—Hola, cariño.

—¿Dónde te has metido? —pregunta. Aún está un poco grogui.

—Te he dejado una nota.

—Te escucho como si estuvieras lejos. ¿Estás en tu coche?

—A punto de dejar a las perras. De camino al trabajo. —Los silencios prolongados dejan muy a las claras que no está contento.

—Por algo sugerí que deshiciéramos el acuerdo prematrimonial —se queja—. Principalmente, para que no tengas que trabajar.

«Qué va —pienso para mí—. *Más que nada, lo que querías era recuperar la grabación»*.

—Es solo por unos días. —Mi tono es alegre. Optimista—. Estoy sustituyendo a alguien que está de baja por enfermedad, eso es todo.

—¿Por qué haces esto, Ava? Pensaba que teníamos un trato.

«Un trato. Todo en él tiene que ver siempre con algún trato», pienso.

—El acuerdo prematrimonial aún está vigente, así que me estoy cubriendo las espaldas.

—¡He sido generosísimo! ¡No te hace falta trabajar!

—Lo sé, amor, pero aun así. Solo estoy siendo prudente.

Se hace el silencio. Me concentro en conducir, maniobrando por las curvas cerradas de Topanga Canyon. Las perras mueven la cola, expectantes. Reconocen la carretera. Sigue el silencio atronador. Para comprobar que Lucas sigue en línea, se me ocurre decir:

—Y de todas formas, si tú trabajas, ¿por qué no puedo hacerlo no?

—Es diferente. Yo no estoy embarazado.

Lucas repite y repite que «estamos» embarazados, que «vamos» a tener un hijo. Imagino que es consciente de que, cuando llegue el momento, soy yo la que va a tener que hacer todo el trabajo.

—Cariño —le digo con tono engatusador—, no es para tanto. Sabes que me encanta mi trabajo. Necesito salir de casa de vez en cuando.

—Si eres tan infeliz en casa, compraré una más grande.

Me río.

—No seas ridículo. Me encanta nuestra casa.

Y tanto, la adoro. Nuestra casa, de dos dormitorios y estilo cabaña, es reflejo de aquel tiempo en el que Malibú era sinónimo de un ambiente tranquilo y relajado, cuando la gente vivía cerca del océano por su modo de vida, por la brisa fresca del aire salobre y el sonido de las olas rompiendo, y no por el precio desorbitado del mercado inmobiliario. Nuestra casa es bastante peculiar comparada con la de la mayoría de nuestros vecinos, y me encanta. No ansío tener una más grande, ostentosa y llamativa. Aunque me encanta pasar mucho tiempo en ella, no quiero quedarme en casa cruzada de brazos todo el día mientras estoy embarazada. Necesito salir, alejarme de Lucas y de esas cuatro paredes. Además, me encanta el ambiente que hay en mi trabajo. La camaradería. Formar parte de un equipo que rebosa dinamismo creativo mientras produce cosas

mágicas. La gente habla de lo importantes que son los médicos y las enfermeras para la humanidad, y claro, es cierto. Pero ¿qué sería del mundo sin el arte y el entretenimiento, sin la televisión, el cine, la música o los libros? Me encanta lo que hago. Me satisface saber que ayudo a la gente a evadirse cuando llega a casa después de un día extenuante de trabajo. Creo que los artistas salvan vidas de otra forma, más sutilmente. En el día a día. Me siento orgullosa de ser una pieza del engranaje de la creatividad.

—Me encanta nuestra casa —le digo a Lucas. Ya estoy en la cima de Topanga. Pongo el intermitente y giro a la izquierda en Old Topanga Canyon Road.

Su respuesta es pura formalidad.

—Cuando llegues, voy a tener listo el contrato matrimonial nuevo. Voy a deshacerme del prematrimonial. Y recuerda, quiero el vídeo, Ava. La tarjeta SD. La quiero en mis manos antes de que acabe el día.

—Vale —le digo—. Es tu decisión, pero recuerda que...

—Me llaman a mi otro teléfono —interrumpe—. Te llamo luego.

¿Mi otro teléfono? Eso ha sido un desliz. ¿Qué otro teléfono? Si se hubiera referido al fijo, habría dicho «llaman *al otro* teléfono». Y, de todos modos, ya nadie usa el fijo.

¿El desechable? La última vez que lo comprobé, estaba en su zapato.

¿Tiene otro móvil, específicamente para el trabajo? Supongo que tendría sentido.

Me prometí a mí misma no rebuscar. «*Olvídalo*», me digo mientras aparco el coche en la guardería y entro para dejar a las perras.

Deja en paz tu matrimonio y no estropees las cosas, no te queda más remedio.

Sin embargo, me pregunto qué estará tramando Lucas ahora.

Tengo que averiguarlo.

21

Involucrarse en un proyecto que está a mitad de camino y sustituir a otra persona es difícil, pero me sumerjo en el trabajo con determinación, me concentro al cien por cien y pongo mi cabeza en marcha, equipada con mi portapapeles y bolígrafo en mano. Leo montones de notas y planes antiguos de rodaje para ponerme al día. Estamos en un estudio decorado para simular un invernadero victoriano, repleto de plantas y enredaderas, algunas reales y otras falsas, y los miembros del equipo de utilería no paran de rociar agua por todas partes y de mover cosas. Se trata de un drama de época que espera atraer al mismo público que la exitosa *Bridgerton*. El decorado está repleto de personal: técnicos de iluminación, maquilladores, escenógrafos, diseñadores de vestuario...; todo el mundo concentrado al máximo en su tarea particular. Es maravilloso volver a estar en el epicentro de todo, pero también abrumador. No quiero meter la pata, así que agacho la cabeza, hablo mucho menos de lo habitual, pero me aseguro de aprenderme los nombres y los trabajos de todos. Con algunos ya he trabajado antes; a otros no los conozco. Después de diez tomas de un plano especialmente difícil, en el que uno de los actores tiene que tropezar con una silla y caer en los brazos de su adversario —del que en ese instante se dará cuenta de que está enamorado—, el director dice «Corten» y «Volvemos en cinco minutos». Estoy hecha polvo; llevamos trabajando horas sin descanso alguno, así que aprovecho para tomar un café y picar algo. Mientras me llevo a la boca una magdalena, oigo una voz familiar.

—¡Ava! ¿Eres tú?

Me doy la vuelta. Es Sunny. La conocí en uno de mis primeros trabajos. Estuvimos dos semanas trabajando en exteriores en el norte del estado de Nueva York y lo pasamos genial trabajando

juntas en un *thriller*. Me protegió y me enseñó mucho. Me río al oír su voz. Sunny es el tipo de persona que siempre te saca una sonrisa, de ahí ese apodo, por su capacidad para iluminarte y alegrarte. Su verdadero nombre es Sunita.

—¡Sunny! La luz de mi vida —sonrío—. ¡Cuánto tiempo sin vernos en el trabajo!

Se abalanza sobre mí y me abraza con fuerza.

—¡Me han dicho que andabas por aquí! No puedo quedarme mucho, estoy rodando aquí al lado, pero me alegro mucho de verte de nuevo en el tajo.

Lo curioso de rodar películas en exteriores es que enseguida estrechas vínculos. El rodaje puede ser intenso, llegas a conocer a la gente en profundidad, en sus mejores y peores momentos. Puede que luego no vuelvas a trabajar con esos miembros del equipo en mucho tiempo, incluso, a veces, jamás, pero esa cercanía siempre estará ahí aunque no te vuelvas a reencontrar en años. El vínculo ya permanece. Como con los amigos del colegio. No tienes la necesidad de dar explicaciones ni de poner excusas de por qué no has llamado. Es como conectar un cable a una toma de corriente. Al instante, puedes retomarlo donde lo dejaste. La relación sigue ahí, y existirá por siempre.

—Pues justo iba a llamarte —dice, enganchando su brazo al mío. Va vestida con una bómber negra, vaqueros y una camiseta. Ropa perfecta para trabajar, como yo. Sunny es londinense, pero lleva veinte años viviendo en Los Ángeles y está casada con un animador que trabaja en Disney. Si te invitan a una barbacoa en su casa, es posible que te cruces con un montón de parientes suyos en cualquier momento. Es británica hasta la médula, con acento del sur de Londres, pero sus padres son asiáticos, nacidos en Gujarat, India, por lo que su familia está muy esparcida. Querían que se casara con un buen chico indio, pero ella se negó en redondo a tomar siquiera

un té con cualquiera de las opciones que sus padres concertaron y conoció a Daniel en un bar de Sunset cuando estaba de vacaciones. Nunca volvió a casa. Al principio, la elección horrorizó a su familia, «un campesino paliducho de Iowa», pero ahora adoran a Daniel, valoran que ella lo haya «elegido por amor» y vienen a visitar a Sunny siempre que pueden.

Nos ponemos al día de cotilleos y cosas relacionadas con el trabajo. Charlamos sobre mi embarazo y me cuenta que nunca ha querido tener hijos, pero que Daniel y ella están planteándose tener un perro, porque últimamente él trabaja mucho desde casa.

Luego dice con voz conspiradora:

—¿Te has enterado de lo de Roger?

—¿El director o el actor?

—El director. Se ha caído por un acantilado y ha muerto.

Roger es, o debería decir, era, un director famoso por su mal temperamento. Era increíblemente desagradable con Sunny. Aunque en su día admitimos que no se debía a ningún prejuicio racial, porque se comportaba así en todos los ámbitos, era capaz de hacer llorar hasta a los extras. Las dos hicimos un anuncio de papel higiénico con él en una ocasión y juramos no volver a trabajar bajo su dirección.

—Estaban rodando en Devon, junto a un acantilado con vistas al mar —me dice, arrastrándome a un rincón, lejos del bullicio de la mesa de *catering* llena de té, café y dulces—. Fue en la grabación de un anuncio. Estaba gritando a alguien por un altavoz, dio un paso atrás, tropezó y se precipitó por el acantilado, no es broma. —Y antes de que pueda decir una palabra o reaccionar de algún modo, añade—: ¡Demasiado drama últimamente en el negocio! Primero, Roger; ahora, Claudia Spector.

Siento como si mi corazón se desplomara hacia el estómago. Respiro hondo para calmar los nervios.

—¿No la han encontrado todavía?

Sunny baja la voz para que nadie la oiga.

—No. Pero, aparentemente, la última vez que la vieron en público estaba con un tipo. Cenando en Chez Suzette en Beverly Hills, besándose y acaramelados, pegados el uno al otro, y luego se fueron juntos en el coche.

—¿Los dos en el mismo?

—Sí.

—Una relación seria, entonces. —En Los Ángeles, incluso las parejas «oficiales» usan dos coches la mayoría del tiempo, porque quedarse sin transporte no es como en la mayoría de las ciudades, donde puedes cogerte un Uber, el metro, un tren o un autobús. Claro, Sandra Bullock se montó en aquel autobús, sí, pero coger uno en Los Ángeles normalmente significa que no tienes dinero o que tienes un montón de tiempo libre. Y para coger un Uber te tiene que sobrar la pasta. A diferencia de Londres, París o Nueva York, Los Ángeles es tan descomunalmente grande y está tan extendida que todo el mundo depende de su coche, porque la vida sin él es casi imposible. Que dos personas vayan en el mismo solo puede significar que lo comparten para el trabajo, que son familia, mejores amigos o que hay amor de por medio.

—¿Sabes en qué dirección iban? —pregunto.

—Al oeste hacia Sunset, según dijeron.

—¿Quién? ¿Ha salido en las noticias?

—Todavía no.

—¿Y por qué, si lo sabe todo el mundo?

Sunny levanta una ceja y se retuerce un mechón de su espeso pelo negro entre sus dedos.

—No, aún no se sabe tanto, porque alguien —y baja la voz a un susurro aún más bajo— está protegiendo a alguien.

—¿Qué quieres decir?

—Por el set se rumorea que se trataba de Jason Junot y que es tan buen cliente de Chez Suzette que la dirección no quiere escándalos y desmiente que estuviera en el restaurante esa noche. Por extraño que parezca, nadie hizo fotos.

—¿Por qué negar que una estrella de cine ha estado en tu restaurante? ¿Acaso no sería una publicidad estupenda?

—No si la gente anda pensando que Claudia podría haber muerto.

No sé si sentirme aliviada o aterrorizada. Lucas es la viva imagen de Jason Junot, un actor de primera fila que en los últimos tiempos ha estado saliendo prácticamente con todas las estrellas de la industria. Ambos tienen el mismo pelo rubio revuelto, las pestañas largas y oscuras, la misma altura y complexión. Incluso visten de forma similar, muy refinados. Es insólito lo mucho que se parecen.

—Probablemente porque todos los famosos que comen allí son estrellas de lo suyo y la dirección tiene fama de prohibir la entrada a *influencers* de las redes sociales y a *paparazzis* —añado, respondiendo también a mi propia pregunta. No se me ocurre mencionar a mi marido o la aventura que estaba teniendo con Claudia, o el hecho de que a menudo se le han acercado chicas pidiéndole autógrafos, confundiéndole con Jason Junot.

—¿Crees que se terminará sabiendo la verdad? —le pregunto a Sunny en voz baja, con el corazón latiéndome con fuerza. Oigo al ayudante del director, como un eco, llamando a todo el mundo para que vuelva al plató.

—Tendremos que terminar esta conversación más tarde. ¿Me prometes que me llamarás? ¡Tenemos mucho de qué hablar! —Sunny me besa en ambas mejillas y empieza a escabullirse, consciente de que no debe andar merodeando por un rodaje ajeno.

Escucho la voz de un asistente de producción, y vuelvo a prestar atención.

—Silencio en el plató, por favor, vamos a rodar.

—Hasta luego, Sunny —digo en silencio, haciendo el gesto de un teléfono con las manos mientras ella sale del estudio—. Llámame.

—Sonido en marcha... —llama el asistente.

—Y... ¡acción! —exclama con energía el director.

Silencio. Uno de los actores da un paso. Aparte del retumbar en mis oídos y del flujo sanguíneo de mi cabeza, causados por lo que he oído sobre Claudia, se podría oír caer una pluma contra el suelo. El actor empieza a recitar su diálogo.

22

—Pero a ver, joder, ¿qué horas son estas? —No es una pregunta, sino una exclamación furiosa que de algún modo logra brotar de los labios contraídos de Lucas. Es irónico que me acuse cuando él ha llegado tarde tantas veces. Está sentado en el sofá, con el mando de la tele en la mano y el sonido muy bajo, lo que demuestra que en realidad no ha estado viéndola, sino dándole vueltas, irritado, al hecho de que llegue tan tarde. Su mirada me infunde un miedo profundo.

Antes, recogió a las perras. Me mandó una serie de mensajes furiosos sobre lo que vale su tiempo. ¿Por qué algunos hombres creen que su tiempo tiene mucho más valor que el nuestro? ¿O se trata de una afirmación sexista por mi parte? Tal vez sea solo la sensación que tengo yo por mi experiencia personal, y haya por ahí maridos y novios magnánimos que crean de corazón que el tiempo de sus parejas vale lo mismo que el suyo.

Le sonrío gentilmente.

—Lo siento, amor, ya sabes cómo son los rodajes.

Muestra un contrato y lo rompe en dos de forma teatral. *El acuerdo prematrimonial.*

—¿Tienes la tarjeta SD? —me suelta.

—Sí —digo. *Todavía está incrustada tras la foto de nuestra boda*. Hago ademán de meterme la mano en el bolsillo.

Extiende la mano.

—Dámela.

—Vale, pero tranquilo. Tengo que ir al baño primero a lavarme las manos y refrescarme un poco.

—No tardes.

Mi mirada recorre el salón.

—¿No me has dicho que habías recogido a las perras? ¿Dónde

están?

—Con Jill, haciendo *footing*.

—¿Tan tarde?

—No tardarán en volver, seguro.

En el dormitorio, extraigo la tarjeta SD de la parte trasera del marco de fotos y me la meto en el bolsillo de los vaqueros. Voy al baño, donde permanezco un rato, repasando en mi cabeza la logística del acuerdo sobre el contrato matrimonial nuevo que me otorga el cincuenta por ciento de los bienes de Lucas. Es lo normal en el estado de California, a menos que se estipule lo contrario en un acuerdo prematrimonial como el que él acaba de partir por la mitad. La decisión es fácil, ¿no? Cualquier mujer no dejaría pasar una oportunidad así, sobre todo si tampoco es que tenga la opción de irse dejándolo todo atrás. Pero Claudia Spector se alza imponente en mis pensamientos; ese apellido, *Spector*, que tanto me recuerda a los fantasmas, es perfecto dadas las siniestras circunstancias de su desaparición. Lucas cree que ha salido impune del asunto, que le he perdonado completamente por lo que hizo, que su generosidad ha podido con todo. Que, al confesar su amor renovado por mí, está libre de culpa. La mayoría de las mujeres no se pensarían una oferta como esa dos veces. Tener una escena así de fea grabada en la tarjeta SD no me hace ningún favor. Me voy a alegrar si me deshago de ella y no tengo que pensar de nuevo en todo el asunto. Pero Lucas quiere que firme las condiciones que ha estipulado en el nuevo contrato matrimonial. Permanecer en el matrimonio durante al menos otros tres años, compartir el lecho conyugal con él. Sé cuál es la estrategia. Siguiendo casada con él al menos otros tres años, nuestro hijo tendrá edad suficiente para haberse enamorado de su padre y me resultará más difícil dejarlo, sabiendo que está en juego el bienestar de un pequeño. Si me voy cuando el bebé aún no se entere de nada, sería más fácil para los dos. Lo de los tres años me

hace sentirme acorralada. En cuanto a la parte de compartir la cama, él supone que como es tan bueno en ella y hace que me corra una y otra vez, mi mente obnubilada, bombeando dopamina o lo que sea, será capaz de perdonar sus errores. Sé cómo funciona su cabeza. Sin embargo, el tema de Claudia Spector es lo único en lo que puedo pensar. Ha desaparecido. ¡Tengo pruebas de que tuvo una aventura con ella! Además, Lucas lo ha admitido. ¿Tiene alguna idea de que Claudia fue vista por última vez, en público al menos, con un hombre rubio muy parecido a él al que están confundiendo con Jason Junot?

Confundiéndolo por ahora.

Al final se sabrá la verdad. Suele ocurrir.

Afrontémoslo, se mire por donde se mire, me encuentro en peligro. Estoy jugando con fuego.

Nuestro problema conyugal queda en pausa cuando Jill trae a las perras de vuelta de su paseo. Me manda un mensaje cuando está llegando a casa. Abro las puertas correderas de la terraza, respiro el aire salado y el sonido reconfortante de las olas, y las cierro tras de mí. Cuando abro la puerta trasera para dejar entrar al trío, Safo y Ariadna suben los escalones babeando y atraviesan la puerta, meneando las colas con emoción y mostrando en sus caras lo encantadas que están de sí mismas y de la vida en general. Qué sencillo es ser un *golden retriever*. Qué suerte tienen. Pero entonces recuerdo su horrible pasado, cómo fueron utilizadas y maltratadas como instrumentos para la reproducción, y se me rompe el corazón y siento una ternura infinita por ellas, como me ocurre varias veces al día. Las saludo con entusiasmo, piropeándolas, e invito a Jill a tomar algo. Está sudada después de correr y niega con la cabeza. Las perras van directas a sus bebederos y esparcen arena por todas partes mientras sacuden gotas de agua de sus morros. Miro hacia

atrás, hacia la casa, para ver si Lucas nos está observando desde las puertas de cristal. No.

Protegiéndome los ojos del sol, digo:

—Jill, eres un sol, muchas gracias. ¿Fue idea tuya venir a por las perras o de Lucas?

Se baja la cremallera del cortavientos, abriéndolo para que entre una ráfaga de aire fresco.

—Siempre es idea mía, ya lo sabes. En realidad, quería venir de todos modos. Lucas me dijo que estabas trabajando. Ava, ¡qué buena noticia! ¿Has encontrado un nuevo trabajo? Es lo que deseabas, ¿no?

—Solo por unos días. Estoy sustituyendo a alguien que está de baja por enfermedad.

Echa un vistazo a la casa y dice:

—Mejor tú que yo. Odio trabajar. Quizá sea porque nunca he encontrado nada que se me dé bien.

—Todo el mundo es bueno en algo —digo.

Se encoge de hombros.

—Mira, Ava, quería hablarte de algo. En privado. William me ha dicho que... —Jill sigue hablando, pero el estruendo de una ola y el hecho de que haya bajado tanto el tono de su voz ahogan el resto de su frase—. ¿Crees que es posible?

—¿Qué? Perdona, no te he oído.

—¿Crees que podría haber sido... —dice, señalando hacia dentro de la casa— cenando con ella en Chez Suzette? O sea, se parecen mucho, ¿a que sí? Jason Junot está furioso, al parecer. Ha emitido un comunicado oficial a través de su abogado diciendo que ni siquiera conoce a Claudia Spector y negando categóricamente que estuviera cenando con ella en Chez Suzette. William dice que la prensa lo va a publicar mañana.

—¿William conoce a Jason Junot?

Jill arruga el entrecejo como si pensara que soy tonta, como si debiera saberlo.

—Sí, ¿sabes que William es el productor de *Deep Water*?

Siete pelícanos pardos sobrevuelan. Los observo con interés, contándolos a su paso, agradeciendo la distracción. Suelen revolotear a primera hora de la mañana. Por estas cosas vivo aquí. Por la naturaleza, el surf, el olor del océano. Me dan igual las apariencias de Hollywood y el cotilleo insidioso y malintencionado. Mis pensamientos vuelven hacia Claudia y a su compañero de cena, y a que lo puede suceder a continuación podría suponer un cambio tan radical que soy incapaz de asumirlo. No puedo perder todo esto... mi casa, mis vistas, mi vida, estos pelícanos. Mi bebé.

—Claro, es verdad, ¿cómo iba a olvidarlo? —respondo distraída.

Y ahora me arrepiento de haber revelado mi secreto a Jill. Reflejada en la luz del atardecer, la veo tal y como es. No se trata de una amiga verdadera, sino de una vecina divertida y cotilla, una mujer que mira por sí misma, casada con un hombre del que ya no está enamorada. No hay nada malo en ello, y no soy quién para juzgarla, pero ¿por qué le conté mi secreto más íntimo, que Lucas tenía una relación con Claudia? Fue una imprudencia. El asunto es serio. Lo que puede desencadenarse no es para tomárselo a broma. Está siendo considerada, avisando con antelación, y debería estarle agradecida, pero también, por el tono ansioso de su voz, me está interrogando, intentando sonsacarme más información. Tengo que pensar dónde están mis lealtades. No se me ha pasado por alto que en las últimas veinticuatro horas dos amigas me han hablado sobre Claudia Spector. El caso está en la mente de todo el mundo; su nombre, en boca de todos. ¡Y Lucas estaba teniendo una aventura con ella! Nunca debí contarle a Jill lo del teléfono desechable. ¿En qué estaba pensando?

—Muchas gracias por llevarte a las perras a correr contigo —digo,

para cerrar nuestra conversación. No puedo añadir nada más, no puedo seguir hablando sin incriminar a mi marido.

—Claro —dice ella—. Cuídate, Ava. —Hay un destello en la voz de Jill que me dice que las cosas han cambiado entre nosotras. No solo por mi parte, también por la suya. El «cuídate» suena de tal forma que pareciera querer desligarse de mí. Como si el hecho de conocerme pudiera ponerla en peligro, como si yo pudiera ser contagiosa.

Sé cómo funciona esta localidad.

Jill, estoy segura, querrá mantener las distancias conmigo una vez se revele la información relativa a la cita de Lucas con Claudia. Probablemente sea bueno que se mantenga alejada de mí.

Tengo que ser más prudente. Mantener la boca cerrada.

23

Al día siguiente, en el trabajo, nadie habla de otra cosa que no sea Claudia Spector y su vida sentimental. Posiblemente ha sido un asunto de «lujuria pura y dura», al menos así me lo hizo ver Lucas. Una relación sexual sin amor de por medio. Pero todavía no hay pruebas de que Lucas fuera el hombre rubio de la cena. Anoche evité preguntárselo explícitamente, tal vez porque no quería ver su expresión. Darme cuenta por mí misma. Recordar, una vez más, cómo me traicionó, actuó a mis espaldas y me mintió.

Hay varios artículos en los periódicos, tanto en Internet como en los tabloides, en los que Jason Junot niega haber salido con Claudia Spector o incluso conocerla. «Nos cruzamos una vez, durante un brevísimo instante», puede leerse, citando al actor. «Hace muchos muchos años, en una audición, antes de que ella fuera la gran estrella que es ahora. Me encanta su trabajo y me gustaría cenar con ella algún día, pero puedo asegurar que no era yo el que estaba con ella en Chez Suzette».

En un descanso, llamo a Lucas. No me atrevo a mandarle un mensaje ni a mencionar el nombre de Claudia. Salgo fuera para que nadie pueda escucharme. Más tarde, cuando termine de trabajar, Lucas y yo hemos quedado en el bufete de uno de sus colegas para firmar el nuevo contrato matrimonial, con dos testigos presentes.

—¿Has leído los periódicos? —le pregunto por teléfono—. No se habla de otra cosa. Eras tú, ¿verdad? ¿Tú eras el que estaba cenando con ella?

Se aclara la garganta.

—Ava, yo...

—¿No fue así?

Una larga pausa.

—Sí.

—Oh, madre mía. ¿Y ahora qué?

—No lo sé. Pero te juro por Dios, por la vida de mi bebé, que yo no he tenido nada que ver con...

—Va a hacerse público —le aseguro—. Es solo cuestión de tiempo. Lo sabes, ¿verdad?

—Oh, *Dios*. —Parece a punto de echarse a llorar. Puedo oír el sufrimiento en su voz, como si fuera un animal herido—. Por favor, Ava, créeme cuando te digo que no he tenido nada, *nada* que ver.

—¿Con qué?

—Con... su desaparición.

No contesto.

—¡Por favor, créeme cariño, por favor!

—¿Se lo has contado a tu padre? ¿Has discutido el asunto con él? —No sé por qué hago esas preguntas. Es una pequeña puñalada a la que no me puedo resistir.

—No —responde, y deja escapar un diminuto quejido.

—Pues deberías. Puede que necesites asesoría legal.

—Oh, Dios. Ojalá nunca hubiera conocido a esa mujer. —Al no responder nada, dice—: Cariño, por favor, ¡no me dejes!

—Tengo que pensarlo.

—¡Por favor! Ibas a firmar nuestro nuevo acuerdo.

—Sí, pero las cosas han cambiado.

—Vamos a tener un bebé. Te quiero. Sin ti, no soy nada. Mi vida no valdrá la pena.

«Cierto. *Pero deberías haberlo pensado antes. ¡Cuando lo tenías todo y fuiste y lo arruinaste teniendo una aventura!».* Pero no digo eso. Me quedo en silencio. Sé que me necesita. Conmigo a su lado, todo le irá mucho mejor. Daría una impresión horrible que una esposa deje a su marido en medio de un escándalo. Le haría parecer más culpable. Los políticos en especial son conscientes de ello. Me necesita a su lado como una mujer fiel y confiada.

—¿Qué vas a hacer? —Su voz es ya un gemido. Suena como un niño castigado en un rincón al que le han arrebatado hasta el último juguete, que siente que, haya hecho lo que haya hecho, no merece tal correctivo—. Cariño, por favor. Ayúdame.

—Lucas, no sé cómo podría.

—Vas a venir de todas formas, ¿verdad? Nos vemos en el bufete de Neil para firmar, ¿no? Somos un equipo, cariño. Si me dejaras...

—Bueno, no lo sé. Tengo que trabajar otra vez. Quizá puedan ofrecerme algo más, a tiempo completo. Siendo sincera, el acuerdo prematrimonial viejo no me molesta. Tengo que dejar abiertas todas mis posibilidades.

—Cariño, por favor, ¡no me falles ahora! ¡No necesitas trabajar! Tengo que saber que estás conmigo, de mi lado.

—No lo sé, Lucas. Siempre estás negociando. Quieres obligarme a quedarme en casa tres años, aceptando que si mueres, todo el dinero irá en fideicomiso para el bebé. Eso muestra una gran falta de confianza, y si no confías en mí, ¿por qué debería yo confiar en ti? Piensa en ello. ¿Es justo? Al menos con el acuerdo prematrimonial anterior todo estaba más claro. Podía irme en cualquier momento. Era claro y tajante. Mi libertad estaba intacta, y tú te quedabas con todo tu dinero. —Estoy improvisando. Sé que lucharía con uñas y dientes por mi bebé, pero, si no parezco despreocupada, aprovechará mi punto débil para hacerme caer.

Hay un momento de silencio. Me doy cuenta de que está sopesando todo en su mente. Estoy a la espera de me recuerde que se va a enfrentar a mí en los tribunales, que va a sacar a la luz mi pasado. Pero me sorprende. Fríamente y con un toque de sospecha, me dice:

—¿Qué quieres de mí?

—Nada —respondo—. No te estoy pidiendo nada. A eso me refiero. Estoy trabajando de nuevo. El director me ha hablado de una serie

de televisión dentro de un par de meses. Podría ser permanente, quizá ni siquiera trabajando como *freelance*, sino como asalariada, ya sabes, con prestaciones e incluso baja por maternidad. Las cosas pintan cada vez mejor. —El hecho de que Lucas partiera en dos ese acuerdo prematrimonial no significa que no siga existiendo a ojos de la ley. No hasta que un contrato nuevo ocupe su lugar o sea anulado legalmente.

—Todo al cincuenta por ciento, sin condiciones ni cláusulas —explota de repente—. Y, si me atropella un autobús, te lo quedas todo.

No digo nada. Este nuevo trato muestra lo desesperado que está. Sus razones son totalmente egoístas y sospechosas, pero me reconforta que esté tan ansioso por aferrarse a nuestro matrimonio.

—¿Me has oído?

Asiento.

—Sí.

—¿Y?

Considero lo que ha dicho. Tiene un significado enorme viniendo de él. Me conmueve profundamente, no puedo evitarlo.

—¿Cómo puedo confiar en que no vas a tener otra aventura?

—Creo que ya he aprendido la lección, ¿no?

Cualquiera pensaría que sí. Pero...

—¿Ava?

—Nos vemos en el bufete de Neil. Pero no prometo nada.

—Por favor, amor.

—Tengo que dejarte, ya están listos para empezar a grabar de nuevo. —Cuelgo.

Lo dejaré revolcarse en el charco que él mismo ha creado durante el resto del día. Que *piense* de verdad en las consecuencias de lo que ha hecho. Y luego firmaré. Mi bebé necesita un padre. Un hogar. Y lo más importante...

Sigue siendo mi marido, y aún tiene muchos frentes legales abiertos.

Estoy segura al noventa y cinco por ciento de que voy a firmar el nuevo contrato matrimonial.

Porque lo más increíble es que... a pesar de todo lo que ha hecho, me encanta la vida que tenemos juntos, en su mayor parte. Y, de todas formas, ambos sabemos que en realidad no tengo elección...

24

Por cierto, a pesar de todo, Lucas es digno de mi amor.

Después del aborto de hace tres años, no solo estaba destrozada por la pérdida del bebé, sino que también temí perder a Lucas. Todo el mundo habla de la depresión posparto, pero a menudo se minimizan las consecuencias de sufrir un aborto, sobre todo si termina con una intervención quirúrgica invasiva y obligatoria. Me pusieron anestesia general. Una bata. Una redecilla. Una mascarilla de oxígeno. Una vía intravenosa. Tenía un bebé creciendo dentro de mi vientre un día, y al siguiente, me lo succionaron y lo rasparon de mi cuerpo, literalmente, dejándome caer a un abismo. Vacía y vaciada, tanto física como emocionalmente.

Te dicen, de la forma más amable posible, que tienes que pasar página y seguir adelante con tu vida. En las semanas siguientes caí en una espiral de abatimiento y depresión catastrófica, y por primera vez en mi vida empecé a tomar medicación. Hasta entonces me había mantenido lejos de cualquier pastilla, si acaso me tomaba un Tylenol para el dolor de cabeza. Mi madre había desarrollado una dependencia a los medicamentos con receta, incluso antes de que el cáncer se manifestara, y dicen que las adicciones se heredan, así que siempre había sido cautelosa.

Lucas estuvo increíble cuando salí del hospital. Una parte de mí temía que quisiera que lo nuestro terminara. Nos habíamos casado porque estaba embarazada, pero ahora ya no tenía un hijo que ofrecerle ni ninguna otra cosa que no fuera yo misma; ¿cómo se sentiría él? En el coche, a la vuelta del hospital, me había dejado preparados un montón de zumos, galletas y *ginger-ale*. Una manta. Un ramo de rosas amarillas. De ese color para animarme, porque el rojo era romántico y esta no era una ocasión de ese estilo. Me senté en el asiento del copiloto, abatida y con la cabeza echa un caos,

preguntándome por qué. «*¿Por qué he perdido a mi bebé? ¿Por qué yo?*».

—Cariño —me dijo, acercando la mano para coger mi palma pálida y sin vida—. No pasa nada. Me casé contigo por ti. El bebé era solo... Oye, habría querido casarme contigo de todos modos.

¿Me había leído el pensamiento?

Volví la cabeza hacia él, admirando su atractivo rostro, su cuerpo esbelto de surfista. Un chico de California. En lo único que podía pensar en ese momento era lo mismo que llevaba pensando durante semanas: el aspecto que tendría el bebé. ¿Heredaría los ojos azules increíbles de Lucas? ¿Su revoltosa melena dorada? ¿Quién le enseñaría a leer, él o yo? Pero ahora me veía obligada a relegar todas esas preguntas a un pasado de «lo que pudo y debió haber sido». También tenía que lidiar con la autorrecriminación. *¿Qué había hecho mal? ¿Por qué he abortado? ¿Qué comí que no debiera? ¿Fueron las piñas? ¿O fue porque fui a correr a la playa? ¿Tal vez a causa de aquel baño caliente? ¿O del masaje en el spa? ¿Quizá la propia ansiedad provocada por un embarazo inesperado había sido la causa de la muerte del feto?* Una soga de tristeza me apretaba pesadamente el cuello.

Mis ojos dejaron de mirar a Lucas y se desviaron hacia mi pequeña barriga, aún abultada. Vacía, pero no lo bastante plana como para olvidar. Tendría que ir al gimnasio para ponerme en forma, pero no podía enfrentarme a la idea. Si ni siquiera podía imaginarme cómo iba a levantarme de la cama cada mañana... mucho menos, reunir energía para hacer ejercicio.

—Ava. —Me apretó la mano—. Lo digo en serio. No quiero estar con otra persona. Somos un equipo. No es para tanto, lo superaremos. Te quiero.

Sus palabras eran un consuelo para mi alma. En cierto modo. Aunque decirme que «no era para tanto» no era lo que yo quería

escuchar. ¿Era verdad que me quería? Cuando caes en un pozo de tristeza, nada de lo que te digan puede sacarte de él. Intenté recitarme mantras positivos, en silencio, repitiéndolos una y otra vez en mi mente. Traté de dar la vuelta a cualquier conversación interna negativa, cambiando frases como «*¿Qué has hecho mal, Ava?*» por «*¡Bien hecho, gran trabajo, Ava!*». Respiraba hondo, despacio, hacia dentro, hacia fuera... Probé todos los remedios, cada técnica que encontré para volver a encarrilarme.

Sí que fue para tanto. Y lo será para siempre. No se puede revertir un acontecimiento tan trascendental. Me preguntaba qué habría pasado con el feto. ¿Lo habrían destinado a la investigación con células madre relacionada con el párkinson y otras enfermedades degenerativas? Al menos eso significaría algo. ¿O solo lo habían tirado como basura? En aquel momento, en el coche, me arrepentía de no haber preguntado a los médicos si podía quedármelo, para darle sepultura, y reconocer a mi bebé como un ser humano y no solo como los restos de una intervención médica. ¿Por qué no lo había intentado? El hospital probablemente lo habría desaconsejado, o tal vez me habría dado un *no* rotundo. Pero al menos debería haber preguntado. No estaba en mis cabales. Me había concentrado en tratar de superarlo, pero deseaba poder rebobinar el tiempo para pedírselo a los doctores.

Tras un fin de semana de descanso, volví al trabajo. Como un autómata. Llevé a cabo todo lo que sabía hacer bien, sonriendo y siendo profesional, preguntándome si todo aquello tenía algún sentido. Me desmayé de cansancio mientras trabajaba. Resultó que no era fatiga, sino un corazón herido. Eso fue lo que me dijo el terapeuta. La gente siempre asocia un corazón roto con un desengaño amoroso, pero los corazones pueden romperse por muchas razones.

Perder a ese bebé me hizo perder mi identidad. Estuve un par de

semanas ingresada en un psiquiátrico. Suena aterrador, pero en realidad solo consistió en terapia y exploración del alma. Aprender a perdonarme a mí misma por... no sabía por qué, la verdad. Al final, sin embargo, fui capaz de hablar de lo que había pasado sin la sensación de que mis problemas afectaban a los demás. Fue un gran alivio.

Cuando estuve lo bastante bien para volver a casa, Lucas se entregó a mí al cien por cien. Organizó una segunda «boda» sorpresa en una playa remota. Nada oficial, pero sí que hubo una ceremonia, con guirnaldas de flores, al estilo hawaiano. Invitó a un grupo de amigos íntimos e incluso a un servicio de *catering*, que nos organizó un pícnic estupendo. Mimosas de champán, pequeños sándwiches, bombones belgas. Los invitados vinieron con sus perros y sus hijos. Hubo bikinis, pareos y *frisbees*. Su mejor amigo, Lionel, se disfrazó de cura y renovamos nuestros votos. Bailamos. Lucas reafirmó su compromiso conmigo. Sentí una chispa de esperanza e ilusión por la vida por primera vez desde que perdimos a nuestro bebé.

—Hasta que la muerte nos separe —me prometió. Yo le prometí lo mismo.

Así que, como se puede entender, sea lo que sea lo que Lucas haya hecho o dejado de hacer, estamos atados el uno al otro.

Probablemente, para toda la vida.

25

Lo estamos celebrando tras firmar nuestro nuevo contrato matrimonial. Unas copas en The Roger Room.

Qué error.

Mucha gente se queda mirando a Lucas. Con los ojos entrecerrados, en plan *«es o no es»*. Han visto la historia de Jason Junot y Claudia Spector en las noticias. Han leído sobre ella en Internet y en los medios en general. En su mayoría, según van examinando a Lucas, rasgo por rasgo, se dan cuenta de que no es Jason Junot. Pero una mujer se acerca sin pudor a la barra con un bolígrafo y una servilleta de papel, y está a punto de pedirle un autógrafo. Se detiene justo antes lanzarse a abrazarlo. Se ríe nerviosamente.

—Ostras, lo siento, creía que eras otra persona.

—Deja de vestir con traje —le susurro.

—Las viejas costumbres son difíciles de cambiar.

El padre de Lucas insistía en que fuera trabajar en traje. Pero, ahora que es socio director, puede vestir como quiera. Resulta que Jason Junot hace de abogado en la serie *Deep Water,* especializado en resolver asesinatos y con una gran inclinación por los trajes.

—Cambia tu forma de vestir. —Le doy un sorbo a mi margarita sin alcohol, dejando que el borde salado me haga sentir una picazón en los labios—. Y quizá incluso deberías cortarte el pelo. —De momento, el alboroto se ha ido apagando y las miradas han cesado; parece que los clientes se han percatado de que Lucas es una persona más. Pero entonces me fijo en un hombre, de pie al final de la barra entre las sombras, que no para de mirar a mi marido.

—Salgamos de aquí —le urjo—. Que las perras se estarán preguntando dónde estamos.

No pasa mucho tiempo hasta que la situación da un nuevo giro.

Todo empieza con una foto que se hace viral en Instagram y Facebook. Se ha publicado en una página de admiradores de Claudia Spector.

Una foto de Claudia y Lucas con las frentes unidas, un poco granulada, pero bastante clara como para demostrar que el hombre de la foto no es Jason Junot. Alguien la tomó en Chez Suzette, la última vez que Claudia fue vista en público.

Los medios de comunicación se hacen eco de la foto y está en todas partes.

No se ha presentado nadie a la policía que asegure haber visto a Claudia. Al menos, según parece, nadie a quien la policía esté tomando en serio. Es probable que se hayan encontrado con un montón de locos, admiradores y aspirantes a Claudia Spector. Gente parecida a John Hinckley, que intentó matar a Ronald Reagan solo por impresionar a Jodie Foster. Es posible, Claudia ya ha sufrido en el pasado a algún acosador. Sea como fuere, por lo que respecta a los medios de comunicación, el hombre misterioso de la foto fue la última persona que la vio con vida.

Lucas.

Ahora mismo, el público en general no sabe quién es Lucas, pero seguro que no tardará mucho en saberlo. Con las redes sociales, cualquier historia se propaga más rápido que un incendio en Santa Ana. Todo el mundo tiene una opinión. Twitter, Instagram, TikTok. En un santiamén, va a quedar completamente expuesto.

La primera vez que veo la foto, me invade una tristeza inmensa que me deja casi entumecida. Me acurruco en el suelo en posición fetal, hundo mi nariz en la melena dorada de Safo y lloro desconsoladamente. Se evapora toda la energía que pudiera tener, me siento vacía y agotada. Como si hubiera perdido una gran cantidad de sangre o me hubieran extraído la savia como a un arce. Me vienen a la memoria sentimientos parecidos a los que tuve tras el

legrado en el hospital. Una sensación de desesperanza. Vacío. Pérdida. Comprendo que voy a perder a Lucas. Pero me digo a mí misma que n*o, que ya no soy esa persona*. No puedo rendirme con tanta facilidad. Perder a un bebé es insuperable, pero ¿esto? Esta vez puedo controlar mis emociones, puedo superarlo. Se empieza a encender una pequeña llama que surge desde lo más profundo de mi plexo solar. Un vigoroso impulso de rabia y justicia prende fuego en mi vientre, pensando en mi nuevo bebé, en mi nuevo embarazo. No voy a dejar que nada me robe esta segunda oportunidad. No pienso permitir que la ansiedad o el miedo me hundan. No voy a perder de vista quién soy, y me niego a consentir que nadie me arrebate mi fuerza, mi amor propio, mi dignidad. Y, sobre todo, mi felicidad.

Merezco ser feliz. Lo merezco.

Me permitiré el lujo de reflexionar. Y voy a darme tiempo para mí.

Al día siguiente no voy a trabajar. Estoy demasiado ocupada mirando el océano cristalino como para hacer caso el teléfono, que suena sin parar, así que lo apago. Quiero escabullirme de los límites de la vida real, desconectarme yo también, al menos durante un rato, para recordar cómo eran antes las cosas. Antes de que Claudia Spector entrara en nuestras vidas. Me paso el día en un estado de somnolencia, aturdida, viendo cómo se extingue la luz del cielo poco a poco, sintiendo que el calor del día comienza a morir para dejar paso al fresco, fijando los ojos en la unión azul del horizonte con el mar.

Las perras se sientan a mi lado, también meditando en silencio. No mueven la cola aplastando todo lo que encuentran a su paso. No saltan. Ariadna apoya la cabeza en mi regazo, levantando su mirada hacia mí. Como si supiera que una enorme burbuja está a punto de estallar y que sus vidas podrían cambiar.

Es solo cuestión de tiempo que salga todo en las noticias e

identifiquen a mi marido. En cuanto los medios averigüen nuestra dirección y sepan quién es Lucas, no tendremos paz ni privacidad alguna. Claudia tiene algunos admiradores un tanto chiflados. Mucha gente está obsesionada con ella. Tiene muchísimos seguidores, que no serán indulgentes con quien pueda haberle hecho daño.

No siento sorpresa alguna cuando, hacia las seis y media de esa tarde, dos detectives llaman a la puerta. Me dicen sus nombres y me enseñan sus placas.

En ese momento es cuando Lucas llama a su padre.

Los invito a pasar. Soy educada. Ariadna y Safo, no tanto; enseguida van directas a las piernas y entrepiernas de los detectives, fascinadas por semejante mezcla de olores desconocidos y dignos de ser olfateados. Las aparto.

—Disculpe a nuestras perras —le digo a la mujer policía—. A veces se ponen demasiado cariñosas. —Mi risa parece muy inapropiada a juzgar por la reacción de la mujer policía. Dados los antecedentes de las perras y el hecho de que las adoptamos cuando ya eran adultas, hemos sido bastante laxos en relación con sus modales y su adiestramiento. Queremos devolverles parte de la felicidad que perdieron; así que, sí, lo admito, están mimadísimas.

La detective asiente, con una sonrisa tensa y profesional, que deja bien a las claras que no han venido por algún asunto trivial. Lleva el pelo bien recogido en la nuca y la cara sin maquillaje. Acostumbrada a ver a actores representando el papel de policía en las series de televisión en las que he trabajado, parece aterradoramente real; claro, es que lo es. Hay una detective de verdad en mi salón. El otro policía es un hombre corpulento que lleva camiseta y pantalones cargo. Ambos llevan botas negras robustas con cordones. Ninguno de los dos viste uniforme oficial. Si se supone que lo hacen para que la gente se sienta más cómoda, ocurre todo lo contrario. Se han

presentado, pero estoy tan nerviosa que sus nombres me entran por un oído y me salen por el otro.

—¿Puedo traerles un café? —les ofrezco.

Ella niega con la cabeza.

—No, gracias.

—¿Agua? ¿Un refresco? ¿Té? —Me estoy esforzando demasiado. Me meto las manos en los bolsillos para evitar que me tiemblen. No me puedo creer que esté así, como un flan. Me da la impresión de que tengo una sonrisa fija en mi boca que debe parecerse a la de un Joker maníaco.

—No. Pero gracias. —El policía se cruza de brazos. Su lenguaje corporal no es una buena señal—. Queremos hacer algunas preguntas que ayuden con la investigación.

«Investigación». La sola palabra me provoca un escalofrío que recorre mi espalda.

—Claro —digo. Oigo a mi marido terminando con la llamada que le ha hecho a Jack. Está fuera, en la terraza de atrás. Creo que no va a dar buena impresión que insista en tener a su abogado presente desde el primer momento. Me pregunto si Lucas va a contratar a un abogado penalista, ya que el derecho penal no es la especialidad de Jack. Tienen amigos y colegas; conocen a los mejores en el mundillo.

—Tal vez sepa que la actriz Claudia Spector lleva desaparecida más de una semana —dice el hombre.

Asiento.

—Sí, lo he visto en las noticias.

Sigue hablando, su voz es apenas un eco lejano. La sangre me palpita en los oídos; ni siquiera puedo procesar la mayor parte de lo que dice, mis nervios están hechos trizas. Lo saben todo sobre nosotros. Que soy supervisora de guiones, que Lucas es abogado. Me preguntan si conozco personalmente a Claudia Spector. Estoy a

punto de responder cuando Lucas entra a grandes zancadas en el salón.

Se presenta de forma cordial y distendida, y les asegura:

—No. Mi mujer no conoce a Claudia Spector. Si quieren hablar conmigo, puedo ir a la comisaría, con mi abogado presente.

Me quedo de piedra al ver lo relajado que está Lucas mientras pronuncia esas palabras. Tranquilo, profesional. Como buen abogado, ni se inmuta ante situaciones estresantes y está acostumbrado a mantener una buena fachada. No habla de su foto con Claudia. Ni niega ni admite nada. Tan solo acompaña a los detectives a la puerta, prometiéndoles que, o bien él, o quizá su abogado se pondrán en contacto con ellos mañana por la mañana. Supongo que necesita tiempo para elaborar una historia con la ayuda de Jack, para asegurarse de que no se incrimina a sí mismo. Pero la verdad es que ya *está* incriminado. No tiene cómo salir de esta. ¿Qué historia se le ocurrirá? Las fotos no mienten. Parece que fue la última persona que estuvo con Claudia Spector antes de que desapareciera. Aunque me diga a mí misma una y otra vez que no, es imposible probar lo contrario. No hay nadie más que parezca estar involucrado. Ningún familiar, amigo o compañero de trabajo. Tampoco su agente. ¿Qué le va a contar Lucas a la policía? Una parte de mí ni siquiera quiere saberlo. La idea de que mi marido haya podido asesinar a una mujer me repugna. No puedo dar cabida a esos pensamientos tan repugnantes. ¿Qué va a pasar? ¿Conseguirán una orden de arresto, tal vez una para registrar nuestra casa o el coche de Lucas? ¿En qué coche salieron él y Claudia del restaurante? Quiero preguntárselo a él. ¿El suyo o el de ella? Y lo que es más importante, ¿a dónde fueron? Me muero por preguntarle eso. ¿A casa de Claudia, por casualidad? Tengo todas estas preguntas en la punta de la lengua, pero digo nada, estoy demasiado abrumada. Completamente atónita por la velocidad

vertiginosa con la que están ocurriendo las cosas. Y, sobre todo, en un estado de negación demasiado grande como para aceptar que mi marido, un hombre en el que he depositado toda mi confianza, que va a ser el padre de mi hijo, pudiera ser peligroso. La gente pensaría que es una locura permanecer en la misma casa que él.

¿Estoy en peligro? ¿Más de lo que ya me temía?

Le digo:

—Amor, madre mía, ¿qué vas a hacer? —Las cosas ya están bastante feas para él, no quiero hacer aún más drama interrogándole sobre los detalles de *aquella* noche. Solo quiero que mi marido vuelva, que las cosas vuelvan a ser como antes. Ojalá fuera posible. No quiero evocar más imágenes de las que ya tengo en mente, que tanto me rompen el alma. Pero mis deseos son imposibles. Esa oportunidad ya la perdí hace tiempo.

A Lucas le tiembla un músculo de la mandíbula. Levanta el mentón como tratando de recuperar algo de orgullo.

—No voy a negar que fui yo quien cenó con Claudia o que nos fuimos a su casa después de cenar. No voy a negar que hiciéramos... que nos acostáramos. Lo siento muchísimo, amor, siento que hayamos llegado a esto. Ya te he implorado perdón, pero no quiero que te veas involucrada. Te mereces algo mejor.

Ha estado a punto de decir «hiciéramos el amor», ¿no? Su desliz me hiere. Como mil agujas en el corazón. Tengo que creerme que su relación con Claudia era algo puramente sexual, y nada más que eso. Me lo repito una y otra vez. No puedo concebir que sus labios se posaran sobre el pliegue de su cuello, sobre sus pechos o en su boca. No, no, no. Tengo que recordarme a mí misma que renovó nuestros votos en aquella playa, que entonces eligió y ahora sigue eligiendo estar *conmigo*.

—Me hiciste creer que la aventura había terminado mucho antes —señalo.

Baja la cabeza. Se mira los pies.

—No quería hacerte daño, Ava, lo siento. Te lo digo otra vez... Lo siento, lo siento, lo siento, y me pasaré el resto de mis días diciéndote cómo me arrepiento de lo que hice. Cariño, metí la pata. No lo puedo negar. Lo *siento*. —Da un paso hacia mí y se arrodilla. Me coge una mano, la besa y luego apoya las dos, una sobre la otra, sobre mi vientre. El mensaje es claro; está aprovechándose de mis emociones.

«Vas a tener un hijo mío». O, mejor dicho: «*Vamos a tener un hijo»*.

Ha cometido errores. Tenemos que pasar página. *Tengo que perdonarle*. Pero es demasiado tarde para volver atrás. Mi voz, llena de amor y compasión, es la que sigue hablando, afirmando que la bondad y el perdón lo son todo, pero otra voz, más insistente, resuena: «Te *mintió, Ava. Te manipuló. Te engañó. Te dio por muerta después de tu intento de suicidio. No puedes creerte una sola palabra de lo que dice. Estaba enamorado de Claudia, claro que lo estaba*. *El amor puede desembocar en actos de pasión, que a su vez pueden conducir a cualquier cosa, incluso a la violencia*. Y la violencia *puede* terminar en...».

«Para, Ava». Me niego a volver a pensar de esa forma, a ser absorbida por ese abismo sin retorno. No tiene sentido. Se mire por donde se mire, estoy en un callejón sin salida.

Sigue de rodillas. Tiene sus brazos alrededor de mis piernas como un niño.

—Ava, te quiero mucho.

La última vez que se puso de rodillas, o con al menos una en el suelo, fue cuando me propuso matrimonio. Aunque sus padres prácticamente le habían ordenado casarse conmigo, al menos me lo propuso con estilo y como si hubiera sido idea suya desde el principio, cosa que agradecí. Me hizo sentir querida y que nuestro

matrimonio no tenía que ver solo con el bebé que estaba en camino, el que acabé perdiendo.

Fue bello. Yo estaba tumbada en la arena tomando el sol y Lucas, surfeando. Es bueno. Nunca ha sido surfista profesional, pero los nacidos y criados en esta costa llevan el surf en el ADN. Lo había estado observando, impresionada por sus movimientos. Salió del agua, se desató la correa del tobillo y, sosteniendo la tabla, sacudió su cabeza iluminada por el sol mientras las gotas de agua caían a la arena como cristales brillantes. Dejó la tabla en el suelo y sacó un anillo del bolsillo. Fue lo más sorprendente del mundo. Impresionante. Se arriesgó mucho haciendo surf con un anillo solitario de diamantes encima. Ni que decir tiene que ni se cayó ni perdió el equilibrio un solo segundo... tan solo se deslizó con suavidad por encima de las olas hasta la orilla. Si lo que quería era impresionarme, desde luego que lo consiguió. Fue entonces cuando se arrodilló en la arena y me pidió que me casara con él. Ese día fui muy feliz. Estábamos bronceados y radiantes, teníamos el futuro por delante. Parecía perfecto. Era perfecto.

Ahora lo observo, recordando aquellos votos que hicimos. «*En la salud y en la enfermedad. Hasta que la muerte nos separe*». Pero ahora el «hasta que la muerte nos separe» tiene un significado nuevo. Si acusan a Lucas de la muerte de Claudia, ¿qué va a pasar? ¿Será eso lo que finalmente nos separe?

Está temblando. Sigue aferrado a mí. Siento compasión por él. Es en momentos como estos cuando tienes que tomar decisiones.

Irte o quedarte.

Puede que hayamos perdido a nuestro primer hijo, pero ahora tenemos otra oportunidad.

—Cuenta conmigo, amor —le digo, cogiendo su mano entre las mías—. Estoy aquí, tienes mi apoyo, voy a permanecer a tu lado. A veces, aunque sepas que estás haciendo algo peligroso, lo haces

de todas formas, ¿verdad?

Es luchar o huir. Cuando tu única opción es luchar...

26

Esa noche, mi sueño me envuelve y me deja en medio de una gran confusión, llena de sudor. Mi madre me grita:

«Nunca encontrarás el amor, Ava, porque no tienes ni puta idea de lo que significa ser madre. Y espero que nunca la tengas, por tu bien. Espero que nunca tengas un hijo, porque, ¿sabes qué?, los niños te absorben por completo, te quitan hasta la última gota de energía. No eres más que una sanguijuela, mi niña. Eres el mayor error de mi vida».

Me siento en la cama, con gotas de sudor cayendo hasta la parte baja de mi espalda y haciéndome cosquillas bajo los brazos. La mujer de mi sueño no era otra cosa que la pura realidad. Así es como era ella. Una persona que se supone que debía amar a su hija más que a nada en el mundo, que convirtió ese amor en una carga triste y grande, incluso en aparente odio. Me cruzan la cabeza más imágenes. Yo, de pie en una silla tratando de alcanzar latas de tomates de la despensa de la cocina, intentando encontrar algo para comer. Llevándole a mamá un café instantáneo mientras yace en el suelo, inconsciente. Caminando cinco kilómetros hasta el colegio mientras ella duerme, con un sonido permanente en mis tripas, sin ninguna fiambrera en la mano como los demás niños, pero con un pintalabios que robé de su bolso y que cambiaré por comida. Diciéndole a la señora Clifton que me tropecé con una farola y todos los niños riéndose de esa mentira tan trillada.

Me quito las sábanas de encima y me levanto, dejo a Lucas durmiendo y bajo a la cocina a por un vaso de agua fresca, jurándome que voy a querer a mi hijo, como que el sol sale por el este.

Safo camina despacio detrás de mí. Me bebo casi de un tirón dos vasos de agua helada, sin apenas respirar. Me tumbo en la alfombra

con la perra y entierro mi cara en la suavidad de su pelaje mientras las lágrimas que me caen se deslizan por mi cara, enrojecida, escurriéndose hacia mi nariz y mis labios. Labios que rozo contra los pliegues sedosos que hay detrás de las orejas de mi hermosa perra, su parte más suave y delicada. Me conoce perfectamente... Safo sabe tan bien como yo que lo de antes no ha sido una pesadilla. Odio admitirlo, no se trataba de un sueño, sino de un recuerdo comprimido en una esfera pequeña, enterrado en algún lugar de las profundidades de mi mente, de donde no esperaba que saliera. Pero tu cuerpo y tu mente se aferran a cada herida del pasado, ¿verdad? Sobre todo, a las invisibles. Al final, el subconsciente tiene que dejar salir las cosas. Recientemente he leído que muchos de nuestros hábitos, miedos y recuerdos están predispuestos, los generaron nuestros antepasados y los llevamos en nuestro ADN. Que nacemos con ellos y los vamos pasando de generación a generación, nos guste o no. En teoría, para protegernos. Para que podamos huir de las garras de un león, aprender a no meter las manos en el fuego..., ese tipo de cosas.

«No —me digo—. *Mi madre está muerta. No quiero desenterrar lo negativo. Concéntrate en los momentos felices, Ava»*.

De pequeña adoraba a mi madre..., a mi preciosa madre. Me solía apoyar contra ella en la parte trasera del coche y olía su pelo. Romero y lavanda. Pero no puedo engañarme. Los «tiempos felices» solo tuvieron lugar antes de que mi padre nos abandonara cuando cumplí tres años o mucho después, cuando ya era mayor, cuando había perdido su poder porque estaba enferma, me necesitaba y no tenía a nadie más. Lejos de castigarla por años de abuso mental y abandono, o de alejarla, me adapté a su nueva vulnerabilidad. Podía amarla libremente y fingir que ella me correspondía. La necesidad hace que las personas crueles se vuelvan amables.

Al final, la necesidad se impone.

Y eso es lo más difícil. ¿Cómo se puede diferenciar entre amor y necesidad? Es una línea muy fina. Un bebé necesita a su madre. ¿Cuándo se convierte esa necesidad en amor? ¿Hasta qué punto están entrelazados? Pienso en Lucas mientras reflexiono sobre este tema.

Seguro que ahora me necesita.

Vuelvo a meterme en la cama, acurrucándome a su lado, disfrutando de su calor mientras su brazo dormido me envuelve y me atrae hacia él. Siento la reconfortante subida y bajada tan característica de su pecho musculoso, el ritmo de su respiración. Deslizo mi pierna entre las suyas y apoyo mi cabeza en el hueco de su cuello, inhalando su aroma a Malibú, lleno de sol y de sal. Al amanecer se fue a hacer surf. Es su meditación, su terapia. Siento que puedo saborear las olas en él, hasta la emoción del ejercicio. Quiero abrazarlo con fuerza y no soltarlo nunca.

Sin embargo, algo me dice que ya podría ser demasiado tarde.

Cuando me despierto, Lucas ya ha salido de casa. Hay una nota en la cocina, con café recién hecho y una pila de tortitas caseras para que las caliente.

No quería despertar a la Bella Durmiente.
Volveré a casa cuando pueda.
Te quiero mucho.
Tu Lucas

Me da un vuelco el corazón. Incluso con toda la confusión que hay ahora en su vida, está pensando en mí. No quiero encender las noticias, así que no lo hago, pero dejo tontamente que mis manos cojan el teléfono casi sin darme cuenta, sin prestar atención. Un hábito invasivo que todos compartimos hoy en día, por mucho que digamos que odiamos las redes sociales y cómo nuestros teléfonos

se han apoderado de nuestras vidas. De repente, Apple News me está mirando fijamente. La empleada del hogar de Claudia Spector ha hablado con distintos canales de noticias, contándoles cosas acerca de mi marido, de cómo se conocieron Claudia y él, de la frecuencia con la que iba a su casa de Laurel Canyon y hasta de lo que comían. Intento no tocar los enlaces de las noticias, no pellizcar las fotos para agrandarlas, pero al final hago todo eso, claro.

—Se les veía muy enamorados —dice Juana Juárez en un videoclip, con sus grandes ojos marrones reflejando una profunda emoción—. El señor Fox venía mucho por aquí. Un buen tipo. A menudo me pedía que le hiciera su plato favorito, chili con carne. Me hacía muy feliz cocinar para él, ¡le encanta mi cocina! Me dijo que era la mejor receta que había probado nunca. Es imposible que le hiciera daño a la señorita Spector, no es ese tipo de hombre. Incluso me hizo un regalo una vez. Es amable y siempre nos trató bien, tanto a mí como a mi jefa. —Continúa contando que lleva diez años trabajando para la señora Spector, que su jefa la respaldó para que obtuviera el permiso de residencia y que, aunque acordonaran la casa como si fuera el escenario de un crimen y a pesar de que ella misma descubrió su teléfono móvil roto y las tarjetas de crédito y el pasaporte abandonados, y que su Mercedes había desaparecido, cree que su jefa volverá, que el Señor no la dejaría morir—. Él no lo va a permitir porque ella es especial, ¿sabes? ¡Tiene muchos admiradores, hay mucha gente que la quiere! Rezo por su regreso todos los días. —¿Sabía Juana que el señor Fox estaba casado con otra mujer?—. No, no parece que se trate del mismo hombre —afirma—. Tiene que haber algún tipo de error. El señor Fox que yo conozco es un buen tipo, y no alguien que pudiera ser infiel.

«Infiel». Sus palabras me rompen el corazón. Y tanto amor y lealtad por su jefa. Esa esperanza de que vuelva. El artículo también asegura que Claudia no tiene hijos ni animales, pero que su madre,

su hermano y su hermana mayor están muy preocupados y dicen que hay que llegar hasta el fondo del asunto mientras se quejan de lo mucho que se está demorando el proceso, de que tiene que haber más pruebas y pistas. Que no quieren juzgar, pero que la policía les parece insoportablemente lenta.

Cada vez que leo el nombre de Lucas, se me revuelve el estómago de horror. Están hablando de mi marido, del padre de mi futuro hijo, del hombre con el que me casé y con el que se suponía que iba a envejecer.

Le llamo, pero salta el buzón de voz. Probablemente esté en la comisaría. O tal vez está teniendo una reunión con Jack, repasando cada detalle. Hacen eso con los clientes. Los someten a entrevistas falsas y simulan situaciones que se pueden encontrar en el juzgado, les hacen preguntas y ensayan lo que van a decir para que estén preparados. Jack dirá cosas como «*¿Por qué no denunciaste siquiera la desaparición de Claudia si no la habías visto en toda la semana? Si se trata de una mujer de la que estabas enamorado, ¿por qué no avisaste a su familia o amigos?».* Y entonces Lucas probablemente dirá algo como *«No estábamos enamorados. Era una relación informal. De hecho, rompimos aquella noche durante la cena. Ella me dijo que se iba de la ciudad por un tiempo; no le di mayor importancia».*

No dudo de que Lucas dará su habitual discurso persuasivo. Pero ni las huellas dactilares ni las manchas de sangre mienten. ¿Qué habrán encontrado? La policía ha venido a nuestra casa.

Mientras estos pensamientos de pánico compiten por mi atención, suena mi teléfono.

27

El nombre «Jack» se ilumina en la pantalla de mi teléfono.

—Jack —contesto.

—Ava. ¿Puedes venir a verme, por favor?

—¿Está Lucas contigo?

—Ya no. Hemos hablado hace un rato.

—¿Le ha detenido la policía?

—Aún no, y por eso necesito que vengas a verme.

—Pero no lo entiendo. ¿Por qué...?

—Ven a la oficina. Ya. —Cuelga. Lo llamo de nuevo para intentar enterarme de más, pero no contesta.

En un santiamén estoy en mi coche, conduciendo a toda velocidad por la autopista. Llego a Fox & Fox y estoy a punto de bajar al aparcamiento subterráneo cuando Jack me saluda con la mano. Lleva un chubasquero. Está lloviendo ligerísimamente. Jack es ese tipo de persona; siempre está preparado, siempre va un paso por delante, incluso con el clima. Aunque esto, lo que le ha pasado a Lucas, debe haberlo dejado hecho polvo.

Aparco a su lado y me hace un gesto para que abra la puerta del coche. Desbloqueo el seguro y se cuela con rapidez.

—Conduce —me ordena sin saludar siquiera. Se sacude unos pelos de perro del chubasquero con cara de asco.

—¿A dónde vamos?

—¿Crees que me importa? A cualquier parte. Tenemos que hablar y este lugar es agradable y privado. Conduce hacia donde quieras.

Salgo del lugar conduciendo lentamente.

Se cubre la cara con las manos.

—Jesús. —Esta es la primera vez en la historia de la humanidad que Jack «usa el nombre del Señor en vano», como él mismo diría.

—Jack, ¿qué está pasando? —Le lanzo una mirada. Es una versión

canosa de Lucas. Aunque sus rasgos están más marcados, son más severos. Su mandíbula, firme, parece más rígida, y sus ojos son más fríos y carecen del precioso azul de los de Lucas. Sin embargo, no hay duda de que es un hombre muy guapo. Y también está en plena forma. Corre todos los días, hace flexiones. Normalmente, tendría miedo de él. Pero recuerdo que ya no ejerce poder alguno sobre mí. El acuerdo prematrimonial pertenece al pasado. Lucas ha vendido Fox & Fox. Jack no es más que mi suegro.

—Mantén los ojos en la carretera, joder —me ladra. Otra primera vez; nunca le había oído decir palabrotas.

No digo ni mu. Mantengo la calma. Nunca me ha gustado este hombre, nunca me ha caído bien, ni siquiera cuando se hace el simpático. Sé que reaccionar mal ante él no me servirá de nada, y a Lucas menos aún.

—Mi hijo necesita una coartada —anuncia Jack, mirando de frente a la carretera.

Se hace un silencio tenso entre los dos. Estoy tan sorprendida por lo que acaba de decir que no respondo. Este no es el Jack tan honrado que conozco. El exmarine que defiende la verdad y el honor.

—No puedo mentir —respondo casi en un susurro.

—Es tu marido.

—¡Jack, me puso los cuernos! Yo no soy la que ha metido a Lucas en este lío.

—Te necesita, Ava. Sé lo que ha hecho, ha roto el acuerdo prematrimonial, ha puesto toda su fe en ti, y le debes una.

Espero a que sus palabras hagan efecto. Cuando lo hacen, me molestan. Este hombre es un matón. Estoy harta de los matones, he sufrido a demasiados a lo largo de mi vida. Le respondo:

—No *le debo* nada a Lucas. Los maridos y las esposas no deberían estar llevando la cuenta de lo que se deben el uno al otro. Y que

conste que disolver el acuerdo prematrimonial fue idea suya, no mía.
—Me siento bien contestando a mi suegro, no dejando que me manipule.

—Ava. No estás pensando de manera lógica. —Su tono es siniestro. ¿Me está amenazando? ¿Está insinuando que tiene poder suficiente para hacerme daño?

—¿No puede darle la coartada otra persona? O sea, ¿no puedes pagar a alguien?

Jack me mira como si estuviera loca. Puedo sentir la rabia furiosa que emana de cada poro de su cuerpo, aunque no dice nada. Sentado en el asiento del copiloto, con una pulsación en la sien, se pasa la mano por el cabello grisáceo. De tal palo tal astilla, tienen los mismos gestos. Nunca había visto a Jack perder los estribos así, desmoronarse de esta manera.

—De acuerdo —respondo ante su silencio—. Ha sido una ocurrencia temeraria por mi parte. Pero, oye, quieres que mienta, ¿qué diferencia hay entre una mentira y otra?

—Familia. Esa es la diferencia. Mi hijo es el padre de tu bebé. Es tu *marido*. Sabes tan bien como yo que Lucas no le hizo daño a esa actriz. No sé qué coño está pasando, pero Lucas es inocente. Y tenemos que demostrarlo.

—Jack, tuvo una aventura.

—¿Y es eso lo que te preocupa ahora? ¿Que tu marido tuviera una aventura trivial con una actriz de poca monta? Ava, por favor.

Jack ha dado en el clavo. Claro que me molesta que mi marido tuviera una aventura, por supuesto que sí. Pero tiene razón. Ante la perspectiva general, mis sentimientos son lo de menos.

—¿Qué quieres que diga?

—Esa noche. La noche que fue al restaurante, a Chez Suzette, donde alguien sacó esa maldita foto de los dos. Los dos volvieron a la casa de ella en Laurel Canyon. Aquí es donde entras tú. Necesito

que digas que, como Lucas había estado bebiendo, fuiste a recogerlo al restaurante. Que estuviste con él. No pudo haber ido a casa de Claudia Spector porque estuvo contigo, en casa, toda la noche y la mañana siguiente.

Respiro con dificultad.

—Pero tendrán cámaras de vigilancia en el aparcamiento del restaurante, ¿no? ¡Sabrán que les estoy mintiendo!

—El restaurante no dispone de aparcamiento en el recinto. Podrías haber aparcado en cualquier sitio.

—Pero tienen servicio de aparcacoches.

—Nadie está obligado a hacer uso de él. Podrías haber aparcado por ti misma en cualquier lugar.

—¿Qué hay del detalle de que se fueran juntos en el mismo coche? Los vieron.

—Si hubiera pruebas de eso, ya habría una foto en los medios.

Sacudo la cabeza.

—No lo sé, Jack. Me parece que es demasiado arriesgado.

—Es lo que hay. Lucas no debe aparecer en la escena del crimen esa noche. No podemos permitir que haya pruebas circunstanciales que interfieran con nuestros intereses.

—Encontrarán sus huellas.

—Seguro. Pero no serán de esa noche.

—Habrá registros telefónicos —razono—. Si aquel día no hablamos por teléfono, ¿cómo pudimos planear que fuera a recogerlo al restaurante?

—Mira tu móvil. Verás que hubo una llamada entre vosotros a las 7:26 de esa tarde-noche. Una coincidencia muy afortunada que juega a nuestro favor.

—Espera un momento... Ya has arreglado todo esto con Lucas, ¿no?

Jack no contesta. No hace falta. Sí, Lucas y él ya han acordado

hasta el último detalle de la historia. Y me están usando como coartada.

Entrecierro los ojos. Por fin comprendo la realidad. Esto no es una petición, ya han arreglado todo.

—¿Y ya has ido a comisaría con Lucas para el interrogatorio?

—Sí.

—¿Y Lucas ya me ha usado como coartada? —trato de corroborar nuevamente—. ¿Sin consultarme primero?

—No había tiempo, Ava. Tuvimos que improvisar sobre la marcha.

—Muchas gracias. Muchísimas gracias.

—Estoy seguro de que más adelante sí que me lo vas a agradecer. Estoy haciendo esto por vosotros, por la familia. Verás que al final es lo mejor.

—Me has metido en la mierda*.* —Espero a que me regañe por mi lenguaje, aunque hoy no tiene autoridad para hacerlo.

No me reprende. Solo dice:

—Puedes añadir en tu declaración que esperabas poder conocer a Claudia Spector porque eres una gran admiradora, así que decidiste ir a recoger a Lucas. Supongo que eso le da más credibilidad a la historia y es algo que cualquiera se va a creer, sobre todo considerando aquel artículo trivial de la revista femenina que Barb me ha enseñado en el que la elogiabas sin parar.

«Artículo trivial». Jack siempre encuentra la forma de menospreciar a la gente. Le respondo aportando nuevas razones para no seguir adelante con esta temeridad. Ni siquiera debería estar teniendo esta conversación. Debería haberle dicho que saliera de mi coche. Debería haberlo soltado en la acera, en medio del tráfico.

—Pueden examinar mi teléfono. Sabrán que no fui a Chez Suzette.

—Buen apunte, pero es fácil de evadir. ¿Dónde estuviste aquella noche?

—En casa.

—Pues les dices que te dejaste el teléfono. Les cuentas que, por lo que sabías, Lucas y Claudia estaban teniendo una reunión de negocios. Niegas que tu marido estuviera teniendo aventura alguna. Les dices que crees a tu marido, que no te puso los cuernos. Que no eran más que negocios.

—¿Y qué hay de la empleada del hogar? Vio a Lucas un millón de veces. Es testigo de que tenían una relación sentimental. —Las palabras «relación sentimental» me desgarran el corazón al ser pronunciadas, pero no puedo engañarme a mí misma.

Jack se aclara la garganta.

—Tu palabra contra la de ella. Una criada que ni siquiera es ciudadana americana... ¿A quién crees que va a creer la gente?

Me quedo boquiabierta. *Este hombre es increíble*. Me asombran tanto su racismo velado y arrogante y sus prejuicios tan arraigados que me he quedado momentáneamente sin palabras.

—¿Y la foto en la que se les ve acaramelados en Chez Suzette? —suelto, tratando de buscar solución a esa pregunta, tras una larga pausa—. ¿Cómo os las habéis arreglado para sortear esa prueba tan irrefutable?

—No te preocupes por nuestro testimonio, piensa en lo que tienes que decir *tú.* Eres la esposa que confía en su marido. Me trae sin cuidado que haya montones de pruebas acumuladas en su contra: tú crees a Lucas. Es inocente. Lo quieres. Lo que ocurrió en Chez Suzette fue una simple reunión de negocios. Tal vez andaba un tanto... deslumbrado, se podría decir, impresionado por su nueva clienta, tal vez coqueteó un poco, se dejó llevar por sus emociones, pero no estaban teniendo una aventura.

—¡Pero Claudia no era clienta suya, me lo dijiste tú mismo!

—Bueno, ahora lo es. Claudia Spector sí que era clienta; al menos, potencialmente. Esta es la historia que vamos a contar.

—Jack, eso no es verdad. Y esta gente...

—Créeme, Ava, conozco formas para demostrar casi cualquier tipo de cosa. —Se mueve en el asiento del coche, intentando estirar sus piernas largas y delgadas para estar más cómodo.

—Puedes echar el asiento hacia atrás, ¿eh?

—Recuerda una cosa, Ava. Necesitas su coartada tanto como él necesita la tuya. O, en un abrir y cerrar de ojos, tú, la esposa celosa, podrías estar bajo sospecha. ¿Y qué pasaría entonces con tu bebé?

No sería capaz, ¿verdad? Se me hiela el corazón. Su amenaza es real. Me lo imagino dedicándose por completo a construir un caso en mi contra.

Sigue hablando:

—Llévame a la oficina, por favor. Cuando me dejes, llama a uno de los policías que te visitaron. Detective Hawkins o detective Johnson. Tienes sus números en las tarjetas que te dejaron, ¿verdad? Diles que quieres ir a declarar. Hazlo de forma simple. No te explayes demasiado. No dejes que te desvíen ni te salgas del tema principal. Limítate a hacer y decir todo lo que acabamos de discutir. Si te asusta alguna pregunta, una que no puedas responder, no lo hagas. Siempre es mejor mantener la boca cerrada que quedar en evidencia.

—¿Vendrías conmigo? ¿Estarías a mi lado durante el interrogatorio?

—No. Eso no daría buena impresión.

—¿Por qué no?

—Quedará mejor si vas de forma voluntaria y hablas libremente sin un abogado delante, créeme. Si te hubieran detenido, sería otra historia, pero se va a tratar de un simple acercamiento por tu parte, una visita rápida para corroborar la historia de tu marido. Si no lo haces, es cuestión de horas que vuelvan a presentarse en tu casa.

No me puedo creer que esté diciendo eso el que siempre recomienda a sus clientes— y bueno, a cualquier persona— que en cualquier asunto legal siempre tengan a un abogado presente a su

lado. Siento que hay gato encerrado, pero no sé si se trata de una amenaza real o de algo más insignificante.

Estoy estupefacta. No digo nada.

—Gracias —añade Jack, dándome una palmadita en el hombro con un aire «paternal».

—No he dicho que lo vaya a hacer.

—Si no lo haces, no te va a merecer la pena vivir. —Su voz es monótona. Me aterra la falta de emoción que hay en ella.

Mis ojos se cruzan con los suyos durante un segundo. Son calculadores y tan fríos como perlas sin pulir. No tienen la translucidez azul de los de Lucas. Los de Jack son de un verde turbio que no devuelven ningún reflejo. No tienen expresión alguna. Siempre he sostenido que son ojos inertes, desalmados.

—¿Qué quieres decir? —disparo—. Es horrible decirle eso a alguien.

—Me refiero, Ava, a que tu vida será muy triste si tu marido acaba en la cárcel. O quizá tú misma, si las cosas se llegaran a interpretar de forma diferente. Piensa en tu hijo. Estarías arruinando varias vidas a la vez, incluida la tuya.

Quizá Lucas no sea capaz de asesinar a nadie, pero este hombre... este hombre sería capaz de cualquier cosa.

28

«¿Y si...? —pienso, elaborando un escenario en mi mente—. ¿Y si ha sido Jack el que...?».

No, es descabellado, aunque se me pasa por la cabeza. La forma en que se refirió a Claudia Spector como «de poca monta». ¿Y si Jack hubiera sabido de su aventura hace tiempo? ¿Habrá perpetrado él mismo el crimen? Y ahora quiere que yo me encargue de arreglar el desastre. Qué conveniente.

Medito acerca de sus exigencias. Siempre había asumido que Jack tenía un código moral, un sentido de la ética. Tanto él como Barbara son muy honrados, o eso creía yo. Pero este hombre es un mentiroso. Un matón. Igual que su hijo. Aunque al menos Lucas lo hace con desparpajo, con un estilo encantador, del tipo «ups, me han pillado». Por lo menos se disculpa por ello. Suplica perdón. Sin embargo, está claro que Jack no tiene remordimiento alguno por ser un absoluto fraude. Estamos hablando de un farsante de primera. Todo es cuestión de apariencias. ¿Acaso le importa lo que le pase a su hijo o a su futuro nieto? ¿De verdad significa algo para él? ¿O solo está actuando porque no puede soportar que se ensucie el apellido Fox? Es patético que le molestase que tuviéramos un hijo fuera del matrimonio pero no le remuerda la conciencia que yo le mienta a la policía y puede que más adelante también al jurado durante un juicio. Fabricar una historia falsa le resulta tan sencillo que asume que para mí también será pan comido. ¿Y su amenaza velada? El hombre es un monstruo.

Pero ¿qué otra opción tengo?

«Si no lo haces, no te va a merecer la pena vivir». Doy vueltas a sus amenazadoras palabras en mi cabeza. Pensaba que ya había escapado de las garras de Jack Fox.

Estaba equivocada.

Llamo a Lucas. De nuevo sin respuesta, salta el buzón de voz. ¿Me está evitando a propósito? Está claro que ha confeccionado todo el plan con su papá; cada paso, incluso el evitar mis llamadas, calculando el tiempo para dejarme sin alternativas. Si no voy a comisaría, los detectives vendrán a mi casa en cualquier momento. Querrán oír mi versión de la historia. «*La mujer celosa*». Jack tiene razón en eso.

Saco mi teléfono y la tarjeta de la detective Hawkins de mi bolso y marco su número. Se trata de la mujer. Le dejo un mensaje para que sepa que voy de camino a la comisaría. Sí, debería tener a un abogado a mi lado, hasta yo lo sé. Pero ¿a quién? ¿En quién puedo confiar con tan poco tiempo de antelación? Se supone que debes contarle la verdad. Sería difícil confesarle a cualquier abogado que estoy mintiendo desde el principio Así, ¿cómo podrían protegerme? Acabaría metida en un lío aún mayor. He visto cómo Lucas, en el pasado, a veces se ha puesto furioso con clientes que le han mentido o le han ocultado secretos. Eso le ha puesto en un aprieto, haciendo que su trabajo fuera extremadamente difícil. A veces lo han dejado en ridículo.

Y Jack lo sabe. Por eso me ha sugerido que vaya sola.

¿Me han arrojado a los lobos? Creo que más bien ya a estas alturas les sirvo de alimento.

Me imagino cómo me voy a sentir en comisaría. En la sala de interrogatorios, que es donde sé que me van a llevar, voy a cagarme cuando cierren esa puerta tan pesada tras de mí. Un clic cuando salgan de la sala va a hacer que me aterrorice. Quizá me dejen sola, sentada junto a la mesa, con un millón de oscuras posibilidades compitiendo por acaparar mi mente. Completamente sola, preguntándome si me están mirando desde su espejo unidireccional, el que usan para ruedas de reconocimiento. Hacen eso, ¿verdad? Dejar solo al sospechoso/testigo/quien sea para que la paranoia y el

pánico empiecen a invadirles. Para que hablen, parloteen, digan cosas que no deberían. Los dejan permanecer mucho tiempo sumidos en el silencio, sin importarles si sufren claustrofobia. Será tal y como se ve en la tele y en las películas; una habitación blanca y rectangular, sin ventanas, con una alfombra sucia —¿o no?—, una mesa sencilla y un par de sillas. Pero lo que las películas no transmiten es el miedo enfermizo que bloquea la garganta de la persona cuando intenta hablar, el pavor que se clava en el plexo solar y no se atenúa. El corazón retumbando, martilleando tras el pecho, la mente dando vueltas mientras contempla los peores escenarios posibles si saliera todo mal.

Grabarán todo lo que diga. Podrán utilizarlo como prueba en un tribunal, y de hecho lo harán. Podrían arrestarme por pervertir el curso de la justicia. Por hacerles perder el tiempo.

O aún peor...

Me imagino a Claudia. ¿Cuánto tiempo me he pasado viéndola en la televisión? ¿Cuántas horas de momentos íntimos he compartido con ella mientras llora, ríe, persuade, grita o chilla? La actriz ganadora de un Oscar y de un Tony, que es capaz de encantar y engatusar y hacer que todo el mundo crea en ella y la quieran. Que la apoyen, que la adoren, incluso cuando se comporta como una zorra, cuando ha hecho algo malo. Los actores carismáticos son capaces de hacer eso. Solo con su sonrisa, sus ojos brillantes, la forma en que su mirada se desvía a un lado y luego vuelve hacia ti, manteniéndote cautivado, mientras esperas boquiabierta a ver qué va a decir o a hacer a continuación. No me extraña que mi marido se enamorara de ella.

Vuelvo a llamar a la detective. Esta vez contesta.

—Señora Fox, gracias por llamar.

—Hay algo que tengo que decirle —empiezo—. Y no estoy segura de por qué lo he dejado para tan tarde.

Pienso en el teléfono desechable de Lucas. Todos esos mensajes cursis, esas citas que acordaban, los planes para tener un sexo increíble, del que no se olvida, casi siempre en casa de Claudia. Una vez, sin embargo, alquilaron una cabaña en Lake Tahoe. Es inaudito que consiguieran mantener oculta su relación, teniendo en cuenta cómo la seguían los *paparazzi*. Rebobino en mi cabeza y me acuerdo de más mensajes. Los recuerdo de memoria.

Claudia:
Me encanta tu cuerpo, me pone salvaje.

Lucas:
Salvaje eres tú, nena.

Claudia:
Llámame cuando quieras.

Lucas:
Y tanto.

Claudia:
¿Nos vemos esta noche?

Lucas:
¿Es una pregunta retórica?

Claudia:
Ja, ja.

¿Cómo fui tan ingenua? ¿Cómo no me di cuenta de lo que estaba pasando? Se «quedaba hasta tarde en la oficina». Estaba «picando algo con un cliente». Cuando «cogía el vuelo de medianoche a Nueva York», iba en realidad a pasar el fin de semana con ella. Cuando el sexo es el factor dominante en una relación, puede anular

la razón, bloquear el juicio sensato. La lujuria es la emoción más poderosa conocida por el hombre. O la mujer. Es incontrolable. Ha derribado naciones y cambiado la historia. Dios la creó así para que los humanos siguieran reproduciéndose, para que nuestra especie sobreviviera.

Pero eso no exime a Lucas de ninguna responsabilidad.

Claudia estaba soltera; no le estaba poniendo los cuernos a nadie. Mi marido, sin embargo, era otra historia.

—¿Señora Fox? ¿Está ahí todavía?

Reordeno un poco mis pensamientos llenos de furia e ira y recuerdo que estoy al teléfono.

—Oh, perdone, detective, sí, estoy...

—¿Puede venir a comisaría...?

—No... o sea, hoy no puedo ir.

—Me ha llamado usted, señora Fox. Supuse que quería prestar declaración. Su marido ha estado por aquí, y necesitaríamos hablar también con usted.

Respiro hondo y me obligo a decir:

—Quería que supieran que Lucas no pudo haber estado en casa de Claudia Spector la noche después de la cena en Chez Suzette, porque estuvo conmigo.

Ya está, ya lo he dicho. Soy una esposa tan leal que estoy mintiendo por mi marido.

—Por favor, señora Fox, tenemos que tomarle declaración oficial y necesitamos que se presente aquí, en comisaría. Es muy importante. Espero que se dé cuenta de que no debe tardar en hacerlo, porque las cosas podrían complicarse.

—Lo comprendo.

—¿Podría venir...?

—Tengo que cortar. No puedo hablar. —Cuelgo y no cojo la llamada que la detective me devuelve de inmediato.

Conduzco de vuelta a casa. El miedo se agita en mi interior, y no puedo sacudirme de encima la sensación de que mi vida está dando vueltas fuera de control. Jack. Lucas. Los detectives. Claudia. Yo misma. Mi bebé.

Tengo que poner orden en este caos.

Hay algo de lo que me tengo que ocupar urgentemente... antes de que sea demasiado tarde.

29

Cuando llego a casa, seis horas más tarde, Lucas me está esperando. Está sentado erguido en el sofá y se levanta de un salto cuando entro en la habitación. Su vello facial ya casi se ha convertido en barba. Tiene los ojos rojos como si no hubiera dormido. Está muy desaliñado.

—He encontrado una cosa —dice, dando un paso adelante, pero sin abrazarme ni darme la bienvenida a casa como suele hacer. Con los labios torcidos y los ojos llenos de ira, añade—: Algo que lo cambia todo.

Mi corazón deja de latir, o al menos esa es la sensación. *¿Qué sabe? ¿Qué ha descubierto?*

—¿Qué le has hecho a Claudia? —Me atraviesa con una mirada fría, de azul ártico.

—¡¿Qué?!

—Te estoy preguntando, Ava, qué le has hecho a Claudia. —Su voz es tranquila. Controlada. Este es el Lucas que temo. El hombre frío y calculador que planea con antelación, que se enfoca en las vulnerabilidades de las personas, arrancándoles pequeños trozos de carne poco a poco, y antes de que te des cuenta tienes una enorme herida abierta y se abalanza sobre ti como un depredador, listo para matar.

Le digo:

—Nada. ¿Qué estás diciendo?

—He encontrado en tu armario un librillo de cerillas que estaba en el bolsillo de una de mis chaquetas. Del restaurante Chez Suzette, curiosamente. En la solapa interior está la dirección de Claudia, escrita de tu puño y letra. ¿Cómo conseguiste su dirección? ¿De mi teléfono? ¿Has mirado en mi teléfono?

«Pues claro que lo he hecho, imbécil», quiero decir. Conozco la

contraseña, o más bien la sabía, porque Lucas la cambió. Uno pensaría que, siendo abogado, se le ocurriría algo más inteligente. ¿Su fecha de nacimiento, en serio? Las matemáticas nunca han sido su fuerte, y las cifras, cualquier combinación de números, lo confunden. De hecho, si Jack no hubiera sobornado a Harvard con donaciones, estoy segura de que Lucas nunca habría sido aceptado en una universidad tan prestigiosa. Además, si estás teniendo una aventura con alguien, guardar su dirección en la aplicación «Notas» no es que lo oculte mucho que digamos. Aun así, estoy en guardia. Lucas puede no ser muy inteligente para las cosas pequeñas, pero tiene instinto asesino. Sus ojos siguen clavados en mí. Destellos de acero incrustados en esa mirada aguamarina.

—Vale —digo con evasivas—, averigüé dónde vivía. ¿Y qué?

—¿Para qué querías su dirección?

Me siento como si me estuvieran interrogando en un tribunal.

—Todo el mundo quiere saber dónde viven las estrellas de cine, ¿no? Curiosidad. Ah, y, dicho sea de paso, había descubierto que esta estrella en concreto se estaba tirando a mi marido, así que sí, su dirección me resultaba especialmente interesante.

—¿Le has hecho algo a Claudia, Ava?

Estoy patidifusa. Esto es típico de Lucas. Tratar de manipular lo que sucede a mi alrededor.

—¿Como qué?

Le tiemblan los labios. ¿Estará actuando?

—¿Has matado a Claudia?

Después de tres años de matrimonio, ¿me cree capaz de asesinar? Se me llenan los ojos de lágrimas. He intentado con todas mis fuerzas dejar el pasado atrás. Lo he hecho. Le he dado el beneficio de la duda, tanto como he podido. Acepté permanecer junto a él, por más de una razón. Y, aun así, ¿me está acusando? Nunca tendría la fuerza, ni física ni mental, para hacerle algo tan irreversible a

nadie. ¿Quitarle su último aliento? Pienso en la logística necesaria para poder llegar a hacerlo, incluso si fuera mi voluntad. En ningún momento se me había pasado por la cabeza el deseo de que Claudia muriera. Solo quería que mi marido pusiera fin a su aventura con ella. Sacudo la cabeza, asombrada por su acusación. ¿Está intentando sumergirme en su ciénaga de mentiras?

—Es una locura.

Sus ojos se clavan en los míos.

—Sí, *sí que lo es.* Pero te estabas comportando de forma bastante irracional. Ya hiciste una locura, ¿no lo recuerdas? Me demostraste que eras capaz de algo realmente descabellado.

¿Se está refiriendo a mi intento de suicidio?

—Estaba desesperada, obviamente. Habías conseguido que me sintiera como una mierda por la forma en que me tratabas.

—¡Te trataba como a una reina, Ava! ¡Siempre lo he hecho!

¿Está hablando en serio? Mis ojos se ponen redondos por la expresión de asombro. Me hizo sentir que no valía nada. Esos sentimientos de insuficiencia nunca te dejan. Cuando has hecho todo lo posible para que tu matrimonio funcione. Cuando has amado a tu marido con total devoción, a pesar de todos sus defectos. Su traición emocional. Su negligencia, que pudo haberme matado, que haría sospechar a cualquiera de su marido, un hombre que se supone que está ahí para apoyarte, que se debería preocupar por tu bienestar. No pidió una ambulancia cuando tuvo la oportunidad de hacerlo. *Estuvo dispuesto a dejarme morir*. ¡El estatus con su padre y su trabajo pesaron más que mi vida! Eso no es amor. ¿Cómo podría perdonar de verdad a Lucas por aquello?

«Hasta que la muerte nos separe». Esos fueron los votos que hizo. Oh, qué ironía. Un hombre que ve a su *mujer* tendida en una cama, hasta arriba de alcohol y pastillas, y no llama a los servicios de

emergencia es capaz de cualquier cosa. Incluso de asesinar. ¿Y se atreve a *acusarme a mí?*

Sus ojos me lo dicen todo. La mirada ártica que no tiene piedad ni remordimientos.

—¿Quién está manipulando a quién, Ava?

—¡Tú! ¡Estás jugando con mi cabeza!

No puedo creer que me esté interrogando de esta manera. Mis ojos recorren la habitación extrañamente silenciosa. Falta algo. ¿Dónde están Ariadna y Safo? El pánico se apodera de mí. Ahora mismo, ellas son lo único que me sostiene.

—¿Dónde están las perras?

—Las llevé a la guardería. Me temo que en las próximas cuarenta y ocho horas van a detener a uno de los dos por toda esta mierda. Quería asegurarme de que, al menos, estuvieran seguras.

¿Uno de los dos? ¿Es una pista? ¿Un indicio de algo? Al menos mis chicas están a salvo. Bastante más que yo.

—Has hecho lo correcto con las perras —es todo lo que digo.

Lucas empieza a pasearse por la habitación, pasándose las manos por el pelo.

—Por cierto, ¿sabes lo que he hecho hoy por ti? —le hago saber—. He llamado a la detective Hawkins y le he contado que estuve contigo la noche que Claudia desapareció.

—Supongo que debería darte las gracias, aunque suena como si me estuvieras haciendo un favor. No me puedo creer lo que le ha pasado a Claudia. ¿Seguro que no le has hecho daño?

Esta es la técnica de Lucas. Retorcer las cosas para que la culpa recaiga sobre mí.

—Sabes *bien* que nunca podría matar a nadie, Lucas, no seas ridículo, no me involucres en esto.

—Claro. Ni siquiera podías matarte a ti misma, ¿verdad?

Me quedo pasmada, en silencio. Sus palabras demuestran una

cosa. Este hombre es más frío que el hielo.

—Eso que dices es cruel y despiadado. Todo lo que *he* hecho es porque te quiero —le grito—. ¡A diferencia d*e ti*!

—Oh, ¿así que eliminar el acuerdo prematrimonial no demuestra amor?

Permanecemos ambos en el mismo lugar, furiosos. Nuestra confianza en el otro, o la falta de ella, se recalibra.

—¿Qué has hecho con el librillo de cerillas? —pregunto, intentando que no me tiemble la voz.

—He quemado la parte donde se veía tu letra. ¿Crees que quiero que mi bebé nazca en una cárcel? Era una prueba, Ava, te pondría en el radar de los detectives. Te juro por Dios que quería quedármela y entregársela. Pero nunca haría algo tan ruin. —Me mira con desdén—. Por favor, dime la verdad, amor, te lo pido por favor. ¡Porque te aseguro que yo no he hecho nada! ¡Y creen que la he matado, joder!

Su tono es más suave ahora, mostrando su desesperación, que es muy peligrosa. Me echaría la culpa si eso le librara de cualquier responsabilidad. Sé que lo haría.

Hago un intento por mantener mi voz tranquila.

—Si tuvieran pruebas, ya te habrían detenido —razono—. Todo lo que tienen es un móvil roto y unas gotas de sangre. Y unas cuantas tarjetas de crédito que se dejó. Eso no prueba nada. Necesitan una causa probable. Necesitan pruebas de que está muerta.

Su voz se convierte en un lamento.

—¡La mujer ha desaparecido y está claro que no va a volver! ¡Se ha dejado el pasaporte! ¡Has leído la prensa! No se ha presentado a trabajar. ¡Es una estrella de cine de fama mundial! ¡Si alguien la hubiera visto, seguro que lo habría publicado en Twitter! ¡Está muerta! —Camina dando pasos largos por el salón. Se gira. Como si pulsara un interruptor, su furia disminuye un poco y añade con voz

más calmada—: Cariño. Por favor, solo dime si has hecho algo... si le has hecho daño. No te voy a delatar. Lo puedo entender, estabas celosa. Un crimen pasional. Si admites que lo hiciste, podemos elaborar un plan. Juntos. Vas a ser la madre de mi hijo. No voy a dejar que te pudras en la cárcel.

La palabra «pudras» me produce náuseas. La simple mención a la cárcel me hace preguntarme qué tiene realmente en la cabeza. Lucas me ha hecho daño de mil maneras. ¿Es eso lo que está planeando? ¿Armar una denuncia contra mí junto a su padre, a mis espaldas? ¿Fingir en toda mi cara que me está protegiendo cuando en realidad está maquinando para tratar de hundirme? *¿Acusarme a mí* de asesinato cuando es él quien está bajo sospecha?

La última de sus técnicas de manipulación emocional.

En la que es todo un maestro.

30

Suena el timbre. No necesito bajar para saber quién es. Mis amigas me mandarían un mensaje antes de venir. Jack y Barbara siempre organizan las visitas con semanas de antelación y nunca se pasan por casa sin avisarnos antes. Sé que serán los detectives, queriendo interrogarme, llevarme a comisaría para que preste declaración. Es extraño que no haya ladridos anunciando su llegada, que las perras no estén en casa, sino en la guardería. La verdad es que resulta bastante inquietante.

Oigo chirriar la puerta principal al abrirse. Necesita aceite.

—¿Señor Fox? Tenemos una orden de registro. —Es Hawkins. Habla con un tono titubeante, pero educado.

Oigo la voz de Lucas.

—¿Perdón?

—Tenemos una orden de registro. Firmada por el juez. Aquí la tiene.

Lucas responde:

—Vale, supongo que no tengo elección. No me voy a interponer en su camino. Pero, por favor, procuren no dejarlo todo patas arriba.

—Tenemos que echar un vistazo. Si pudiera mostrarnos, por favor, dónde guarda sus zapatos, se aceleraría un poco la cosa. Cuanto más coopere, antes terminaremos. ¿Hay alguien más en la casa?

—Mi mujer.

—¿Dónde está?

—Arriba, en el dormitorio.

—Tiene que bajar.

Lucas me llama.

Me dirijo hacia la planta de abajo. Había fingido ante él que necesitaba acostarme un rato. Pero sigo completamente vestida. Según salgo del dormitorio, me cruzo con ellos. Los mismos

detectives, Hawkins y el policía fornido, más una mujer con una chaqueta de la Policía Científica, equipada con cajas y bolsas para recoger pruebas.

Sus botas grandes en mi alfombra. Su presencia, que no es bienvenida. Estoy horrorizada, para qué nos vamos a engañar.

—Disculpen —les digo, esquivándolos al pasar. De nada sirven las formalidades ahora. Tienen un trabajo que hacer. Ofrecerles una taza de café no va a cambiar nada. No voy a ser amable y sonreírles, ni siquiera voy a saludarlos.

Al final de la escalera me espera otra agente de uniforme.

Me clava su mirada dura y sin concesiones.

—¿Señora Fox? Necesito que su marido y usted se queden en un sitio mientras mis colegas registran las instalaciones.

¿Cómo que las instalaciones? ¡Es mi casa!

Nos cachea, pidiéndome que levante las manos. La misma práctica que en los aeropuertos. Luego se fija en el sofá, deslizando sus manos por todos los rincones y recovecos, y también da palmadas en los cojines. Claramente, quiere asegurarse de que no haya ninguna arma escondida. Una vez satisfecha, nos indica:

—Siéntense aquí, por favor.

Es perturbador que unos desconocidos invadan tu hogar y te digan lo que tienes que hacer. Me siento violada, sabiendo que están poniendo sus sucias manos sobre nuestras posesiones personales. Soy consciente, por lo que Lucas me ha contado alguna vez sobre algunos de sus casos, de que cuando tienen una orden firmada por un juez, pueden hacer prácticamente lo que quieran. Las «instalaciones» son legalmente suyas mientras estén aquí. Esta mujer policía que no se ha presentado es joven. No sonríe. Permanece cerca de nosotros, al principio escaneándonos por turnos con ojos serios y luego dirigiendo su mirada al vacío, como intentando ofrecernos algo de privacidad. Me miro las manos y veo

que me tiemblan descontroladamente. Parecen las de una alcohólica; las manos de mi madre.

Lucas agacha la cabeza. Le toco la rodilla con timidez. A pesar de nuestra discusión, de sus acusaciones, a pesar de todo, sigue siendo mi marido. Estamos unidos en este momento. Nosotros contra ellos.

—Quieren mis zapatos —murmura Lucas con los dedos colocados sobre su boca.

—Sí, me he enterado.

—Si han buscado huellas, pues sí, van a encontrar mis huellas dactilares y las de mis zapatos por toda la casa de Claudia y por su patio. Pero, Jesús... ¡Yo no la maté! Nunca la toqué.

—Sé que no has hecho nada —digo, estremeciéndome cuando dice «toqué». No solo la tocó; le hizo el amor, puso sus manos en todas las partes de su cuerpo. Sus labios en su piel dorada, en su boca, en sus ojos. Pero no resalto nada de eso. Este no es el momento. Soy una maldita santa. Aquí me encuentro, ofreciendo a Lucas todo mi apoyo moral aunque él, hace menos de una hora, me haya acusado de asesinato. Estupendo.

Se levanta bruscamente, con los ojos desorbitados y el rostro paralizado por el pánico. Acaba de acordarse de algo.

Echo un vistazo a la agente. Está pegada al teléfono. Envuelvo su oído con mis manos y le susurro:

—No te preocupes. He cogido el móvil desechable del zapato cuando los he oído llegar y lo he puesto en un lugar seguro. No lo van a encontrar.

Su rostro se relaja. Cierra los ojos aliviado y busca mi mano con la suya, sudorosa.

—Gracias —me susurra—. Me había olvidado por completo de ese chisme.

«*Ese* chisme» *me rompió el corazón en mil pedazos*. Vuelvo a acercar mi boca a su oído.

—¿Estás seguro de que te has desecho del librillo de cerillas?

Asiente.

—¿Dónde lo quemaste?

Hace un gesto hacia la cocina y susurra:

—En el fregadero. —Se aclara la garganta y pregunta a la agente —: ¿Puedo beber un poco de agua?

La policía levanta la vista del teléfono. Observa la sala a su alrededor. No hay nadie que la vaya a contradecir. Los demás siguen arriba, moviendo cosas de un lado a otro.

—Supongo que sí. Sí, claro.

—Quizá podría hacer café para todos —sugiero.

—Venga, pues vamos juntos —acepta.

Lucas me ayuda a levantarme cogiendo mi mano y me lleva a la cocina. Me señala con la cabeza el fregadero. Dejo correr el grifo durante un buen rato, poniéndolo en el modo ducha para asegurarme de que, si queda algo de ceniza, desaparezca por el desagüe. Lleno el hervidor eléctrico, enciendo el interruptor y echo un poco de café recién molido en la cafetera de émbolo. Esperamos a que hierva el agua mientras el ruido continúa en el piso de arriba. Pies arrastrándose, chirridos. La espera es tortuosa. Nuestra casa es vieja y las paredes y los techos no están bien aislados, así que los ruidos que hacen mientras están hurgando nos taladran los oídos. Casi todos nuestros zapatos están en los armarios de los dormitorios, salvo un par de pares de zapatillas junto a las puertas delantera y trasera, que estoy segura de que inspeccionarán. Se lo están tomando con calma, quizá demasiada. ¿Estarán trabajando a partir de una huella que han encontrado en alguna escena del crimen? ¿O quizá exista una foto de cuerpo entero tomada en Chez Suzette que muestre los zapatos que llevaba Lucas? Alguna nueva prueba debe haber despertado sus sospechas.

Vierto el agua hirviendo en la cafetera, el vapor sube, y dejo que se

haga el café. La agente está de pie junto a la puerta, atendiendo una llamada; apenas nos presta atención, pero no abandona su actitud vigilante.

—Si tienes algo que decirme, cariño, este es el momento. —Mi voz es casi inaudible.

Levanta las manos con frustración.

—¿Algo como qué?

Le doy la espalda a la policía por si supiera leer los labios y le susurro:

—Me pediste que fuera sincera, así que ahora te lo pido yo a ti.

No contesta. Tan solo abre de un tirón la nevera, coge un zumo de naranja y sale de la cocina con paso firme. Le sigo a distancia hasta el salón con el café y un par de tazas, y la agente nos sigue. Enciende la televisión con el mando a distancia. Siempre que quiere evitar un enfrentamiento, se poner a ver la tele. La utiliza como una barrera entre nosotros. Los dos detectives siguen arriba. Nuestra agente parece contenta con el hecho de que no vayamos a sacar una pistola ni a intentar alguna jugada inteligente.

—¿Café? —le ofrezco.

Ella niega con la cabeza.

—No, gracias.

Al encender la pantalla, vemos uno de los canales de noticias. Captamos el final de la historia que están contando.

«La policía ha descubierto el Mercedes abandonado de Claudia Spector cerca de un cañón remoto en el condado de Malibú, California». Lucas baja el volumen, pero sigue siendo audible.

Miro de reojo de nuevo a la agente. Está detrás del sofá, así que no puede ver nuestras caras de asombro. Sus facciones no muestran ninguna emoción. Y Lucas, sorprendentemente, no apaga la televisión. Ambos estamos embobados mirándola fijamente, a pesar nuestro.

El presentador de las noticias continúa: «Se ha encontrado una mezcla de sangre seca y lejía en el maletero del vehículo. Las pruebas de ADN revelan que la sangre pertenece a la estrella de cine de treinta y cinco años. Por el momento no se ha producido ninguna detención. La investigación continúa en curso. Permanezcan atentos, volveremos con novedades cuando sepamos algo más».

—Dios mío de mi vida —digo sin apartar los ojos de la pantalla.

—Esto no puede estar pasando. —Lucas apaga el televisor, se toma su zumo de un trago y mira la pantalla en blanco, completamente en *shock*. No me mira a los ojos cuando dice—: Oye, ¡te juro por Dios que yo no he tenido nada que ver! ¡No he sido yo!

—Alguien habrá sido —le susurro.

Sacude la cabeza, todavía sin creérselo.

—Me pregunto si alguna vez encontrarán el cuerpo —digo.

—No puede ser real. Esto... no puede estar sucediendo de verdad. Esa foto de los dos juntos... Mierda... ¡Todo el mundo me va a culpar!

—Shhh, baja la voz.

Se escuchan botas bajando las escaleras. Voces, incluso una carcajada suave. Qué irrespetuoso me parece que se estén riendo cuando se está jugando con la vida de alguien, tal y como la conoce, y esta podría llegar a su fin. Estos oficiales están en nuestra casa. Nuestro *nido*. Para ellos es solo otro día de trabajo, como cuando los albañiles entran en tu casa y dejan polvo por todas partes. No les importa. Es su trabajo, nada más. Para nosotros es una invasión total de la intimidad. Es como si hubiera ladrones en nuestra casa aunque, paradójicamente, nosotros los hayamos «invitado» a entrar. Tienen en sus manos esa orden judicial tan poderosa; no hay nada que podamos decir o hacer. Uno de ellos sale a trompicones con un par de cajas de pruebas.

—Muchas gracias por su tiempo —dice la detective Hawkins. Su

cortesía suena casi sarcástica—. Creo que tenemos todo lo que necesitamos. Gracias por su cooperación.

Los dos estamos demasiado asustados para responder. Ninguno de los dos dice una sola palabra.

La puerta se cierra.

Uno a uno, van desapareciendo.

Por ahora.

31

Los forenses han debido hacer rápido su trabajo porque a la mañana siguiente la policía detiene a Lucas como sospechoso de asesinato.

Cuando lo arrestan, estoy fuera de casa. Había ido a recoger a las perras temprano y a llevármelas de paseo por las colinas de Topanga Canyon. No estoy en casa cuando vienen a por él y le leen sus derechos. No estoy para ver el terror en sus ojos cuando se da cuenta de que desearía no haberse fijado nunca en Claudia Spector.

Me lo imagino esposado mientras lo sacan de nuestra hermosa casa junto a la playa, con el metal helado que presiona los huesos cálidos de sus muñecas resonando contra los gemelos de ónice que le regalé por nuestro segundo aniversario de boda. La frescura de su camisa blanca impecable, el puño de su traje hecho a medida; el atuendo de un abogado de primera, que no está defendiendo a un cliente, sino a sí mismo. Profesando su inocencia, asegurándoles, tal vez, que él la quería. Que no podría hacerle daño. Que no es un asesino.

No le creerán.

A pesar de todo —las mentiras, la manipulación emocional, la aventura con Claudia—, me convenzo a mí misma de su inocencia.

A ella también la tengo presente todo el tiempo. La melena rubia de color miel que cae en cascada. Sus labios entreabiertos que besaron a mi marido quizá millones de veces. Sus ojos grises y brillantes, sus piernas abiertas, la curva de su espalda mientras gemía su nombre.

Sangre y lejía, dijeron en las noticias. Su sangre. Su ADN. Una coincidencia perfecta.

Las lágrimas me recorren la cara mientras me apresuro de vuelta al coche, con las perras corriendo delante de mí, ajenas a todo y emocionadas por volver a casa después de su paseo por las colinas.

Pobre Lucas.

No soy ninguna experta legal, pero sospecho que lo van a acusar de asesinato en primer grado. Como mucho, en segundo. No puedes alegar homicidio involuntario cuando metes un cuerpo en el maletero de un coche e intentas encubrirlo con lejía. La misma lejía que acaba impregnando las suelas de tus zapatos. El suyo será considerado un crimen atroz porque implicó planificación, reflexión y premeditación. O al menos yo estoy muy segura de que así es como lo van a ver. Sin embargo, todavía no han encontrado cuerpo alguno. Entonces, ¿cómo pueden acusarlo de asesinato? En realidad, no tienen nada, solo pruebas circunstanciales. ¿Conseguirán que le permitan salir bajo fianza?

A pesar de las pruebas en su contra y de la cruda verdad de sus acciones, no puedo evitarlo: en el fondo, lo sigo queriendo. Sigue siendo mi marido.

Pero así es Lucas. Encantador, adorable, carismático. Un hombre que hace que las mujeres se enamoren de él.

El tipo de hombre que siempre se sale con la suya.

PARTE 2

ANTES

32

CLAUDIA

El pulso de Claudia retumba en sus oídos. La sangre le late con tanta fuerza en el cerebro que cree que va a sufrir un paro cardíaco aquí y ahora. El maletero del coche está oscuro y huele a lejía y a polvo. Pero el olor de su propio miedo es más fuerte.

«O sea que... ¿así es morirse?».

Esto no es la escena de una película, sino la realidad. No hay ayudantes que abran el maletero, que tiren de ella para ponerla a salvo, que la envuelvan en una bata, le den una bebida reconfortante y le digan lo bien que ha actuado.

¿Por qué, por qué, por qué? ¿Cómo ha acabado metida en este desastre?

¡Si no hubiera conocido a Lucas nunca! Los celos, la venganza... nada de eso la habría conducido a esta situación. ¡Atrapada en el maletero de su maldito coche!

Se oye a sí misma gritar:

—¡Déjame salir!

Le duelen las rodillas, que están dobladas, pero patalea, se retuerce y empuja lo mejor que puede.

«¿Así es que te asesinen?».

Cierra los ojos en medio de la más completa oscuridad para intentar tranquilizarse. No tiene el móvil encima para alumbrar o para pedir ayuda.

No tiene nada.

Nada más que su miedo. Su pánico.

Es un cuerpo en el maletero de un coche. Para cuando encuentren su ADN por todas partes, fibras de su ropa y pelo... y su sangre, sin duda...

Será demasiado tarde.

*

CINCO MESES ANTES

33

CLAUDIA

Claudia se encuentra en un periodo de incertidumbre. Sus planes de boda, y en realidad su mundo entero, se han venido abajo de la noche a la mañana. Crystal ha roto el compromiso que ambas tenían. Y lo que es peor, lo ha anunciado en *The Isabella Mox Show*, charlando con Isabella sobre la ruptura como si ya hubiera ocurrido. Claudia mira fijamente la televisión con incredulidad. Es un milagro que la noticia no se haya filtrado desde que se grabó el programa. ¿Cómo han logrado mantenerlo en secreto hasta ahora, habiendo público en directo? ¿Tuvieron que firmar todos un acuerdo de confidencialidad?

Mientras Claudia ve en bucle el programa, todavía incrédula, las lágrimas recorren sus mejillas. Crystal, vestida con un traje pantalón negro de seda, hace un bailecito tambaleándose un poco en su entrada al plató mientras suena la música de presentación; lleva unos tacones imposiblemente altos. Se sienta en el sofá, con la espalda recta, las piernas cruzadas, radiante, con aire estelar y asombrosamente guapa.

—Ha sido mutuo —miente Crystal en la entrevista, con la cabeza gacha y sus ojos de Liza Minnelli emergiendo entre las sombras de sus pestañas, espesas y oscuras. Su belleza —esos famosos pómulos, esos ojos enormes— es ahora una fuente de dolor para Claudia.

—Ambas decidimos que no iba a funcionar —dice Crystal de forma melosa con su voz ronca, propia de alguien que fuma, aunque ella no lo hace—. La profesión es muy exigente. Hay que pasar mucho tiempo separadas. Me rompe el corazón, Isabella, de verdad, pero a veces hay echarle ovarios y enfrentar la realidad tal y como es.

«¿Echarle ovarios?». Claudia detesta esa expresión cada vez que la oye. ¿La ha dejado en medio de un programa de televisión? ¿Ni siquiera ha tenido la decencia de decírselo a la cara?

Crystal estaba a punto de empezar a rodar en Canadá. La última vez que hablaron, le dijo a Claudia que no tenían Internet y que la cobertura era muy mala. Mentira, evidentemente. ¡Ha estado ciega! Se preguntó por qué Crystal había recogido todas sus cosas antes de irse a grabar en exteriores. ¿Por qué no supo ver esa señal de advertencia? ¡Crystal se la había puesto delante de su cara! Es increíble lo tonta que te puedes volver cuando estás enamorada. Habían planeado comprar una nueva casa juntas. Más grande, junto a la playa. Habían hablado de la posibilidad de adoptar un niño, de formar una familia. Tener una colección de perros y gatos. Se habían prometido mutuamente que después de casarse nunca aceptarían trabajar las dos a la vez, que siempre se quedaría una en casa. Crystal le había prometido el mundo entero, pero ahora la estaba abandonando en público para que ese mismo mundo fuera testigo de ello, y Claudia no tiene más remedio que seguirle el juego para no quedar en ridículo y ser humillada.

Para Claudia, estas son las consecuencias de trabajar en su profesión, en el mundo del espectáculo. Es muy fácil enamorarse de tu compañero de reparto. E igual de fácil, igual de rápido, al menos para uno de ellos, desenamorarse. Hacer una película genera mucha adrenalina a todos los implicados, hasta al equipo de producción. El ritmo no deja de intensificarse mientras se trabaja en un entorno íntimo y cerrado, separado del mundo exterior, y luego, ¡zas!, acaba la película y te quedas exhausta. Durante un tiempo te subes a esa ola fabulosa de creación, creyéndote que es real. «Por eso tantas relaciones están condenadas al fracaso en este negocio —reflexiona Claudia—. Porque todo se fundamenta en una ilusión, en la ficción».

—Hasta aquí —se dice a sí misma mientras se limpia los grumos de

rímel que se le han escurrido de los ojos, y apaga la televisión—. ¡Nunca más! Jamás volveré a tener una relación con otro actor con quien esté rodando. ¡Ni con ningún otro!

Los actores apestan. Son fascinantes, sí, pero son siempre «*yo, yo y yo*».

No puede negar que ella también es culpable de lo mismo. Una pareja que esté formada por dos actores, exceptuando a Paul Newman y Joanne Woodward y algunos otros ejemplos poco frecuentes, está condenada al desastre.

Nunca más.

De hecho, se acabaron las relaciones románticas, punto.

Es viernes cuando se lo promete a sí misma. El domingo, su inseguridad alcanza nuevas cotas —o nuevos mínimos— y, tras pesarse al mismo tiempo que se atiborra de pasteles de crema Twinkies, Claudia, ataviada con zapatillas, gorra, gafas de sol, ropa para correr y auriculares, se dirige a Runyon Canyon. Quiere perder los kilos que ha ganado durante lo que *creía* que era una relación amorosa. Normalmente saldría a correr con su entrenador o con su guardaespaldas, al que contrata esporádicamente, cuando las cosas se ponen feas, pero hoy su entrenador está ocupado, su guardaespaldas no está disponible y su chófer, que suele acompañarla a correr, se ha hecho daño en un dedo del pie y no puede hacer deporte. Si mantiene su cabeza siempre mirando hacia abajo y corre deprisa, está segura de que nadie la descubrirá.

Pero a los quince minutos de carrera... ¡bum! La música a todo volumen, la cabeza hacia abajo y la distracción causada por pensar en Crystal y cómo la ha traicionado provocan el choque contra otro cuerpo.

—¡Qué cojones! —le grita una voz.

—¡Qué cojones, tú también! —le responde gritando, pero enseguida se arrepiente. Incluso con sus gafas de sol y su gorra de

béisbol, no está a salvo. ¿La habrá reconocido? Probablemente, el gilipollas este la ha embestido a propósito para provocar una reacción y está a punto de ponerle un iPhone en la cara. Y luego se hará viral por todas las redes sociales en apenas dos minutos, y mañana saldrá en los medios. Es increíble la velocidad a la que viajan las noticias absurdas hoy en día. Si este tipo usa Twitter, la estarán asediando antes incluso de que llegue al coche.

Ahora, con el culo en el suelo y consciente de que puede haberse torcido la rodilla, piensa que lo más sensato es disculparse. Los famosos no pueden perder la calma, estallar, hacer muecas ni poner malas caras. Tienen que ser amables y cordiales en todo momento, sea cual sea la situación. Incluso cuando aquel acosador perturbado le puso un cuchillo en la garganta, ella sonrió, invitándolo a que tuvieran una conversación.

—Lo siento. No estaba atenta a por dónde iba —le dice al corredor.

—No pasa nada. Estoy bien; me has sorprendido, pero no hay problema. Yo tampoco estaba demasiado atento. ¿Estás bien?

Mira brevemente al hombre que hay de pie ante ella. También lleva ropa de correr, y una *golden retriever* jadea a su lado. Le tiende un brazo para ayudarla a levantarse. Ella mantiene la cabeza inclinada hacia abajo, esperando que la gorra le sirva para pasar desapercibida.

—Estoy bien —dice sin moverse. No quiere coger el brazo de un desconocido, pero siente un dolor en la rodilla que le hace poner gestos de incomodidad.

—Vamos, deja que te ayude a levantarte.

—De verdad que estoy bien. Sigue tú, no te preocupes por mí. —Otra perra, aparentemente salida de la nada, se le acerca y le lame la cara. Se limpia la baba de la mejilla con su camiseta holgada y sonríe, recordando a su difunto labrador negro, Milo. No importa, se dará una ducha, está sudada de todas formas. La situación le hace

echar mucho de menos a Milo. Murió hace un par de años y se quedó tan destrozada que ni siquiera se ha atrevido a pensar en tener otro perro. No puede volver a pasar por un dolor como ese.

El hombre aparta a la perra, pero no se disculpa, sino que actúa como si fuera algo completamente normal. Esta perra, como la otra, también es una *golden retriever*. Gemelas. Dos perras jadeantes la rodean, poniéndole las colas en cara, y el brazo del hombre aún está extendido. Aunque no le ha puesto ningún *teléfono* en la cara. Al menos hasta ahora. Algo es algo. Se toca la rodilla con cuidado. Le duele muchísimo.

El hombre vuelve a hablar.

—Mira, no voy a irme a ninguna parte hasta que me asegure de que estás bien. Déjame al menos acompañarte a tu coche. Supongo que has venido en coche, ¿no?

Es una suposición normal. Hay muy poca gente que viva cerca de Runyon Canyon y las cuestas dificultan el acceso en bicicleta. Roger, su chófer, la está esperando en la limusina, fuera del parque por el que ha ido a correr, pero desde luego no va a compartir esa información ni con este tipo ni con nadie.

Claudia intenta levantarse por su cuenta, pero se vuelve a caer.

—Mierda.

—Soy abogado. Demándame si quieres, tengo seguro. —Lo dice sin sonreír.

Claudia se ríe. Es lo último que esperaba que se le ocurriera.

—Ha sido culpa mía —admite.

—Tal vez, pero estamos en América. Vamos, déjame al menos ayudarte a ponerte de pie. A ver si te puedes levantar bien. Si no, pediré ayuda a alguien.

Su corazón late con fuerza ante la idea de que se monte una escena. Incluso algo tan poco interesante como esto podría acabar apareciendo en las redes sociales, en las noticias rápidas que ve la

gente por Internet o incluso en la portada de algún periódico de pacotilla. Se atreven a ciertas cosas, como hacer *zoom* a tu cuerpo, dibujando un círculo alrededor de un punto de celulitis, con una flecha apuntando hacia él por si el lector no lo ha visto. Es la parte más desagradable de la fama. La gente se siente dueña de una parte de ti. Cada grano, cada expresión, cada subidón o bajón. Todo es suyo, están en su derecho. El cine ya la perjudica bastante, pero la televisión, el hecho de estar en el salón de casa de miles de personas, ha lanzado a Claudia a un nuevo nivel de estrellato y de exigencias del público. Ya no pertenece a sí misma. A veces la manosean y la agarran. Otras veces la gente lanza improperios a Bobbie, su personaje televisivo, reprochándole que haya hecho daño a otro personaje de la serie y exigiéndole que debe disculparse. Una vez, una anciana abofeteó a Claudia/Bobbie y la llamó golfa.

Está claro que venir a correr sola ha sido un error.

—¡No! A ver, estoy bien. Puedes ayudarme a levantarme, por supuesto, pero, por favor, no llames a nadie. —Claudia le ofrece la mano y el hombre tira de ella hasta ponerla de pie. Finalmente, lo mira a los ojos. Reacia—. Gracias.

—De nada.

Está esperando a que se le encienda la bombilla y se dé cuenta de quién es ella, pero no parece hacerlo. Su antebrazo es sólido. Musculoso. Aunque es delgado. Cuerpo de tenista, no de boxeador. No está segura de por qué lo está inspeccionando de este modo. Tal vez porque ha aprendido a ser aún más cautelosa desde el episodio del acosador. Nunca te llegas a recuperar de algo así.

—Da unos pasos —la insta el hombre.

Claudia lo obedece. Su rodilla estará bien. Nada que su masajista no pueda solucionar.

—Muchas gracias. Solo es un pequeño cardenal. Creo que estoy bien. Tus perras son lindísimas.

—Ariadna y Safo. Les has causado una gran impresión. Les gustas.

—Anda, ¿te gusta la mitología griega?

—Sí. ¿Por qué entrada has accedido al parque?

—Mulholland —dice Claudia—. ¿Tú?

—Fuller.

—De verdad, estoy bien, me vuelvo caminando.

El hombre frunce el ceño.

—¿Sabes qué? No me quedo tranquilo. Mi coche está mucho más cerca que el tuyo si has aparcado tan arriba. Déjame que te lleve hasta él.

Ella niega con la cabeza.

—Gracias, pero no. —Claudia no subiría ni de coña al coche de un extraño. Que el tipo tenga dos perras simpáticas no implica que sea sensato hacerlo. Podría ser un asesino con un hacha. Poco probable, con dos *golden retrievers* y una alianza en su dedo, pero...

—Muy caballeroso por tu parte, pero, en serio, estoy bien. —Lo mira a los ojos. Azules... un azul penetrante. El tipo es decididamente guapo. Rubio. Más o menos de su edad... treinta y tantos, supone. Todavía no muestra señal alguna de haberla reconocido. Esto es nuevo. Muy raro actualmente.

Claudia sonríe.

—Además, tu mujer probablemente te esté esperando en casa con tortitas o algo por el estilo. —Así eran ella y Crystal. Los domingos salían a correr, y luego tortitas caseras y zumo de naranja recién exprimido. Si ninguna de las dos trabajaba, preparaban *bloody marys* especiados con rábano picante para darle un toque especial a la bebida. Solían pasar el rato junto a la piscina leyendo revistas o el *New York Times*. Más tarde, veían una película. Normalmente un clásico donde saliera Barbara Stanwyck o Joan Crawford. A Claudia le encantaban los domingos. Pero hoy está sola.

El hombre hace una mueca.

—No, por desgracia, no desayuno con mi mujer. Aquellos días tan bonitos ya se acabaron.

—¿Divorciado? —pregunta Claudia. No tiene ni idea de por qué está entrando en lo personal. Tal vez porque le resulta agradable tener una conversación informal con una persona que está en circunstancias parecidas a las suyas. Ambos solos un domingo. Ya no está la otra mitad de ninguno de los dos. No le quedan más lágrimas que derramar por Crystal y tener una charla simple en medio del parque con un desconocido que no tiene ni idea de quién es le sienta bastante bien. Hacía años que no ocurría algo tan espontáneo como esto.

El hombre juguetea con su alianza.

—Mi mujer falleció —dice, desviando la mirada hacia el suelo—. Pero aún llevo mi anillo. —Este resplandece a la luz del sol.

—Lo siento mucho —responde Claudia. Cuando el hombre levanta la vista, sus ojos están llenos de lágrimas; parece muy afectado por su pérdida. Le da pena, pobre hombre, perder a su mujer tan joven. Y añade—: Te acompaño en el sentimiento.

Asiente con la cabeza.

—Bueno, venga. Si me prometes que estás bien y te niegas a que te lleve a tu coche, aquí nos separamos.

—Claro —dice Claudia—. Gracias por ser tan atento.

—No hay de qué. —Saca una tarjeta de sus pantalones. Sus piernas son fuertes y delgadas, y están bronceadas—. Puede que te preguntes por qué llevo tarjetas de visita cuando salgo a correr... Supongo que es la costumbre. Llámame si necesitas algo. O si decides demandarme por lesiones corporales —dice alegre, proyectando una perfecta sonrisa hollywoodiense.

Claudia se ríe.

—No me des ideas.

—Si necesitas algo, cualquier cosa, llámame.

—De acuerdo.

Se separan mientras las perras ladran y brincan, con sus colas rubias moviéndose con entusiasmo detrás de su dueño mientras este se pone en marcha en dirección contraria. Las *retrievers* se abalanzan sobre él y casi le hacen tropezar. Sonriendo, Claudia observa al hombre mientras corre a toda velocidad. Es bastante rápido. Ágil, con un gran físico. Pasa los dedos por encima de la tarjeta que le acaba de dar. Está grabada con letras azul marino. De buena calidad. «*Lucas Fox, abogado*». No es un actor, por una vez. O un productor o un director. Solo una persona normal. Bonito nombre. Se mete la tarjeta en el bolsillo.

Se pregunta si alguna vez lo llamará. Lo duda mucho.

Pero bueno, nunca se sabe.

34

CLAUDIA

—Todo el mundo quiere ser yo. Los hombres quieren poseerme y las mujeres quieren una vida como la mía. Al menos, eso es lo que se creen.

Claudia se levanta del *chaise long* y se acerca a su piscina con azulejos que forman un mosaico, que reluce azul y dorada bajo el sol de la tarde. Mientras se desprende del kimono antiguo que lleva puesto, que serpentea y parece flotar en el aire mientras cae al suelo para terminar formando un charco escarlata de seda majestuosa, piensa en el abogado con el que se topó en el parque el fin de semana pasado, preguntándose si la afirmación que acaba de hacer es cierta. Se le veía completamente despreocupado y no parecía que ella le impresionara; tal vez un hombre así no querría poseerla. Estaría bien salir con alguien que no fuera actor, para variar.

Se mete en el agua, en *topless*, para que no le quede la señal del bañador. Tiene un armario entero de batas tan bonitas como esa. Colecciona tesoros. Ropa, muebles, primeras ediciones de libros, arte y... gente. Especialmente, gente. Sobre todo aquellas personas que tienen menos suerte que ella. Su joven séquito se deleita con cada palabra que dice. Estar con Claudia Spector en su mansión de Hollywood Hills disfrutando de barra libre, contemplando al personal corriendo de un lado a otro con aperitivos y bebidas, y llegar a considerarte una verdadera *amiga* y confidente de la propia estrella es un sueño hecho realidad para cualquiera de ellas. Claudia lo sabe. Antes no era nadie. Recuerda cuando conoció a su ídolo, Janette Waters. Se sintió como si estuviera muerta y hubiera conseguido un asiento especial en el cielo de Hollywood. Y ahora le toca a ella ser

la madre protectora. Disfruta haciendo ese papel, guiando y cuidando a otras personas.

Se desliza hacia el agua fresca, inclinando la cabeza hacia atrás para que los rayos del sol le den en la cara, llenándola de luz y calor. Es un día cálido de mayo. No hace demasiado calor, es perfecto. No lleva sombrero, ni siquiera gafas de sol. Se ha convertido en una auténtica californiana desde que dejó su ciudad natal en Nevada hace quince años. Un bronceado completo, un físico trabajado. No quiere ser una de esas actrices pálidas y fantasmales que rehúyen el sol. Su bronceado y su pelo dorado son su sello distintivo. Es la chica guapa del barrio, solo que ya es algo bastante más grande. Es una superestrella. Y por eso sus fans la adoran. Piensa de nuevo en el abogado y se pregunta cómo es que no tenía ni idea de quién era ella y qué habría pasado si hubiera aceptado su oferta de acercarla en su coche. Casi todas las que la acompañan hoy en su casa son desconocidas. ¿Cómo es posible?

Se tumba sobre el agua, flotando sobre su espalda, y continúa, consciente, incluso con los ojos cerrados, de que su reducido público de hoy está cautivado con cada palabra sabia que pronuncia. Al llegar, han dejado sus teléfonos en una cesta junto a la puerta principal. Una regla especial que rige en casa de Claudia. Lo que ocurre en su casa, allí se queda. Tienen que vivir el momento. No quiere que se publique nada, ni siquiera la instantánea más inofensiva, en las redes sociales.

«Se cambiarían por mí sin pensarlo si tuvieran una varita mágica. Creen que es muy fácil, que yo tengo una vida de ensueño y es así... aunque solo en apariencia. ¿De verdad? No tienen ni idea». Ese «ellos» del que habla incluye a las personas que la rodean hoy, pero, como son las elegidas, no son capaces de percibir la realidad. Son sus *amigas*. Se encuentran aquí, en la parte que encierran las altas verjas de su casa, a la que es casi imposible acceder, en cuyo jardín

flota el aroma de jazmín rosado Pepita, hibisco, glicina y lila, y de todo lo que es dulce y embriagador, mientras los colibríes revolotean, sumergiéndose para sorber néctar con sus picos largos, con sus enérgicas alas moviéndose a tal velocidad que apenas se les ve desplazarse.

Es sábado, y estas aspirantes a actrices están de hecho logrando mantener una *conversación* con una de las mujeres más famosas del mundo. Aunque prácticamente solo habla Claudia. Mientras corteja a sus embelesadas invitadas, estas acogen con entusiasmo cada sílaba que pronuncia, creyendo en ese momento que son sus mejores amigas. Provoca ese efecto en las personas. Cuando te habla, cuando te pone en el centro de su atención, eres único. Especial.

Literalmente, es una entre un millón.

—Lo sé, lo sé —continúa, hablándole al cielo azul profundo, pero con los ojos cerrados—. No tengo derecho a quejarme porque esto es todo lo que siempre deseé. Los personajes públicos no pueden quejarse porque les peguen una cámara en la cara, o porque digan cosas crueles sobre ellos en los medios de comunicación, esas mentiras y las historias que se inventan.

—Hay que tener cuidado con lo que se desea —dice una chica en bikini de lunares, y se ríe.

Claudia no contesta porque esta verdad le toca demasiado la fibra sensible. En este momento no aspira tanto al éxito profesional como al sentimental.

Sigue charlando con su voz pausada y relajada.

—No tienen ni idea de los sacrificios que he hecho, de cómo mi alma se ha ido deteriorando. Me he dejado la piel para llegar hasta aquí. He luchado mucho hasta alcanzar la cima. He hecho cosas que ninguna mujer debería hacer. ¿Cambiaría algo? Probablemente no. Aun así, me gustaría que la gente entendiera que ser famosa no es un camino de rosas. O sea, sí que lo es, pero las rosas tienen una

barbaridad de espinas, que se clavan en tu costado mientras duermes.

—Muy cierto —dice Amelia. Es la sobrina de Claudia. La hija de su hermana, a la que apenas está empezando a conocer. Su padre es militar y siempre están mudándose a otra parte del país o al extranjero. Es una joven engreída de veintiún años que ha dejado su casa y ha decidido que quiere dedicarse a actuar. Claudia la está formando, ayudándola a prepararse para la audición. No cree que esté lista todavía, pero lo estará pronto. La mandó a su peluquero, Sam, que le ha hecho un corte retro al estilo *pixie,* como el de Mia Farrow en su apogeo. Sabe que Amelia necesita algún atractivo, porque conseguir trabajo, por desgracia, no es solo cuestión de talento. El corte de pelo la hace destacar y le sienta verdaderamente bien. Claudia no pierde de vista a su sobrina, vigiándola de forma discreta pero firme. No quiere que nadie arruine su vida. Hay demasiados hombres desagradables y asquerosos en este mundillo. El paisaje del mundo de los hombres dentro de la industria no ha cambiado tanto como creen los que lo ven desde fuera. Hay depredadores por todas partes. Por ahora, se deslizan entre las sombras, esperando su momento, ideando nuevas formas de conseguir lo que quieren sin que les pillen. Y hay quienes son tan culpables como ellos, a veces... ¡oh sorpresa!, mujeres, aunque parezca mentira, apoyando y encubriendo a estos sinvergüenzas. Hay que tener cuidado en esta localidad. Se siente protectora de Amelia y de cualquier joven que esté tratando de forjarse una carrera como actriz.

Hoy no hay hombres en su casa. No es que Claudia no esté interesada en ayudar a los hombres, pero la verdad es que por ellos no hace ningún esfuerzo extra. Los hombres lo han tenido fácil durante demasiado tiempo en este negocio. No se les examina ni se les juzga por su aspecto como a las mujeres, no tienen que sortear

tantas adversidades. Además, el porcentaje de papeles interesantes que protagonizan los hombres actores es mucho mayor que el de las actrices. ¿Cuántas historias centradas en mujeres existen? No muchas. ¿Y el salario? Ni siquiera quiere entrar en eso. Sin embargo, se ha dado cuenta de que los hombres siguen lloriqueando por lo difícil que es todo.

«Intentad ser mujeres en esta localidad, cobardes».

Hace unos largos, estirando sus largas y esbeltas extremidades mientras nada. Algo que Claudia adora en su vida es el tiempo libre que hay entre las temporadas de la serie que protagoniza, *Go Ask Bobbie*. Siempre ha temido con cada película que ha hecho que pudiera ser la última, pero con una serie de tanto éxito, emitida en horario de máxima audiencia —y ganando la friolera de dos millones por episodio— tiene esa maravillosa sensación, por una vez, de saber que tiene un trabajo seguro. Es la estrella de la serie. No le asusta la idea que la despidan.

¿Por qué los actores, en general, son tan inseguros? Incluso leyendas como Dustin Hoffman admiten serlo. Claudia no sabe qué tipo de ser humano elige ser actor, pero la falta de confianza y la baja autoestima parecen ser un rasgo que todos comparten. Mezclado con una bravuconería y una fanfarronería exterior que camufla esa inseguridad persistente, los convierte a todos en paradojas de su propia creación. Un grupo de inadaptados.

Siempre ha pensado que los actores eligen la línea en la que trabajan para poder esconderse detrás de un personaje. Salir de sí mismos y ponerse en la piel de otro, una piel que resulta más cómoda que la propia. La mayoría de los actores ni siquiera saben quiénes son. Ella, sin ir más lejos, aún está tratando de descubrir quién es, está claro.

Sin duda, está en pleno proceso de desarrollo y es la primera en admitirlo.

Es consciente de que se ha pasado media vida disculpándose. Si consigue que la vean como una persona maravillosa, podrá erradicar la vergüenza que habita en ella. O eso es lo que siempre espera. Pero, por desgracia, no funciona así. Por muy fabulosa que la consideren los demás, no puede quitarse de la cabeza la idea de que, en cualquier momento, pueden arrebatarle su buena suerte porque descubrirán que su fabulosidad es fraudulenta. Ni siquiera la terapia ha conseguido cambiar eso. No es capaz de localizar el origen de esa vergüenza, de este síndrome del impostor sin precedentes, pero está tan arraigado y forma parte tan integral de ella que supone que tiene que aceptarlo. Y asumirlo.

Nada hasta el borde de la piscina. Más tarde hará ejercicio de verdad en su gimnasio. Está equipado con las máquinas más novedosas para hacer pilates, aparatos de cardio, una barra de *ballet* y un espejo que ocupa una parte de la pared. Su entrenador va a llegar a las nueve. Hoy es día de pilates. Le gusta entrenar por la noche. La ayuda a dormir.

—Sentíos libres de quedaros y seguir de fiesta —le dice al grupo de amigas de Amelia—. Nada de teléfonos. Me voy para dentro, tengo que trabajar. Por favor, no me molestéis. Servíos comida y lo que queráis. Recordad: nada de drogas duras. Con la hierba no hay problema, pero nada de tabaco. Si pillo a alguien con un cigarrillo o liándose un porro con tabaco, la echo. Estad listas a las seis para la proyección.

Su casa está equipada con una sala de cine de última generación. Suntuosos asientos de terciopelo reclinables y paneles lujosos del mismo material en las paredes. Una pantalla de más de seis metros de ancho. Una máquina de palomitas. Van a ver *Midnight Cowboy*. Le gusta conversar sobre las interpretaciones, el guion, las escenas, incluso el vestuario. Tiene una pequeña academia de arte dramático en su sala de proyecciones y ella es la profesora no oficial. Le

encanta compartir todo lo que sabe sobre el cine. Si quieren ser actrices, tienen que tomarse en serio su oficio desde ya. Se puede aprender mucho viendo a los más grandes.

Dios, adora el cine. Podría comer, respirar y hasta cagar películas todo el día. El teatro también le gusta. Aunque Broadway no es una opción para ella en la actualidad. Es demasiado famosa para exponerse en el escenario cada noche. Hay demasiados pirados sueltos. Después del episodio del acosador armado que se las arregló para colarse en su caravana mientras rodaban en exteriores hace dos años y le puso un cuchillo en el cuello, diciéndole lo mucho que la quería —y que por suerte está ahora en la cárcel—, tiene que andar con mucho ojo.

Al salir de la piscina, pueden percibirse gotitas de agua que brillan cual joyas en la espalda de Claudia, que a continuación entra descalza en casa. Su profesor de francés llega en veinte minutos. Hora y media de gramática francesa rigurosa. El temido dictado de francés. Su tutor leerá el texto en voz alta, frase a frase, y Claudia tiene que estar atenta, con el oído tan afinado como pueda, y escribir exactamente lo que oiga. Es un francés nativo de Lyon, estricto y práctico, y le ha asegurado que no tiene sentido empezar las clases de conversación hasta que no domine lo demás.

Claudia es adicta al trabajo, se entrega en todas sus interpretaciones. Una vez hizo de camarera trabajando de incógnito para prepararse para un papel. Ha conducido autobuses, barrido calles e incluso limpiado váteres. Eso fue al principio, antes de que se hiciera famosa. Y ahora tiene la misión de formarse, para regalarse algo que no gire en torno a su aspecto físico, a su cuerpo. Quiere reconstruirse desde el interior. Tiene el deseo ferviente de llegar a ser una mujer culta, instruida. Vencer ese sentimiento de mierda de que no es lo bastante buena y superar sus inseguridades.

Tal vez habría sido posible si cierta persona no hubiera entrado *de*

golpe en su vida. Alguien que está a punto de cambiarlo todo.

35

CLAUDIA

Mientras está ocupada con un montón de guiones que ha prometido a su agente que va a leer, Claudia siente otro golpe de soledad. Su pandilla de jóvenes amigas se marchó anoche. Aparte del canto de los pájaros, solo se oye silencio. Es domingo. ¿Volverá a correr el tipo aquel por el parque? Su empleada del hogar, Juana, metió su ropa de correr en la lavadora muy rápido, y el número de la tarjeta ha quedado prácticamente ilegible. Se plantea ir al parque. ¿Se volvería a topar con él? Niega con la cabeza. Aún no ha superado la ruptura con Crystal. Está mejor soltera.

Últimamente ha pasado demasiado tiempo entreteniendo y haciendo de anfitriona a su joven séquito, las amigas de clase de interpretación de Amelia. Desde que perdió a Crystal necesitaba llenar un vacío. Sin embargo, no les está haciendo ningún favor, ya que tendrán una visión demasiado idealizada de cómo funciona la vida en Hollywood. Sabe lo afortunada que ha sido. Siendo sincera consigo misma, les ha dejado pasar tiempo con ella no tanto porque anhele su compañía, sino por tener la sensación de una casa llena y con vida. Ruido. Bullicio. Cháchara. Pero esas jóvenes necesitan abrirse camino, seguir su propia senda. «Persigue tu felicidad» es el *leitmotiv* que aprendió por ahí de algún gurú o de alguna clase de meditación, y probablemente lo ha repetido demasiado. Sabe muy bien que poca felicidad encuentras tratando de hacer carrera e ir ascendiendo en Hollywood. La mayoría ni siquiera llegan al primer peldaño de la ascensión, por mucho que ella intente ayudarlas. Ni siquiera el talento te asegura una oportunidad. Ni el nepotismo. Tienen que hacerlo por sí mismas. El destino es un concepto un tanto extraño, pero últimamente ha empezado a creer en él.

¿Cuál *es* su destino?

Se sirve una copa de merlot y deja que baje poco a poco por la garganta, habiendo leído aproximadamente un cuarto de una comedia romántica mediocre y tópica que sin duda rechazará. ¿Por qué le ha enviado su agente esta basura? Le ha dicho a Helena que quiere hacer un papel serio. Un asesino en serie o un juez. Algo intenso. Nada romántico o quijotesco. Quiere interpretar a un personaje feo, crudo, con defectos.

Cuando Claudia llegó a esta localidad, con ochenta y nueve dólares en el bolsillo, nadie la ayudó, nadie se hizo cargo de sus gastos. Llamó a muchas puertas hasta que encontró trabajo, primero en una tienda vendiendo vaqueros, camisas de leñador y ropa para obreros, y cuando hubo ahorrado un poco de dinero, montó un puesto en un mercado en Melrose, los domingos, vendiendo ropa *vintage* que había recogido en Goodwill, la organización benéfica, y en varias tiendas de segunda mano. Tenía buen ojo. Casi todo el dinero que ganaba lo invertía en su carrera. Las fotos, el temido currículum lleno de «adornos» cuidadosamente elaborados —porque por algo había que empezar—, la maqueta y las clases de interpretación. Todo carísimo. Irónicamente, no fue la maqueta ni ninguna de las fotos lo que le dio su primera oportunidad, ni tampoco algún agente, sino una joven estudiante de cine que le compró una chaqueta de terciopelo de los años treinta en el mercado, quien casualmente andaba buscando a una adolescente para interpretar el papel de una fugitiva en un cortometraje que había escrito. Claudia aparentaba ser menor de los veintiún años que tenía en aquel momento.

Ese día en el mercado, después de empezar con mucho retraso, Claudia tenía un aspecto bastante desaliñado. Llevaba el pelo enmarañado y grasiento, no se había maquillado en absoluto y sus viejas botas Ugg tenían agujeros en los dedos. Fue pura suerte que justo aquel día encajara con la idea de la joven directora. Como

suele decirse, estaba «*en el lugar adecuado en el momento adecuado*». «¡Eres mi Sadie!», le gritó la joven. Claudia no ganó ni un centavo con aquel corto. Solo le pagaron los gastos y tuvo que aportar su propio atrezo y su vestuario, pero le sirvió para despegar. Un agente vio la película, que de hecho recibió una nominación para un premio, en Sundance. La agente —Helena Ronstein, con la que sigue trabajando— la contrató enseguida, y el resto... bueno, no es que fuera inmediato, pero sí fue el punto de partida de dos años de audiciones agotadoras y de conseguir al menos que Claudia tuviera la oportunidad de empezar a estar más involucrada, de hacer una prueba, de llamarse a sí misma actriz de verdad. Había roto el muro que supone el conseguir tener un agente, que es como atravesar la barrera de seguridad. La mayoría de los aspirantes nunca llegan tan lejos.

Necesitó tres años de audiciones para conseguir un trabajo decente. Era un episodio piloto de televisión para una serie de terror. No iba a ninguna parte, pero era un comienzo. Los anuncios le servían para pagar la mayor parte del alquiler y, finalmente, justo cuando estaba pensando en dedicarse a tiempo completo a su negocio de ropa *vintage*, consiguió un papel en una comedia romántica. No como protagonista, sino como la mejor amiga de esta. Su personaje excéntrico y su peculiar sentido del humor llamaron la atención del legendario director Don Weyler.

Claudia rememora a menudo su pasado y hace recuento de sus golpes de suerte. Siempre se siente agradecida, porque sospecha que hacerlo es, si no la clave de la felicidad, sí al menos la de la cordura. Conoce a muchos actores, algunos de ellos de las clases de interpretación que tomó tiempo atrás, a los que les salía el talento por las orejas y que no han llegado a ninguna parte. Esta es una profesión en la que la suerte juega un papel enorme. Está muy agradecida por todo.

Saca otro guion del puñado que tiene delante. Una película que se va a rodar en Polonia. No, ahora mismo no está dispuesta a rodar tan lejos de casa. Lo va a rechazar también.

Se lleva la copa de vino a los labios, pero casi la deja caer, con las manos temblorosas y el cuerpo repentinamente tenso por el miedo. ¿Son pasos lo que oye? Roger, su chófer, se ha ido a casa. Juana no viene hoy. Su ayudante, Mary, está fuera por unos días. Que ella sepa, está sola en casa.

—¿Hola? —dice alzando la voz—. ¿Hay alguien ahí? —Se levanta y se acerca despacio a la chimenea. En la repisa hay una gran caja de madera donde guarda una pistola. No está cargada, pero es un buen elemento disuasorio. Su lógica le dice que es imposible que alguien haya entrado en su propiedad con el sofisticado sistema de seguridad que tiene, pero el subidón de adrenalina que recorre su cuerpo parece decir otra cosa—. ¿Hola?

Una figura entra en la habitación, descalza.

—Lo siento, soy yo.

Claudia suelta una bocanada de aire, luchando por recuperar el latido. Es Minnie, una de las amigas de Amelia. La que estaba sentada junto a la piscina, casi sin hablar, con un libro en sus manos.

—Minnie, ¿qué haces aquí todavía? Creía que Roger os había llevado a todas a casa ayer.

—Me quedé dormida y nadie me despertó. Supongo que todo el mundo se olvidó de mí.

—¿Y has estado aquí durmiendo toda la noche y todo el día?

La chica asiente.

—Lo siento.

—¡Me has dado un susto de muerte! Lo siento, pero estoy muy ocupada, no puedes quedarte.

La niña mira hacia los dedos de sus pies. Qué pena, piensa Claudia, esas piernas pálidas y flacas, esos brazos frágiles y delgados. Está

claro que Hollywood va a devorar a esta cosa tan delicada y luego la va a escupir.

—¿Has comido algo? —le pregunta Claudia.

La chica esquelética niega con la cabeza.

—Te voy a preparar algo y luego llamaré a Roger. Te puede llevar a casa.

Minnie mueve los pies con inquietud. Levanta su mirada.

—No tengo casa.

—Bueno, debes tener algún sitio al que ir. ¿A casa de algún amigo?

—Mi novio y yo hemos roto. Se ha vuelto a Minnesota, no le gustaba Los Ángeles.

—¿Tú también eres de Minnesota?

—No. De Búfalo.

—¿Y no querías ir con él?

Minnie vuelve a sacudir la cabeza.

—Se va a vivir con sus padres.

—Entiendo. Bueno, puedes quedarte con Amelia. —Claudia mira a su huésped de arriba abajo. Ayer en la piscina apenas hablaba, completamente absorta en una novela.

Minnie se anima a decir algo.

—Amelia me ha dicho que no tiene sitio para mí en su casa, no puedo quedarme con ella.

Claudia respira hondo. Es irónico, teniendo en cuenta que es ella quien paga el alquiler de Amelia. Imagina que se habrá echado un novio y estará viviendo allí con ella. Se supone que debería estar tomándose en serio su carrera, no aprovechándose de la situación. Cuando Claudia era adolescente, tenía dos trabajos, se compraba toda la ropa y, si no podía permitirse algo, ahorraba para comprárselo. ¿Qué le pasa a la generación de Amelia? Esperan que todo sea fácil. Que sus padres les financien la vida. Teléfonos lujosos, montones de zapatillas de diseño, entradas para conciertos,

viajes. Ha visto cómo viven algunos de estos chicos por cortesía de sus padres, permisivos e inútiles, que parecen sufrir amnesia cuando se trata de sus propios pasados asegurando que ahora todo es mucho más duro para sus hijos de lo que fue para ellos. No, las cosas no son más difíciles. Asustan más, sí, con el cambio climático amenazando y las presiones que sufren en las redes sociales. Pero esta generación de jóvenes está más mimada, más acostumbrada a los lujos cotidianos y a la recompensa instantánea. ¿Qué se supone que debe hacer con Minnie? No quiere que se quede, pero no puede dejarla en la calle.

—¿Eres actriz? —le pregunta a Minnie.

—¡Ni de coña!

—¿Ni de coña? ¿Qué se supone que quieres decir con eso?

—Que no hay forma humana de que yo pueda servir para actuar. Me pongo nerviosa incluso cuando alguien me hace una foto.

—Entonces, ¿por qué viniste a Los Ángeles?

—¿A trabajar? —Minnie lo dice como si fuera una pregunta.

—¿Qué tipo de trabajo buscas?

—¿Quiero ser asistenta?

La entonación hace que Claudia levante una ceja.

—No pareces muy segura.

—Lo estoy —dice Minnie—. Quiero ser asistenta personal. Sé escribir a máquina. Controlo bastante la IA y ese tipo de cosas.

—¿Tienes experiencia?

—Alguna. —Aunque luego añade—: Sí, sí que tengo. Muchísima. Trabajé en la consulta de un dentista y el verano pasado estuve de recepcionista en una clínica veterinaria. Te sorprendería lo complicado que era el sistema informático. Conocía a todos los perros y a sus dueños.

Claudia ladea la cabeza, considerando la incómoda situación de toparse con una joven desconocida indefensa en su propia casa.

Minnie ha abandonado su ciudad natal y está demostrando una cierta dosis de descaro e independencia por el mero hecho de estar aquí. Sin duda, eso solo puede ser bueno, ¿verdad?

Claudia dice:

—No te puedo dar trabajo, si eso es lo que esperabas. Ya tengo una asistenta. Mary. Lleva años conmigo. Ahora está de vacaciones, pero... Mira, Minnie, si has venido aquí buscando trabajo, lo siento, pero no puedo ayudarte. ¿Por eso te quedaste a dormir? ¿Esperabas poder...?

—¡No! ¡Te lo prometo!

Se queda un momento contemplando a su invitada/intrusa, intentando averiguar qué pretende. Tal vez esté siendo sincera. Se le viene a la mente una imagen de cuando llegó a Los Ángeles. La cantidad de puertas que le cerraron en la cara, a veces literalmente. Cómo gente que se encontraba en posiciones adecuadas para poder ayudar a una persona joven no le daba ni la hora. Le duele ver a una joven que no tiene a dónde ir. De las personas menores de veinticinco años que Claudia ha conocido recientemente, debe ser la única que no quiere ser actriz.

—Venga, Minnie. Vamos a la cocina y organizamos algo para comer. —De alguna manera, Claudia sabe que no es solo una comida lo que va a organizarle, sino su vida en general.

36

CLAUDIA

Han pasado dos semanas y no han cambiado muchas cosas en la burbuja de Claudia. Ya estamos a finales de mayo, las tardes son cálidas y agradables. Desde que se separó de Crystal, ha rechazado todas las invitaciones. A fiestas, a noches de estreno, a bodas, a cualquier cosa que viniera dentro de un sobre. Se ha quedado en casa, tras sus grandes puertas de hierro, más sola que Greta Garbo. Tampoco ha invitado a las amigas jóvenes de su sobrina a su casa, pero ha instalado a Minnie en un apartamento en West Hollywood, pagándole el alquiler hasta que encuentre trabajo. Parece que siempre está agitando su varita de hada madrina, pero, oye, para eso está el dinero. Claudia es una ingenua, y lo sabe. Una de sus debilidades es predicar con la idea de que la caridad siempre empieza en casa, y ayuda a todo el que puede. Le ha dado a Minnie dos meses para encontrar trabajo, si no, tendrá que volver a Buffalo, su ciudad natal.

Sin embargo, hay una invitación que Claudia siente que no puede declinar. Es de su viejo amigo Jordan, un jugador de fútbol americano al que conoce desde el instituto y que ha triunfado. ¿Cuántas veces ocurre eso en la vida? ¿Dos personas de un pueblecito de Nevada cuyos sueños de gloria y riqueza y de hacer lo que más les gusta se han hecho realidad?
No puede defraudarle.

No es solo porque tenga que estar allí apoyando a un viejo amigo, sino que Claudia se ha enterado, de boca del propio Jordan, de que Crystal va a ir. Sabe que habrá fotógrafos por todas partes, y tropecientos mil famosos con los que en este momento no tiene ganas de socializar, pero tiene que ser fuerte, anteponerse a ese

sentimiento de que otro ser humano te destruya por completo. Ver a Crystal, cara a cara. Demostrarle que le da igual. Ofrecer la mejor interpretación de su vida. Aunque inicialmente se planteó rechazar la invitación de Jordan, le pone furiosa que alguien pueda tener tal control sobre sus emociones. No, Crystal no va a quitarle su dignidad ni su vida social. Le va a demostrar al mundo, y de paso a sí misma, que no le ha afectado lo más mínimo su traición. Flirteará con otras personas, ¿por qué no? Coqueteará delante de su ex. Además, vestida de punta en blanco.

Un comportamiento inmaduro y vengativo, sí, pero, maldita sea, es una forma de intentar salir del caos.

Va a estar *fabulosa*.

Se decide por un vestido rojo escarlata de crepé de seda, estilo Marilyn, de entre su repertorio de encantos. No es que haya pertenecido nunca a Marilyn, pero podría haberlo hecho. Fruncido en el busto y entallado en la cintura. Ligero y elegante, pero también sexi. Llamará a su estilista para que le encargue unas joyas para la fiesta. Joyas reales que le van a prestar, de De Beers o Harry Winston. Le enviarán un guardaespaldas para protegerla, sin duda, pero bueno, no hay más remedio. Mientras combina el vestido rojo con unos zapatos de tacón de aguja en color carne, para alargar aún más sus piernas, Claudia recorre con la mirada el espejo del dormitorio, contemplando su reflejo. No, es excesivo... como si se estuviera esforzando demasiado. Parece desesperada.

Esta fiesta no son los Oscar, ni siquiera la alfombra roja. Es una fiesta en una piscina de Hollywood, por el amor de Dios. ¿En qué está pensando? Ni siquiera le importa. Irá a la maldita fiesta en pantalones cortos y sandalias. Que le hagan fotos así: sencilla, de vuelta a lo esencial. No tiene nada que demostrar. Esa es ella. Le guste a la gente o no. Y no, no va a andar ligando. Dará la cara, saludará a Jordan, se tomará una copa y se irá.

Llega pronto a la fiesta. Así, puede irse antes. La gente guapa socializa y se adulan unos a otros. Se saludan con besos al aire y frases del tipo «¡Cuánto tiempo sin vernos!», «¿Eres tú de verdad?» o «¡Madre mía, no me puedo creer que estés aquí!», o esa despectiva y altanera que tanto odia: «¿Qué haces tú aquí?». En las salas de estar, en los pasillos, en la cocina, en el patio trasero y a su alrededor, donde una piscina en forma de riñón ocupa el centro, las estrellas y los «quiero y no puedo» se codean entre ellos mientras las camareras traen canapés y bebidas en bandejas de plata. Personalidades del deporte, agentes, *managers*, actores, productores, directores y aún más gente... ha venido todo el mundo. Claudia detecta que se está consumiendo bastante droga en medio de toda la algarabía. Ella pasa. Ha hecho eso con anterioridad. Se cruza con una pareja de enamorados, agacha la cabeza bajo unas luces de decoración que hay puestas entre los árboles y capta fragmentos de conversación.

—Así que, sí, aquella escena fue muy fuerte, pero tengo que admitir que la rodó mi doble, no yo.

—Entonces, ¿no es tu culo el que sale en esa toma tan icónica?

—No. Mi contrato *impodía* estrictamente la desnudez. ¿O se dice impedía? Perdona mi gramática, no tengo ni idea. —La chica suelta una carcajada sibilante y le da otra calada a un porro bien grande.

Claudia escucha otras frases como: «Bueno, bueno, ¿sabes por *qué* le dieron el papel? No fue por talento, de eso no hay duda. ¿Tienes idea de a quién se está follando?» o «En serio, es la mejor dermatóloga de la ciudad. ¿Esas líneas que parecen un código de barras que aparecen por encima de los labios? Puede corregirlas, sin problemas».

Claudia está buscando a Jordan. De momento, nada. Se dirige a la pista de tenis, donde han montado otro bar. Mientras va inspeccionando el lugar, se tropieza con una muñeca que viste Rolex

y gemelos, y que le derrama la bebida por encima. Suerte que no se puso el vestido rojo ni los tacones ni se engalanó con joyas. Aun así, ahora apestará a mojito o a cualquier aroma húmedo y desagradable que haya impregnado su cuerpo, y se quedará con su ropa manchada y la carne pegajosa.

—Perdón.

¿Ha sido culpa suya? Probablemente. La verdad es que es torpe. No mucha gente lo sabe; ha practicado la elegancia y el porte de estrella de cine durante mucho tiempo. Pero, por más que lo intente, su torpeza es innata.

El dueño del brazo con la bebida pegada a él se ríe.

—¿Otra vez tú?

Está un poco oscuro, solo unas bombillas solares pequeñas y redondas iluminan un camino. Claudia ajusta la vista entrecerrando los ojos ante la figura que tiene delante.

—Lucas, ¿verdad? —Reconoce al hombre contra el que chocó en Runyon Canyon. El abogado. Está solo. Sin acompañante. No se puede creer que esté aquí. ¿Será el destino?

—¿Cómo está la rodilla? —pregunta.

—Perfecta. Pero ahora voy a tener que meterme en la piscina para quitarme el pestazo al alcohol que has derramado por todo mi cuerpo. ¿Tienes por costumbre ir por ahí chocándote con mujeres distraídas? —Es consciente de que está flirteando.

Lucas se vuelve a reír.

—Solo cuando son guapas y un poco patosas. Lo cual, según mi experiencia, es una combinación bastante poco frecuente.

Claudia arquea una ceja ante la frase que ha usado para ligar, algo ridícula pero creativa.

—¿Has visto a Jordan? Estaba buscándolo.

—Está junto a la pista de tenis. Vamos para allá, necesito reponer la bebida, gracias a ti. ¿Cómo conociste a Jordan?

—Éramos amigos en el instituto.

Lucas deja de caminar, se gira y recorre con la mirada a Claudia.

—¡Ah, claro! Ahora ya sé quién eres. Jordan me lo ha contado todo sobre ti.

—Ah, ¿sí? ¿Qué te ha dicho?

—Que sois viejos amigos del instituto y, además, sois del mismo pueblo.

Es un alivio para Claudia que Lucas no esté adulándola. El denominador común es que comparten un amigo, uno que ni siquiera pertenece a la industria. «*Lucas ya debe saber quién soy* —piensa ella—, *pero parece que se la trae al fresco. Eso me gusta».*

—¿Has venido sola? —pregunta Lucas.

—Sí.

—Yo también. ¿Te gusta salir sola?

Claudia se lo piensa antes de contestar. Le encanta salir con amigos, pero desde que Crystal... es decir, ha llegado a la conclusión de que la había distanciado de sus amigos. Siempre estaba rechazando invitaciones. La disuadía de invitar a gente a casa. Y también era celosa. Odiaba que Claudia entablara nuevas relaciones o pasara demasiado tiempo con antiguos compañeros de trabajo. Toda esa posesividad, ¿para que luego la abandonara así sin más, abruptamente? Crystal aún tiene que darle muchas explicaciones.

Claudia responde:

—No siempre me gusta estar sola. Pero no me asusta mi propia compañía. —Y luego, para desviar el tema y no hablar de sí misma, pregunta—: ¿De qué conoces a Jordan?

—Es cliente.

—¿Por eso has venido tan temprano a la fiesta? ¿Para apoyarle? ¿Quizá para hacer contactos?

Se ríe entre dientes.

—No, ya no necesito hacer contactos ni socializar, eso ya se acabó.

Le dedica una sonrisa lenta mientras recuerda los inicios de su carrera. Cómo habría dado cualquier cosa porque la invitaran a una fiesta como esta, y cómo en este momento no le puede dar más igual.

—Para mí también. No suelo salir mucho de fiesta. Al menos últimamente. Mi plan hoy era llegar temprano, saludar e irme.

—El mío es parecido.

Están de pie bajo un roble, casi a oscuras. Al dar un paso atrás para evitar a un par de juerguistas borrachos y tambaleantes que se dirigían al bar, la punta de la sandalia de Claudia se engancha en una roca. Medio tropezando, Lucas estira la mano para sostenerla. Ella lo agarra del brazo. Su otra mano se sitúa en la parte baja de su espalda. Hay algo en ese contacto físico que le resulta muy sensual. Una corriente eléctrica la atraviesa. Crystal fue la última en tocarla. Nadie más lo ha vuelto a hacer, excepto su masajista. Permanecen inmóviles, con las miradas clavadas en el otro en una especie de escrutinio recíproco. «*Él está sintiendo lo mismo, ¿verdad?».* El cuerpo de Claudia vibra con fuerza y ella es consciente de ello. En este momento, no quiere ir a la pista de tenis y charlar con Jordan ni con ninguna otra persona. Lo que quiere es besar a Lucas.

Y que la bese.

—¿Quieres salir de aquí? —pregunta él, ya con la mano no en la espalda de ella, sino en la curva de su culo.

—Sí, vámonos. —Pero luego añade, casi como una broma—: ¿Cómo sé que no eres un asesino y que vas a sacarme un hacha?

Le lanza una sonrisa irónica.

—No puedes saberlo. Pero puedes buscarme en Internet si quieres. O mejor, lo hago yo ahora mismo. Toma —le dice, mostrándole su teléfono. Ha buscado en Google su negocio, Fox & Co. Pulsa en «imágenes» y aparece en una foto. Hay otro hombre, idéntico a él

pero más mayor y con el pelo canoso, los dos de traje, de pie uno al lado del otro, con el logotipo del despacho al fondo.

—¿Tu padre? —pregunta Claudia.

Asiente.

Claudia se ríe.

—No era necesario demostrarme que me puedo fiar de ti. Estaba bromeando.

—Lo que ves es lo que hay —dice—. Conmigo no hay sorpresas.

Y lo que ella puede ver es un chico sexi, divertido y espontáneo a quien sabe que le gusta y al que no parece importarle su fama. Hacía años que no hacía algo así; irse con alguien que ha conocido en una fiesta. La excitación la sacude, la rodea, la invade. Le gusta este chico. Lo acepta por lo que es; está despechada y necesita atención. *Física*. Desea que ponga sus manos sobre su cuerpo entero. Quiere echar un polvo.

«Olvídate de Crystal». Lo bueno es que, como se trata de un hombre, no puede compararlo con ella. No se sentirá defraudada ni decepcionada. Lo tomará como lo que parece a primera vista: un tío muy mono, soltero y que está cachondo perdido y quiere acostarse con ella. No es actor, director ni productor. No habrá escándalo alguno ni historietas de Hollywood, y nadie va a explotar la situación. Es solo un hombre corriente con un trabajo normal que le dará lo que necesita, sin ataduras.

Simplemente perfecto.

37

CLAUDIA

El sexo es increíble. A Claudia se le vienen a la mente escenas de películas de los ochenta en las que los protagonistas se arrancaban la ropa a los cinco minutos de conocerse. Le encanta ver esas películas antiguas. Como la escena de la limusina con Kevin Costner y Sean Young en *No Way Out*. Cuando ambos eran guapísimos y estaban en su apogeo y Claudia era apenas un bebé.

En su propia limusina, con Roger al volante, es como si ella y Lucas estuvieran recreando esa escena y la pasión salvaje y arriesgada que solo surge cuando dos extraños se conocen. Siente que es insensato tomar este riesgo con Lucas, una incógnita, un completo desconocido. Pero eso también forma parte de la excitación.

Fuego en el cuerpo, Instinto básico, Atracción Fatal.

Se trataba de una época anterior a los teléfonos móviles, a Internet o a Google, en la que la gente tenía que juzgar basándose en la primera impresión, y si tenías una cita con alguien, no podías mandar un mensaje avisando de que llegarías tarde, simplemente tenías que aparecer. Cuando los enamorados se pasaban el día pegados al teléfono de casa, esperando a que sonara, sin salir a la calle por si se perdían una llamada. Qué extraño debía ser aquello; Claudia era demasiado joven por aquel entonces como para entender nada de eso. Pero lo ha visto suficientes veces en clásicos del cine como para añorar el romanticismo que inspiraba. El aura de intriga.

No va a pedirle a Lucas su Instagram, Twitter o Facebook porque ella nunca entra en las redes sociales. Las *detesta*. No tiene la necesidad de perder el tiempo de esa manera. Claro que tiene cuentas en las redes sociales con millones de seguidores, pero ella

no las gestiona; no tiene ni tiempo ni ganas de dejarse atrapar por esa vorágine de subir contenido a las redes y estar al día de lo que otra gente publica. Su agencia de comunicación se encarga de eso. Quiere que la reconozcan por su trabajo, no por ser una persona famosa por ser famosa. Está muy harta de toda esa autopromoción; ya hay suficientes Kardashians en este mundo. Es demasiado reservada para eso. Las redes sociales tampoco hacen ningún favor a la salud mental de nadie. El foro y la página web que creó hace un tiempo para chicas jóvenes y que tanto le entusiasmó en sus inicios, www.GenerationWhy.com, se ha convertido en un festival de acoso y humillación, todo lo contrario de lo que pretendía ser. Está cansada de todo lo que rodea a Internet. La principal razón por la que eligió dedicarse a la interpretación fue poder esconderse en sus personajes. Ser otra persona por completo. No quiere exponer su verdadera identidad. Se arrepiente de haberse prestado a aquel artículo *para Vanity Fair*. Fue Crystal quien la presionó para que aceptara. Crystal ansía atención, alimenta su estatus de famosa y, ahora que lo piensa, Claudia sospecha que la ha estado utilizando todo el tiempo. Tenían una abrumadora atención por parte de los medios. Crystal nunca tuvo intención de casarse con ella, ¿verdad? Todo fue una gran estrategia mediática. Lo único que Claudia ha querido con respecto a su vida profesional es ejercer su profesión; interpretar. Eso de ser famosa más bien es un obstáculo que se interpone en su camino. ¿Es eso una anomalía en estos días? Cree que sí.

Es reconfortante conocer a alguien que no pertenece al mundo del espectáculo y que es solo un tipo corriente.

Sin embargo, Claudia no se atreve a invitar a Lucas a su casa, así que alquilan un bungaló en un hotel de West Hollywood, donde sabe que el personal será discreto y al que acude de vez en cuando buscando tranquilidad o para reunirse tras sus paredes de imitación

gótica y estilo Disney. Apenas han cerrado las persianas, Lucas y ella empiezan a arrancarse la ropa, cayendo sobre la cama. Cuando Lucas la penetra, con sus lenguas juntas y el sudor de ambos mezclándose, Claudia recuerda que el sexo con un hombre puede ser algo sublime. Crudo. Visceral. Primitivo. Casi doloroso. No se arrepiente de nada.

No hay nada como el sexo cuando se hace por puro placer.

Esto es exactamente lo que necesitaba.

Durante la semana posterior, quedan varias veces y no hacen otra cosa que follar. No hay tiempo para conversar y, en cualquier caso, a ninguno de los dos le importa lo que le preocupa al otro. Si uno de los dos se desahoga es probable que el otro en realidad ni siquiera le esté escuchando. Se buscan únicamente en beneficio del placer del otro, no hay nada adicional.

Pronto Lucas empieza a ir a casa de Claudia. A veces a la hora de comer, otras después del trabajo. Piden comida a domicilio, aunque no lo hacen para deleitarse culinariamente ni como centro de una conversación interesante para conocerse mejor, sino como puro combustible para seguir con la faena. Energía para continuar. Dos, tres, cuatro veces seguidas; no se sacian.

—Te necesito, nena —le susurra Lucas al oído mientras la penetra, agarrándola del pelo. Es su decimocuarta cita, si es que puede llamarse así.

—Lo sé —gime ella. Otro orgasmo se acerca—. Cállate y sigue moviéndote. —Se abalanza sobre él y siente su cuerpo a punto de estallar.

—Eres taaaan sexi —respira él—. Qué bien hueles.

Su cuerpo se levanta para encontrarse con el de él y sus caderas se mueven contra su entrepierna. Agarra su culo firme con las manos y busca su placer.

—¡Oh, Dios mío! —grita. Esta es la forma correcta de olvidarse de

Crystal. Terapia de reemplazo. Funciona a las mil maravillas.

Él también disfruta, y los dos se corren al unísono. Ella es consciente de lo raro y especial que resulta todo.

—Pero no puedo quedarme esta noche —murmura cinco minutos después, las piernas de ambos entrelazadas, el sudor brillante en la frente de Claudia, el aliento caliente de él contra su boca.

A Claudia no le importa demasiado. De hecho, prefiere que ya se haya ido por la mañana. Sin embargo, últimamente se pregunta, solo por curiosidad, por qué nunca se quiere quedar.

Lucas se acaba de ir de su casa y Claudia ya siente una necesidad primitiva de estar con él. Poco a poco, se vuelve más dependiente de Lucas, necesita más presencia por su parte. Su deseo sexual se empieza a transformar en algo más suave, más necesitado. Su ansia roza lo insaciable, sí, pero hay una vuelta de tuerca. Quiere más de *él*, algo más que una relación física.

«Las hormonas son injustas», piensa. Es consciente de que el sexo proporciona a las mujeres un mayor nivel de oxitocina que a los hombres: la hormona del vínculo que no distingue entre vicio y amor. La lógica le dice a Claudia que no se está enamorando de Lucas —de ninguna manera, apenas lo conoce—, pero alguna fuerza invisible le está haciendo sentir una necesidad desesperada de conectar con él a un nivel más profundo que el meramente sexual. Los hombres reciben una dosis de dopamina, la hormona del placer, y a las mujeres les toca lidiar con la hormona del amor.

¿Qué tiene eso de justo?

Quiere conocer mejor a Lucas.

38

CLAUDIA

Un día de junio Claudia se encuentra a Crystal, que está esperándola después del rodaje. Están terminando la última temporada de *Go Ask Bobbie*. Este es el penúltimo episodio. De alguna manera, Crystal ha conseguido acceder hasta la entrada de la caravana que hace las veces de camerino de Claudia. ¿Estará trabajando en el mismo plató? Claudia toma nota mental: tendrá que averiguar luego quién ha sido el responsable de que haya podido ocurrir. Tras lo que pasó hace dos años con el acosador, está furiosa. Por suerte, tiene a su guardaespaldas, Pete, a su lado. Viene incluido en el trabajo, lo paga el estudio. Claudia no quiere saber nada de Crystal, no tiene siquiera la más mínima curiosidad de saber qué hace allí. ¿Cómo puedes declarar tu amor, planear una boda y luego dejar a la persona a la que querías en un programa de televisión? Es consciente de la que se ha librado, sabe que un matrimonio con Crystal habría sido un desastre, pero nunca olvidará lo que esa mujer le ha hecho.

Nunca.

Crystal está de pie junto a la caravana, esbozando una sonrisa y acunando un enorme ramo de rosas rojas entre sus brazos, a la vez que sostiene también una botella magnum de Dom Pérignon. Claudia no tiene ni idea de qué cojones se cree que está celebrando. No ha vuelto encontrarse con Crystal desde que la vio en el programa de Isabella. Claudia misma fue como invitada al mismo programa hace solo una semana. Y, cuando Isabella le preguntó sobre su relación, respondió:

—*Sip*, es verdad, Isabella, tengo una relación nueva.

—¡Anda! —dijo Isabella—. ¡Si yo me refería a Crystal!

—Agua pasada —respondió Claudia.

—¿No hay posibilidad de que haya un reencuentro, un beso y os reconciliéis? Formabais una pareja maravillosa.

—Como te digo, agua pasada, o mejor dicho, ya no queda ni agua. Ahora tengo una relación con otra persona. Pero no puedo decir quién es... o sea, quiero proteger la privacidad de este hombre.

—¿Este *hombre*?

Causó un revuelo inmediato. Claudia no lo había hecho queriendo, simplemente se le escapó. Lucas no pareció darse cuenta, menos mal. Pero para Crystal fue una señal de advertencia.

El champán y las rosas solo pueden querer decir que quiere volver con Claudia.

—Lo siento, cariño —comienza Crystal, dando un paso hacia ella—. Te echo de menos, ¿podemos volver a intentarlo?

Claudia le da la espalda a su ex y se marcha. Siente un escalofrío de placer cuando le pide a su guardaespaldas que le diga a Crystal que se vaya y: «Por favor, llévate las rosas y el champán. Ah, y la señora Spector me ha pedido que me asegure de que no te olvides también de llevarte los *ovarios que echaste*».

Resulta que Lucas ha curado a Claudia de Crystal. ¿Cómo si no está siendo capaz de ser así de fuerte y resuelta? El único problema ahora es que tiene al propio Lucas todo el rato en la cabeza. Mucho más de lo que puede considerarse saludable. No se cansa de él.

Piensa en la familia de búhos que hay en su patio. Los mochuelos están a punto de abandonar el nido del pino que hay al final de su jardín. Todos los inviernos, Claudia asiste a lo que parece un concierto de viento en las copas de los árboles: el canto de amor del búho macho con cuernos para atraer a su pareja. Suele empezarlo a principios de enero, y luego durante el cortejo tiene lugar un dueto entre su compañera y él. El dúo amoroso solo dura unas semanas a finales del invierno, pero los machos no dejan de cantar; el tono

pasa de romántico a territorial, una vez que la pareja ya se ha elegido y apareado. El macho cuida a su pareja y le busca comida mientras ella incuba los huevos. Después, él se encarga de los polluelos. Más tarde, ambos progenitores comparten la tarea de alimentarlos, hasta que, una vez son capaces de volar, abandonan el nido durante el verano, que es exactamente lo que está ocurriendo ahora en un extremo de su patio trasero.

Claudia se ha dado cuenta de que anhela un vínculo como ese. Parece ridículo fantasear con la vida de un búho, pero, cuando piensa en su vida futura, eso es a lo que aspira, una vida familiar. Hijos. Su carrera ha absorbido por completo toda su energía. Está lista para un cambio, lista para comprometerse.

Lucas le ha dicho que ella es su estrella polar, que no puede vivir sin ella.

Palabras como esas tienen mucho peso. Se permite soñar, planear un futuro junto a él.

Tiene algo parecido a una premonición: Lucas es la persona que cambiará su destino.

39

CLAUDIA

Claudia tiene la misión de encontrarle trabajo a Minnie, aunque sea a tiempo parcial. La visita en su apartamento de vez en cuando, la ayuda a preparar un currículum y a veces le lleva algún mueble u otras cosas de su casa que ya no quiere. Es una forma de ayudarla y, a la vez, de deshacerse de lo viejo. Una vez, un par de sillas; otra, una bolsa de basura con ropa vieja, aunque el contenido no es que sea basura precisamente. Por ejemplo, un elegante vestido entallado de Calvin Klein que se puso una vez para una entrega de premios y una colección de blusas de seda. Todo con la esperanza de darle un toque más elegante a la vestimenta de Minnie.

También hacen cosas juntas. En una ocasión, Claudia se puso una peluca, un sombrero de gran tamaño y un abrigo largo, y se fueron a ver un espectáculo. Le encantan los palacios de los años veinte donde emiten cine retro en el centro de Los Ángeles, como el Theatre at Ace Hotel, que tiene techos abovedados revestidos de espejos y un estilo gótico español. Ha sido divertido pasar tiempo con Minnie. Su sobrina, Amelia, está absorta con su nuevo novio y ya no le interesan sus clases de interpretación, así que Claudia ha desplazado sus esfuerzos de su sobrina a Minnie, sobre todo porque esta no parece tener muchos amigos y se siente mal por la chica, que está sola en una ciudad desconocida para ella. Recuerda perfectamente cómo lo pasó en sus inicios. Tiene que encontrarle trabajo a Minnie para que haga nuevos amigos y gane cierta independencia.

Mientras Claudia y Lucas se deleitan con el delicioso chili de Juana —después de correr por el parque un domingo— y disfrutan de una copa de tinto, y al tiempo que Safo y Ariadna deambulan por su

patio trasero, Lucas comienza a hablar de sus problemas en el trabajo. Últimamente, hace muchas horas extra y le cuenta a Claudia que hay un cliente japonés al que tiene que cerrar para poder tomar el control del bufete de su padre. Lucas se queja de que tiene demasiado trabajo, está estresado y se siente abrumado con tantas responsabilidades. «*Únete al club*», piensa Claudia con ironía. Es normal que los actores trabajen muchas horas, incluso hasta la madrugada. Tienen que estar pensando en su trabajo las veinticuatro horas del día y los siete días de la semana cuando están inmersos en un rodaje, y cuando no lo están, tienen que estar preparándose para el siguiente papel. Las agotadoras sesiones de entrenamientos físicos son solo uno de los componentes de su trabajo; sirven para asegurarse de que están haciendo justicia al personaje y de que lucen atractivos mientras la cámara capta cada detalle, cada kilo de más. A veces deben adquirir habilidades como esgrima, equitación, boxeo, *ballet*, tango... Si quieres parecer auténtica, no puedes delegar en un doble. Por no hablar de saberse de memoria cada frase, o perfeccionar un acento o incluso otro idioma. Los buenos actores nunca dejan de pulir su arte o de prepararse para un papel. Le divierte que Lucas tenga tan poca resistencia. Pero, aun así, se alegra de que comparta sus problemas con ella, de que su relación se esté convirtiendo en algo más.

—Tengo una solución —le dice Claudia, llevándose a la boca un poco del chile de Juana.

—Ojalá fuera posible —refunfuña Lucas, con los labios torcidos como poniendo un puchero—. No tienes ni idea de cómo es mi padre. Si no consigo a este cliente, estoy acabado. En serio, mi padre es un hijo de puta sin piedad ninguna. Después de toda la mierda que me he comido por él, es capaz de negarme el acceso y entregar la empresa al mejor postor. Le importo una mierda.

Claudia bebe un sorbo de vino y dice:

—Conozco a una chica que se llama Minnie a la que puedes contratar. Necesita trabajo, sería perfecta. Reduciría un poco el estrés, podría ayudarte. —Está bastante segura de que Minnie probablemente no sería una gran solución para Lucas, pero sí al revés, a ella le serviría de mucho. No es que Minnie sea su responsabilidad, pero Claudia no puede evitarlo, en su naturaleza básica está el buscar soluciones. Ninguna de sus amigas necesita una asistente, pero ¿Lucas? ¿Podría ser la respuesta al problema? Minnie es inteligente, y más que capaz de desempeñar labores de apoyo en un bufete de abogados, aliviando así la carga de trabajo de Lucas. Cuando adquiera experiencia, podrá dedicarse a algo que le guste más.

Lucas se queja.

—Ahora mismo, no estoy en condiciones económicas de contratar a nadie nuevo.

—No te va a salir cara. Solo tiene veintidós años. Necesita un cambio. Le vendría estupendamente para su currículum. Al parecer, controla la IA y ese tipo de cosas. Podría venirte muy bien.

Lucas frunce el ceño.

—No lo sé. No soy una organización benéfica. De todas formas, por favor, no hablemos de trabajo, me está generando tensión. —Desliza sus dedos por la cara de Claudia y luego, inclinando su barbilla hacia él con una mano, y bajándose la bragueta con la otra, dice—: Necesito un desahogo, nena. Tengo que desconectar un poco del trabajo.

Pero Claudia no tiene ganas. Ya está harta de que todo sea sexo. Es hora de que entablen conversaciones más trascendentales, de que se conozcan de un modo más profundo. Las cosas han cambiado. Al menos, *ella* ha cambiado. Tiene sentimientos más profundos y desarrollados. Se lo quita de encima.

—Ahora no puedo, tengo que aprenderme el guion.

—¡Venga ya! ¿Desde cuándo se interpone eso en nuestro camino?

Claudia quiere pasar al siguiente nivel en la relación. Resulta irónico que sea ella la que ha defendido una relación sin ataduras y que ahora esté harta de eso. El sexo con él es increíble, pero ya quiere algo más serio, más satisfactorio. No, «satisfactorio» no es la mejor palabra que podría haber elegido. Intimidad es lo que ansía. Ya no quiere follar. Quiere hacer el amor. Y, como él le dice todo el tiempo cosas bonitas que se resumen en que no puede estar sin ella, supone que él quiere lo mismo.

Claudia le quita las manos de dentro de sus vaqueros y se aleja.

—Dame cinco minutos.

Lucas exhala un ruidoso suspiro de exasperación, con los pantalones desabrochados. Su deseo sexual es de otro mundo.

—Claudia, no, ¿a dónde vas?

—Al baño. —Necesita espacio. Tiempo para pensar sin que Lucas nuble su juicio. Un momento a solas. Mientras se sienta en la tapa del váter dándole un sorbo a su vino, se le viene a la mente Crystal, que, cuando eran pareja, le había plantado la idea en la cabeza de que ambas formarían una familia. Que adoptarían. Claudia abandonó cualquier idea de adoptar y tener hijos cuando se separaron. Pero ahora, con Lucas, ¿podrían intentarlo, quizá? El plan de adopción con Crystal era una cuestión práctica: ninguna de los dos había querido pasar nueve meses embarazada. Habría interferido con el trabajo. Pensándolo ahora, en retrospectiva, se trataba de una idea rígida y carente de cualquier emoción. Esa no es forma de traer un niño al mundo, ¿a que no? Anteponer la comodidad... o, más bien, la carrera profesional. Si quieres formar una familia, tienes que ir a por todas. Comprometerte como es debido.

Los planes de Claudia siempre han girado en torno a su carrera. Ahora que está en la cima del éxito, que tiene todo lo que siempre ha soñado —papeles increíbles, premios, una casa espectacular—,

necesita hacer algo para ella misma, no solo en beneficio de su carrera. ¿Se ha puesto alguna vez a sí misma por delante? ¿Una sola vez? Y ahora ha aparecido Lucas. Ya no es su amante, sino su novio. Podrían formar una familia juntos. ¿Y por qué no? Le ha dicho una y otra vez que está loco por ella. ¿Y ella? ¿Está también enamorada? Los hombres tienen la oportunidad de explorar —o, mejor dicho, dudar— acerca de la posibilidad de formar una familia o tener hijos hasta pasados los sesenta. Otro factor injusto, como la oxitocina, que hace sospechar a Claudia que, al final, Dios podría ser un hombre. En fin. Es lo que hay, y tiene que empezar a pensar seriamente en tener hijos; no tiene toda la vida.

Toma otro sorbo largo de Vega Sicilia, un delicioso Ribera del Duero que le recomendó un amigo. Un buen tinto siempre la tranquiliza. Pensando en Crystal, y en lo fácil que puede ser que una relación te estalle en la cara, tiene un conflicto interno sobre los siguientes pasos que debe dar. Sus necesidades y deseos frente a la practicidad. La vida es mucho más que tener una gran carrera profesional. Sin embargo, tiene que hacerlo bien esta vez. «*Piensa, Claudia. ¿Qué es lo que quieres? ¿Cuál debería ser mi próximo movimiento».* Necesita tomarse un momento, calmarse, no intentar forzar un resultado. Y lo que es más importante, tiene que averiguar qué piensa Lucas de todo esto.

Su relación con él ha ido a tal velocidad que ahora necesita ir paso a paso para asegurarse de que no se está precipitando. Conocer a sus padres, visitarlo en su trabajo. Hasta ahora, no han hecho nada de eso. Han estado en una pequeña burbuja, siempre en casa de ella, refugiados tras sus grandes puertas de hierro. Solos. En privado. Aparte del personal de la casa, nadie lo conoce. Una buena prueba podría ser irse un fin de semana juntos. A un terreno neutral. Él siempre viene a casa de ella; nunca van a la suya de la playa

porque la están remodelando y hay polvo y obreros por todas partes. Le ha enseñado fotos del jaleo que hay allí montado.

Una escapada de fin de semana juntos sería un buen comienzo, una buena prueba para ver cómo congenian los dos solos lejos de todo.

—¿Nena? ¿Has acabado ya? ¿Qué estás haciendo? —Lucas está golpeando la puerta del baño con fuerza.

—Un segundo. —Claudia abre el grifo y se lava las manos. Se las seca en una toalla bordada con sus iniciales, una que compró en una tienda *vintage*. Abre la puerta y se encuentra a Lucas de pie, esperando, con los labios torcidos en gesto de desagrado.

—Cariño, ¿por qué has tardado tanto? Me he sentido muy solo.

Claudia lo engancha por el cuello y atrae a su novio, que parece un perrito triste, para darle un beso intenso y lujurioso. Cuando termina, le habla en la boca.

—¿Por qué no nos vamos de vacaciones?

Se aparta ligeramente.

—¿A dónde, por ejemplo?

—¿Al lago Tahoe? Podríamos irnos un fin de semana. Podemos alquilar una cabaña en el bosque, ¿no?

Lucas inclina la cabeza, como un perro que se esfuerza por comprender una palabra nueva. O tal vez esté calculando algo en su mente, sopesando los pros y los contras de tomarse unas minivacaciones.

—Vale —acepta por fin, bajándose los pantalones y dejando al descubierto su erección—. Lo que quieras, nena, tú solo... dame otro de esos besos sexis.

40

CLAUDIA

El fin de semana en el lago Tahoe es sublime. Las aguas azul celeste y las épicas caminatas por los pinos y disfrutando el aire fresco conforman la escapada perfecta. Se alojan en West Shore, la zona menos turística, donde desde algunos miradores pueden llegar a ver más de quince metros de profundidad hacia el interior de las aguas resplandecientes y cristalinas. Sacan unas tablas de paddle surf, con cuidado de no caerse al agua helada. Incluso a finales de junio, el lago de alta montaña, alimentado por el deshielo, no es conocido por ser un lugar agradable para darse un baño o nadar.

El segundo día hacen una excursión en kayak. La paz y la tranquilidad son maravillosas. El sonido de las risas de ambos, el chapoteo del remo en el agua que va generando pequeñas ondulaciones mientras se deslizan. Lucas es diferente a cualquier persona que haya conocido hasta ahora. Su forma de ser transmite ligereza. Siempre parece estar flotando, como si fuera un corcho que nunca se hunde. No se toma nada demasiado en serio. A ella eso le encanta. Le quita el peso que carga y permite que la brisa se lo lleve. Si le habla de lo dura que fue su infancia al haber sido criada solo por su madre después de que su padre las abandonara, él dice cosas como: «Eres la persona que eres gracias a todo lo que te ocurrió, y eso es algo bonito». O «Abraza este momento, nena. Estamos aquí, juntos, y es increíble. ¡Estamos *vivos*!». Hay algo adictivo en Lucas, en el más dulce de los sentidos. Le quita el dolor, porque cuando está con él, se olvida de sí misma. Se imagina que así podría ser el futuro. Simple. Sin complicaciones. Lucas sería un gran padre, porque posee una inocencia infantil. Solo ve el presente.

En su cabeza no hay un mañana sombrío, no existe angustia alguna sobre lo que deparará el futuro.

Es como si Claudia hubiera descubierto con él su universo personal, lejos del trabajo, de la ciudad, de las exigencias cotidianas. Están los dos y nadie más; solos y juntos. La cabaña, situada en medio del bosque por encima del lago, es rústica, y aunque es verano, encienden un fuego por las noches. Tuestan nubes de azúcar en él, y beben un vino tinto embriagador. Una alfombra de lana gigantesca ante la chimenea lo convierte en un lugar digno del rodaje de una película; ¿la típica escena en la que la pareja hace el amor frente a una chimenea crepitante? Exactamente ellos.

Los orgasmos pueden volverte un poco tonta. Literalmente. Claudia lo sabe porque una vez interpretó a una bióloga en una película. La corteza orbitofrontal lateral, que es la parte del cerebro asociada con el razonamiento, muestra menor actividad durante el sexo. De hecho, puede hacerte perder temporalmente la memoria, sufriendo —bueno, «sufriendo» no es la palabra»— amnesia global transitoria. Sin embargo, conocer estos hechos no impide que Claudia haga ciertos juicios distorsionados, que solo se da cuenta de que son eso, distorsionados, cuando es imposible volver atrás en el tiempo.

La gente siempre asume que las decisiones se toman de forma activa, pero también pueden *tomarse por su propia ausencia*: una *no decisión* también es una decisión. Por ejemplo, aquellos momentos en los que el cerebro se relaja y decide que no es necesario actuar. Claudia no es la primera, y seguro que no será la última, que toma decisiones imprudentes en lo que respecta a una relación de pareja.

Si se ha pasado el fin de semana en el lago Tahoe flotando sobre las nubes, la semana siguiente cae en picado a la tierra, consciente de que las nubes no son más que vapor. Está en caída libre, y no hay nadie que la sostenga.

Lucas cada vez está menos disponible. Más ocupado con el trabajo.

Cuanto más lo llama, más huidizo se muestra. Se pregunta si el anillo de plata que le regaló, una calavera con ojos de color turquesa, fue un mal presagio.

Esto no es lo que ella esperaba.

Minnie va a empezar en breve a trabajar en Fox & Co. Al principio, Claudia no se percató de que ese hecho podría ser algo beneficioso para ella. Solo había pensado en la propia Minnie. Pero ahora ve que puede resultarle útil; puede informarle sobre los movimientos de Lucas.

—¿Te llamas Minnie de verdad? —le pregunta Claudia después de su primer día de trabajo.

—No. Pero mi familia siempre me ha llamado así. Como Minnie Mouse. Mi hermano no sabía pronunciar Jasmine, y se me quedó lo de Minnie. Cuando me llaman Jasmine, me pasa desapercibido, como si no me estuvieran hablando a mí.

—Entonces, ¿Jasmine es tu nombre real?

Minnie asiente.

—Es precioso. Tienes que tomarte las cosas más en serio, Minnie. Haz que te llamen Jasmine y usa ropa más formal. Estás trabajando en la oficina de un abogado. No queda bonito que lleves minifaldas ni luzcas tantos *piercings* en las orejas. Debes llevar traje de chaqueta, o al menos pantalones de vestir negros y una blusa. O una falda elegante. ¿Qué ha pasado con las blusas que te regalé?

—Me quedan raras. Son muy bonitas y te agradezco que me las regalases, pero no son mi estilo para nada.

—La semana que viene nos vamos de compras y buscamos ropa bonita y elegante, ¿vale? Algo que te quede bien, que sea adecuado para ti. Este trabajo es tu golpe de suerte. Podría conducirte hacia otras cosas mejores en el futuro. Lucas conoce a mucha gente en el mundillo. Si trabajas duro y sigues sus pasos, podría empezar a irte muy bien.

Decirle a Minnie que siga los pasos de Lucas es el primer error que comete Claudia.

41

MINNIE

¡Estoy superentusiasmada! Primer día de trabajo y me siento como si fuera la dueña de Los Ángeles. Por fin encajo en este lugar. Puedo llamar a mis padres y decirles que... ¡TENGO UN TRABAJO DE VERDAD!

Cuando le dije a mamá que me había hecho amiga de Claudia Spector, me dijo «Sí, claro». Nadie me cree. Es muy raro. O sea, se creen que la he podido conocer, pero no que sea mi amiga y que salgamos juntas. Pero Claudia me dijo que le restara importancia y que prometiera no hablar mucho con otras personas sobre ella. Me hizo jurar sobre la Santa Biblia que nunca jamás hablaría con los medios ni publicaría nada en TikTok. La respeto muchísimo y de ninguna manera arriesgaría mi amistad con ella. Estoy en la luna. ¡¡¡¡Vivo en Los Ángeles y tengo un trabajo real!!!! Y una estrella de cine deslumbrante como amiga. ¡Es una locura!

Pero ahora Amelia está enfadada. Creo que está celosa, pero ese para nada es mi problema porque básicamente me dejó de lado cuando empezó a salir con Mike. Y como que a Claudia le di un poco de pena, creo. Y ahora que Mike está pasando de ella, de repente quiere hacer cosas conmigo. Ya veremos. Me sentí un poco utilizada por ella, pero no soy de las que guardan rencor y echan cosas en cara. Y supongo que, si no hubiera sido por ella, nunca habría llegado a conocer a Claudia y no habría conseguido el trabajo en Fox, así que estoy superagradecida. Y ahora puedo devolverle a Claudia lo que me ha pagado por el alquiler del piso, aunque me va a costar lo mío. No es que me lo haya pedido, pero mamá dice que es lo correcto, así que estoy intentando ahorrar dinero para pagarme el alquiler y el coche por mí misma. Pero qué caro es Los Ángeles: la

gasolina, la comida... Menos mal que existe Taco Bell. Estoy viviendo de burritos de frijoles porque es más barato que cocinar. ¿O tal vez es que soy una vaga?

42

MINNIE

Así que...

Trabajo. Umm. No sé dónde encajo en la empresa. El señor Fox es superamable y me ha pedido que le llame Lucas. Vale. Pero ¿el otro señor Fox, el mayor? ¿Su padre? Lucas me ha advertido de que ni me acerque a él. Es todo muy raro. Estoy un poco preocupada porque mi trabajo no parece serio, pero Lucas me da dinero en efectivo para comprar suministros y demás y me dice que me quede con el cambio, que a veces son treinta dólares o incluso más, así que soy consciente de que no tiene ningún problema en pagarme. Me ha hecho firmar un acuerdo de confidencialidad. Lo que veo y oigo aquí en la oficina se tiene que quedar en la oficina, para proteger a los clientes. Me parece bien. Mi trabajo hasta ahora es ir por ahí encargándome de pequeñas tareas, pero sin hacer nada en particular. Parece que está intentando inventarse tareas para mí, pero aún no se le ha ocurrido un trabajo de verdad. Quizá para algunas personas eso es aceptable, pero a mí no me gusta. Es aburrido. Hoy he contestado al teléfono y he tomado nota de algunos mensajes. Ah, y no te lo pierdas. He descubierto una foto enmarcada en su escritorio en la que aparece él con su brazo alrededor de una mujer. Su mujer, ¿no? Que está muerta, según me dijo. ¿Y qué ha pasado justo después? Ha sonado el teléfono y, cuando he preguntado quién es, me dice que es su mujer. Ava.

Cuando Lucas vuelve de comer, creo que con Claudia, la conversación transcurre más o menos así:

—Hola, señor Fox... quiero decir, Lucas. ¿Cómo ha estado el almuerzo?

—Genial, Minnie. Gracias.

—¿Dónde has ido?

—A Spago.

—¿Con Claudia?

—No. Con un cliente.

—Ha llamado tu mujer.

Se queda blanco.

—¿Mi mujer?

—Ava. Una mujer que ha dicho que es tu esposa.

—Mierda. —Se queda callado y parece bastante asustado. Como si le hubiera pillado con las manos en la masa—. Mira, Minnie, no es lo que piensas.

—¿Y qué es lo que pienso?

Me dedica una media sonrisa.

—No te pases de lista.

—No. En serio. No sé de qué va esto. ¿Qué debería pensar? ¿O decir?

—No deberías decirle nada a nadie. —Entonces se acerca a mi mesa y me coge de la mano—. Minnie —me dice—. Minnie. Oh, Minnie. —Arruga la cara como sintiera un dolor profundo.

—¿Qué?

—Mi mujer y yo estamos... Mira, no estamos juntos en realidad, pero...

Puedo notar ya que está mintiéndome.

—¿Qué debería decirle a Claudia?

—¿Qué? ¿A Claudia? No le dirás ni mu. Jesús, Minnie. Ni una palabra sobre Ava. ¿De acuerdo?

Frunzo el ceño. Lo miro como si fuera un cretino, que claramente lo es. Claudia es mi amiga, me consiguió este trabajo. Niego con la cabeza.

—No puedo hacer eso. Me parece mal.

—Mierda —dice otra vez—. Recuerda, Minnie, has firmado un

acuerdo de confidencialidad.

—Sí, pero eso es en relación con los clientes y esas cosas. Esto es personal.

—Aun así, lo has firmado.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Demandarme?

—Dios de mi vida. ¿En qué estaba pensando? —Empieza a hablar entre dientes para sí mismo. Como si acabara de caer en la cuenta de que Claudia y yo somos amigas y de que ella me consiguió el trabajo. Y de que, por supuesto, me enteraría de lo de su mujer en cuanto empezara a trabajar aquí. ¿Cómo de tonto se puede llegar a ser? Es bastante tonto. El rubio tonto del tópico. O sea, puede que sea un buen abogado, pero la verdad es que lo dudo. El tipo no tiene sentido común alguno.

—Minnie. Mierda, mierda. Mira. Mi esposa está enferma. Una enfermedad mental realmente seria. Si se lo cuentas a Claudia, podría tratar de hacerle frente y... a ver... podría pasar cualquier cosa. Ava ha estado bajo tratamiento psiquiátrico, en un hospital, como consecuencia de un derrumbe mental. ¿Lo pillas? Ella no puede saber nada de Claudia y, de igual forma, Claudia no puede, te lo repito, *no puede* saber nada de ella.

—¿Por qué empezaste a salir con Claudia entonces?

—Minnie. —Me mira con sus grandes ojos azules como si no lo entendiera—. Ella... Ella... se me insinuó y yo me dejé llevar. ¿Quién no lo haría? Por favor. Te lo suplico. Por favor, que esto quede entre nosotros.

No le contesto.

—Les hará daño a las dos. Por favor. Minnie. Ten compasión.

¿Que tenga compasión?

—¿Perdona?

—A ver, Minnie. —Su voz se convierte en un susurro—. Te pagaré un extra.

—¿Una especie de soborno para que esté calladita?

—No es eso. Es...

—Me siento mal por ambas.

—¡Yo también! ¿Crees que me gusta la situación? ¿Que mi mujer esté enferma mentalmente, al límite? Claudia se volvería loca de celos. Mi mujer podría... —Empieza a dar vueltas por la habitación—. Por favor, Minnie.

—Tienes que elegir entre las dos. Supongo que una esposa debe tener prioridad sobre una novia, ¿no? Y mira que mi amiga es Claudia.

Mueve la cabeza en señal de negación.

—De todos modos, mi historia con Claudia ya se ha acabado.

—Err, no creo que ella se haya enterado de eso, Lucas.

—Pronto lo hará. ¿Te vale con cinco mil dólares?

—¿Me vas a dar cinco mil dólares si mantengo la boca cerrada?

—Sí.

Suelto un gran suspiro.

—Entonces, me sentiría aún más culpable.

—Es una forma de dar las gracias y evitar posibles problemas.

—No lo sé.

—Siete mil dólares.

—¿En serio?

—En serio.

—¿Cuándo me vas a pagar?

Entorna los ojos.

—¿Cómo sé que puedo confiar en ti?

Arqueo una ceja.

—¿Cómo dices? Creo que soy yo la que tendría que hacer esa pregunta.

—¿Siempre hablas así a tus jefes? Debería despedirte por engreída.

—Adelante. Tampoco es que dé la impresión de tener un trabajo

real. ¿Por qué se te ocurrió la idea de contratarme?

—Buena pregunta. No sé en qué estaba pensando. Mierda. ¡Maldita sea!

Considero mis opciones. Siete mil pavos en la balanza. Si me despiden, me quedaré sin nada. Y Claudia podría acabar odiándome porque... ¿cómo es esa expresión? ¿Matar al mensajero?

—Me lo pensaré —le digo.

—No. No hay nada que pensar, Minnie. Tienes que decirme ahora mismo si estás conmigo.

—¿Si estoy contigo en el sentido de que estoy de acuerdo con tu forma de actuar, a dos bandas? ¿O en lo de los siete mil?

—Joder, tienes una lengua muy afilada.

—Solo preguntaba.

—¿Estás dispuesta a guardar silencio si te doy una compensación por ello?

—Está bien —digo con un gesto de desdén.

—¿Prometido?

—Prometido. ¿Prometes tú también darme el dinero?

—Por supuesto. Si no dices palabra, es tuyo.

—De acuerdo.

—¿Tenemos un trato?

—Tenemos un trato.

Nos damos la mano.

Creo que acabo de hacer un pacto con el diablo.

43

MINNIE

Claudia me llama unas semanas después. No para ver cómo estoy o para hacer algún plan juntas, sino para obtener información sobre Lucas. Estoy en una posición de mierda. Y últimamente me está dando la impresión de que me recomendó para el trabajo solo para poder espiarle. Y eso no está nada bien. Se están comportando como dos auténticos imbéciles.

Amelia ha vuelto con Mike. Estoy en Los Ángeles con un trabajo que odio. Me están sobornando. Usando. Y ahora creo que quiero volverme a casa. Un día de lluvia en este lugar es lo único que se necesita para darte cuenta de que no es el paraíso que creías que era. Todo el mundo utiliza a todo el mundo. Le devolví a Claudia el alquiler de dos meses, liquidé una parte de mi crédito y ahora me quedan quinientos dólares de este dinero culpable, pero sigo teniendo que pagar los gastos del coche, así que no puedo dejar mi trabajo. No soy mucho mejor que ellos.

Claudia quiere saber a dónde va Lucas y a quién está viendo. Me muero por decirle: «*¡Está casado, qué sorpresa! ¡Su esposa muerta está viva!».* Pero no lo hago. Me siento deprimida. Abatida. Hecha una mierda. He vendido mi alma al diablo y quiero volver a casa. ¡Ah! ¡Qué notición! Ava vino a la oficina. ¡Y adivina! No es ninguna loca suicida. Es una persona corriente. Es supervisora de guiones. Tiene un trabajo normal. También es guapa. En mi opinión, más que Claudia. Pelo oscuro ondulado. Grandes ojos marrones. No es esquelética ni neurótica como la actriz. Le dije que me llamaba Jasmine porque quería parecer profesional, porque me di cuenta de que me miraba en plan «qué cojones hace aquí esta persona, de qué trabaja», y yo comparto su duda. ¿De qué coño trabajo yo y

qué estoy haciendo aquí? Y por aquí me refiero tanto a la oficina como a Los Ángeles.

Claudia ya no me invita a ningún plan. Como si yo fuera un juguete del que ya se ha aburrido. Parece haberlo planeado todo. Me metió en esta oficina con el objetivo de espiar para ella. ¿Estaré paranoica perdida o quizá se ha dado cuenta de que algo va mal? Tal vez sepa que yo sé algo y por eso se está comportando de forma tan fría y distante conmigo. Lo que sea. El resultado es el mismo. Estoy sola. Sin amigos. Sin familia. Echo de menos a mi madre; también a mi exnovio. Quiero volver al este, que es mi hogar.

Estoy muy confundida. Completamente sola. En casa, en mi apartamento, como ramen sola mientras veo Netflix sola o me meto en TikTok sola, lo cual me deprime más al ver cómo todo el mundo tiene una vida tan de puta madre y yo soy un fracaso tan grande. Cuando Claudia quería que pasara tiempo con ella, yo me sentía en la cima del mundo, y ahora no le importo una mierda. Ídem con Amelia. Porque ahora Amelia y Claudia hacen cosas juntas y no me invitan. Lucas es el único que está siendo agradable. Demasiado agradable. Lascivo incluso, diría yo. Últimamente ha estado insinuándose. Muy tocón. Pero no es algo que yo no sepa manejar. Puedo incluso usarlo a mi favor; sé que es ligero de manos en general, con los sobornos también. En realidad, me hace reír, es lo único en mi vida que me hace reír actualmente. Podría llegar a planteármelo si estuviera soltero. Pero tiene dos relaciones. Así que puede meterse por el culo esas manos largas que tiene.

—Minnie, nena. —Lucas se inclina sobre mi escritorio. Por fin tengo algo serio que hacer. Estoy ordenando sus hojas de cálculo de Excel para ponerlas en orden alfabético. Organizo sus archivos de forma que tengan algo de lógica y sea capaz de dar con ellos más fácilmente. Me gusta mucho la IA, es increíble lo que puede llegar a hacer. Lucas está impresionado con mi trabajo y me suelta tópicos

del tipo: «Eres mucho más que una cara bonita». Siempre ha sido muy amable conmigo, en realidad. Me pregunta cómo estoy todos los días. Incluso me llevó a hacer surf una vez. Y, de acuerdo, comprendo el interés que puede llegar a generar. Cuando pone su atención en ti, es como si fueras la única mujer que existe sobre la faz de la tierra. Pero no. Es mi jefe. De ninguna manera voy a convertirme en la tercera en discordia. Además, es demasiado viejo para mí. Y tal vez haya más mujeres en su vida además de Claudia y su esposa. No me extrañaría que también se esté tirando a alguna más.

—Lo estás haciendo muy bien, nena —dice con una sonrisa.

—No soy tu nena.

Me guiña un ojo.

—Para mí sí que lo eres. Estás muy guapa hoy. Me encanta esa faldita de tartán.

—Todo el mundo me dice que cambie mi forma de vestir.

—No cambies nada, Minnie Mouse. Tus piernas son pura tentación. —Se relame mientras lo dice. Me mira de arriba abajo. Qué sutil. No. La protuberancia en sus pantalones lo dice todo—. Me encanta venir a la oficina cada mañana, Min. Y ver esas piernas tremendas. Me levantan el ánimo, ¿sabes?

Le recuerdo que lo que está haciendo es acoso sexual y que podría demandarle. Me mira avergonzado durante un segundo y luego vuelve a empezar a relatarme la historia de su padre y el cliente japonés, patatín patatán. Bostezos y más bostezos. Solo lo escucho a medias. A Lucas le encanta quejarse y se supone que yo debo empatizar con él, asentir y escucharlo activamente. Le sigo el juego. Aguantaré seis meses más y luego me voy de aquí; me vuelvo a Buffalo, estoy harta de este lugar. Ya ni siquiera me gusta el sol, rezo para que llueva, me aso de calor en verano. Pero, como he dicho antes, cuando llueve ves Los Ángeles tal y como es. Un nido de

serpientes y edificios feos, cuadrados y desangelados, y todo ello con permanentes atascos interminables. Los Ángeles carece de espíritu alguno. Ni siquiera el centro de la ciudad lo tiene. Solo es un gran cúmulo de putrefacción urbana que abarca cientos de kilómetros, salpicado aquí y allá con enclaves millonarios/billonarios como Bel-Air y Hancock Park o la mayor parte de Laurel Canyon, donde vive Claudia. Lugares de lujo en los que nunca llegaré a vivir. Caminar por Los Ángeles no es lo mismo que hacerlo por una ciudad real. Todo el mundo va en coche a todas partes porque es inmensamente grande. No hay intimidad. El otro día un policía me amenazó con arrestarme por cruzar la calle imprudentemente. En serio. No se puede ni cruzar la calle con libertad. Lucas me deja conducir su Lexus para hacer recados, así que no me puedo quejar. Aun así, juro que tengo ganas de matar a alguien. Tengo una ira dentro de mí que no puedo explicar y ahora entiendo por qué la rabia conduce a algunas personas a cometer masacres. Me dan ganas de coger una escopeta y arrasar con todo. No lo haré, hombre, claro que no. Pero así es como me siento por dentro.

Quiero derribar el mundo a gritos.

Estoy *cabreada.*

Joder, estoy enfadadísima y no sé por qué.

44

MINNIE

He hecho una tontería. Ava ha estado fuera de casa, trabajando o algo así. Parece que a Lucas le da miedo su mujer. Claudia ha dejado de llamarme, así que tal vez su relación se haya retomado. Quién sabe. Ni pregunto, mejor no saber nada. El caso, Lucas me dio instrucciones para ir a recoger a las perras de su guardería en Topanga y llevarlas de vuelta a su casa para que Ava las encontrara allí cuando llegara y no tuviera que sufrir el tráfico en hora punta. A él no le da tiempo a hacerlo, y le había prometido a Ava que iría él mismo.

Bien. Misión cumplida. Perras felices de vuelta en casa.

Bueno. Estoy en su habitación mirando el armario de Ava y, vale, me pruebo un jersey de cachemira por pura diversión; las perritas están contentas de estar en casa y estoy jugueteando con ellas, que están saltando en la cama ladrando, cuando oigo que se acerca alguien; prácticamente me arranco el jersey por encima de la cabeza, pero me aprieta bastante y me encuentro atrapada en esa prenda; en ese momento, noto que se me engancha un pendiente. Me sacudo el jersey de encima y veo que no está por ningún lado y no tengo tiempo de buscarlo, así que meto el jersey en el armario y salgo corriendo de la habitación, casi chocando con alguien, pensando que es Ava, pero no.

Es la limpiadora.

Intento inventarme alguna excusa para poder quedarme algo más de tiempo por ahí y encontrar el pendiente, pero no se traga ninguna. Tiene la aspiradora en una mano y la boquilla en la otra y me dice:

—Tengo que limpiar esta habitación, por favor, vete para abajo y

llévate a las perras. —Es una señora mayor que da miedo, con ojos de acero y acento extranjero; me hace sentir que tengo que hacerle caso obligatoriamente.

Eso hago.

Ahora hay un pendiente mío extraviado, oculto en algún lugar de la alfombra tupida del dormitorio de Lucas y su mujer. Con un poco de suerte, la limpiadora lo aspirará y fin del problema. No es que tenga mucho valor, es solo un aro de circonita que me costó diez pavos en Claire´s.

Aunque, bueno, diez pavos son diez pavos.

Ah, y además de todo eso, la madre de Lucas está todo el día encima de mí, espiándome. Parece que sabe lo de Claudia y no está precisamente contenta. Vino a la oficina el otro día y me interrogó sobre ella. La llamó golfa y dijo que el señor Fox, el mayor, también está muy descontento. ¡Incluso saben dónde vive Claudia! ¿Cómo saben eso? Juro por Dios que creo que la señora Fox la ha estado siguiendo porque sabe hasta qué coche tiene. Me ha dicho que Lucas niega que haya tenido relación alguna con Claudia. Finge que apenas la conoce. Le dijo que eran imaginaciones suyas, así que quería que yo le dijera la verdad; le he contestado que no tengo ni idea. Por cierto, otra persona que me ordena vestir mejor. Estoy hasta el moño de que los adultos me den órdenes; yo también soy ya adulta.

Avanzamos un día; el maldito pendiente, del cual ya había advertido a Lucas, ha puesto todo patas arriba. Al parecer, Ava lo encontró apenas una hora después de llegar a casa. La limpiadora no lo aspiró, lo que significa que no es muy buena en su trabajo. O quizá, que es buenísima, si es que al dar con él, pensó que era un diamante real y es superhonesta. Lucas podría haberle contado la verdad a su mujer, pero no, mi jefe no es capaz de decir la verdad.

Es un mentiroso patológico, es capaz de mentir sobre las cosas más pequeñas; y bueno, sobre cualquier cosa en general.

Simplemente. No. Puede. Decir. La. Verdad. Parece que vive y respira para mentir, se alimenta de la mentira.

—Sabes usar Photoshop, ¿verdad? —me pregunta cuando vuelve a la oficina.

—Claro.

Me envía por correo una foto de Ava con un vestido rojo.

—Elimina los pendientes que lleva en esta foto y sustitúyelos por los tuyos, por el que acabó en mi casa.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

—No puedo...

—Hazlo, Minnie. Me has metido en este lío, ahora me tienes que sacar de él. Y haz que parezca realista.

No tiene ni idea.

—¿Crees que es así de fácil? —le digo—. Tengo que encontrar una foto mía en la que salga con los pendientes, ajustar bien las proporciones y el ángulo y eliminar las sombras que sus pendientes proyectan en el cuello y... Oye, Lucas, no es tan fácil como te crees.

—Bueno, tú hazlo. Envíame la foto retocada cuando la tengas. Más vale que parezca auténtica.

Cinco minutos después, Claudia llama, intentando sonsacarme información sobre el paradero de Lucas y sus intenciones; parece obvio que no la ha llamado últimamente. Me pide la dirección de su casa. Le digo que no la sé. Me dan ganas de contarle toda la historia: que su mujer no está muerta, sino vivita y coleando; que Lucas les ha estado mintiendo a ambas sobre absolutamente todo; que su madre psicópata sabe dónde vive y que debería andarse con ojo. Debería ahorrarle a Claudia la angustia de estar tan colada por

un tío que se comporta como un niño malcriado y está engañando a todo el mundo.

Un mentiroso en serie.

Un adicto al sexo.

Claudia debería enterarse de todo, y Ava también. Claudia se volvería completamente loca. La conozco, es superorgullosa. No puedo ni imaginarme hasta qué punto estaría resentida si descubriera que el hombre que ha ocupado sus pensamientos todo este tiempo es un verdadero imbécil. Y lo que es peor, no me puedo creer que yo lo esté ayudando a serlo. Pero aún tengo deudas y necesito el dinero, y además es mi jefe, ¿qué otra cosa puedo hacer?

Cuando acabo con la foto, Lucas me dice que vaya a imprimirla. Que busque un marco plateado y la enmarque, y la ponga en su escritorio como si siempre hubiera estado ahí. Cuando menos lo espero, su mujer se cuela por la oficina. Me las arreglo para evitarla, saliendo discretamente antes de que pueda verme. Me siento culpable a más no poder. Primero, la madre; ahora, la esposa. Estoy enredada en su red de mentiras e intrigas familiares.

Unas semanas más tarde, Lucas me obliga de nuevo a hacer un montón de retoques en Photoshop, esta vez no solo a una foto, sino a toda una colección. Tengo que cambiar los fondos y las ubicaciones. Usando fotos antiguas de Ava —algunas en bikini, otras con vestido— la trasplanto de Malibú al Caribe. Me invento playas, un hotel de cinco estrellas... Esta vez lo hago en mi teléfono con una aplicación de edición de fotos que utiliza configuraciones predeterminadas de ubicación y una herramienta para eliminar fondos. Cambiando uno por otro, voy poniendo por capas el fondo del Caribe. Ajusto la exposición y la saturación. El resultado es bastante obvio y artificial si se mira con detenimiento, pero a estas alturas me da bastante igual. ¿Por qué quiere fingir Lucas que

estuvieron de vacaciones si no es verdad? No tengo ni idea. Si alguna vez le cuestiono algo, me dice que estoy siendo atrevida e insolente, así que ya paso de preguntar qué cojones está pasando. Como ya he dicho, es un *mentiroso* patológico. Debe disfrutar muchísimo inventándose historias.

Nunca me había sentido tan mala persona ni me había avergonzado tanto de mis decisiones. Si hubiera tenido la más mínima idea de que ser asistenta personal se iba a convertir en algo tan turbio, de ninguna manera me habría metido aquí. Me siento como una villana. Estoy empezando a odiar al tipo con todas mis ganas por usarme de esta forma para engañar y mentir a su mujer. Y, además, se ha cargado mi relación con Claudia porque no soy capaz mentirle en toda su cara, así que ya ni siquiera la llamo. A Lucas le dejé claro que me negaba a trucar más fotos, pero me volvió a sobornar con un extra. Supongo que eso me hace tan culpable como él.

Como dije antes, le he vendido mi alma al diablo. Un diablo rubio y mujeriego de ojos azules que se esconde tras una bonita sonrisa y una cartera enorme.

Cuando haya terminado de pagar el coche, me largaré de esta ciudad asquerosa.

Mantendré mi boca cerrada sobre los actos de Lucas. Y sobre los míos también.

De momento.

Cuando salgo de la oficina al final del día, conduzco hasta la playa y grito a pleno pulmón.

No aguanto más esta mierda.

45

CLAUDIA

No pierdas de vista a tus enemigos.

Claudia está viendo *Eva al desnudo* por vigésima vez. La película de Bette Davis sobre una joven estrella, Eve Harrington, a quien el personaje de Bette Davis, Margo, cuida como una mentora y toma bajo su protección, pero Eve la traiciona usurpando su carrera teatral, arrebatándole lo más valioso que tiene en la vida de la forma más «sutil» e ingeniosa posible, delante de sus narices. Una de esas personas de las que nadie sospecha hasta que es demasiado tarde. Una conspiradora muy astuta, una estratega que se aprovecha de aquellos que se han jugado el cuello por ella.

¡Después de todo lo que Claudia ha hecho por Minnie! Está claro que está teniendo una aventura con Lucas. Está siendo desconfiada y recelosa cuando hablan sobre él, y además eso coincide con que Lucas empezó a mostrarse contradictorio cuando hablaba con Claudia justo cuando Minnie comenzó a trabajar para él. Se muestra cercano o distante, según el día. No responde a sus llamadas y mensajes, le ofrece su atención solo de forma esporádica e intermitente. A veces es cariñoso, pero luego... nada. Su sobrina, Amelia, también se lo ha confirmado. Le ha dicho a Claudia que está segura al noventa y nueve por ciento de que Minnie se está acostando con Lucas por la forma en la que se está comportando y por lo colorada que se pone cada vez que se menciona su nombre.

¡Qué tonta ha sido Claudia! Minnie no es una chica dulce e inocente, sino una aprovechada, una oportunista y, a diferencia de Claudia, probablemente se abre de piernas para Lucas cada vez que él chasquea los dedos. Minnie es un blanco fácil; no se va a preocupar de formar una familia o de tener conversaciones

trascendentales. Lo va a usar para mejorar su posición, de la misma forma que él va a usarla a ella. Por sexo. Vamos, Minnie encaja a la perfección en el molde del estereotipo hollywoodiense. Sin duda, también le ha mentido sobre eso de que no quiere ser actriz. Lo que le falta es verla en la tele en horario de máxima audiencia con un papel protagonista.

No la culpa directamente; es joven y fácil de impresionar. Pero, chico, su traición escuece mucho. Claudia se había sentido como su hermana mayor, su mentora. Invirtió una barbaridad de tiempo en la chica. La tomó bajo su protección. Las películas que vieron juntas, los largos viajes en coche, las visitas a museos, la ayuda que recibía de Minnie para elegir peluca o disfraz para camuflarse. Se sentía mucho más unida a ella que a su sobrina, su propia sangre. Quiere quedar con ella y hacerla reaccionar, entrar en razón. «*¡Lucas es un adicto!».* La traición cala hondo en su subconsciente. Otra relación fallida.

«Ay, Minnie, cariño, ¿qué se te ha pasado por la cabeza?».

Ha sido un día largo siguiendo sus movimientos. Claudia la espera fuera del despacho de Lucas. Lleva su característica falda corta y botas militares, y un abrigo largo y suelto bordado con motivos florales. Claudia tiene la necesidad de verlo con sus propios ojos, necesita pruebas porque aún no puede creerse que sea capaz de hacerle algo así.

No es fácil seguir a alguien en tu coche. Tienes que permanecer muy cerca para no perderlo de vista, y a la vez lo bastante lejos para que no resulte muy obvio. En las películas lo hacen parecer muy sencillo. Incluso ha rodado escenas así durante su carrera, pero en la vida real, entre el tráfico, los conductores que te cortan el paso en cualquier sitio y los semáforos que hay por todas partes, es desesperantemente complicado. Primero, el viaje la condujo hasta Topanga, donde Minnie recogió a Safo y Ariadna de la guardería

canina. Luego continuó a través de Topanga Canyon por la carretera del Pacífico hasta llegar a la casa junto a la playa de Lucas. Claudia no da crédito a lo idiota que ha sido. Lucas le había mostrado todas esas fotos de su casa en pleno proceso de remodelación, le había dicho que a los trabajadores les quedaban al menos tres meses para terminar. ¡Mentiras! No hay obreros alrededor, no hay ninguna de señal de que allí haya obra alguna. ¡La casa está perfecta! No hay escombros como en las fotos que le enseñó, que, de hecho, ¡no eran ni de la misma casa!

En cuanto a Minnie, no solo va por ahí pavoneándose en minifalda y conduciendo el Lexus de Lucas como si fuera suyo, sino que además tiene las llaves de su casa. Lo de la minifalda le revienta; ¡con todos los conjuntos tan bonitos que le regaló, que le costaron miles de dólares! Pensaba que compartían una buena amistad. Lucas se está tirando a Minnie con sus largas piernas de veintidós años, está clarísimo. Ser una estrella de cine no le da a Claudia prioridad sobre las jovencitas guapas. La juventud siempre triunfa en Hollywood, ¿verdad? Lucas ha pasado página; Minnie es carne fresca y tierna. Y pensar que ha malgastado tanta energía fantaseando con formar una familia con él, ¡cuando está claro que está satisfaciendo sus deseos en otro lado! No es de extrañar que haya estado posponiendo la idea de conocer a sus padres.

¡Qué cojones*!*

Bueno, pero se está acordando ahora de que Lucas le ha estado hablando últimamente de problemas en el trabajo, diciéndole que anda desconcentrado y estresado. ¿Y si hay algún error, alguna pieza del puzle que ella no está siendo capaz de ver? ¿Es posible que esté sacando conclusiones precipitadas? Minnie no sería capaz de hacerle esto. ¿O puede que sí? ¿Y si esta casa pertenece a otra persona? ¿Un amigo de Lucas que está cuidando a las perras? Crystal la trató tan mal que... ¿y si está siendo paranoica, poniéndose en lo peor?

¡No! ¡No! ¡No! Claudia tiene en sus narices la que es la casa junto a la playa de Lucas, tiene que serlo. ¿Por qué iba a recoger Minnie a las perras de la guardería y dejarlas en casa de un vecino? Además, ¿por qué iba a tener la llave de la casa de un vecino? Está claro que no es la casa de las fotos, cierto, pero Claudia es consciente de que ha sido una estratagema. ¿Las sacó de bancos de imágenes *online*?

¡El *esfuerzo* que se necesita para tejer todas estas mentiras! ¿No es mucho más fácil decir la verdad? Si lo ha hecho con lo de la casa, podría mentir sobre cualquier cosa, seguro. Por la razón que sea, no quería que Claudia fuera a su casa. Y lo que está claro es que tener una casa en Malibú no es algo de lo que avergonzarse. ¿Qué está ocultándole?

Solo hay una manera de averiguarlo. Preguntarle a la propia Minnie. Claudia va a notar si le está mintiendo con solo mirarla a los ojos. Hace tiempo que no la ve, en parte porque ha estado muy ocupada grabando, en parte porque Amelia estaba celosa —»Soy tu sobrina, ¿por qué quedas con mi amiga en vez de conmigo?»—, y en parte porque Minnie estaba esquiva y muy evasiva si, cuando hablaban por teléfono, le preguntaba acerca de Lucas.

Ahora no es el momento de confrontarla. Mejor la invitará a cenar para hablarlo con calma y de forma razonable.

Más tarde, la llama, pero no le contesta, y cuando envía a Roger a su apartamento para que la recoja en la limusina, Minnie no está en casa.

46

CLAUDIA

Estamos en septiembre. Han pasado dos meses en un abrir y cerrar de ojos, y Minnie sigue evitando las llamadas de Claudia, contestando a sus mensajes con monosílabos. Se siente como un coche con una rueda pinchada. Un deportivo con el que Minnie se divertía y al que abandonó cuando dejó de serle útil. Para conseguir procesar la traición, ha volcado toda su energía en el trabajo. Estos dos últimos meses ha estado en Nueva York, bajo un calor sofocante, rodando *Cat's Cradle*. El trabajo, como siempre, ha sido su bálsamo, su medicina.

Ha finalizado de rodar la película, y apenas hace un día que ha vuelto a casa, a Los Ángeles, cuando recibe una llamada de Lucas, que no ha dado señales de vida en las últimas seis semanas, aproximadamente. Como si pudiera oler su presencia, olfatear su herida aún sin cicatrizar.

—Hola, nena —dice Lucas con tono jovial cuando la llama a medianoche—. Siento haber estado poco presente últimamente.

—Eso es quedarse corto —replica Claudia, deseando poder estar más relajada en general en relación con Lucas. Mientras estaba en Nueva York, tenía la esperanza de quitárselo de la cabeza. Funcionó ligerísimamente.

Vagamente.

Pero no completamente. Forma parte de su vida, le guste o no.

Claudia ha hecho todo lo posible por mantenerlos al margen, a los dos, a Lucas y a Minnie. ¿Y ahora la llama de nuevo como si nada hubiera pasado? ¡Como si siguieran juntos! Han cambiado muchas cosas en este tiempo. Se ha muerto de ganas por llamarlo, pero

¿cómo puede considerar tener una relación con un hombre que ha estado ignorándola y con toda probabilidad engañándola?

«Que le den».

Claudia aún no se ha ido a la cama. Su agente le envió un guion en el que estaba absorta cuando ha sonado el teléfono. El papel, el de una prostituta —o trabajadora sexual, como ella prefiere decir— del siglo XVIII, es interesante. Una interpretación en la que podría involucrarse con entusiasmo. Aunque está despierta, por sus propios principios no le gusta que la gente llame tarde, a menos que sea una emergencia. Después de las nueve de la noche y antes de las nueve de la mañana es de mala educación hacerlo, sobre todo cuando lo más probable es que se trate de una llamada para echar un polvo.

La voz de Lucas suena irritantemente animada.

—Siento mucho no haberte llamado, nena. Te echo de menos. Necesito verte.

Muy a su pesar, Claudia siente que se le revuelven las tripas. Ella también ha echado de menos a este hijo de puta mentiroso. Cuando deja que la gente entre en su corazón —lo que no ocurre muy a menudo—, se involucra demasiado. Lucas ha impactado en su vida de muchas formas.

Está a punto de echarle la bronca. Pero es mejor, sin embargo, verlo en persona mientras le miente a la cara. Preguntarle por Minnie mirándolo a los ojos, para verlo por ella misma. Está segura al noventa y ocho por ciento de que se está acostando con ella, de ahí su silencio y el de Minnie en los últimos tiempos. Una doble traición a la confianza. Pero ¿y si no es así? Ese dos por ciento de duda la atormenta. Desea con todas sus ganas que haya una explicación y supone que debe darle la oportunidad de explicarse, por si las moscas. No hay nada peor que el que te acusen de mentir cuando no lo estás haciendo. Se lo debe. No sabe qué hacer.

—¿Cómo te va con Minnie? —le pregunta, deseando que esas palabras no hubieran salido de su boca. «*Era mejor ver su reacción en persona*».

—Cariño, ¿por qué me hablas de trabajo en mitad de la noche?

«¿Trabajo?». Su respuesta la toma por sorpresa. Ella replica:

—Lucas, ¡no puedes aparecer de la nada después de, ¿qué?, seis semanas, y más a estas horas, y esperar que esté a tu entera disposición!

—Cariño. —No dice nada más. El «cariño» le suena a música celestial, maldito sea.

—Creo que me debes una explicación sobre tu casa de la playa —lanza.

—¿Mi casa?

—Nunca me invitaste porque me dijiste que la estaban remodelando, que había obreros por todas partes, que había montones de cemento y arena por doquier. Y las fotos que me enseñaste ni siquiera se parecían a tu casa de verdad.

Un instante de silencio.

Entonces Lucas responde, sin tener en cuenta su pregunta.

—Claudia, ¿quieres verme o no?

Ella no va a dejarlo escapar con tanta facilidad, así que insiste con su pregunta.

—Háblame de tu casa, ¿por qué no lo haces?

—¿Qué? ¿Qué coño es esto?

Recita su dirección de memoria. ¿Por qué se le está yendo la conversación de las manos? ¿Por qué arrastra su dignidad de esta manera? No es lo que quiere.

—¿Me has estado siguiendo o algo así?

No contesta.

—Jesús —se queja Lucas—. Eso no está nada bien. Claudia, ¿en serio? No es propio de ti en absoluto.

La boca de Claudia parece no tener filtro esta noche. Ahora, suelta sin pensar...

—Te estás acostando con Minnie, ¿verdad?

Un carcajada atronadora. Pero la risa suena forzada.

—No puedo creer que pienses eso. ¿Sabes una cosa? No tengo que aguantar estas mierdas, Claudia. Lo único que quería era verte, pasar un buen rato. Y tú estás comportándote como una loca conmigo. No puedo con esto, no lo quiero en mi vida.

—Vale. Voy a llamar a Minnie ahora mismo para preguntárselo. —Claudia cuelga. «¿Comportándome como una loca con él? ¿Cómo se atreve?». Tira el teléfono al sofá, donde rebota entre los cojines, mientras casi puede sentir que le hierve la sangre. ¡Nadie la trata de esa manera! En serio*,* ni una sola persona... nadie le ha faltado el respeto de esa forma desde hace... ni siquiera recuerda cuánto tiempo. ¡Cómo *se atreve a* tratarla como... como a una mujer cualquiera a la que se estuviera tirando esporádicamente! Como a una follamiga o algo así. ¡Ella es *Claudia Spector*! Los altos mandos de los estudios, los directores poderosos y los productores la tratan como... como la estrella que es. ¡Y Lucas, un abogado mediocre de poca monta, la está pisoteando! O al menos intentándolo. ¡*No va a ser su* felpudo, de ninguna forma!

Está que echa humo sentada en el sofá, respirando con dificultad. Se queda a un paso de llamar a Minnie, pero es casi la una de la madrugada, y no va a contestarle de todos modos. Se pone a pensar en la casa de Lucas. ¿Qué es lo que oculta sobre ella? ¿Dónde está el problema? Hay algo que no le cuadra para nada. De repente, algo pasa fugazmente por su mente y se esfuma al instante. Su alianza. No, no tiene sentido.

¿O sí?

Rescata sus zapatillas deportivas de debajo del sofá y se las pone a

toda prisa, atándose frenéticamente los cordones y rompiéndose una uña en el proceso.

—¡Joder! ¡Joder, jodeeeeeeeer! —Sus gritos resuenan en su casa vacía. Su corazón palpita... de rabia, de indignación. Por un segundo, como la actriz profesional que es, observa su comportamiento. Podría serle útil para futuras escenas, quizá tenga la oportunidad de aprovechar este sentimiento de ira frustrada, el nudo en el estómago, el brillo de rabia que nota en sus ojos, el visible temblor de sus manos.

«Quédate en casa, quédate en casa, no seas idiota. *Mejor no molestar a los abogados».*

La mentira no se va de su cabeza.

Y Claudia sigue preparándose para salir. Está fuera de control, desplazándose con rabia, haciendo caso omiso a la sensata voz interior que retumba en su cabeza y que trata por todos los medios de calmar su ira. Coge su bolso de la cocina y una rebeca del respaldo de una silla. Un paquete de Doritos y su termo de agua. Por muchas advertencias que la voz de su cabeza le haga acerca de la idea de conducir hasta la casa de Lucas a estas horas y la humillación que supondría para sí misma, su ser físico no la obedece.

Se pasará en el coche toda la noche si hace falta.

Tiene que averiguar cuál es el secreto de Lucas.

47

CLAUDIA

La bolsa de tamaño familiar de Doritos está vacía. Las migajas han caído por su pecho, se han acumulado en los pliegues de su sudadera y han terminado entre los asientos del coche o aplastadas contra el suelo enmoquetado bajo sus pies. Mañana probablemente le saldrán granos y úlceras. Ha sido una idiota por no cenar bien, por no cuidarse. Con las comidas tan deliciosas que Juana prepara con tanto amor y cuidado; Claudia nada más que tendría que meterlas en el microondas...

Se bebe otro trago de agua, pero en su lugar ansiaría una Coca-Cola Light; también desearía haber parado en una gasolinera para abastecerse de más picoteo y bebidas. El atracón de Doritos no ha servido para aplacar su ira. Anhela unos Hershey's o unos Starburst, esos caramelos empalagosos de su juventud. Se daría un festín.

Continúa vigilando la ventana. Una mujer que no es Minnie vive en casa de Lucas. Se le sube a la garganta el atracón de Doritos, y la absurda sorpresa que le causa la situación —¿cómo es posible que no tuviera ni idea?— casi le provoca dolor de cabeza. Por el comportamiento que muestra la joven, la fluidez de sus movimientos, la forma en la que recorre la habitación, a Claudia le resulta obvio que esta persona es parte de este lugar. No se trata de una novia ni de una invitada. Esta mujer se mueve de una forma... difícil de definir, pero le parece sinónimo de un estatus matrimonial. Lucas entra en escena, por así decirlo. Le dice algo, y ella sonríe y se aleja de la ventana. Se apaga la luz. Probablemente le ha dicho: «Vuelve a la cama».

La mujer tiene que ser la esposa de Lucas.

El anillo de boda. Lo llevaba en el dedo, tan claro como el agua, la

mañana en que Claudia y Lucas se conocieron en el parque en mayo. Le contó que su mujer había fallecido. Cuando sus miradas se encontraron, había lágrimas en sus ojos. Ella le había creído sin cuestionárselo, creyendo que era lo que decía ser, tal y como solía hacer la gente antes de que Internet se apoderara del mundo y de la existencia de las noticias falsas, y antes de que todas las personas se volvieran tan cínicas y desconfiaran tanto de los demás. No lo había investigado a fondo en Internet porque, a menos que se deba a cuestiones de trabajo, se ha propuesto no meterse en ese laberinto que son las redes sociales.

Lucas es una noticia falsa en sí mismo.

Claudia, estupefacta, con la mirada clavada en la ventana —que ya no está a contraluz, sino a oscuras, ya que la luz está apagada—, se plantea qué debe hacer a continuación.

Con la mandíbula apretada y los puños cerrados inconscientemente, piensa con el corazón encogido: «*Podría ser yo*». Si hubiera sucumbido a su petición de quedar esta noche, sabe lo que habría pasado. Los labios cálidos de Lucas sobre los suyos, persistentes y hambrientos, el pelo despeinado de hacer el amor. Juntos en la ducha, el agua formaría un canal en sus espaldas, sus manos no se despegarían del cuerpo del otro, explorando cada curva, cada fisura. Él sabe que tiene una pequeña cicatriz en la cadera izquierda a consecuencia de un accidente de bicicleta que tuvo cuando era niña. Ella ha visto la línea blanca de una cicatriz que él tiene en el trasero por una caída con su tabla de surf. Momentos íntimos, secretos privados y a la vez compartidos. O cuando su mirada exploraba las facciones de su cara, sus ojos, su nariz, mientras le decía lo guapa que era y cómo le había «robado» el corazón.

Robado. La palabra adquiere un significado aún mayor ahora, no es solo un cliché.

Este hombre juega con las emociones de la gente; un día elige tocar la guitarra y al siguiente la cambia por una flauta, aunque le gusten ambos instrumentos de la misma forma. ¿Habrá algún instrumento más? «*¿Por qué no me advirtió Minnie de que estaba casado? Seguro que lo sabía».* Un leve sollozo la deja sin aliento, seguido de una oleada de furia que le arde en el pecho. La furia es buena. Ni puede ni piensa permitirse sentir nostalgia por una relación falsa basada en mentiras y traición. Debería conducir de vuelta a casa y ya está. Si le queda algo de orgullo y tiene cierto instinto de supervivencia, eso es lo único que debería hacer. Pero esa bola de fuego en su pecho suplica por ser saciada antes de que se apague. Anhela algún tipo de cierre. Un desenlace final.

«Lucas necesita que alguien le dé una lección».

La luz se enciende de nuevo. ¿Por qué, se pregunta, la gente se desnuda de noche junto a ventanas iluminadas? *¿Quieren deliberadamente* atraer a mirones? ¿No han visto a Martin Scorsese en su cameo en *Taxi Driver*, sentado en la parte trasera del taxi, mientras observa a su mujer y piensa y expresa pensamientos horribles y violentos? En la película, la mujer de la ventana es solo una silueta, pero lo que Claudia ve ahora es mucho más que una sombra. Durante cuatro minutos enteros observa a una mujer muy atractiva, más o menos de su edad, posiblemente algo más joven. Una mujer cuya silueta muestra que lleva un camisón estilo *babydoll*, del tipo que visten las mujeres embarazadas.

Va a ir hasta la puerta para llamar al timbre y enfrentarse a Lucas. Decirle a la esposa quién es: la amante de su marido. O, mejor dicho, examante. Su historia se acabó, de eso no hay duda. No será una venganza infantil del rollo «ojo por ojo». No, esta mujer merece saber la verdad: su marido es un... infiel, mentiroso, embustero... ¿Cuál sería el sustantivo perfecto para acompañar a todos esos adjetivos? Claudia está tan furiosa que no se le ocurre la palabra

adecuada para definirlo. Sea cual sea, merecería que se la pintaran con un espray en su Lexus. No, eso no parece muy inteligente... la venganza tiene que consistir en algo que él no pueda atribuirle.

Está tan concentrada en la ventana de la casa, medio esperando a que Lucas o su mujer salgan repentinamente y le pregunten qué cojones está haciendo en la entrada, que cuando alguien golpea con suavidad la ventanilla del coche para llamarla siente que el corazón está a punto de estallarle. El terror la agarra del cuello, apenas puede respirar, mucho menos gritar. Un rostro apretado y distorsionado contra el cristal la está mirando. ¿Qué es esto, *Viernes 13*? Pasan varios segundos antes de que se dé cuenta de quién es.

Crystal.

Claudia, la acosadora, está siendo acosada.

Abre la ventana unos centímetros.

—Pero ¿qué coño haces, Crystal? —susurra en un tono sibilante.

Crystal podría echarlo todo a perder. En ese momento, Claudia comprende que no va a confrontar a Lucas en su propia casa. Es la esposa quien debe descubrir por sí misma la clase de persona que es su marido. No es su amiga; no le debe a esa mujer la verdad, no es su problema. Encontrará otra manera de ajustar cuentas con el cabrón de Lucas.

—Abre. —Crystal intenta abrir la puerta.

—¡No! ¡Vete! ¿Qué haces aquí?

—¿Qué haces tú aquí?

—Es un puto país libre.

Crystal intenta abrir la puerta de nuevo.

—Vamos, Claudia, abre, déjame entrar en el coche, solo quiero hablar.

Con un gemido exasperado, Claudia abre la cerradura y arranca el motor. Por suerte para ella, su coche es eléctrico y bastante silencioso. Ha llegado a la conclusión de que no quiere montar una

escena. Ya ha averiguado lo suficiente, ha visto la verdad con sus propios ojos y ahora tiene que largarse de inmediato y no volver la vista atrás. Crystal abre la puerta, se mete de lado en el coche, coloca su pequeño trasero en el asiento y gira las piernas para acomodarse mientras cierra la puerta y se abrocha el cinturón de seguridad.

—Conduce —dice—. Antes de que nos vean aquí.

—¿Nos? —Claudia es consciente de que hay más de una persona. Lo ha presenciado esta noche de forma íntima y casi invasiva. Pero ¿qué sabe Crystal que ella no sepa? ¿Y por qué la ha seguido su ex hasta aquí?

—Por eso he estado *intentando* llamarte —enfatiza Crystal—. Para advertirte sobre Lucas. Pero evidentemente me tienes bloqueada. El tipo con el que has estado saliendo está casado.

—Sí, tenía un leve presentimiento sobre ello —responde Claudia con sarcasmo—. ¿Dónde está tu coche?

Crystal estira las piernas.

—He venido en Uber.

—¿Me has seguido?

—Sí. Le dije al conductor «sigue a ese coche», como hacen en las películas. —Deja escapar su risa melodiosa—. Es curioso cómo las películas se convierten a veces en realidad. ¿Te has fijado alguna vez? ¿Cómo las cosas suceden en la vida real de la misma forma que en la pantalla? *Minority Report* no está tan lejos de hacerse realidad. Ya verás.

—¿Qué quieres, Crystal? —Claudia sale del camino de la entrada de la casa y se dirige de vuelta a casa. No confía en Crystal, y el hecho de que vaya de copiloto en su coche es lo último que imaginaba que pasaría esta noche.

—Quiero que... no sé, que al menos seamos amigas.

Claudia sacude la cabeza con vehemencia.

—Eso no va a pasar nunca; no después de la jugada que me hiciste en el programa de Isabella.

—No sé qué fue lo que me impulsó a hacerlo. Por favor, acepta mis disculpas. —Suspira.

—Me parece un poco tarde para eso, ¿a ti no? Ni siquiera puedo creerme que estés en mi coche y que esté aquí hablando contigo. —Es tarde. Nada de lo que Claudia ha hecho esta noche tiene sentido. Tiene hambre, está cansada, y su vida parece fuera de control. Dos relaciones sentimentales desastrosas, resultado de sus propias decisiones personales, elecciones de mierda que la han conducido hasta donde se encuentra en este momento: siendo acosada por su ex mientras ella a su vez estaba acosando a un hombre casado. Parece un chiste. El tipo de historia de la que se nutren las comedias románticas. Excepto que el romance de esta historia ya no existe. Peor aún, nunca llegó a existir, solo estaba en su cabeza, una invención de sus propias imaginaciones y deseos. Ni Lucas ni Crystal la quieren por la persona que es. La han utilizado, y lo siguen haciendo. Ambos. Está condenada a estar sola para toda la vida. Es autosuficiente en el aspecto económico, pero ¿en el emocional? Es difícil llevarlo todo sola. Pero supone que eso es lo que la espera. Se las apañará como ha hecho toda la vida, y así lo seguirá haciendo.

—¿A dónde vamos? —pregunta Crystal.

—No sé. Me muero de hambre. Me vendría bien comer algo caliente. Canter's, supongo. O han abierto un sitio nuevo que cierra tarde en Thousand Oaks que está más cerca.

—Vale, me apunto.

Claudia se ríe para sí misma. Crystal no tiene vergüenza alguna.

—No es que te esté invitando, precisamente.

Crystal le pone una mano en la rodilla.

—Tenemos que hablar.

Claudia mira a su ex con un gesto de desprecio.

—No, no tengo nada que hablar contigo.

—Por favor.

Claudia retira la mano de Crystal.

—Háblame de Lucas, ya que pareces saber tanto de él.

—Es abogado.

—Obvio, eso lo sé hasta yo.

—Está casado con una mujer que se llama Ava. Es supervisora de guiones. Lo gracioso es que le encantas, es una gran admiradora tuya.

Claudia se ríe.

—Sí que tiene gracia, vaya ironía. No me admiraría tanto si supiera que me he tirado a su marido. ¿Y tú cómo sabes todo eso?

—A través de mi amiga Sunny, que también es supervisora de guiones y muy amiga suya. Al parecer, Ava siempre ha querido conocerte. Incluso se deshizo en elogios sobre ti hace unos meses en una de esas revistas femeninas, *Marie Claire*, *Red* o algo así...

—¿Es famosa?

—No. Era uno de esos reportajes del estilo «un día en la vida de». Es una persona normal; aunque guapa. O sea, muy atractiva. Investigué a Lucas en Internet cuando me enteré de que estabais saliendo. Me topé con ella como en la sexta página de la búsqueda en Google y luego cotilleé su página de Instagram. Y, claro, fui descubriendo más cosas a partir de ahí. En serio te lo digo, debería haber sido detective privado en vez de actriz. Mi última película va a ser un fiasco, apesta a fracaso. Gira a la izquierda más adelante si quieres ir a Thousand Oaks.

Claudia frunce el ceño.

—¿Estás segura?

—Sí, hay atascos si no vamos por aquí. Ayer me pasé varias horas atrapada en uno. Confía en mí, gira a la izquierda.

Claudia ni siquiera recuerda el camino que tomó hace un rato para

ir a la casa de Lucas; estaba en un frenesí de furia e iba con el piloto automático. No le parece que tenga sentido girar a la izquierda, pero hace lo que le dice, demasiado exhausta para llevarle la contraria a Crystal, y de todos modos no le importa conducir unos kilómetros de más. Hay algo terapéutico en conducir de noche. Normalmente Roger la lleva a todas partes, y estar en el asiento del conductor le parece un cambio agradable. Baja la ventanilla para que entre un soplo de aire fresco del cañón, que necesita para mantenerse despierta y maniobrar en las curvas cerradas de la carretera oscura. Muy a su pesar, disfruta de la compañía de Crystal. ¿No es eso un disparate? No, no está dispuesta a dejar que su ex vuelva a su vida, pero verla aquí, en carne y hueso, a su lado, charlando como si no hubiera pasado nada, le parece bien en general. Sin embargo, ya no hay marcha atrás; lo hecho, hecho está. Crystal ya no le parece tan guapa, no le hace sentir mariposas en el estómago ni es tan espectacular y sexi como recordaba; no es tan especial. Para ser sincera, se la ve un poco fatigada. El maquillaje corrido, el pelo desaliñado, bolsas bajo sus ojos. Que las dos entren juntas en un restaurante podría generar muchos cotilleos. Ella también está en un estado bastante lamentable. Sin maquillaje. Pantalones de chándal viejos y holgados y una camiseta hecha trizas. *Vaya dos, están para el arrastre*. Es muy probable que alguien les haga una foto con su teléfono. Su estilista se va a volver loca al ver que todo el esfuerzo que ha hecho durante años se va al traste de un plumazo. A lo mejor a Claudia ya ni le importa.

Piensa en Lucas, en la venganza que se merece por lo que ha hecho y en lo mucho que le va a sorprender el cotilleo, aunque probablemente no le importe una mierda. Reflexiona sobre todas esas mentiras que sus labios de niño bonito han enunciado con tanta facilidad. Pero, sobre todo, en lo humillada que se siente por haber sido tan estúpida. «*La humillación te consume por completo, te roe*

el alma». Es el tipo de emoción que domina tus pensamientos, más incluso que los celos y que la ira. Desearía ser capaz de olvidarse de todo.

—¿Qué más sabes de la mujer de Lucas? —le pregunta a Crystal.

—Que está embarazada. Que es muy buena en su trabajo, pero quiere ser madre a tiempo completo.

Una oleada de... no envidia, sino un sentimiento de desasosiego igual de poderoso invade a Claudia. Puede añadir ahora la vergüenza a su lista de emociones. La pobre mujer de Lucas, esperando un bebé mientras él se pavonea por todas partes a sus espaldas y va mintiendo a todo el mundo mientras lo hace. Se le eriza el vello de los brazos y el cuello solo de pensarlo. Se enfada también al empatizar con ella.

—¿Y estás segura de todo esto?

—Sí, Sunny la ha visto hace poco.

—¿Sabe que Lucas la estaba engañando?

—No lo sé. Si fuera así, desde luego no lo ha mencionado. ¿Tiene el coche un neumático con poca presión?

—No que yo sepa.

—Bueno, en el próximo lugar que sea seguro, paramos por si acaso y echamos un vistazo. Siento que el coche está yendo un poco inestable. ¿Y te importar si conduzco yo? Me estás poniendo supernerviosa en las curvas.

Salen e intercambian posiciones.

Nunca llegan al restaurante con Crystal al volante.

PARTE 3

ANTES

(Un mes antes de la desaparición de Claudia)

48

AVA

Un cielo púrpura de septiembre se cierne bajo y opresivo. La calma antes de la tormenta, puedo sentirlo en el aire. Algo se está gestando además de mi embarazo, aunque no soy capaz de saber exactamente de qué se trata. No logro dejar de pensar en la aventura de Lucas con Claudia, aunque me ha prometido que se acabó, y además me ofreció eliminar el acuerdo prematrimonial para demostrarme lo comprometido que está conmigo, lo sólido que es nuestro matrimonio y lo mucho que confía en mí. Quiere que esta vez mi embarazo transcurra sin sobresaltos, y últimamente no dejar de hablar sobre la idea de ser padre de familia. Me ha suplicado perdón una y otra vez. Lo *he* estado considerando, de verdad, sopesando los pros y los contras..., pero anoche vi un coche salir de la entrada de nuestra casa, y eso hizo que me cuestionara todo de nuevo.

Alguien podría estar vigilándome. O a Lucas, o tal vez a los dos. Y me da a mí que sé quién es ese alguien.

Cuando recibo una llamada de un número desconocido, mis sospechas... si no se confirman, al menos, sin duda, se avivan. Llámame loca, pero siento la presencia de Claudia; de alguna manera, sé que todavía sigue siendo parte de la ecuación, una intrusa en nuestro matrimonio.

Poco después me llama Sunny.

—¿Qué tal, cariño? ¿Cómo va todo? —me pregunta con su habitual tono desenfadado y su acento londinense, que siempre me arranca una sonrisa.

Hablamos un rato de trabajo y me deleita con historias sobre su familia de la India, que va a venir a hacerle una visita, y sobre lo

agotada que está después del verano, pero también me dice lo contenta que está de no seguir viviendo en Londres, y que en su familia son muy pesimistas acerca de la deriva que está tomando el Reino Unido. «Siempre se quiere lo que no se tiene», pienso para mí. Entonces me empieza a contar algo que me deja boquiabierta.

—Creo que tu deseo podría haberse hecho realidad —anuncia con una sonrisa en la voz.

Pienso en Lucas de inmediato. En que ansío que nuestro matrimonio funcione, en cómo lo quiero y en que daría cualquier cosa por tener un entorno familiar estable. Ese es el deseo que más me gustaría que se convirtiera en realidad, disfrutar de la parte buena de Lucas sin tener que soportar la mala; del hombre del que me enamoré, que me hace reír, sentirme protegida y realizada. Es eso por lo que he estado implorando, y lo que deseo con toda mi alma.

—¿Mi deseo? —digo.

—Iba a darte una sorpresa, pero he pensado que sería mejor avisarte con antelación.

—¿De qué va esto, Sunny?

—Eres fan de Claudia Spector, ¿verdad? No dejas de decir que te encantaría conocerla, que te parece maravillosa.

Es como si me estuviera gastando una broma, como si me hubiera dado un puñetazo en el estómago. ¿Fan de Claudia Spector? Ya no, eso seguro, pero es verdad que siempre he querido conocerla. Sunny y yo trabajamos en el mundo del espectáculo, y por ello siempre ha habido una remota posibilidad de toparme con Claudia Spector en algún estudio. Al fin y al cabo, he conocido a muchas otras estrellas de cine a lo largo de los años. Casi quiero reírme de la ironía de la situación. No le he dicho ni pío a nadie sobre Lucas y Claudia.

—Creo que es una gran actriz, sí —digo con evasivas. Nunca le he

mencionado a Sunny la aventura de Lucas. A estas alturas no se lo he contado aún a nadie, ni siquiera a mi vecina Jill, a la que también le encanta *Go Ask Bobbie*.

—¿Qué te parecería poder conocerla? —pregunta Sunny.

Mi cuerpo experimenta un cúmulo de sensaciones que no se pueden describir con palabras. ¿Una caída libre del corazón? ¿Mariposas revoloteando de un lado a otro en mi estómago? ¿El café matutino subiendo por mi esófago? No sabría explicarlo. Es como si mi cuerpo estuviera experimentando múltiples agresiones ante la mención del nombre de Claudia Spector.

—Estás de coña, ¿verdad? —respondo, tratando de comprobar si lo está—. ¿La has conocido en el estudio?

—No, nada parecido. Te estoy hablando de la posibilidad de conocerla *de verdad*, no solo un «Hola, qué tal» así de pasada.

Me está explotando la cabeza. ¿Sunny se ha enterado de lo de Lucas y Claudia y esta es su manera de decírmelo? ¿Cómo es posible que lo sepa? Esto no puede ser una coincidencia, nadie te llama un día de repente, de la nada, para preguntarte si te gustaría conocer a una estrella de cine mundialmente famosa. ¿Habrá ido Lucas por ahí presumiendo de su romance? Será un idiota en muchos aspectos, pero alardear no es algo que suela hacer.

Sunny deja escapar un resoplido que está a medio camino entre la sonrisa y la risa nerviosa.

—No estoy de broma. Me he hecho amiga de Crystal.

—¿Estamos hablando de la misma persona? ¿Crystal Cormac? ¿La novia de Claudia Spector?

—La ex de Claudia, sí. Rompieron hace un tiempo.

—No tenía ni idea de que la conocieras.

—Sí, somos amigas. Bueno a ver, no es que seamos íntimas, pero he podido relacionarme un poco con ella en los últimos tiempos. Por

eso pensé en ti, en las ganas que siempre has tenido de conocer a Claudia.

—Leí todo sobre su ruptura. O, más bien, lo vi en la televisión, Crystal la dejó durante una entrevista en el programa de Isabella Mox. —Me sudan las palmas de las manos. Dejo la taza de café en el suelo por miedo a que se me resbale de las manos y se estrelle contra el suelo. Pongo el teléfono en manos libres.

—Bueno, ahora son amigas otra vez. Digo yo, porque Crystal me ha preguntado si nos gustaría ir a cenar a casa de Claudia.

—Espera. Ve más despacio. ¿Nosotras? ¿A cenar?

—Sí. Tú y yo.

—Pero ¿por qué querría invitar a cenar a su casa a unas completas desconocidas?

Mi corazón late ahora rápido, desbocado, como si intentara huir de la misma forma que lo haría una rata en un barco que se está hundiendo. Una vorágine caótica de posibilidades me inunda la mente. ¿Qué quiere Claudia Spector? ¿Sabe quién soy? ¿Quiere ganarse mi favor para poder acercarse a Lucas? ¿O quitarme de en medio, y punto? No hay duda de que tiene la influencia para hacer algo así. Me asalta la idea de que puede que me quiera muerta, o quizá haya pensado en sobornarme para quedarse con él. ¿Que Claudia Spector me invite a mí, una don nadie, a su casa, cuando se está tirando a mi marido? Algo va mal. Muy muy mal.

—¿Recuerdas cuando saliste en aquel artículo sobre las mujeres trabajadoras? —pregunta Sunny.

—¿El que se publicó en *Woman's Style*?

—Ese. Pues Crystal lo había leído y obviamente le habló de él a Claudia, y de alguna manera ellas...

—Sunny, detente un momento. Mira que me encantaría sentirme halagada y emocionada por conocer a Claudia Spector y sentir que me quiere conocer porque soy una persona increíblemente

interesante, pero tengo que contarte algo muy importante. —Hago una pausa para asegurarme de que me está escuchando.

—¿De qué se trata?

—Claudia Spector se está follando a mi marido.

—¿Lucas?

—Ese es mi marido, sí.

—¡Qué dices! —Deja escapar una risa entrecortada.

—Lo que oyes.

Sunny suelta una risita nerviosa; es obvio que aún piensa que estoy de broma.

—Te estás riendo de mí.

—La verdad es que no. Encontré pruebas y él lo admitió.

Sunny emite un grito ahogado.

—¿Todavía están quedando?

—Él me jura que no. Pero... a ver, entre tú y yo, Lucas... no para de mentir. No puedo confiar en él.

—Lo siento mucho, cariño. Lo siento de verdad, siempre he pensado que teníais un matrimonio perfecto.

—No pasa nada. Quiero decir, sí que pasa, pero lo hemos solucionado. Él jura y perjura que la historia entre ellos se terminó.

—¿Crees que está siendo sincero?

—Quiero creer que sí. —»*Y si no lo creyera, tampoco tengo muchas opciones, estoy atrapada...».*

—Sí, vale, esto hace que la situación sea más complicada, y más extraña.

—Y que lo digas. —Suspiro al teléfono—. Así que, sí, me encantaría conocer a Claudia Spector. O sea, creo que es estupenda, tú ya lo sabes. O lo creía. Pero ahora... no estoy segura de que sea muy buena idea.

—Te mueres de curiosidad, no me digas que no.

Suelto una risa corta y nerviosa.

—Sí, pero también me da miedo. ¿Qué quiere de mí? Soy una persona cualquiera. ¿Por qué quiere conocerme? ¿Por aquello de «no pierdas de vista a tus enemigos»?

—Quizá quiera disculparse contigo. —El tono de Sunny es vacilante.

—¿Tú crees? No lo sé. Algo está pasando, Sunny. Aunque es verdad que si no vamos a conocerla, supongo que nunca lo sabremos. ¿Puedes preguntarle a Crystal y así nos hacemos una idea de lo que quiere Claudia, averiguar un poco sus intenciones?

—Hum... Lo que pasa es que ya le he dicho que sí. Di por hecho que querrías aprovechar la oportunidad. Crystal va a recogernos.

—¿Cuándo?

—A las seis y media de esta tarde. Podemos quedar en mi casa y vamos juntas con ella a casa de Claudia.

—¿Por qué no podemos ir en nuestros coches? ¿Por qué nos tiene que recoger?

—Temas de seguridad, me imagino.

—¡Ja! La seguridad de Claudia, no la nuestra. Nos recoge, y de esa forma no podremos irnos cuando nos dé la gana, ¿verdad? Estaremos allí atrapadas tras esas puertas de hierro sin nuestros coches.

—Se supone que iba a ser algo espectacular.

—Sí, Sunny, pero no es con tu marido con quien ha estado teniendo una aventura. ¿Y si quisiera... no sé... hacerme daño o algo así?

—Lo dudo. La gente dice que es muy buena persona. Muy agradable.

—Todo es muy extraño.

—Es verdad, tienes razón. Pero, aun así, a mí me apetece ir. Venga, va a ser muy divertido. ¡Me muero por conocerla!

—Déjame pensarlo.

49

AVA

Las mujeres no nos vestimos para que los hombres se recreen en nosotras, al menos no tanto como la gente supone. Pero sí para que lo hagan otras mujeres. Sobre todo, para las que admiramos.

O para aquellas a las que tememos.

Rebusco en mi armario tratando de encontrar la ropa perfecta. ¿Vestido y tacones? No, ¿y si tuviera que ponerme a correr para salvar mi vida? Aunque no sé hacia dónde podría hacerlo. He leído ese artículo *de Vanity Fair* tropecientas mil veces y sé que hay una cancela de hierro en la propiedad de Claudia Spector, lo cual me hace suponer que debe haber muros altos junto a ella, porque si no, no serviría de nada. ¿Qué pasa si tengo que escapar de allí? ¿Estoy siendo paranoica a más no poder? ¿Le estoy dando demasiadas vueltas? Sunny piensa que sí, y no tiene duda alguna en que vayamos a cenar. ¿Y yo? Bueno, yo estoy temblando visiblemente mientras me estoy preparando para ir. Quiero rechazar la invitación. Me siento como la chica que baja al sótano en una película de terror, con una atracción irresistible hacia lo desconocido mientras todo el mundo grita a la pantalla: «*¡No seas idiota!».* O «*¡Mira detrás de ti!».*

Es obvio que no puedo decirle a Lucas a dónde voy. Me lo prohibiría. Se volvería loco si se enterara. No puedo arriesgarme a que lo sepa, por muy tentada que esté de soltárselo a la cara. Así que me he limitado a decirle que Sunny y yo vamos a salir a cenar. «Una noche de chicas para ponernos al día», y cuando me preguntó dónde, le dije que no lo sabía, que lo decidiríamos sobre la marcha. Está abajo viendo una película, y yo me estoy probando ropa, poniéndomela y quitándomela, tirando la mitad de mi armario sobre

la cama, conjunto tras conjunto, sintiendo que no tengo «nada que ponerme» mientras se van apilando en una minimontaña vestidos, faldas y tops de todos los colores y estilos. Fuera hace calor. Acabo eligiendo unas zapatillas deportivas blancas, pantalones cortos y un bonito top elástico estilo corsé rosa y verde, y en el último momento cambio las zapatillas por unas bailarinas. Puedo correr con ellas y además he añadido un toque de elegancia a mi atuendo, que de otro modo sería demasiado excéntrico. El top es muy sexi. Sí. Deja ver mi pequeña barriguita de embarazada y a la vez muestra mis pechos más voluminosos de lo habitual. Quiero transmitirle a Claudia un mensaje claro: puede que tú seas una estrella de cine, pero yo estoy tan buena como tú. Ah, y para tu información, estoy embarazada de *mi* marido.

Estoy tan desesperada por conseguir el *look* perfecto que acabo asaltando el armario de Lucas y cojo una de sus americanas, que me está un poco grande, pero que funciona, me queda mona. Y para ser sincera, de repente me siento ridícula toda apretada en el top, así que disimularlo con una chaqueta enorme ayuda bastante. Voy un poco tarde y cambiarme otra vez no es una opción, a menos que quiera estresarme todavía más.

Al final, cuando me miro al espejo, no sé qué pensar de mí misma. ¿Parezco ridícula? ¿O voy a la última moda? No tengo ni idea, pero ya está bien de hacer esperar a Sunny.

***

Crystal está sentada en su coche frente al apartamento de Sunny, lista para llevarnos a casa de Claudia. Se presenta, me mira brevemente como si estuviera examinando la mercancía y, por supuesto, tengo la sensación de ir o demasiado arreglada o absolutamente informal. Es absurdo que me sienta más cohibida con respecto a conocer a Claudia Spector de lo que me he sentido con

ningún novio hasta la fecha, ni siquiera con Lucas. No es ya el hecho de estar deslumbrada por la ocasión, sino nerviosa. O, más bien, aterrorizada. ¿A qué estoy jugando? No dejo de preguntarme por qué quedo con una mujer que tuvo, y quizá siga teniendo, una aventura con mi marido. Crystal no ha dicho nada al respecto. ¿Sabrá lo del romance entre Claudia y Lucas? ¿O la estarán usando como si fuera un peón en el ajedrez? Todo es demasiado extraño. Quiero preguntarle de inmediato, pero no lo hago.

El coche se empieza a mover. Miro aturdida por la ventanilla y, de repente, quiero volver a casa. Lo que estoy haciendo es una temeridad fuera de lo común. Odio a Claudia Spector por lo que ha hecho: entrometerse en mi matrimonio, revolverlo con su gigantesca cuchara de oro sin pensar en nadie más que en sí misma. Recordemos que se trata de una estrella de cine. Está acostumbrada a que la gente la adore, a conseguir muy probablemente siempre lo que quiere. ¿Ha olvidado lo que es ser alguien pequeño, una persona normal que lucha por su familia en este mundo injusto? ¿La fama la ha vuelto tan arrogante que se cree que con un simple chasquido de dedos puede hacer aparecer a la mujer de un hombre con el que ha tenido una aventura?

Pues es obvio que sí, porque aquí estoy.

Apuesto a que quiere sobornarme. Como si el amor fuera una mercancía que tuviera un precio. «*Lo siento, Claudia, a mí no me puedes comprar*».

Me estoy reprendiendo a mí misma por no pensar bien las cosas, como de costumbre. Quiero detener esta «fiesta» feliz, suplicarles que den la vuelta. Están riéndose y cotilleando mientras yo voy detrás sola, asustada y enfadada conmigo misma.

Sunny va delante con Crystal, riéndose a mandíbula batiente. Están hablando de gente que tienen en común dentro del mundo del espectáculo, conversando animadamente entre ellas sin pensar en

mí ni en lo nerviosa que estoy. Tengo la boca seca y la cabeza sobrecargada con ideas y diferentes posibilidades acerca de cómo podría ir el encuentro; peor aún, de cómo podría acabar. No puedo negar que tengo mal genio cuando me provocan. ¿Y si pierdo los nervios con Claudia? ¿Quién podría culparme por ello? Odio la palabra «perra», y más con lo que me gustan a mí los perros, pero es la que me viene a la mente cada vez que me imagino a Claudia Spector en los brazos de mi marido.

Nos acercamos a la cancela imponente de la casa de Claudia. Cojo un bolígrafo del bolso y rebusco por el coche algo en lo que pueda escribir, que resulta ser un librillo de cerillas de Chez Suzette. Garabateo su dirección en él. No sé muy bien por qué lo hago, ¿quizá como recuerdo de la noche? ¿Tal vez en calidad de pista para la policía por si acabaran encontrando mi cuerpo en algún contenedor de basura? ¿Una forma de desairar a Lucas y mostrarle que le hice frente y fui a conocer a la infame Claudia Spector a su *casa*? ¿O simplemente una forma de recordar dónde vive por si alguna vez necesito volver para clavarle un cuchillo en la garganta?

Sunny mira hacia atrás por encima de su hombro.

—¿Todo bien por ahí, Ava?

Asiento. *Pero no, no estoy bien.*

—¿Es esta? ¿Su casa? —Me meto apresuradamente el librillo en el bolsillo de la chaqueta, avergonzada por si parezco una fanática exagerada, o tal vez una acosadora potencial.

Crystal marca un código en un teclado de intercomunicación oculto por un arbusto.

—Sí. Aquí es. —La forma en la que dice «aquí es» me revuelve el estómago. Suena a algo muy definitivo, amenazante. «Aquí es».

«Aquí es donde va a terminar todo».

Las puertas se abren y se cierran detrás de nosotras una vez que el coche está dentro. Crystal sube por el camino de entrada hacia la

casa, que es blanca, con detalles en madera oscura, y está situada en lo alto de una colina. Es de estilo Tudor francés. Nos acercamos a una enorme fuente de piedra y el camino la va rodeando. Crystal aparca dejando el morro del coche hacia el lado opuesto a la casa y nos bajamos. Detrás de las puertas de entrada se respira inmediatamente una sensación de paz y serenidad. El canto de los pájaros, el sonido del agua de la fuente, el susurro de una brisa cálida entre los árboles. Palmeras altas y cipreses italianos, dos aguacates, un mango y un melocotonero. El camino de la entrada no está asfaltado, sino pavimentado en piedra auténtica, y tiene un césped que crece de forma uniforme entre las grietas, denso y verde, haciéndolo parecer un tablero de damas creado por la naturaleza. Me alegro de no haber escogido llevar tacones.

Ahora que está de pie, me fijo de verdad en Crystal por primera vez. No es tan alta como había imaginado. Sin su habitual delineador grueso negro y sin rímel, que es su estilo característico, es una mujer bastante corriente, nada destacable, lejos de la diosa que parece en la pantalla. Tampoco tiene unos pechos llamativos, sino de tamaño normal. Sus tobillos son gruesos. No se la puede meter en la misma categoría de actriz que a Claudia, sino que más bien habría que catalogarla de «famosa»; por eso siempre está apareciendo en televisión, a menudo haciendo programas de entrevistas y anuncios. Interpreta el mismo papel una y otra vez en las películas: la perra que al final resulta tener un corazón de oro. Delante de mí, en este momento, solo veo a una persona normal y corriente que podría ser cualquiera. De hecho, probablemente ni siquiera la habría reconocido en un contexto diferente.

—Seguidme —nos dice—. Seguro que Claudia está en la piscina.

Subimos escalones de piedra que tienen a ambos lados una red de bordes herbáceos repletos de flores y arbustos. Parece que hay mariposas por todas partes. La mansión debe ocupar casi media

hectárea. Al final de la escalinata hay una hermosa piscina que brilla bajo el sol. Está revestida de azulejos que forman un mosaico azul y dorado que produce un efecto espectacular. Alrededor de la piscina hay *chaises longues* blancos. Podría ser un hotel boutique, pero todo esto, en mitad de Los Ángeles, pertenece a una sola persona. Hace que nuestra maravillosa casa junto al mar parezca humilde. Me quedo boquiabierta con lo que veo a mi alrededor. Árboles por todas partes y una inmensa sensación de privacidad. No se ve a los vecinos. Al menos, no desde aquí.

—Este lugar... —dice Sunny, cogiéndome de la mano—. ¿Habías visto alguna vez algo así?

—Es precioso —asiento. Me muevo a cámara lenta, como si estuviera en un sueño. O en una pesadilla, aún tengo que averiguarlo.

Aún no hay señales de Claudia. Se me ocurre por un segundo que Crystal haya usurpado su vida. Que Claudia quizá está rodando una película en algún lugar y Crystal está «tomando prestada» su casa. Su ruptura fue tema de conversación durante meses, ¿y ahora nos tenemos que creer que son amigas?

Pero entonces Claudia emerge de los ventanales abiertos y camina hacia nosotras.

Mi corazón late con inquietud y tengo un presentimiento inquietante que no sé cómo explicar.

50

AVA

—¡Hola! —grita—. ¡Bienvenida! —Su sonrisa es amplia, su cara rebosa amabilidad. Igual que me pasó con Crystal, me resulta más baja de lo que imaginaba. Más delgada. Más menuda en general. Lleva un bikini azul turquesa y un pareo blanco alrededor de la cintura. Está descalza. No tiene los tobillos gruesos como Crystal, los suyos parecen diminutos y frágiles, como si fueran a romperse—. ¿Os habéis traído bañador?

—Mierda —dice Sunny, con un gesto de fastidio en los ojos—. Se me ha olvidado por completo. Y tampoco se lo he dicho a Ava.

—Ava, es un placer poder conocerte, sobre todo porque tenemos mucho en común. Soy Claudia. —Toma mis dos manos entre las suyas. No es un apretón de manos ni tampoco el típico saludo de las estrellas de cine con un beso al aire. Parece apropiado, ni se ha pasado ni se ha quedado corta. Su sonrisa es sorprendentemente auténtica y su comentario, frívolo pero no malicioso. Su calidez me pilla por sorpresa, pero claro, se dedica a la interpretación.

No tengo ni idea de qué debería responderle. «*Sí, tenemos mucho en común, todo lo que quieras, pero aparta tus manos de mi marido, que es mío, zorra».* O quizá: «*Joder, ¿sabes qué, ahora que* lo *pienso? Puedes quedarte con el cabronazo este. ¡Gratis!».*

No tengo una respuesta inteligente, así que le devuelvo la sonrisa. Y, sí, me deja fascinada, no puedo negarlo. De todas las cosas que había ensayado de camino aquí para decirle, no se me ocurre ni una sola. Debería preguntarle de inmediato por qué me ha invitado, pero el sinfín de emociones que me revuelve por dentro me lo impide. Lo que está pasando es tan surrealista que aún no puedo aceptarlo

como real. La aventura. La invitación. *Aceptarla*. Respiro hondo. Claudia Spector está frente a mí, cogiéndome las manos.

Las deja caer y dice:

—He pensado que sería una buena idea hacer una barbacoa. Todo vegano, espero que no os importe. No sé lo que aguantaré esto de no comer carne... espero que un tiempo más. Estoy intentando poner mi granito de arena por el planeta, ¿sabes?

—Muy bien —respondo con amabilidad, aún bastante cortada—. Seguro que estará deliciosa.

—Tengo un millón de bañadores, sentíos libres de coger el que queráis. O quizá antes queráis relajaros un rato ...

¿Relajarnos? Debe parecer que estoy nerviosa.

—No, no te preocupes —respondo rápidamente, de repente avergonzada ante la perspectiva de mostrarme semidesnuda delante de ella. Podría evaluar mi cuerpo, ver a la competencia. Yo no soy como ella. No tengo ni el tiempo ni los medios económicos para que me estén dando masajes y mimando todo el día con aceites de lujo, con un entrenador personal de guardia las veinticuatro horas del día, fines de semana incluidos, para ayudarme a esculpir mi cuerpo de una forma perfecta. Tengo ganas de gritarle: «*¿Por qué me has invitado? ¿Qué es lo que quieres?».* Pero no lo hago. Me siento tímida. Confundida. Enfadada. Emocionada, a mi pesar. Tanto por mis propias acciones como por las de ella.

Vamos a ver qué tal va la tarde y ya iré viendo.

Claudia tiene el mismo aspecto que en las películas, o más delicado si cabe. Su famoso pelo rubio brilla, aunque está algo más desordenado. Su piel irradia salud y está ligeramente bronceada; un par de pecas muy pequeñas salpican el puente de su nariz. Sus ojos son de un azul claro grisáceo y, cuando te mira, hay una intensidad que te hace sentir completamente percibida. Es muy natural, está muy a gusto consigo misma, con la persona que es. Estoy a mitad

de camino entre el asombro y el *shock*. ¡Esta mujer ha tenido una aventura con mi marido!

¿O tal vez siguen juntos en la actualidad? Mi intuición me dice que sí. Y por eso me ha convocado aquí.

—¿Qué os gustaría beber? Tengo cócteles, champán. —Su mirada se desliza hasta mi estómago—. Ah, es verdad, Ava, que tú estás embarazada. Hay una limonada deliciosa recién hecha.

La limonada me parece perfecta y es exactamente lo que me apetece, pero le digo:

—Me encantaría tomar una cerveza sin alcohol, ¿es posible? ¿O un refresco? —Elijo cosas que, con suerte, vendrán embotelladas o enlatadas. Una fantasía delirante me ronda la cabeza: que me droguen, que echen algo en mi bebida o algo así, y que Claudia me asesine. O quizá no ella por sí misma, sino por su persona de confianza, su secuaz. ¿No cuentan las estrellas de cine con ese tipo de gente que hace cosas por ellas y arreglan los líos que causan? Tal vez su «secuaz» sea Crystal.

—Tengo una gran idea. ¿Sabes que para el teatro hacen botellas falsas de champán? Tengo muchísimas de esas botellas aquí en casa. En realidad, es zumo de manzana con gas, pero bueno, va dentro de una botella de champán para que puedas descorcharla en el escenario. Y obviamente también se usan en las películas. Tengo un montón de botellas reales de champán Cristal que me regalaron para mi boda que nunca ocurrió, y también botellas Cristal rellenas de zumo de manzana, hechas especialmente por la propia marca. ¿Qué te parece? —Comprendo en este momento que Claudia es el tipo de persona a la que le gusta tener el control de todo lo que ocurre a su alrededor. He pedido cerveza o un refresco, pero en su lugar me ofrece una botella de champán de más de quinientos dólares y su homóloga teatral, y ¿quién cojones soy yo para rechazar algo así?

—Tenemos en la bodega mucha cantidad de champán Cristal auténtico. Ya ves el juego de palabras... Crystal, Cristal...

¿Bodega?

Se me hiela la sangre. Me meto las manos en los bolsillos y me ciño la americana como para protegerme. ¿Hay una bodega aquí? El sudor se me acumula detrás de las rodillas.

Y entonces Claudia grita al vacío:

—Juana, ¿podrías traer una botella helada de Cristal de verdad y la de Cristal con zumo de manzana, por favor? ¿Y cuatro copas de champán? —De nuevo me coge de la mano y me lleva a un lado de la piscina, donde hay una gran mesa redonda con mosaicos, que hace juego con la piscina, bajo un tamarindo. Un colibrí verde esmeralda está batiendo las alas junto a un comedero. Hay un estanque con lirios redondos y ranas croando. Este lugar es un verdadero paraíso.

Estoy a punto de preguntarle por Lucas, pero en vez de eso se me ocurre:

—Apuesto a que tiene te tiene que costar salir de esta casa, aunque sean cinco minutos.

Me mira inquisitivamente como si hubiera dicho algo con doble sentido. ¿Cree que me estoy refiriendo a Lucas? Luego contesta:

—La verdad es que sí. Llevo viviendo aquí más de cinco años y nunca la venderé. Es un auténtico Jardín del Edén. Planté casi todo lo que ves. ¿Te lo puedes creer? Hay muchas especies exóticas de plantas y árboles en mi jardín. Tengo un jardinero que me ayuda, por supuesto.

«Por supuesto».

—Es precioso —concuerdo—. Pero ¿no tienes perro para que lo disfrute? —Me viene a la mente la famosa foto de Annie Leibovitz en la que sale Claudia besándose con su perro.

Una nube de tristeza recorre su rostro.

—Lo tenía. Pero lo pasé tan mal cuando murió que no sé si podría volver a pasar por algo así. A veces me prestan algún perro. A Ariadna y Safo les encantaba venir aquí.

Siento que mi corazón se ha parado y que Claudia me ha golpeado en el estómago con mucha fuerza, aunque de forma elegante. Lo que ha dicho me resulta de lo más cruel. ¿Así es como me va a contar su aventura con Lucas? *¿Mis* perras, *mis* chicas, *a las que* rescaté *yo* del criadero de cachorros, han estado disfrutando inocentemente de la «hospitalidad» de una extraña que venía acompañada de una dosis de infidelidad por parte de una mujer que se estaba tirando a *mi* marido? Imaginarme sus manos sobre Lucas ya es duro, pero que además haya echado su red y haya atrapado en ella primero a mis perras y ahora *a mí* es la ofensa más grande que podía sufrir. Está admitiendo en mi cara, aquí y ahora, al decirme que ha estado con mis perras, que es «íntima» de mi marido. ¿Me toma por tonta? No, supongo que ya da por sentado que sé lo que ha habido entre ellos y que lo acepto, porque, oye... a fin de cuentas, es *Claudia Spector*, la estrella de cine mundialmente famosa, ¡y su presencia debería honrarme! Una descarga de adrenalina, acompañada de ira, me recorre las venas. ¿Cómo se atreve?

—¿Perdona? —le disparo, incrédula. Crystal y Sunny siguen en la piscina, no pueden oírnos.

Claudia se pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja con un movimiento leve de su mano.

—Lo siento, Ava, no era mi intención incomodarte. Sabes que te he invitado por eso, ¿verdad? Para hablar de Lucas. ¿Te ha contado Crystal por casualidad la razón por la que pensé que debíamos vernos? Quería contarte lo que pasó entre Lucas y yo, y, bueno... lo siento, me he expresado de forma equivocada. Te pido disculpas.

La miro fijamente, incapaz de responder, mis sentimientos

encontrados no me dejan hablar. Al final suelto:

—Mira, llevo tiempo sabiendo lo que hubo entre mi marido y tú. Y él me juró que lo vuestro se había acabado.

Se muerde el labio.

—Sí, se terminó. Mira, Ava, me disculparía si hubiera hecho algo mal. Quiero decir... Claro que he hecho algo mal, pero ha sido sin querer, era totalmente inconsciente. No tenía ni idea de que Lucas estaba casado. Lo siento, de verdad. Fui hasta tu casa el otro día en coche. Te vi a través de la ventana.

Abro la boca para decir algo, pero no me sale ninguna palabra. Así que mis instintos eran correctos. Claudia era y sigue siendo parte de nuestras vidas, no ha llegado a salir de ellas. Lucas, como siempre, me ha mentido.

—¿No te lo ha explicado Crystal?

—Yo... yo... no. O sea, me lo suponía, claro, porque de lo contrario, ¿por qué ibas a querer reunirte conmigo?

—Para asegurarme de que sabías lo que estaba pasando. Odiaba pensar que no tuvieras ni idea. Y quería conocerte cara a cara. —Su mirada se cruza con la mía; está abatida. Me mira de arriba abajo—. Eres guapísima, Ava, maravillosa. ¿Cómo fue capaz de engañarte conmigo? No lo puedo entender.

Mi voz aún no se ha encontrado, está incapacitada. Quiero decir un millón de cosas, y a la vez no quiero decir nada. Quiero darle una bofetada, quiero estallar en llanto. Le confieso:

—Lo que has dicho de Ariadna y Safo me ha dolido mucho. Que mis perras hayan estado aquí significa algo así como si Lucas me quitara un pedazo de mí para entregártelo a ti. Mis perras para mí son como si fueran mis hijas. ¿No fue suficiente que me fuera infiel, que tuviera una aventura? Pues no, además, tenía que echarme sal en la herida. —Siento que un sollozo está a punto de brotar de mi garganta, pero me contengo por orgullo—. Me duele. Muchísimo. Lo

sospechaba, pero... bueno, no pensé que Lucas me hubiera traicionado de este modo. No tenía ningún derecho.

Asiente y me lanza una mirada de simpatía. ¿O es empatía?

—Y tanto que no. No puedo ni imaginarme cómo te debes sentir. —Sus dedos se acercan a los míos.

Aparto la mano instintivamente. Voy directa al grano.

—Estás enamorada de mi marido, ¿verdad? ¿Todavía estáis quedando?

Sus ojos se abren en señal de alarma.

—No. ¡No! De ninguna manera. No supe de tu existencia hasta ayer. Te juro que no tenía ni idea de que estaba casado. Me dijo que su mujer había fallecido, y me lo creí como una tonta.

Un segundo revés, que me duele aún más que su comentario sobre Ariadna y Safo.

—¿Te dijo que estaba muerta?

—Sí. Lo siento. Y que todavía llevaba su alianza en memoria de su difunta esposa. Tenía lágrimas en los ojos cuando la mencionó... cuando te mencionó. Supongo que eso me deja muy mal, me hace parecer tontísima, ¿no? Pero te juro que, si hubiera sabido que estaba casado, no habría empezado una relación con él. Ni siquiera habría sido capaz de flirtear. Tienes que creerme, yo no voy por ahí rompiendo familias. Ni en un millón de años habría hecho a propósito algo que pudiera herir a otra persona. Mi padre era... Mira, Ava, lo siento mucho, pero aparte de haber sido una idiota, no hice nada malo. Supongo que en parte quería verte para redimirme, para liberarme de mi culpa.

Se me saltan las lágrimas. Alivio. Dolor. Un sentimiento de traición que duele a más no poder. En este momento, odio a Lucas. Me encantaría no creer a Claudia, pero lo hago porque sé hasta qué punto puede llegar a mentir mi marido. Soy capaz de imaginarme su

interpretación de pobre viudo. De alguna manera, sé que me está diciendo la verdad.

Las lágrimas se deslizan por mi cara. Me las enjugo con la punta de mis dedos, nerviosos. Me quito la americana y la cuelgo en el respaldo de la silla del jardín, sofocada por una oleada de calor en el cuerpo.

—¿Cómo conociste a mi marido? —Aún no me creo que esté aquí hablando con Claudia Spector de su aventura con Lucas. Me pellizco el brazo literalmente para asegurarme de que esto no sea una alucinación o un sueño de lo más surrealista.

Me habla del día que se conocieron en Runyon Canyon, de la fiesta en casa de Jordan, de su fin de semana en el lago Tahoe. De cómo él desapareció del mapa y, de repente, hace un par de noches la llamó muy tarde, queriendo ir a verla. De cómo empezó a sospechar acerca de su casa, siguió a Minnie desde su oficina, me vio en la ventana y apareció Crystal. De cómo ella le explicó la situación gracias a su conexión con Sunny y le hizo un breve resumen de quién era yo.

Quién *soy yo.*

Soy alguien que está embarazada de Lucas, ni más ni menos.

—¿Y no quieres volver a verlo? —vuelvo a asegurarme.

Ella emite un resoplido de desaprobación.

—Cariño, no soy tan masoquista.

Al mordisquear la carne ya desgastada, me muerdo un padrastro del pulgar y empieza a sangrar, pero no puedo parar de hacerlo.

—No sabes el cabreo que tengo.

Suspira, su voz suena un tanto irritada.

—Te he dicho que lo siento.

—No por ti. Por *él.*

Asiente. Su empleada del hogar, Juana, se acerca con una bandeja de plata con dos botellas de champán; es imposible distinguir la real

de la falsa. También trae servilletas de lino blanco, copas de champán, aceitunas y patatas fritas. Claudia coge una de las botellas y la descorcha. Se muestra cortés y amable con Juana, diciéndole que no podría vivir sin ella. Es una persona normal que no alardea de su condición de estrella de cine en su vida cotidiana. Muy diferente de la persona arrogante de la que me quejaba antes, que solo era el personaje que me había imaginado que sería. Es tranquila, amable, sincera y tiene una bondad auténtica. ¿Cómo puedo odiarla por lo que hizo si verdaderamente no tenía ni idea de que era algo malo?

Sin embargo...

Sí que la odio todavía, porque mi marido se enamoró de ella. Abrazó su cuerpo cuando debería haber estado abrazando el mío. Besó sus labios en vez de los míos. Estoy siendo injusta, lo sé, pero sigo enfadada con ella por robarme algo que me pertenecía, y hacerlo con tanta facilidad. He tenido que luchar por mi matrimonio, por el amor de Lucas. Y ella aparece y me lo arrebata sin esfuerzo aparente. Y ahora me ha traído hasta aquí con la misma facilidad que lo habría hecho una reina, con un simple chasquido de sus dedos. ¿Qué intenciones tiene?

—Te juro que no tenía ni idea —me asegura—. Fui ingenua, sí, una idiota, pero no hice daño a nadie a propósito.

Me lo cuenta todo. Sus mentiras elaboradas sobre por qué no la invitaba a su casa de la playa, cómo mencionaba a su difunta esposa de vez en cuando, recordando su vida juntos con una tristeza que parecía auténtica. Cómo ella —yo— murió trágicamente de cáncer. Asiento mientras el dolor me desgarra las entrañas. Es fácil decir que Claudia debería haber sido más lista. Pero conozco a Lucas. Es un maestro de la mentira, puedo imaginarme perfectamente cómo la engañó. Un abanico de emociones revolotea por mi mente. Más que nada, furia y humillación. Una cosa era que se enamorara de Claudia

y que me engañara. Eso puedo asimilarlo, porque nos guste o no, esas cosas pasan. Pero el interminable y complicado laberinto de mentiras, y la traición, el actuar a escondidas a mis espaldas, las confabulaciones y maquinaciones... eso es lo que más me duele, lo que más hace que me vuelva loca.

La rabia se apodera de mí. Me dio por muerta y no llamó a emergencias, y luego, cuando conoció a Claudia en el parque, ¡le dijo que había muerto de verdad! ¿Era eso lo que deseaba en secreto, que estuviera... muerta? ¿Cómo coño se atreve a jugar así con mi vida?

Le explico a Claudia su comportamiento. La manipulación emocional y psicológica, cómo me acusó de tener una aventura cuando era él el que la estaba teniendo. Se queda boquiabierta y se enfada tanto por mí como por ella. Siento que se está formando un vínculo, no entre una admiradora y una estrella de cine, sino una conexión en la vida real entre dos mujeres ofendidas. Pase lo que pase, la doble vida de Lucas nos va a unir de ahora en adelante.

—Somos víctimas de las mentiras de Lucas —me dice con un tono solemne, mientras clava con ternura su mirada azul grisácea en la mía.

—Lo somos —concuerdo—. Pero no quiero ser una víctima. Nunca lo he sido, yo soy una luchadora, Claudia.

Ella se aparta un mechón de pelo de la cara.

—Yo también. Pero últimamente he tenido mala suerte con las relaciones.

La miro fijamente a los ojos.

—¿Qué te parecería darle la vuelta a eso? ¿Qué tal si se la jugamos al que nos la ha jugado? —Sirvo el falso champán de zumo de manzana en dos copas, empujando una de ellas a lo largo de la mesa hacia ella, y alzo la otra en un brindis. No me planteo el hecho de que Lucas sea el padre de mi futuro hijo. No tengo en cuenta

que, en el fondo, lo sigo queriendo y podría ser capaz de perdonarle. No me paro a considerar que tengo mucho más que perder que ella.

Me dejo llevar por el momento. Es justo en este instante cuando siembro las semillas de la fatalidad.

51

AVA

Hago una confesión bochornosa aquí mismo, al lado de la piscina. Claudia es la primera y única persona a la que le cuento esto. Creo que precisamente ella, de entre todas, será la que más pueda llegar a entenderlo.

A veces queremos castigar a un ser querido que nos ha hecho daño, ¿a que sí? Unas veces, de una forma inofensiva, con una mentira inocente. En otras ocasiones, la venganza puede ir un poco más allá. Y, en algunos casos, un «¿qué pasaría sí...» puede transformarse en algo enorme que te puede cambiar la vida.

Supongo que eso es lo que pasó entre Lucas y yo.

¿Qué pasaría sí...?

A veces tienes que mentir para conocer la verdad.

—Fue después de que encontrara ese pendiente en nuestro dormitorio —le digo.

—Que, como ya te he dicho, no era mío —me asegura Claudia.

—Bueno —digo, sintiendo el escozor de lo que ha dicho, sabiendo que debe haber habido otras, que el tema del pendiente sigue siendo un misterio—. Decidí poner a prueba la lealtad de Lucas y comprobar por mí misma cuánto me quería, o no, evaluando su amor por mí de la peor manera posible. —Seguimos sentadas en la mesa de los mosaicos, y la luz que se desvanece, el trinar de los pájaros y el suave crujir de las hojas con la brisa vespertina son también testigos de mi revelación. Claudia es toda oídos. Sunny y Crystal han entrado en la casa.

Ella da un sorbo a su bebida.

—¿Por qué? ¿Qué hiciste?

—Todo empezó como una especie de broma. Me sobraba una lata

de sopa cremosa de pollo Campbell después de usarla para una escena que involucraba un vómito en una película que estaba rodando. Lucas aborrece las comidas precocinadas y me reprende si lleno la despensa de alimentos enlatados.

Claudia llena el aire de la noche con una carcajada.

—Ay, madre mía, me encanta la idea de la crema de sopa de pollo para el vómito, es una genialidad. Te la robo para futuras películas. Pero, Ava, creía que eras supervisora de guiones, ¿cosas así forman parte de tu trabajo?

—No. Pero... en fin, me gusta echar una mano de vez en cuando. Y entre mis manías está tener cuidado con que las escenas con vómitos sean realistas, cosa que no siempre sucede. De todos modos —continúo con una sonrisa, congratulándome para mis adentros por mi profesionalidad—, estaba a punto de tirar la sopa, algo que va en contra de mi naturaleza sabiendo que hay gente hambrienta en el mundo que haría cualquier cosa por comer, pero entonces se me ocurrió una idea un tanto descabellada. —Hago una pausa, recordando mi momento de inspiración—. Al principio iba a ser algo así como «hacerse la muerta», una broma divertida y tonta, para saber cómo reaccionaba y ver lo que hacía, ¿me sigues? Solo duraría unos minutos, y luego le diría: «¡Me he quedado contigo!».

—Esto empieza a sonar intrigante —dice Claudia.

—Pero entonces me puse a pensar... Estaba muy dolida y tremendamente enfadada por el pendiente que había encontrado, por las noches que se quedaba «hasta tarde» en la oficina, o por otra ocasión (suena a tópico, pero es verdad) en la que descubrí no ya pintalabios en el cuello de su camisa, sino uno *de verdad* en uno de los bolsillos de su chaqueta. De un tono y una marca que yo no he usado en mi vida.

—Pues yo no uso pintalabios, a menos que sea para el trabajo o en

grandes eventos con alfombra roja de por medio, así que no era mío. Jesús, ¿cuántas mujeres había?

—Me hago la misma pregunta.

—Continúa con la historia.

—Pensé... «qué pasaría sí». ¿Qué pasaría si me muriera, le importaría? Es el tipo de cosas que se le cruzan por la cabeza a la mayoría de las personas en algún momento de sus vidas, ¿verdad? «Si me muero, ¿se arrepentirá fulanito de lo que ha hecho?». Recuerdo haberlo pensado por primera vez cuando tendría no más de seis años. Cómo me echaría de menos mi madre si me muriera, lo culpable que se sentiría por gritarme que era una «sanguijuela».

—¿Te llamó eso?

—Esa es otra historia, pero sí, lo hizo. Planeaba escaparme de casa e imaginaba cómo sería mi propia muerte muchas veces cuando era pequeña, pero era demasiado cobarde para llevar a cabo ninguna de esas cosas.

Claudia, con los codos sobre la mesa, se inclina más hacia mí.

—Gracias a Dios.

—Pero con Lucas aquel día, algo me impulsó a seguir con la pantomima. Tenía que saber qué sentía por mí, si le importaba algo. La sopa cremosa solo fue una de las tretas que usé; también encontré algo de licor en un armario y un viejo frasco de pastillas que me habían recetado después del legrado que me hicieron tras abortar, en el que solo quedaba una.

—¿Sufriste un aborto? Ava, lo siento mucho.

Suspiro.

—El caso, coloqué la pastilla en el diván de mi cama, para provocar un efecto mayor. Sopa de pollo cremosa derramada regando las sábanas. En mi trabajo, paso mucho tiempo con encargados de utilería y con decoradores escénicos, así que sé que los pequeños

detalles pueden marcar la diferencia a la hora de dar autenticidad a una escena.

—Claro. Por supuesto.

—Me duché, me maquillé un poco... quería que pareciera algo más o menos realista, tú sabes, con la esperanza de que Lucas se atormentara lo máximo posible por sus errores, que pensara en lo que había perdido. La verdad es que hasta me olvidé de la cámara que había encima de la cama. El detector de humos falso que había instalado después del incidente del pendiente para saber si se estaba trayendo mujeres a mi casa.

—Un segundo... ¿Montaste un detector de humos falso?

—Sí, una cámara espía. Después de lo del pendiente, para desenmascararlo.

Claudia estalla en carcajadas.

—He sabido desde el momento en que te he conocido, Ava, que tú y yo vamos a ser amigas. Continúa. Esta historia es absolutamente fantástica.

—¿Te he dicho ya que estuve yendo a clases de interpretación? Quería ser actriz.

—Como cualquiera que viene a Hollywood.

—Exacto. Bueno, hay algo muy adictivo en eso de interpretar un papel, como bien sabes. Supongo que no es casualidad que se le llame «gusanillo» de la interpretación. Se te mete en la piel, ¿verdad? Y con todas aquellas clases que había dado con mi profesor de interpretación, pues bueno... estaba deseando poner en práctica mis habilidades.

Claudia aplaude emocionada y expectante.

—Sigue, esto podría ser una gran escena en una película.

—Me dejé llevar por mi propia creación. Hacerme la muerta fue más divertido de lo que había imaginado. Podría haber sucumbido a la tentación de reírme...

—De olvidar el guion y empezar a desternillarte.

—Exacto. Pero con pensar en el pendiente y el pintalabios era suficiente para meterme en el personaje con una concentración impasible. No pensé en lo poco ético que era lo que estaba haciendo hasta después.

—¿Poco ético por qué?

—No sé, me parece bastante irrespetuoso para con la gente que realmente intenta acabar con su propia vida, ¿no?

—Ava. El amor no tiene fronteras.

—Cierto —digo, preguntándome si sus palabras reflejan sus propios actos. Por un segundo siento un mínimo atisbo de comprensión. Y añado—: Todos hacemos cosas de las que nos avergonzamos, ¿verdad? A veces es difícil dar marcha atrás.

Me mira brevemente. ¿Se siente culpable por lo que hizo, igual que me sentí yo después de fingir un intento de suicidio?

Pero enseguida dice:

—¡No te detengas! ¿Qué pasó después?

—Esperé; esperé a ver cómo reaccionaba, con un ojo entreabierto para ver lo que hacía observando con mi visión periférica. Estuvo dando vueltas por la habitación, maldiciéndose a sí mismo y entonces... llamó a su papá.

—¿Estás de broma?

—Qué va. ¡Te puedes imaginar el chasco que me llevé! Bueno, más que un chasco, supuso quitarme la venda de los ojos. Pero ya, a esas alturas, no podía, o no quería, salir del papel y confesarle que estaba fingiendo. Dejé que me pusiera bocabajo y fingí que tenía arcadas, para que al menos supiera que seguía viva. De hecho, me declaro culpable de haber dejado escapar una tos entrecortada que, como ya te he dicho, tengo la manía de que los actores eviten en las escenas que involucran vómitos.

—¡Dios, eso es una gran verdad! Habré visto un millón de veces a

los actores toser en vez de vomitar. Bueno, ¿y qué pasó cuando llamó a emergencias?

—No lo hizo.

—¿Al menos llamaría a un médico?

—No. Solo a su padre, que le dijo que no se preocupara.

—¿E hizo caso de un consejo tan sabio como ese?

—Sí.

—¿Supo en algún momento que estabas fingiendo?

—No. Si lo hubiera sabido, me lo habría dicho. —Continúo contándole lo de los retoques con Photoshop a la foto con los pendientes, lo de la manipulación psicológica. Claudia se queda con la boca abierta.

—Nunca pensé que las cosas pudieran ir a peor entre Lucas y yo —continúo—. Mi marido me había demostrado, en términos inequívocos, que yo le importaba una mierda. Pero entonces apareciste tú. O, al menos, yo te descubrí. A esas alturas ya habías entrado en escena, porque encontré tus mensajes en su teléfono desechable.

Claudia se calla.

—Lo siento mucho. Por favor, no me odies, Ava. Te juro que no tenía ni idea de que Lucas estaba casado.

La contemplo, rodeada del aroma del jazmín y la madreselva en su impresionante Jardín del Edén, y pienso para mis adentros: «Siempre habrá una pequeña parte de mí que te odiará, Claudia, por muy inocente que seas».

52

AVA

Sunny y Crystal se unen a nosotras y descorchan la botella auténtica de Cristal. Al estar ellas aquí, nuestra conversación ya no se centra en Lucas. El tono se hace más ligero y nos reímos, bromeamos y hacemos payasadas.

No sé cómo, confundo una copa con otra y acabo bebiéndome media del champán de verdad. Al recordar a mi abuela contándome que bebió durante todo el embarazo porque eso era lo habitual en aquella época, me libero de mi repentino ataque de pánico y culpa. Cada vez hay más botellas de las dos variedades... un flujo continuo, pero soy cuidadosa y me limito a la versión falsa. Ni siquiera recuerdo si hemos comido o no, pero supongo que sí. Perritos calientes y hamburguesas veganas, tomates asados en la barbacoa. Acabo chapoteando en la piscina climatizada. Es lujosa, como un *hammam* al más puro estilo marroquí, o quizá inspirada en algún otro país exótico. Las cuatro nos divertimos; Crystal y Sunny están ebrias y algo descontroladas. Claudia nos cuenta muchas cosas personales sobre su infancia solitaria, sus hermanos celosos o el periodo de seis meses que estuvo en el hospital aquejada de meningitis cuando era pequeña. Luego la conversación cambia de rumbo y empezamos a hablar sobre cotilleos de Hollywood y sobre nuestras películas favoritas. Claudia y yo citamos *Mary Poppins* como nuestra número uno. Nos sentimos desorientadas pero felices tras las grandes puertas de hierro de la casa de Claudia Spector, disfrutando de su hospitalidad. Una nueva amistad que me hace sentir como si nos hubiera tocado la lotería, a pesar de las circunstancias.

Al menos de momento.

Estoy sentada en el borde de la piscina junto a Claudia, con nuestras piernas colgando en el agua y su brazo alrededor de mi hombro. Estamos riéndonos por cualquier cosa; nada de todo esto parece real, pero, sin embargo, lo es.

—Puedes traerte aquí a las chicas—sugiere.

Sé a qué se refiere.

—¿Safo y Ariadna?

—¿No es genial que ya no lo necesitemos? Podemos arreglárnoslas sin él perfectamente. —Deja escapar una pequeña explosión de risas. No sé si está achispada o tan solo contenta—. Alguien tiene que castigarlo —me susurra al oído—. Pero mantengámoslo en secreto, entre las dos. No creo que sea buena idea compartirlo con ellas, sobre todo con Sunny. Al menos, no todavía. —Hace un gesto con la cabeza en dirección a Crystal y Sunny, que están tan enfrascadas en los cotilleos de Hollywood que no nos prestan atención alguna.

—Sí que se lo merecería —concuerdo con ella—. Una lección para toda la vida. —Vuelvo a pensar en mi suicidio fingido; ni siquiera eso le afectó, le resbaló absolutamente, se quedó como el que oye llover.

—Nos hemos quedado sin champán —me dice ahora Claudia.

—¡Imposible! Has dicho que tenías un suministro infinito.

—Bueno, no es exacto; hay muchas más botellas, pero tenemos que meterlas en la nevera.

—Yo creo que Sunny ya ha bebido suficiente. Tenemos que empezar a pensar en marcharnos. —Me visualizo llegando a casa; Lucas me pregunta por qué llego tan tarde, y yo probablemente empezaría a estallar platos contra el suelo de la cocina, o tiraría su ropa por la ventana, o trocearía sus trajes con unas tijeras, o le lanzaría unos cuantos puñetazos.

Claudia salta a la piscina. La luz bajo el agua la hace brillar en dorado y azul ultramar. El día ya ha oscurecido. Hay estrellas en el

cielo. ¿Estoy oyendo un búho en los árboles de un extremo de su jardín? Me siento como en otro mundo, lejos, muy lejos de Los Ángeles.

Desliza la palma de su mano sobre la superficie del agua.

—Puedes quedarte esta noche. Joder, podrías mudarte aquí, tengo sitio de sobra. Podrías mudarte a la casa de invitados que hay junto a la pista de tenis.

Me río.

—Gracias por la oferta, pero tengo un hogar.

Un hogar al que me da miedo volver.

—¿Es tuya la casa? ¿Eres tú la dueña?

Vuelvo a meterme en el agua, que tiene una calidad lujosa y alivia el impacto de una pregunta tan indiscreta y personal que me pilla por sorpresa.

—No exactamente, pero...

—¿Pertenece a Lucas?

—Técnicamente. —Me sumerjo un poco para que los hombros queden cubiertos. ¿Por qué quiere conocer los entresijos de mi economía personal? Se me ocurre que tal vez quiera sobornarme para que deje mi matrimonio. A estas alturas me dan ganas de decirle que se puede a quedar a Lucas si quiere. *«Qué alivio», pienso para mí*. He estado tratando de avivar las brasas durante mucho tiempo, pero nuestro fuego se ha apagado definitivamente.

Continúa:

—Bueno, supongo que si te divorcias de él, según la ley de California, todo se reparte a partes iguales, así que estás en una posición segura, ¿no? —Nada a estilo braza dando una vuelta a mi alrededor.

Pienso en el acuerdo prematrimonial que Lucas se ha ofrecido a destruir a cambio de su nueva propuesta de contrato matrimonial, por el que he de permanecer al menos tres años más casada con él,

viviendo juntos en el hogar conyugal, pasando las noches en nuestra cama de matrimonio y pagando él todas las facturas de la casa y otros gastos domésticos, sin que yo tenga que trabajar en casa o encontrar un empleo fuera.

Pero eso fue antes de que supiera que aún siente un deseo evidente por Claudia y que la llamó anoche mismo con intención de verla. Para follársela, obviamente. Para seguir siendo infiel, para continuar engañándome. A mí, pero también a ella. Porque la había convencido de que estaba soltero y de que yo estaba muerta. Y todo ello... ¿después de haberme *jurado* que su aventura se había acabado? ¿Después de prometerme que yo era la única mujer de su vida? Suponiendo que Claudia diga la verdad, me ha vuelto a traicionar.

—¿Qué pasaría si muere, por curiosidad? —me pregunta ahora, con sus delgados brazos removiendo el agua en círculos suaves, de forma que los mosaicos dorados y azul marino proyectan unas pequeñas olas de ensueño en la superficie de la piscina a la luz del atardecer.

Le cito el recién propuesto acuerdo matrimonial de Lucas.

—Si a Lucas lo atropella un autobús, nuestro futuro hijo heredará todo en fideicomiso, y yo seré la tutora hasta que el niño cumpla veintiún años. Si yo, Dios no lo quiera, sufro un aborto o algo así, y no llega a haber niño, heredaré la mitad de sus bienes, y sus padres la otra mitad.

Ella entrecierra los ojos.

—¿Y si das a luz con normalidad y crías a ese niño, no recibirías ni un centavo si a Lucas lo atropellara un autobús?

—Bueno, estaría cuidando a mi hijo, así que...

Golpea la superficie del agua con la palma de la mano.

—Es abogado, ten cuidado. Ese trato en mi opinión no es muy atractivo, Ava.

—Es mejor que el acuerdo prematrimonial que tenemos ahora, en el que yo no me quedaría con nada si nos divorciáramos, así que, en fin, entiendo que es muy positivo para mí y lo debería firmar. —Entonces recuerdo todas las condiciones que me impone y vuelvo a sentirme confusa y embaucada—. Además, si le dejo, me ha advertido que luchará por la custodia exclusiva de nuestro bebé y, siendo abogado y teniendo el apoyo de su padre, estoy bastante segura de que ganará. Así que, bueno, creo que debería aceptar el trato que más me beneficia.

Calcula mentalmente lo que acabo de decirle y levanta una ceja mostrando su escepticismo.

—No te dejes intimidar por él. Sé paciente y busca algo mejor —me aconseja, ahora nadando por encima de los escalones—. Si le atropellara un autobús, deberías quedártelo todo, ¿no crees? Sobre todo después de toda la mierda que te has tenido que comer por su culpa. No dejes que ese sinvergüenza infiel te convenza para que aceptes un trato del que te vas a arrepentir. Aprende a ser fuerte. ¿Crees que he llegado a donde estoy solo por mi talento?

Su honestidad y su valentía me envalentonan. Parece que se preocupa de verdad por mí.

—Quizá tengas razón —reflexiono, sopesando mis opciones, que parecen inclinarse menos a mi favor y más al de Lucas, ahora que Claudia ha subrayado lo obvio.

Se pasa el pelo mojado por detrás de las orejas y se desliza hacia los escalones.

—Te sorprendería cómo los fideicomisos pueden incluir cláusulas que hacen que el beneficiario al final termine casi sin nada. Imagínate que necesitas un coche nuevo, o unas vacaciones, o incluso cambiar la caldera o algo así, ¿tendrías que rogar cada una de esas veces a los fideicomisarios que te den el dinero necesario? Y, además, ¿quiénes serían esos administradores? Puedes apostar lo

que quieras a que estarán de su parte, no de la tuya. ¿Y qué pasará cuando el chico cumpla veintiún años? El tiempo pasa rápido. Tú serás mayor y quizá no puedas trabajar. Y entonces, ¿qué? Ese chaval va a tener veintiún años y a lo mejor te odia a muerte, o es un despilfarrador avaricioso, o tiene una relación de mierda con una persona a la que odias y que toma el control de las decisiones de tu hijo, o acaba teniendo problemas con las drogas o el juego y tú te quedas sin un centavo...

—Supongo que tienes razón —admito. Intento imaginarme a mi pobre bebé que aún no ha nacido en uno de los escenarios catastróficos que me ha descrito, pero no soy capaz. Claudia tiene una imaginación desbordante. Pero es inteligente y, a juzgar por lo que dicen, ha nadado con los tiburones más grandes de Los Ángeles.

—Mantente firme en tus demandas, Ava. No hagas concesiones. Sé una ganadora.

Sus palabras resuenan en mí. Tanto que empiezo a urdir un plan.

53

MINNIE

De la nada, recibo una llamada de Claudia.

—Hola, Minnie, ¿qué tal?

—Cuánto tiempo sin saber nada de ti —respondo.

Su tono es frío, reservado.

—He estado rodando en Nueva York.

—Ah, ¿sí? ¿Y antes de eso?

—Pues sí que te llamé, pero siempre estabas... como... un poco distante. —Se aclara la garganta.

Digo con tono burlón:

—¿Te parecía distante? ¡Amelia y tú no me llamabais cuando quedabais para salir!

—Bueno, ha vuelto con Mike y ahora pasa de mis llamadas. La verdad es que estoy decepcionada, decía que su objetivo era trabajar como actriz, pero obviamente no tiene lo que se necesita para ello. Disciplina, para empezar. Minnie, tenemos que hablar.

Me quedo en silencio. No sé si Claudia quiere verme o quiere información sobre Lucas.

—¿Quieres venir? Puedo enviar a Roger a buscarte. Tengo dos bolsas de basura llenas de ropa que te puedes quedar. —Está tratando de tentarme, obviamente.

—No te ofendas, Claudia, pero tu ropa no me queda demasiado bien, no es mi estilo.

Espero a que mencione a Lucas. No lo hace.

Pero, acto seguido, dice:

—¿Sabías que Lucas estaba casado? Supongo que sí, ¿verdad?

No sé cómo responder a eso. Me doy cuenta de la mala pinta que

tiene la situación. No puedo confesarle a Claudia que Lucas compró mi silencio.

Entonces añade:

—¿Cómo de bien conoces a Ava?

—¿La Ava de Lucas?

—Sí. La mujer de Lucas, Ava.

—No la conozco. No demasiado.

—Pero ¿os habéis llegado a ver?

—Eh... Sí, una vez.

—¿Qué opinas de ella, te gusta?

—Parece simpática.

—Está en mi casa ahora mismo.

Casi me atraganto con mi refresco.

—¿Qué?

—Sí, está aquí con su amiga Sunny.

—¿La has invitado?

—Claro, ¿por qué no?

—Porque eres... eres...

—Ya no.

Quiero preguntarle qué está pasando, pero no es asunto mío. Y, como nunca le dije a Claudia nada acerca de Ava, debo parecerle una persona terrible. Pero no quiero involucrarme. Las cosas ya están bastante mal. Lucas me dio esos extras, y un trato es un trato. Es mi jefe. Si han decidido dejarlo, lo mejor es que me mantenga al margen.

—¿Se puede confiar en Ava? —pregunta Claudia.

—¿Cómo voy a saberlo? Pregúntaselo a ella.

Ella rompe a reír.

—¿Minnie?

—¿Sí?

—¿Quieres compensarme por lo que me has hecho, por haberme

ocultado algo tan importante y haberme metido en un lío tan grande?

—Lo siento, Claudia, yo no...

—Si te pagara mucho dinero... o sea, mucho... ¿harías una cosa por mí?

Me lo pienso un segundo.

—Depende de lo que sea.

—Pero podría confiar en ti. —No dice esas palabras con un tono interrogativo.

Pensando en el dinero y en lo mucho que lo necesito y en que tiene toda la razón del mundo en estar enfadada conmigo, le digo:

—Si hago un trato, hago un trato.

—¿Podemos ser amigas, Minnie?

Dejo que la pregunta repose y maduro un poco sobre ella. Luego le digo:

—Pensé que *éramos* amigas, pero luego me hiciste el vacío.

—¡Fuiste tú la que pasó de mí! Y elegiste ocultarme algo superimportante.

—Lo siento.

—Minnie.

—Qué.

—¿Me perdonas?

—¿Por qué?

—Por... pasar de ti. O lo que sea que hiciera.

—Supongo.

—Yo te perdono por no decirme nada de Ava, así que tú también puedes perdonarme, ¿no?

—Claro.

—¿Vas a venir entonces a ayudarme con Ava?

—¿Qué quieres que haga?

—Te lo diré cuando llegues.

Suspiro al teléfono.

—No quiero hacer nada malo.

—Por supuesto que no.

—¿Está ahí contigo ahora mientras hablas conmigo?

—Está con Crystal y Sunny en la piscina. O quizá estén viendo una película. No sé dónde exactamente, pero están por aquí.

—¿Crystal tu ex?

—Ajá.

—Hum. Vale. Qué interesante.

—Minnie.

—¿Qué?

—¿Puedo contar contigo? —Lo dice con un susurro, como si estuviera conspirando.

—Como te he dicho antes, depende.

—¿Del dinero?

—Puede. Si no me compensa...

—Créeme que sí. Puedo pagarte muuuy bien.

—También depende de lo que quieras que haga.

—¿Confías en mí, Minnie?

—No. No especialmente.

Se ríe de nuevo.

—Roger se pasa a por ti en media hora. ¿Estás en casa?

—Sí. —Pienso en esa expresión que tanto le gusta a mi abuela. «*De perdidos, al río».*

La cuestión es que no voy a dejar que Claudia me empuje a hacer algo que no quiero hacer. Pero al mismo tiempo... el dinero. En fin, tal vez sea el tipo de persona a la que se puede comprar con facilidad. Mi historial lo demuestra, lo cual es una mierda. Pero, cuanto antes pague mi coche, antes me iré de Los Ángeles. Todos hacemos cosas que no queremos hacer por dinero, ¿no es cierto? Cualquiera que diga que no está mintiendo.

—Vale. Nos vemos en un rato. —Claudia cuelga.

No tengo ni idea de lo que quiere. Supongo que me voy a enterar enseguida.

54

AVA

Son alrededor de las diez de la noche. Antes, Claudia me ha llevado a un dormitorio que da al jardín trasero, donde me he duchado y me ha dicho que me pusiera lo que quisiera de su armario. Sola, deambulo por la habitación en un albornoz suave de chenilla rosa mientras voy toqueteando sus cosas. Sobre la mesa, un cuenco de cerámica que proviene de San Gimignano, en Italia. Encima de la cama, un gran osito de peluche viejo y tuerto que parece de su infancia, que está gastado y sin duda ha sido muy querido. Un *programa impreso de la obra A Doll´s House, de* Jessica Chastain, representada en Broadway.

El armario es deslumbrante; mi mirada recorre una y otra vez cada prenda, alguna de las de las cuales reconozco de la portada de alguna revista o de algunas galas de grandes eventos. El vestido dorado brillante que lució en los Oscar hace dos años. La chaqueta con Frida Kahlo pintada en la espalda cuando la fotografiaron paseando por las calles de Nueva York. La capa de cachemira color crema con pedrería que lució en la iglesia durante la boda del príncipe Harry y Meghan en el castillo de Windsor. Recuerdo que pensé en ese momento: «*Solo Claudia puede salir airosa de lucir algo casi del mismo color que la novia*». Los pantalones negros acampanados de seda que llevaba junto al top rosa cuando hizo aquella doble página en la revista española *¡Hola!* También hay zapatos. Me pruebo un Jimmy Choo rojo de tacón alto. Dos tallas más pequeñas que la mía; ella es Cenicienta y yo, ya me gustaría, su hermana.

Al final, me pongo una camiseta de Mickey Mouse. Intento, en vano, meterme en sus vaqueros. Me quedan pequeños, no me pasan

de los muslos. Es una persona muy frágil. Supongo que lo que dicen es verdad; la cámara engorda varios kilos, así que estar delgada es parte de su trabajo. Qué coñazo tener que preocuparte por tu peso todo el tiempo. Ser actriz debe ser más duro de lo que la gente se imagina, tiene pinta de que no todo es *glamour*. Ahora me alegro de no haber seguido ese camino.

Oigo risas estridentes que provienen del piso de abajo. Crystal está borracha de champán. Sunny también. Claudia da miedo lo sobria que está, quizá sea que aguanta bien el alcohol.

Llaman suavemente a la puerta y Claudia entra en la habitación. Lleva pantalones cargo negros, chanclas y una camiseta azul claro.

—¿Bajas conmigo a la bodega a por más champán?

Siento que se me salen los ojos de puro miedo ante la mención de esa bodega tan rara otra vez. Creía que había abandonado esa idea.

—¿No queda más?

—Queda un montón, pero en la bodega. No me gusta bajar sola, y Juana ya se ha ido a casa.

—Tal vez ya han bebido bastante —le digo con evasivas—. Quizá deberían empezar a beber agua. —No tengo ganas de bajar a esa bodega extraña para parecer la típica idiota de las películas de terror, pero tampoco quiero parecer grosera. Claudia y yo lo hemos pasado genial; según parece, se ha creado un vínculo entre nosotras. Ella me gusta, puede que demasiado, pero no sé si me puedo fiar de ella.

Permanezco sin moverme en la habitación, con la camiseta de Mickey Mouse puesta —esperando que me deje quedármela—, sin saber cómo salir al paso de su petición sin parecer una arpía desconfiada. Entonces me siento en el borde de la cama junto al osito de peluche y digo algo de sopetón que ni yo misma esperaba, probablemente para que se olvide de la misión de la bodega.

—¿Qué fue lo que te atrajo de mi marido? —Enrosco un mechón de

pelo alrededor de mi dedo. Una costumbre mía que he visto reflejada en Claudia. Es extraño lo mucho que nos parecemos en tantas cosas—. Tengo curiosidad por saberlo —añado.

Inclina la cabeza y se lo piensa un momento. Me pregunto si va a responder lo obvio: una parte de su anatomía que nunca le falla, ni siquiera cuando ha bebido. Al fin y al cabo, Claudia no tiene problema alguno en ser completamente sincera, aunque duela. Pero responde con voz suave:

—¿Sus ojos?

Asiento. También fueron esos ojos de Bradley Cooper los que me conquistaron a mí.

—¿Eso es todo?

Se encoge de hombros.

—Su forma de ser despreocupada y tranquila, su espontaneidad. Con Lucas parece que no hay complicaciones. Hay una liviandad en él que es embriagadora; es como que, al estar con él, cualquier dolor desaparece.

Mis ojos se llenan de humedad. Ella lo ha calado a la perfección. Por todo lo que ha descrito es por lo que ambas nos sentimos tan traicionadas. Nos hace sentir bien. Felices. Enamoradas. Pero no es real. O solo es real según sus propios términos. Que son: «*O aceptas mis mentiras y mis infidelidades, o te quedas sin mí. No se puede tener todo, nena».*

—No llores, Ava. —Se acerca, se sienta a mi lado y me coge de la mano; tira de mí hacia ella, me pasa un brazo por el hombro y me da un abrazo cariñoso—. Lo nuestro se acabó, te lo prometo. Mira, es todo tuyo, Ava. Te juro que no me voy a interponer entre vosotros. Eres su mujer, yo solo era una amante que ignoraba la realidad por completo. Es todo tuyo.

Creo que Lucas es como el agua. No importa lo que yo decida hacer al final porque, pase lo que pase, volverá a su estado

primitivo. Simplemente no puede evitarlo. Las compuertas de mis emociones se abren de golpe.

—Pero yo ya no lo quiero —digo entre sollozos—. No puedo estar con una persona en la que no confío ni un poquito. Si no eres tú, será otra, una y otra vez, y así será siempre. Me pasaré la vida preguntándome quién, qué, dónde y sintiendo que no soy lo bastante buena para él. El matrimonio no es eso. No puedo vivir así.

—Es verdad.

Su respuesta escuece. *«Es verdad».*

Es catártico tener a alguien con quien compartir mi corazón dolorido. Alguien que lo entiende. Claudia y yo estamos juntas en esto. Si ella ya no quiere a Lucas, ¿en qué me convertiría yo si aguanto sola todas sus mierdas? Un trapo de cocina andrajoso, sucio y usado. Tengo que ponerme en el mismo nivel que Claudia, cortar con él y pelear si es necesario. Cuando cierras una puerta, se abre una nueva, ¿no es así? Hay que echarle valor, y se necesita fe. Pero, si no crees en ti misma, nunca vas a evolucionar.

—Venga, vamos a bajar a por más champán para esas borrachas. —Claudia me coge de la mano.

Estoy en un estado de aturdimiento, tratando de averiguar qué me parece la idea. La sigo a trompicones. Paseamos por su casa multimillonaria. Es muy blanca y luminosa, y hay sofás lujosos color crema por todas partes, bien sobre suelos de parqué oscuro y pulido, bien sobre azulejos antiguos de estilo terracota. La mayoría de las obras de arte que hay en las paredes son modernas. Luego están las fotos gigantes de ella con su labrador negro besándose. Son fotos de Annie Leibovitz, pero distintas de las que se publicaron en *Vogue*. En lugar de salir de perfil, en estas se ve a Claudia riendo, con la boca bien abierta y una alegría desinhibida que brilla en sus ojos. Me siento a gusto en la casa, me hace recordar que es una

buena persona. Una persona que besa a los perros, y que tiene un corazón grande y generoso.

Dejo que me guíe. Llegamos a la cocina, donde abre una puerta. Bajamos unos escalones.

A la bodega.

Una bodega sin ventanas, donde nadie podría oírme gritar pidiendo ayuda.

Una voz en mi interior me dice: «*¿Qué cojones estás haciendo aquí, tonta?*».

Permito que me arrastre detrás de ella, con sus suaves dedos entrelazados con los míos. «*Es Claudia Spector* —me digo—. *Nunca haría daño a nadie».*

Más tarde, descubriré que mi suposición es errónea.

55

CLAUDIA

Claudia está disfrutando mucho de la visita de Sunny y Ava. Se está convirtiendo en una especie de fiesta, pero sobre todo, el hecho de conocer a Ava le parece un momento catártico que le cambia la vida. Algo está cambiando en ella, y no de forma negativa; parece una transformación gradual y profunda. Ava ha precipitado este cambio, quizá de forma inconsciente.

La noche anterior, después de que Crystal la acosase siguiéndola hasta la casa de Lucas, donde Claudia descubrió la existencia de Ava —una mujer bastante poco muerta—, alcanzó tal estado de indignación con Lucas que nunca llegaron a ir al restaurante de Thousand Oaks.

—Llévame a casa —le pidió a Crystal—. Tengo un montón de cosas congeladas en la nevera que Juana me ha ido cocinando. Sopas, guisos y demás. Quiero irme a casa. Pero que quede claro: eso no significa que puedas quedarte a dormir. —Había perdonado a Crystal, pero de ninguna manera quería volver a tener una relación cercana con ella.

Condujeron en silencio mientras Claudia no paraba de pensar en lo sola que te sientes cuando eres famosa, en cómo la confianza se convierte en un problema enorme cuando te enfrentas a una situación crítica. Se imaginó a la mujer de Lucas. Debería enterarse de todo, ¿verdad? ¿No debería estar al tanto de lo que hacía su marido? Ella querría que se lo dijeran si su pareja le estaba poniendo los cuernos, aunque fuera un desconocido el que lo hiciera. Le estaría haciendo un favor.

—Quiero conocer a Ava —estalló de repente—. Creo que se merece saber la verdad.

Crystal miró por el espejo retrovisor y esquivó con suavidad una rama caída en la carretera.

—Como ya te he dicho, mi amiga Sunny la conoce. Podría organizar un encuentro si quieres.

A la mañana siguiente, Crystal llamó a Sunny y esta hizo lo propio con Ava.

Y, casi sin darse cuenta, la tenía delante de ella, como invitada en su propia casa.

Y aquí se encuentran en este momento, a punto de entrar en la bodega.

Crystal y Sunny han pedido más champán, así que va a complacerlas. No les pide que vayan a la bodega a buscarlo por si una de ellas se cae por las escaleras. Ava está completamente sobria, así que Claudia le pide que la acompañe. Puede percibir el miedo en los ojos de Ava, y se ríe.

Una cosa de la que Claudia es consciente es de lo poderosas que pueden ser las mujeres uniendo sus recursos y su confianza mutua, generando un vínculo muy sólido. Si las mujeres creyeran de verdad en su poder y confiaran unas en otras, podrían gobernar el mundo. «*Ya es hora de que lo hagan*, por otra parte. *Los hombres ya han tenido su oportunidad y lo llevan jodiendo todo demasiado tiempo*».

Sí, se está arriesgando, pero, si no le da una oportunidad a la confianza, la vida la va a hacer sentirse muy sola, como lleva tanto tiempo haciendo. Va a fiarse de Ava y le va a dar otra oportunidad a Minnie, tratando de confiar en ella también.

Tras haberse conocido, es como si Claudia y Ava fueran «como hermanas». Hay un entendimiento entre ellas, un vínculo. Una sinergia, una simbiosis. Sus orígenes humildes, sus padres perezosos e inútiles, la forma en que ambas han tenido que luchar por todo en sus vidas y, sobre todo, Lucas, que, para bien o para mal, las conecta de una forma muy poderosa. Le encanta la mezcla de

vulnerabilidad y fortaleza de Ava. Cuando le confesó todo a Claudia —su suicidio falso en el que Lucas no llamó a emergencias y a todos los efectos la dejó morir—, su corazón se abrió a ella. Había fingido ante Lucas que se estaba muriendo, en lo que al principio era una broma pesada que tenía la intención de comprobar su reacción, pero luego se convirtió en algo malicioso y muy oscuro. La historia le resultó divertida, pero era profundamente desgarradora. Las fotos trucadas de ella llevando unos pendientes que él nunca le había regalado. El aluvión de mentiras durante su matrimonio que hizo que Ava sintiera que se estaba volviendo loca, una sensación que aún no ha dejado de tener del todo.

El miedo que siente en Ava a las puertas de la bodega le produce cierta diversión. Le promete:

—Te juro, Ava, que no te voy a dejar encerrada aquí abajo.

Y, cuando la lleva de la mano a por un par de botellas de champán y esta la sigue, se da cuenta de algo: confía en ella, lo que significa que puede devolverle esa confianza. No es fácil hacer una nueva amiga en esta vida. Si la leal y confiada Ava es capaz de seguirla hasta una bodega fría, eso lo dice todo.

Con unas cuantas botellas de champán sin abrir en la mano, acaban sentadas sobre un barril de roble viejo. Claudia tuvo la idea de convertirlos en macetas, pero le gustan tanto en su estado original que los ha dejado guardados aquí abajo, en la bodega.

—Estoy pensando en ir a Europa —le dice a Ava.

—¿De vacaciones?

—No, por trabajo.

—¿De qué iría la cosa? —pregunta Ava.

—Sería para trabajar en una película francesa, en la que incluso me toca hablar algo de francés. El director es un viejo amigo mío. El dinero es una broma, trabajaría por... ni siquiera puede llamarse calderilla. Básicamente, sería hacer un favor, un regalo.

Ava abre mucho los ojos.

—Vaya, qué ambicioso. Hacer una película en un idioma extranjero.

—Siempre trato de superarme en mi trabajo.

Ava asiente. El miedo en sus ojos se ha evaporado. Parece fascinada por las elecciones profesionales de Claudia.

—¿Tendrías que aprender francés?

—Bastante. Al menos, tendría que aprenderme el guion de memoria. Me proporcionarían un profesor de idiomas, ya sabes, para conseguir un buen acento. Pero el papel es el de una mujer americana, y al parecer los franceses encuentran sexis nuestros acentos. Quién lo iba a decir, ¿eh? —Se hace un silencio prolongado entre ambas. No lo especifica, pero está bastante claro: Claudia necesita alejarse de Lucas y de todo en general. Luego añade—: Tengo ganas de desaparecer de Hollywood, de quitarme de en medio por un tiempo y que las cosas cambien un poco. Una temporada en el extranjero me vendría de maravilla.

Ava se encoge de hombros.

—Desaparece, pues.

Claudia se ríe entre dientes.

—Ojalá.

—No, hablo en serio. Vete. No le digas a nadie a dónde vas. Dale un giro radical a tu vida.

—Como mínimo, se lo tendría que decir a mi agente. —Dice eso, pero al instante piensa: «*¿Y por qué*?». Su vida es suya, no de su agente ni tampoco de su publicista. Sonríe para sus adentros, pensando en todas las posibilidades que se abren ante ella.

Por su creativa mente van revoloteando un sinfín de escenarios. A lo largo de su vida ha leído un montón de guiones de cine con tramas alocadas, y también sabe de historias de crímenes reales que a veces son incluso más inverosímiles que la ficción. Una enorme cantidad de ideas ponen su cabeza a trabajar, y empieza a imaginar

todo tipo de situaciones descabelladas. Ava tiene razón. Lucas merece que le den una lección. Claudia piensa en su propio padre —ese imbécil— y en todos los hombres que han engañado a sus esposas con otras mujeres. Aunque lo que Lucas ha hecho es mucho peor que una simple infidelidad. Es extraño, pero es capaz de perdonar a las mujeres por sus fechorías mucho antes que a los hombres. Crystal. Minnie. Pero ¿los hombres? Le resulta muy difícil perdonar y olvidar sus comportamientos despreciables. Se imagina cómo, junto a Ava, podrían devolvérsela a Lucas, y cómo, después de eso, ella podría simple y llanamente desaparecer. Al menos, por un tiempo.

—¿Has leído alguna novela de Agatha Christie? —le pregunta a Ava.

—He visto muchas de sus películas. *Asesinato en el Orient Express* era mi favorita. Supongo que habré leído uno o dos libros suyos, pero hace mucho tiempo.

—¿Sabías que Agatha Christie desapareció en 1926?

—No, no tenía ni idea.

Claudia busca una posición más cómoda sobre el barril.

—Después de darle un beso de buenas noches a su hija, se marchó conduciendo su Morris Cowley descapotable y no se la volvió a ver durante once días. Provocó una persecución de enormes dimensiones, en la que incluso intervinieron aviones y más de mil policías.

—¿En serio?

—El primer ministro urgió a la policía a encontrarla. Incluso reclutaron al creador de Sherlock Holmes, ya sabes, Arthur Conan Doyle, para encontrarla. Al parecer, tenía afición por los temas esotéricos, y llevó uno de los guantes de Agatha a una médium para tratar de descubrir lo que había sucedido. ¿La habría asesinado su marido infiel? Mucha gente lo pensó.

—¿Su marido infiel? —Ava esboza una pequeña sonrisa.

—Siempre es el marido, el novio o el amante, ¿eh? —dice Claudia. Busca la reacción de Ava. ¿Están pensando lo mismo?

—Continúa —insta Ava—. Cuéntame lo que pasó después.

—Bueno, al cabo de los días localizaron el coche abandonado de Agatha Christie cerca de un manantial llamado Silent Pool, del que se decía que no tenía fondo. Pero ni rastro de Agatha Christie. Había una sensación general de inquietud e intriga.

—¡Dios mío, nunca había oído esta historia! ¿Y luego qué pasó?

Claudia continúa en voz baja:

—Once días después, encontraron a Agatha Christie, ilesa, sana y salva, en un hotel balneario de Yorkshire. Había tomado un tren hasta allí y había utilizado el nombre de la amante de su marido para registrarse. Incluso había participado en los bailes y cenas del por entonces famosísimo hotel. Fue un banjista el que la reconoció por los titulares de los periódicos y llamó a la policía. Ella atribuyó sus actos a una amnesia completa. Al menos, su marido, que acudió a recogerla, dijo que esa era la razón que explicaba lo que había ocurrido; probablemente estaba tratando de mantener las apariencias.

—¿Estás sugiriendo que podrías marcarte un Agatha Christie? —pregunta Ava.

Claudia sonríe, mostrando sus dientes blancos en la luz tenue y fría de la bodega.

—Tal vez podría ir un poco más allá, por supuesto, con tu ayuda. Tendríamos que pulir todos los detalles, concretar los pormenores.

—Tú desapareces. Lucas sería el amante celoso que está al límite y actúa por venganza, ¿no? O también se te podría ver como una amante apasionada y que Lucas quisiera borrarte del mapa para que no te interpusieras en su matrimonio, ¿verdad?

—Exacto.

—Tu coche aparece abandonado por cualquier parte. No hay rastro de ti. Lucas parece culpable a más no poder, ¿eh?

Claudia sonríe.

—Es un gran argumento, ¿no crees?

—Un toque de elegancia sería añadir algunas pistas para que las encuentre la policía. ¿Un poco de tu sangre en el maletero del coche? ¿Señales de una pelea?

Claudia asiente, todavía sonriendo.

—Eso es lo que tenía en mente. ¿Cómo lo has sabido?

—Las mentes brillantes piensan de forma similar, ¿no?

Claudia se ríe.

—Dejemos que la justicia poética siga su curso. ¿Durante once días, quizá? Tiempo suficiente para darle a Lucas un buen susto. Entonces apareceré. Alegaré amnesia si fuera necesario.

Ava no puede contener la risa.

—Perfecto.

—Ah, y he reclutado a Minnie para que nos ayude.

—¿Minnie?

—La asistente de Lucas, Minnie. Me ha dicho que os conocéis.

—Ah, sí. Jasmine. ¿Confías en ella?

—Sí.

56

CLAUDIA

Un par de días después de que Claudia y Ava hayan consolidado su plan, Claudia llama a Lucas, poniendo en marcha el complot que tan cuidadosamente han ideado.

Él muerde el anzuelo de inmediato y está «entusiasmado», dice, por quedar con ella para cenar.

El restaurante es el tipo de lugar al que acuden los famosos que quieren que los vean, fingiendo que no quieren que los vean. Es una pantomima. En el pasado, la publicista de Claudia habría hecho con anterioridad un par de llamadas. Claudia se vestiría con un traje lujoso e iría del brazo de un rompecorazones guapísimo, y los *paparazzi* estarían allí, esperando. Se haría la sorprendida, y todo el mundo contento; tanto ella como su cita, quienquiera que fuera, conseguirían publicidad y la prensa ganaría dinero. Todos conformaban una gran familia feliz que disfrutaba del juego de Hollywood.

Pero hoy es diferente, hoy debe tener cuidado de verdad porque la ocasión tiene que parecer una cita secreta entre amantes clandestinos. Así que se asegura de que ni su agente ni su publicista sepan nada. El otro día le mencionó algo así de pasada a una persona que sabía que alertaría a otra en particular, que estaría ansiosa por sacar la foto de Lucas y ella con sus frentes unidas en Chez Suzette. Ese gesto de tocarse la frente es la señal acordada para hacer la foto.

—No pensé que quisieras quedar conmigo —dice Lucas al principio de la comida. Están en un reservado con forma de medialuna tapizado en terciopelo escarlata. Hay manteles blancos como la nieve, camareros con guantes blancos, vinos que se disparan por

encima de los mil dólares, arreglos florales majestuosos y lujosos. Parece el viejo Hollywood, en la época en la que las mujeres llevaban sombreritos alegres, se hacían peinados llamativos y no salían de casa sin pintalabios. El suelo es de ensueño, en un mármol blanco en forma de diamante. No brilla, pero es de época. Este lugar es todo elegancia y clase. Dejará que Lucas pague la cuenta; tiene que pagar el precio por lo que ha hecho, literal y figuradamente.

—Te he echado de menos —dice ella, fijando la mirada en sus asombrosos ojos azules. Es la verdad. Está sexi, como siempre. Le recorre con la mirada y piensa en su cuerpo prieto, desnudo, los músculos de su pecho de surfista, los muslos largos y delgados. La poderosa herramienta que tiene entre las piernas. Tiene un *polvazo*, para qué negarlo. Pero esta noche será la última vez que se acueste con él. Lo ha hablado con Ava y todo está claro; él tiene que acompañarla desde el restaurante hasta su casa. Es parte del plan.

—Te lo puedes follar, claro —aceptó Ava en casa de Claudia, cuando estaban tramando el plan—. Qué más me da si te acuestas con él una vez más, ya me ha hecho todo el daño que podía hacerme. Si queda contigo para cenar y quiere pasar la noche contigo después de haberme jurado que vuestra historia se había acabado, entonces, oye... eso es una prueba, ¿no? No podría quedarme más claro. No puedo seguir casada con este hombre, ya no puedo seguir siendo su segundo plato.

—Pero tendrás que seguir actuando como si todo fuera normal —dijo Claudia—. Incluso después de que desaparezca.

Ava ha aceptado, a regañadientes, seguir siendo la mujer perfecta, mostrar solidaridad y lealtad a su marido para que nadie sospeche nada. Tendrá que contarles a algunas personas que ella elija —su vecina Jill, por ejemplo— que Lucas tiene una aventura con Claudia, para que cuando la foto se publique en los medios, el cotilleo se extienda cual incendio forestal en Santa Ana.

Aun así, Claudia siente que está traicionando a su nueva amiga con esta última cita romántica. No le parece correcto. Además, le remuerde la conciencia luchar contra emociones tan opuestas: está cabreada con Lucas, pero le sigue pareciendo atractivo.

—Estás muy sexi —le dice, rozándole el muslo con su tobillo desnudo y acariciándole con la punta del pie su entrepierna, que muestra una prominencia bajo el traje. Aunque lo que le gustaría decir, lo que se dice a sí misma en su cabeza es: «El único valor que tienes es tu pericia en la cama y tu físico... nada más».

Tal vez Lucas vislumbra sus pensamientos en la duda que transmiten sus ojos. Le dice:

—Siento no haberte llamado en tanto tiempo, nena. No era nada personal.

—Y entonces, ¿por qué ha sido? ¿Por qué no me has llamado? —Espera la verdad, aunque sabe que no es lo que va a escuchar. Si confesara ahora y admitiera que está casado, no seguirá adelante con el plan. Así lo ha acordado con Ava. «Dale otra oportunidad», le dijo ella. Ambas saben que es poco probable, pero ella hará todo lo posible para sacarle algún tipo de confesión.

Se lleva a la boca un sorbo de tinto y traga.

—El trabajo. Ha sido una locura.

Claudia le dedica una sonrisa cómplice. Dice como con desinterés:

—Pensé que a lo mejor tenías una doble vida o algo así.

La mira directamente a los ojos.

—Supongo que sí, en cierto modo son como dos vidas. La laboral, que es estresante, y por otro lado el tiempo que paso contigo, que es increíble.

«Respuesta incorrecta», piensa.

—¿No tendrás una novia secreta escondida por alguna parte, o tal vez hasta una mujer? —Claudia sabe que está siendo demasiado obvia. Quizá esta vez se sincere, porque está quedando claro que

sospecha de él, ¿no? Pero Lucas se limita a sonreír. Si está nervioso, no lo demuestra.

—¿Cómo voy a querer una hamburguesa cuando puedo comerme un buen filete?

Está citando a Paul Newman, pero lo ha hecho al revés. Se equivoca, porque el buen filete lo tiene en casa, es Ava, y ella es la hamburguesa. Pero vamos, lo importante es que la negación le sale con facilidad, de forma absolutamente natural.

—Pensé que quizá había otra persona —aclara Claudia. La negación anterior no es estrictamente una mentira, y necesita que él *mienta* para justificar lo que va a hacer.

—No, nena. En mi cabeza eres la única mujer que existe, no soy capaz pensar en otra cuando estás cerca de mí.

Necesita presionarlo para que se defina bien.

—Y cuando no lo estoy, ¿piensas en alguna otra mujer?

Bebe otro trago del Margaux. Parece que ni se inmuta ante el interrogatorio exhaustivo. Parece incuso disfrutar del reto.

—Claudia, cariño, estás en mi mente las veinticuatro horas del día. Excepto cuando estoy trabajando, porque tengo que concentrarme, lo entiendes, ¿verdad? Si me pongo a pensar en ti cuando estoy en medio de una reunión, sería un tanto bochornoso, te puedes imaginar. —Sonríe con satisfacción.

Ella insiste.

—¿Y no has tenido, ya sabes, una aventura de una noche con alguien? ¿Algún lío del pasado, quizá?

—No. Solo existes tú, cariño. Solo tú.

Lo ha dejado en evidencia. Ava está esperando un hijo suyo, y aquí está, mintiéndole en su cara, a espaldas de Ava. Mientras tanto, esta se ve obligada a seguir viviendo con él, siendo cariñosa, una mujer modelo de hecho. No le ha dado motivo alguno para que le sea infiel.

Claudia se arrima hacia él en el reservado para que sus muslos se encuentren, y luego se inclina hacia él y sus frentes se tocan. Ve, en su visión periférica, el *flash* de una cámara. Bien. Ya han hecho la foto.

—Necesito tu cuerpo sobre el mío —le susurra al oído. Deja que sus dedos jueguen con la dureza de su entrepierna, atrapada en los pantalones de su traje, y una oleada de tristeza la invade sabiendo que todo esto no es más que una ilusión. La cena romántica, el vino delicioso, los dos juntos. Podría haber sido genial si hubiera sido real, si no estuviera casado con otra mujer. Durante un momento tuvo la apariencia de ser la más real de las pasiones, incluso llegó a parecerle... amor. Es la historia de siempre, ¿verdad? Una mujer que cree que la aman, pero solo es producto de su deseo, de su voluntad, nada más. Se acuerda de su madre, su pobre madre que sufrió durante tanto tiempo. Su padre le había roto el corazón en pequeñas astillas afiladas que nunca se pudieron recomponer.

Lucas es igual que su padre. Y Claudia... bueno, no es mucho mejor, ¿no? ¿Conspirando y maquinando planes de esta forma? Querría parar ahora mismo, pero tiene que terminar con esto, hay que poner fin a sus mentiras.

Después de cenar, van en coche a su casa. Mantienen relaciones sexuales bastante salvajes en el sofá del salón. Ella piensa en la película de autor que pronto rodará en Francia. Aparecerá en *topless* en algunas escenas de amor. El director le ha prometido que estará medio en la sombra y que se grabará con respeto, con buen gusto. Los franceses saben cómo hacerlo bien, y ella está dispuesta a aceptar el reto. La adorada estrella estadounidense va a causar sensación en todo el mundo. Pero, antes de que eso ocurra, va a desaparecer, al menos por un tiempo. Lo que está haciendo está mal a muchos niveles, pero le parece imprescindible hacerlo. Siente que una voz la guía y la empuja a ello.

Cuando alcanza el clímax y oye a Lucas gritar: «Te quiero, nena», estira el brazo y una lámpara se estrella contra el suelo duro de terracota. La deja allí. Al día siguiente, rompe el teléfono y lo deja caer sobre el sofá; la telaraña de cristales hace que parezca mucho peor de lo que es. Lo de la sangre no es ningún problema. Es impresionante la variedad de destrezas que Claudia ha aprendido durante sus años de interpretación. Una vez hizo de enfermera. Fue al principio de su carrera, en una serie policíaca. Se tomó el papel muy en serio, como siempre que interpreta un papel. Extraer sangre es más fácil de lo que parece. El truco luego consiste en que vaya goteando de la jeringuilla en cantidades controladas, formando un reguero, y luego esparcir un poco como si hubiera habido una pelea. Lleva el reguero hasta el teléfono de la cocina. Esos expertos en salpicaduras de sangre no son tontos, la gente lo sabe por series como *Dexter* o *CSI*.

La sangre le va a dar un toque de realismo.

Pero las verdaderas pistas van a quedar en el maletero de su Mercedes abandonado. Su ADN, las fibras y los cabellos. Dejará más gotas de sangre esparcidas y luego las restregará con lejía. Lo hará con antelación, para que se seque bien. Al parecer, los forenses prefieren liofilizar las muestras de sangre de todos modos, nunca analizan la sangre fresca... Lo recuerda por uno de sus papeles. Los zapatos de vestir de Lucas que Ava va a darle con anterioridad para que pueda organizarlo bien contendrán restos de su propia sangre una vez seca y frotada con lejía, y Minnie los devolverá a su armario cuando la pareja esté fuera de casa —ella tiene llaves de su casa, al fin y al cabo—. Eso va a convertir a Lucas en el sospechoso número uno en el aparente caso de asesinato de Claudia. Porque, si Claudia lo hace todo correctamente, su «desaparición» durará varias semanas. Tiempo suficiente para castigar al gilipollas infiel y que se arrepienta de lo que ha hecho.

«Un tiempo en la cárcel le enseñará una lección de vida».

Y ella alegará que no sabía nada. Dirá que no ha visto las noticias o leído los periódicos. «Estaba en Francia, ¡no tenía ni idea de que me estaban buscando!».

En lugar de ir a un hotel de Yorkshire como Agatha Christie, se irá a París y se alojará de incógnito en un elegante Airbnb mientras prepara el papel de su película. Si sale de vez en cuando, llevará un gran sombrero caído y gafas de sol. De todos modos, tiene que cambiar de peinado para el personaje. Se lo teñirá de negro y se lo va a dejar corto al estilo *bob*. En vez de usar su pasaporte, conseguirá uno con otro nombre para volar, algo sencillo si tienes los contactos adecuados, como es su caso. E irá en *jet* privado, porque volar así es muy diferente a hacerlo en un vuelo comercial... Se puede decir que prácticamente te dejan en paz. ¿Y su pasaporte? Lo dejará en casa junto al teléfono que hizo añicos, sus tarjetas de crédito, las gotas de sangre y la lámpara destrozada. Indicios minúsculos a los que podrá luego restar importancia y sobre los que podrá decir que son intrascendentes. Y, si las cosas se complican, se librara alegando que sufre una amnesia completa.

Si hay algo que ha aprendido a lo largo de su vida es que la gente perdona casi todo a las estrellas de cine.

57

CLAUDIA

«¿Así es que te asesinen?».

Claudia está encerrada en el maletero de su coche, a oscuras. Ava está en el asiento delantero, con guantes en las manos, el pelo recogido en una gorra y en calcetines para no contaminar la futura «escena del crimen» con rastros de sí misma. Claudia está pataleando y gritando dentro del espacio cerrado y claustrofóbico. Esto no tenía que haber ocurrido. Hace unos instantes, la puerta del maletero estaba abierta de par en par. Se supone que en ningún momento debía haberse cerrado.

—¡Socorro! ¡Sácame de aquí de una puta vez! —grita con todas sus fuerzas.

Se supone que el maletero se debería abrir con facilidad. Desde principios de siglo, la ley estadounidense exige que todos los coches lleven un pestillo de apertura fosforescente en el interior que permita abrirlo desde dentro en caso de emergencia, ya que varios niños han perecido así en el pasado.

Pero allí no hay nada fosforescente que brille en la oscuridad. Claudia busca a tientas un pestillo, pero ni ve ni palpa nada que se le parezca remotamente.

Está atrapada.

El corazón le martillea contra las costillas con tanta fuerza que llega a dolerle. Respira de forma medida, muy poco a poco, para intentar calmar el pánico que siente. El olor a lejía seca le está quemando en la garganta. Alguien se ha asegurado de que no pueda salir de ahí.

Claudia va a morir. Se ha hecho justicia poética. ¡Pero contra ella!

La puerta del maletero se cerró de golpe, aparentemente sola. El pestillo hizo clic de forma aterradora y definitiva.

¿Cómo es posible que no lo haya visto venir?

¿Habrán dejado salir de la cárcel a su acosador? No, aún le quedan un par de años por cumplir, porque también cometió otros delitos menores. ¿Será un nuevo acosador que haya seguido su coche, raptado a Ava y cerrado de golpe el maletero? ¿Va a arrancar chirriando el coche en cualquier momento? ¿Qué coño está pasando? O..., oh, Dios mío, ¿es posible que Ava haya ido caminando de puntillas alrededor del coche y haya cerrado el maletero de golpe sin que la viera?

Si no, ¿por qué cojones no viene a rescatarla?

«Debe ser Ava. Tiene que serlo».

¿Está recibiendo Claudia una puñalada por la espalda? Su mente está dando vueltas, buscando una respuesta hasta en el último rincón de la misma.

¿En qué estaba pensando? La intrincada trama que había urdido como venganza por Lucas y, al mismo tiempo, como una forma de desaparecer del mapa por un tiempo, ha resultado ser una misión suicida. Depositó toda su confianza en Ava, ¡una mujer a la que apenas conoce y con cuyo marido tenía una aventura! ¿Cómo y por qué se le pudo pasar por la cabeza maquinar este plan demencial, confiando en ella cuando probablemente era la última persona en la que podía confiar? Lo más probable es que la odie. Ava, una mujer que ha pasado suficiente tiempo en estudios de grabación como para aprender un par de cosas, y que se formó para ser actriz durante un tiempo con un preparador privado, nada menos. Sí, le dijo a Claudia que la interpretación había sido su sueño y la razón por la que había venido a Los Ángeles. Es más que capaz de representar un personaje.

Se ganó a Claudia con su «sinceridad», su «dulzura». Ha interpretado el mejor papel de su vida. Convenció a Claudia de que era una verdadera amiga. «*Una admiradora fanática que se*

convierte en amiga». Dios, esas son las más peligrosas de todas. Ava, y no Minnie, es Eve Harrington en *Eva al Desnudo*. ¿Cómo es posible que Claudia no lo haya previsto? ¿Por qué va por la vida confiando en la gente, cometiendo el mismo error una y otra vez? La servicial y devota admiradora que tiene un interés oculto... esa es Ava. Parte del plan era que fingiera ante Lucas que todo iba bien en su matrimonio, que actuara con normalidad con él y que se asegurara de conseguir lo que quería con el nuevo contrato matrimonial. Seguramente, en algún momento de los últimos diez días ha debido decidir que está demasiado enamorada de él para terminar la relación y quiere a Claudia fuera de la ecuación. ¿Y en cuanto a Crystal? ¡Maldita sea! ¿Por qué le dio otra oportunidad? ¿Estará también metida en esto? Ya la ha traicionado una vez con anterioridad, ¿quién sabe cuál es su objetivo ahora?

¿Y Minnie? ¿Qué pasa con ella? ¿Estará ofendida porque Claudia le «hizo el vacío»?

La mente de Claudia se acelera, contemplando todas y cada una de las posibilidades.

Tiene la garganta seca por el pánico.

—¡Déjame salir de aquí! ¡Por favor, Ava! ¡Te daré lo que quieras!

Su voz es ronca porque está respirando el polvo que debe haber entrado de alguna manera en el maletero del coche durante el viaje hasta este cañón abandonado, lleno de baches por todas partes, cuyo pavimento destruyó un terremoto y el estado nunca arregló. Hace solo diez minutos, aparcaron el coche y Claudia se deslizó hacia el interior del maletero, con el pestillo y la puerta abiertos de par en par a los elementos, entre ellos un cielo profundamente azul. El plan era que Claudia se revolcara en él, dando patadas con los pies y dejando huellas. Tal vez romperse una uña, dejar su ADN, fibras y pelos como pruebas para que las descubriera la policía. Ava esperaba paciente en el asiento delantero, llevando guantes

quirúrgicos y calcetines para no dejar sus huellas. En cualquier momento, Crystal vendría a recogerlas en el coche de Lucas. Ava se había hecho con un juego de llaves de repuesto del Lexus. Si dejaba huellas de neumáticos en la gravilla, tanto mejor.

Pero...

Claudia vuelve a recorrer con los dedos los bordes del compartimento, completamente sumida en la oscuridad, buscando el supuesto pestillo de seguridad. No tiene el teléfono encima. Su bolso con todo el dinero y su móvil nuevo están en la guantera. Otro error tonto.

—¡Ava! —grita—. Por favor.

Pero Ava no responde.

58

MINNIE

El otro día me metieron en más mierda. Me vi atrapada en otro lío, y esta vez no fue Lucas, sino Claudia. Y Ava y Crystal también se han involucrado. ¿Qué *le pasa a* esta gente? No hacen más que mentir.

La otra noche, cuando Claudia me invitó a su casa, no se despegaba de Ava, como si fueran mejores amigas. Dijo que tenían un pequeño plan para castigar a Lucas, pero no pregunté de qué se trataba. Cuanto menos supiera, mejor; de hecho, le dije que no me lo contara.

—No me digas lo que estás tramando —le dije—. No quiero saberlo. —Me dio dinero en efectivo por adelantado, un fajo de billetes tan grande que ni siquiera tuve que contarlo. Todo lo que tenía que hacer llegado el momento, según me dijo, era coger un par de zapatos de Lucas que Ava me iba a traer a mi apartamento y meterlos en el armario de Lucas cuando me diera la orden. Tendría que entrar en su casa con el juego de llaves que Lucas me había dado.

En ese momento no podía comprender lo que estaban planeando.

Sabía que no era nada bueno. Pero, en cualquier caso, cumplí con mi parte.

Aunque ahora parece que Claudia se equivocó por completo al apostar por Ava. Fue más lista que ella, echándose atrás a la hora de cumplir el plan. Porque está completamente acaramelada con Lucas y Claudia ha desaparecido, pero de verdad.

59

AVA

A veces tienes que tomar el control de las cosas. En ocasiones tienes que ser más firme de lo que te gustaría ser en la vida. Tanto Lucas como Claudia me enseñaron eso.

Pobre Claudia. Debía estar aterrorizada, encerrada en el maletero de su coche. Y que a Lucas lo acusaran de asesinato... Bueno, ¿qué puedo decir sobre eso?

Pobre Lucas, qué lástima.

Sentada con Ariadna y Safo en mi terraza, mirando al mar y viendo cómo el cielo del atardecer se cubre de tonos de granate y amatista, pienso en el estado de nuestro matrimonio y en todo lo que ha sucedido hasta ahora, tremendamente satisfecha por haber sido capaz de estar lo bastante lúcida como para gestionar un contrato matrimonial nuevo antes de que se desencadenara todo.

Se acabaron los acuerdos prematrimoniales irritantes que me impedían avanzar. Claudia jugó un papel fundamental para que me fijara en la letra pequeña del contrato mejorado que me propuso Lucas. Qué suerte haberla conocido antes de firmarlo.

A ver, en lo que respecta al acuerdo prematrimonial, y también al contrato nuevo que lo eliminaba de un plumazo, yo lo había planeado, sopesado y planificado todo con antelación. Sabía muy bien cómo estaba configurada la mente de Lucas; conocía las ventajas de hacer psicología inversa con él. Quería deshacerme del acuerdo prematrimonial fuera como fuera, pero era crucial no darle ninguna pista de cómo me sentía con respecto al mismo.

«¿El acuerdo prematrimonial? No es nada del otro mundo, cariño —le dejé creer—. *De hecho, me encanta ganarme la vida trabajando, es lo más importante para mí. Tengo la intención de levantarme a*

las cuatro de la mañana hasta que me jubile, conducir entre atascos por Los Ángeles y dedicar mi tiempo precioso a preocuparme acerca de cuestiones relacionadas con la coherencia de las películas en las que estoy trabajando. Me encanta despertarme sudando en mitad de la noche, aterrorizada por la posibilidad de que tal actor llevara una camiseta roja en la última toma y apareciera en la siguiente con una azul, y que el director dijera que daba igual porque la interpretación era buena, y me echaran la culpa más tarde en la sala de montaje».

Este es el tipo de mierda que tenía que gestionar para ganarme la vida. Y cuando vi a Claudia pavonearse con tanto esplendor en su preciosa casa, pensé: «*Yo también quiero esto*».

Claro que me divertía con las películas en cuyo rodaje participaba y estaba agradecida por tener un buen trabajo, pero algunos me trataban como si fuera un estorbo, ¡a pesar de que yo, la supervisora de guiones, era imprescindible en los proyectos en los que trabajábamos! Para hacer una película hay que ser un equipo; hay que trabajar juntos en ella, no deberían existir las jerarquías. Que se lo digan a ciertos aduladores imbéciles del gremio para los que solo existen las estrellas, que me llamaban «chica de la coherencia» o «chica de los guiones», y me pedían que les llevara un café.

Deseaba más de lo que la vida me había dado. *Necesitaba* más. Me *merecía* más.

Y ahora no tengo que trabajar si no quiero. Soy económicamente independiente, ¡libre! Con o sin Lucas. Pero *con* mi bebé. Siempre.

Que no se me malinterprete; en un buen día, con una buena producción, me encantaba mi trabajo —esa parte era cierta—, pero sabía lo que significaría para mí deshacerme del acuerdo prematrimonial. Elección. Libertad. Respeto. Hasta podría volver al mundo de la interpretación si así lo decidiera.

Cuando Claudia y yo ideamos nuestro plan para acabar con Lucas, quedamos en que yo iba a seguir comportándome con normalidad. Interpreté maravillosamente mi papel de mujer leal que permanece al lado de su marido. Sabía exactamente lo que estaba haciendo... Asumí mi rol, diciéndole a Lucas que pensaba dejarlo, que podía cuidar de mí misma y de mi futuro hijo. ¿Mudarme a Montana? ¿Mis amenazas de marcharme como si fuera la cosa más fácil del mundo? Se lo creyó, incluso recurrió a la amenaza por pura desesperación. Sabía que eso lo volvería loco y cambiaría su estrategia. Que yo pagara aquella cena tan cara en Nobu me sirvió para enviar mi mensaje alto y claro.

¿Que procrastinara tanto la firma del contrato matrimonial nuevo que me ofrecía y que me otorgaba el cincuenta por ciento de todo? ¿Estamos de coña? Estaba *loca* por firmarlo, pero le mantuve a la espera, le puse el caramelo en la boca lo bastante lejos, tanto que terminó pensando que en vez de un caramelo era un lingote de oro. Lucas se cree listo, y lo es, pero no tanto como yo. Era facilísimo manipularlo y engañarlo. Dile a un hombre como Lucas que no te hace falta su dinero, que ni siquiera lo *quieres* y, lo que es peor, que puedes permanecer a su lado o dejarlo, y se replanteará su estrategia.

A los hombres como él les gusta tener el control. Yo se lo estaba quitando por el hecho de seguir trabajando, y diciéndole que no lo necesitaba. La única forma de volver a engancharme era ofreciéndome un trato nuevo y mejor, uno que lo convirtiera de nuevo en amo y señor.

Pero incluso ese trato se truncó tras la desaparición de Claudia, porque le aterrorizaba acabar solo, y necesitaba a su leal esposa a su lado para parecer inocente. Así que el trato se mejoró una vez más:

«Todo al cincuenta por ciento, sin condiciones, sin cláusulas. Y, si

me atropella un autobús, te lo quedas todo».

Y entonces, amigos, es cuando accedí a firmar.

Todo salió a la perfección. Conseguí todo lo que quería: el antiguo acuerdo prematrimonial ya era cosa del pasado, Claudia estaba fuera de la ecuación y a Lucas lo arrestaron por su asesinato.

Perfecto.

60

Justo cuando me estoy regodeando en mi buena suerte, recibo una llamada de Jack. Dudo un poco, pero termino cogiéndola. Necesito quitarme de encima esta conversación cuanto antes.

—Dios de mi vida, eres una maldita hija de puta traicionera —me escupe.

Alejo el teléfono de mi oreja.

—Cuida el lenguaje, Jack —respondo con frialdad. Esta sutil puya a la santurronería de mi suegro me hace sentir taaan bien.

—No me vengas con el lenguaje, conspiradora, pedazo de basura blanca pueblerina de clase baja. Le tendiste una trampa a Lucas, ¿verdad? Me contó lo del librillo de cerillas, tenías la dirección de Claudia Spector. Me las vas a pagar.

—No me amenaces, Jack.

¿Basura pueblerina de clase baja? Pienso en mis raíces humildes. Los trabajos que tuve que aceptar para ir a la universidad, e incluso antes, cuando aún era una adolescente, para mantenerme a mí y hacer lo propio con mi familia. Si tu padre te abandona y desaparece cuando tienes tres años y tu madre termina siendo una adicta, no tienes mucha elección. En cambio, la educación elitista de la que disfrutó Lucas y el apoyo que recibió de sus padres, que nunca dudaron de la posición que debía ocupar en el mundo, le convirtieron en una persona totalmente distinta. Su linaje privilegiado, su sentimiento de superioridad. ¿Eso me convierte en basura pueblerina de clase baja a los ojos de Jack? Sí, vivimos en un parque de caravanas durante un tiempo cuando mi madre estaba en su peor momento. ¿Y? Me hice fuerte a partir de aquello y me convertí en la persona que soy hoy en día. Me enorgullece no haber crecido en la riqueza y haber logrado cosas por mí misma en la vida.

Y mírame ahora. Una triunfadora, se mire por donde se mire.

¡Chúpate esa, Jack Fox!

Mi silencio tranquilo tiene a Jack preocupado. Me doy cuenta por la forma en que se aclara la garganta, el temblor que transmite a través de la línea. ¿Y si cree que estoy grabando la llamada? Si hubiera tenido la cabeza fría, lo habría hecho.

—Voy a demostrar que has sido tú, Ava, por Dios, aunque sea lo último que haga.

—Demuéstralo, Jack. No tienes pruebas de nada.

—Por eso nunca llegaste a ir a declarar a comisaría. ¡Le tendiste una trampa a mi hijo, maldita sea!

—Pensaba ir —respondo con voz empalagosa—, pero...

—¡Mentirosa! Mira que sabía que Lucas debería haberse...

Agito el teléfono bruscamente para que la brisa provoque interferencias, y empiezo a gritar a viva voz, como si no pudiera oírle:

—¿Perdón? ¿Jack? Se está cortando, no te oigo.

—Acabo de ver a Lucas y estoy...

—Estoy perdiendo la cobertura. ¿Jack? No te oigo, ¿Jack? — Presiono el botón de colgar con regocijo, y una sonrisa en mi cara.

Lo oigo perfectamente. Su mensaje es alto y claro.

Jack Fox haría cualquier cosa por preservar su buena reputación en la sociedad. No es el propio Lucas lo que le preocupa en realidad, sino lo que la gente anda diciendo sobre su hijo.

Sonrío para mis adentros. Jack, como Lucas, se lo tenía bien merecido.

Un poco de karma marca la diferencia.

EPÍLOGO

AVA

El funeral es más tranquilo de lo que esperaba y estoy más sensible de lo que jamás imaginé que podría estar. Es un pequeño evento familiar. No se ha notificado nada a los medios; aun así, hay un helicóptero sobrevolando por encima de nuestras cabezas. Voy vestida de negro, con gafas oscuras para que no se me vean las hinchazones bajo mis ojos causadas por un llanto inconsolable. ¿Quién iba a pensar, después de todo lo que ha pasado, que me iba a afectar tanto?

Fui partícipe de un asesinato, de eso no hay duda alguna.

Si no hubiera aceptado salir en aquel artículo estúpido para aquella revista, nada de esto habría ocurrido. Claudia nunca me habría invitado a su casa y no habríamos ideado aquel plan descabellado, porque ella no habría sabido jamás lo mucho que yo la admiraba, y las cosas habrían salido de otra manera. Nadie habría muerto. Habría podido mantener la cabeza alta y haberme desentendido de todo.

Sin embargo, aquí estoy, vestida de negro de los pies a la cabeza, embarazada del hijo de Lucas, despidiéndome de una persona cuyo destino jamás soñé que sería tan trágico.

Culpable.

Soy culpable.

Lirios blancos —los favoritos de Claudia, por cierto— adornan la pequeña iglesia en lo alto de la colina, y la vista al mar desde aquí es impresionante. No miro las caras que me rodean, ¿cómo podría hacerlo? Algunos niños juegan al pillapilla, correteando de un lado a otro, inconscientes del caos emocional que impera en las cabezas y los corazones de todos los adultos que intentan encontrarle algún

sentido a esta tragedia. Jill está aquí, a mi lado. Después de todo, ha resultado ser una amiga muy comprensiva.

El rostro de Claudia me acecha, y siempre lo hará. Es lo que pasa con los famosos: te acompañan eternamente, incluso después de muertos. Marilyn, Rita, Audrey, Cary Grant. Todos ellos siguen con nosotros, ¿a que sí? Forman parte de tu alma, aunque no seas consciente de ello.

Antes, el pastor ha leído un montón de oraciones significativas, y yo medio tartamudeé al leer una estrofa de un poema de Amanda Gorman, *The Hill We Climb*. Crystal me lo sugirió, y lo encontré muy apropiado. Siento un nudo en la garganta al recordar aquel día en casa de Claudia, cuando nos conocimos. Su encanto, su belleza... Me acuerdo de que no pude evitar sentirme asombrada e impresionada, y de cómo todo eso cambió cuando me contó la verdad sobre la aventura con Lucas y cómo él seguía deseándola. Su relación con mi marido aún tenía vida propia, y era mucho más intensa de lo que yo había pensado en un principio cuando encontré aquel teléfono desechable.

Perdonar es mucho más complicado de lo que la gente admite.

Siento que una sombra se acerca por detrás de mí. Me giro.

—La ceremonia ha sido preciosa —me dice uno de los abogados amigos de Lucas, que tiene una imponente estatura que sobresale por encima de mí. Viste un traje negro elegante y una rosa roja en el ojal—. Lucas está mirándonos desde ahí arriba, no lo dudes. Habría disfrutado mucho de estas vistas al mar. No pensé que el poema fuera demasiado adecuado, pero lo has leído de maravilla, Ava.

Jack y Barbara se han situado tan lejos de mí como han podido, inquebrantables como el hielo en un congelador. Es una pena que nunca lleguen a conocer a su nieto, porque todavía no han sido capaces de perdonarme por la detención de Lucas, que, según ellos,

provocó indirectamente su muerte. Es obvio que no quieren tener nada que ver conmigo. Quizá, cuando las cosas se calmen y se sepa la verdad, cambien de opinión y se tranquilicen un poco. Que un autobús te atropelle es algo que nadie podría haber concebido ni en sus imaginaciones más salvajes. ¿A quién le atropella un autobús justo aquí, en Los Ángeles? Según han dicho los medios, fue un accidente muy extraño. Ocurrió fuera del juzgado mientras Lucas cruzaba la calle en dirección a su coche, que estaba aparcado por allí. Se había establecido una fianza de un millón de dólares. Cruzó la calle de forma imprudente, así que el conductor fue absuelto. Ocurrió a gran velocidad, súbitamente. Muerte instantánea, dijeron.

Es una sensación extraña saber que como habíamos firmado el acuerdo matrimonial nuevo, y roto el prematrimonial, todo el dinero de Lucas, la casa, todo, ahora me pertenece a mí. Ya no existe amenaza alguna de que me quiten a mi hijo.

«Todo al cincuenta por ciento, sin condiciones, sin cláusulas. Y si me atropella un autobús, te lo quedas todo».

Pobre Lucas. De verdad que me siento desolada por lo que ha pasado. Y triste por mi futuro bebé, que no tendrá un padre.

Con todos los medios de comunicación centrados en su caso, y Claudia todavía desaparecida, he estado recibiendo una atención sin precedentes. «*La pobre viuda despechada y embarazada*». Isabella Mox quiere que vaya a su programa. Ahora tengo hasta agente. Es Helena Ronstein, la misma que la de Claudia. Las ofertas están lloviendo a raudales. Tengo que pensar largo y tendido sobre cómo quiero que se desarrolle en el futuro mi carrera como intérprete. ¿Qué quiero ser, una famosa o una actriz en condiciones? Es algo que tengo que resolver con ella.

Más tarde esa misma noche, cojo un avión a París. Para evitar cualquier alboroto, viajo en un avión privado. Allí me espera alguien muy especial.

Cuando llego al apartamento donde se aloja, una joya escondida en Le Marais, me recibe con los brazos abiertos. Me quedo de piedra al ver que, como yo, tiene barriguita. Está embarazada. De hecho, bastante embarazada. Trago saliva, asimilando la realidad tal y como es. Me parece que debe llevar así bastante tiempo. No bebió champán el día que la conocí en su casa, ¿verdad? Debe llevar todo este tiempo gestando ese bebé.

Aunque, bueno, en realidad, ya nada puede sorprenderme.

Llego con la maleta hasta la entrada de su casa y me quito las gafas de sol, dejando al descubierto las ojeras, oscuras y profundas, fruto de mi llanto.

Pienso en el día en que se quedó encerrada en el maletero del coche. Pasaron tres minutos hasta que me di cuenta de lo que había pasado y acudí al rescate. Por la forma en la que se quejó después, parecía que hubiera estado horas allí. Vaya lata que me dio.

Nota cómo mi mirada baja hasta su barriga.

—Sí, es de Lucas. —Se calla un momento, buscando la reacción de mi cara, y luego añade—: Siento no habértelo contado. Lo mejor que nos ha podido pasar a las dos es que ya no esté, ya lo verás. Lo que menos necesitamos, sobre todo por el bien de nuestros hijos, es que su promiscuidad se convierta en un obstáculo en nuestras vidas. Tú y yo sabemos lo que es tener a un desgraciado como padre. Nuestros hijos estarán mejor sin él, créeme, Ava.

Mi corazón empieza a latir más lentamente. Yo no quería que Lucas muriera, nunca lo deseé. Lo quería, a pesar de sus defectos. Se merecía un castigo, pero desde luego no la muerte.

Mientras estoy mirando nuestras barrigas, que lucen similares, me doy cuenta de repente.

La muerte de Lucas no fue un accidente.

¿Llevó Claudia el plan un paso más allá? O peor aún, ¿lo había organizado todo con antelación y me involucró sin ser yo consciente?

¿Lo quiso fuera del mapa desde el momento en que se enteró de mi existencia?

Reflexiono un momento antes de hablar, sopesando si debería enfadarme o no. Por supuesto, ahora que está muerto, mi vida es mucho menos complicada. No se podrá interponer entre mi bebé y yo. Además, su fallecimiento me ha hecho extremadamente rica. Aparte del dinero y de la casa, hay un extra fabuloso del que me había olvidado por completo: la indemnización del seguro de vida de Lucas.

—El autobús... —digo—. Eso ha sido llevar las cosas demasiado lejos, ¿no?

Claudia me mira con los ojos muy abiertos; es la inocencia personificada. Su famoso pelo enmarca su rostro formando una especie de aura dorada.

—Te juro que no he tenido nada que ver con eso. Créeme, Ava, *nunca* haría algo así. Ha sido el curso natural de la justicia poética.

—¿Justicia poética? ¿Estás segura? —Levanto una ceja.

Esboza su sonrisa del millón de dólares y me mira fijamente.

—Justicia poética. Abso-luta-mente.

UNA CARTA DE ARIANNE

Estimado lector:

Es un honor para mí que hayas elegido *El acuerdo prematrimonial* y que hayas seguido mi historia hasta el final. Si es la primera vez que lees uno de mis libros, espero que hayas disfrutado del viaje y que haya podido ofrecerte una forma amena de desconectar de la realidad durante un tiempo. Ava ocupa un lugar especial en mi corazón. Creo que todos llevamos algo de Ava dentro, ¿verdad? Y, como actriz profesional que una vez fui, también me identifico mucho con Claudia. Espero que también hayáis disfrutado de su historia. Tengo otros libros que podrían gustarte, así que échales un vistazo. Y si eres lector habitual de mi obra, ¡te lo agradezco más todavía! Muchísimas gracias. No sabes cuánto aprecio que confíes en mí como escritora para ofrecerte una historia entretenida.

Tengo más libros en proceso, así que si quieres ser el primero en enterarte de mis nuevas publicaciones, puedes suscribirte a través del siguiente enlace:

www.bookouture.com/arianne-richmonde

Se me ocurrió el argumento *de El acuerdo prematrimonial* hace varios años y me alegré muchísimo cuando di con él, ¡oculto en las profundidades de mi portátil! Todos mentimos, algunos de forma mucho más profunda que otros. Y el hecho de que alguien mienta no le (nos) convierte en mala persona, ¡aunque algunos de los personajes *de El acuerdo prematrimonial* llevan la mentira a una nueva dimensión! He querido explorar a fondo un matrimonio disfuncional, en el que los protagonistas son entrañables pero también despreciables.

Muchas gracias por acompañarme en esta enrevesada aventura. Te agradecería mucho que dedicaras unos minutos a dejar una reseña

rápida y sin *spoilers*, aunque solo sean un par de líneas; los autores agradecemos mucho que la gente corra la voz.

Me encanta escuchar a los lectores y siempre estoy dispuesta a charlar *online* con vosotros o a responder correos electrónicos, así que no tengas reparos en ponerte en contacto conmigo. Los libros de Bookouture pasan por un riguroso proceso de edición y corrección, pero a veces se nos escapan pequeñas erratas. Si detectas alguna, no dudes en ponerte en contacto con nosotros.

Cuídate,

Arianne

facebook.com/authorariannerichmonde
x.com/a_richmonde

AGRADECIMIENTOS

Muchas gracias a mi editora, Lucy Frederick, por ayudarme a ser mejor escritora y por ser tan estricta conmigo. No ha sido un libro fácil de escribir y no me has dejado pasar ni una. Tu vista de lince me ha hecho pasar noches en vela, pero te estoy agradecida, de corazón.

Gracias, de nuevo, a la exdetective de Homicidios y escritora Holly Roberts por revisar los capítulos en los que existe algún tipo de investigación policial. Cualquier error que exista en ellos es culpa mía.

Gracias a todos los miembros del fabuloso equipo de Bookouture, incluidos otros autores de la familia Bookouture que tanto me han apoyado, especialmente mi gran amiga Nelle Lamarr, cuya lectura preliminar me ayudó tanto. También a Freida McFadden, Sue Watson, Carla Kovach, Shalini Boland, Susie Lynes, Jessica Payne y Ellery Kane. Nuestras charlas han significado muchísimo para mí y me habéis animado a seguir en algunas noches difíciles. Muchas gracias también a Anne O'Brien y Becca Allen por su mirada aguda e inteligente, por detectar erratas, incoherencias y errores vergonzosos. A Noelle Holten, Kim Nash y el equipo de *marketing* por ser fabulosos. Este libro ha sido un verdadero trabajo de equipo. Ah, y a Lisa Horton por otra portada maravillosa.

Estoy muy agradecida a todos los blogueros y a los usuarios de Instagram que difunden mis libros. Sois increíblemente dedicados, haciendo un hueco para leer nuestras novelas en vuestras vidas ajetreadas, con la presión de los trabajos cotidianos; ¿qué haríamos los autores sin vosotros? Un agradecimiento especial a Stu, Sharon, Angie y Lisa por ir todavía más allá.

Por último, pero no por ello menos importante, muchísimas gracias a mis lectores por hacer posible este maravilloso trabajo que es ser

escritora. Soy consciente de la suerte que tengo de contar con vosotros.